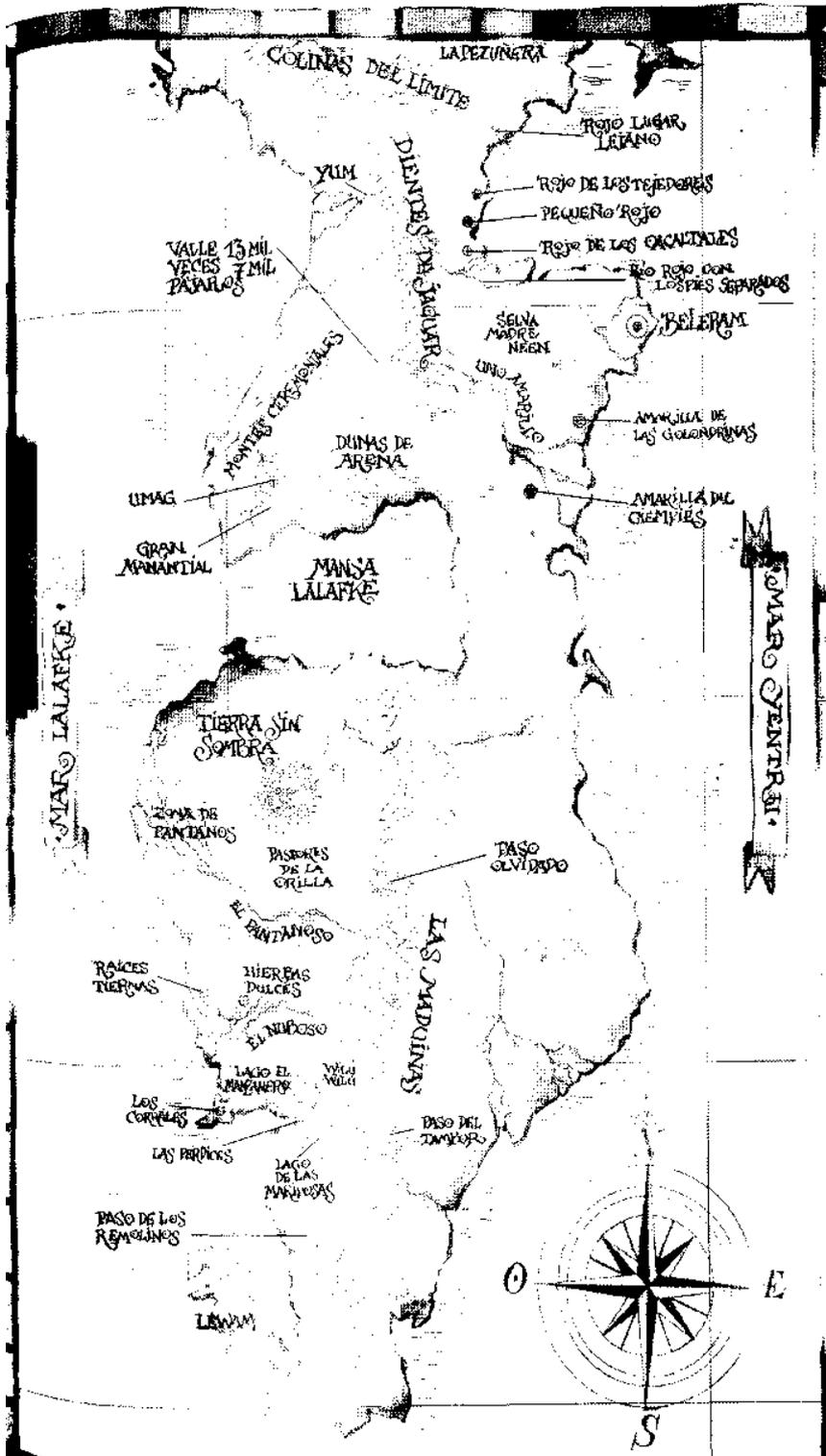


1997



1998



OTROS MUNDOS

La saga de los confines

Liliana Bodoc

LOS DÍAS DEL
VENADO

Grupo Editorial Norma

Buenos Aires Barcelona Bogotá Caracas Guatemala Lima Miami

México Panamá Quito

San José San Juan San Salvador Santiago

© Liliana Bodoc, 2000
© Editorial Norma, 2000
en español para todo el mundo
A.A. 53550, Bogotá, Colombia
www.norma.com

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial.

Primera edición: noviembre de 2000 Primera reimpresión: enero de 2001 Segunda reimpresión: agosto de 2001 Tercera reimpresión: junio de 2002 Cuarta reimpresión: febrero de 2003 *Quinta* reimpresión: agosto de 2003 Sexta reimpresión: febrero de 2004 Séptima reimpresión: abril de 2004 Octava reimpresión: agosto de 2004 Novena reimpresión: octubre de 2004 Décima reimpresión: enero de 2005 Decimoprimera reimpresión: mayo de 2005 Decimosegunda reimpresión: abril de 2006

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Ilustración de tapa: O'kif
Diseño de tapa e interior: Ariana Jenik
Diagramación: Daniela Coduto

ISBN: 987-9334-90-6 CC: 11342

A mi padre

Y ocurrió hace tantas Edades que no queda de ella ni el eco del recuerdo del eco del recuerdo. Ningún vestigio sobre estos sucesos ha conseguido permanecer. Y aún cuando pudieran adentrarse en cuevas sepultadas bajo nuevas civilizaciones, nada encontrarían.

Lo que voy a relatar sucedió en un tiempo lejanísimo; cuando los continentes tenían otra forma y los ríos tenían otro curso. Entonces, las horas de las Criaturas pasaban lentas, los Brujos de la Tierra recorrían las montañas Maduinas buscando hierbas salutíferas, y todavía resultaba sencillo ver a los lulus, en las largas noches de las islas del sur, bailando alrededor de sus colas.

He venido a dejar memoria de una grande y terrible batalla. Acaso una de las más grandes y terribles que se libraron contra las fuerzas del Odio Eterno. Y fue cuando una Edad terminaba y otra, funesta, se extendía hasta los últimos refugios.

El Odio Eterno rondaba fuera de los límites de la Realidad buscando una forma, una sustancia tangible que le permitiera existir en el mundo de las Criaturas. Andaba al acecho de una herida por donde introducirse, pero ninguna imperfección de las Criaturas era grieta suficiente para darle paso.

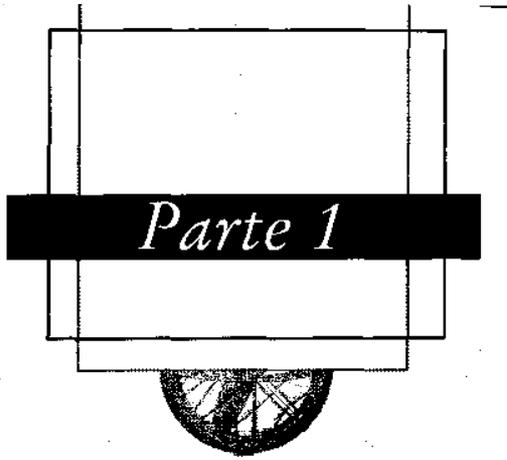
Sin embargo, como en las eternidades todo sucede, hubo una desobediencia que fue herida, imperfección y grieta suficiente.

Todo comenzó cuando la Muerte, desobedeciendo el mandato de no engendrar jamás otros seres, hizo una criatura de su propia sustancia. Y fue su hijo, y lo amó. En ese vástago feroz, nacido contra las Grandes Leyes, el Odio Eterno encontró voz y sombra en este mundo.

Sigilosa, en la cima de un monte olvidado de las Tierras Antiguas, la Muerte brotó en un hijo al que llamó Misáianes. Primero fue una emanación que su madre incubó entre los dientes, después fue un latido viscoso. Después graznó y aulló. Después rió, y hasta la propia Muerte tuvo miedo. Después se emplumó para volar contra la luz.

Los vasallos de Misáianes fueron innumerables. Seres de todas las especies se doblegaron ante su solo aliento y acataron su voz. Pero también seres de todas las especies lo combatieron. Así, la guerra se arrastró hasta cada bosque, cada río y cada aldea.

Cuando las fuerzas de Misáianes atravesaron el mar que las separaba de las Tierras Fértiles, la Magia y las Criaturas se unieron para enfrentarlas. Estos son los hechos que ahora narraré, en lenguas humanas, detalladamente.



—Será mañana —canturreó Vieja Kush cuando escuchó el ruido de los primeros truenos. Dejó a un costado el hilado en el que trabajaba y se acercó hasta la ventana para mirar el bosque. No sentía ninguna inquietud, porque en su casa todo estaba debidamente dispuesto.

Días atrás, su hijo y sus nietos varones habían terminado de recubrir el techo con brea de pino. La casa tenía su provisión de harinas dulces y amargas, y su montaña de calabazas. Los cestos estaban colmados de frutos secos y semillas. En el leñero había troncos para arder todo un invierno. Además, ella y las niñas habían tejido buenas mantas de lana que, ahora mismo, eran un arduo trabajo de colores apilado en un rincón.

Como había sucedido en todos los inviernos recordados, regresaba a la tierra de los husihuilkes otra larga temporada de lluvias. Venía del sur y del lado del mar arrastrada por un viento que extendía cielos espesos sobre Los Confines, y allí los dejaba para que se cansaran de llover.

La temporada comenzaba con lloviznas espaciadas que los pájaros miraban caer desde la boca del nido; las liebres, desde la entrada de sus madrigueras y la gente de Los Confines, desde sus casas de techo bajo. Para cuando las aguas se descargaban, ningún ser viviente estaba fuera de su refugio. La guarida del puma, las raposeras, los nidos de los árboles y los de la cima de las montañas, las cuevas subterráneas, las rendijas del cubil, las gusaneras, las casas de los husihuilkes, todo había sido hábilmente protegido según una herencia de saberes que enseñaba a aprovechar los bienes del bosque y los del mar. En Los Confines, las Criaturas afrontaban lluvias y vientos con mañas casi tan antiguas como el viento y la lluvia.

—Será mañana que empezarán las aguas —repitió Kush. Y enseguida se puso a tararear entre dientes una canción de despedida. Kuy-Kuyen y Wilkilén fueron hasta el calorcito de la revieja.

—Vuelve a empezar, vuelve a empezar con nosotras —pidió la mayor de sus nietas.

Kush abrazó a las niñas, las atrajo hacia sí, y juntas recomenzaron la canción que entonaban los husihuilkes antes de cada temporada de lluvia. Cantó la voz cálida y quebrada de la raza del sur; cantó sin imaginar que pronto se harían al

mar los que traían el final de ese tiempo de bienaventuranza.

Ellas cantaban esperando a los hombres que de un momento a otro aparecerían por el camino del bosque con las últimas provisiones. Vieja Kush y Kuy-Kuyen lo hacían al unísono, sin equivocarse jamás. Wilkilén, que sólo llevaba vividas cinco temporadas de lluvia, llegaba un poco tarde a las palabras. Entonces levantaba hacia su abuela una mirada grave, como prometiendo algo mejor para la próxima vez. Las husihuilkes cantaban hasta pronto....

Hasta pronto, venado.
¡Corre, escóndete!
Mosca azul vuela lejos
porque la lluvia viene.
Padre Halcón protege
a tus pichones.
Buenos amigos, bosque amado,
volveremos a vernos
cuando el sol retorne a nuestra casa.

Los tres rostros que miraban desde la casa eran de colores oscuros en el cabello, la piel y los ojos.

La raza husihuilke se había forjado en la guerra. De allí la dureza de sus hombres; y de las largas esperas, los esmeros de sus mujeres. Los corales del mar enhebrados en las trenzas, engarzados en brazaletes y collares o ceñidos a la frente, eran el único bien que realzaba las vestiduras de las mujeres husihuilkes: túnicas claras que bajaban de las rodillas, sandalias y, según la estación, mantos de hilo o de lanas abrigadoras. Así lucían ahora la abuela y sus dos nietas, generosas en la belleza de su raza.

—¡Los lulus, allí están los lulus! —gritó Wilkilén—. ¡Vieja Kush, mira los lulus!

—¿Adónde los ves tú, Wilkilén? —preguntó su abuela.

—¡Allí, allí! —y señalaba con precisión un gran nogal que crecía a mitad de camino, entre la casa y el bosque.

Kush miró. En verdad, dos colas luminosas se enroscaban y se desenroscaban al tronco, como pidiendo atención. Una era de color rojo y otra era apenas amarilla. El color indicaba el tiempo de vida de los lulus, más viejos mientras más blanca la luz de sus colas.

La anciana husihuilke no se sorprendió. Los lulus venían en busca de tortas de miel y calabaza, igual que cada atardecer de la buena estación desde el día de la muerte de Shampalwe. Kush puso dos tortas tiernas en una cesta, salió sola de la casa y tomó el camino del nogal para dejárselas

allí y regresar. Ellos nunca le hablaban, no lo habían hecho en los cinco años que llevaban sus visitas.

Los lulus no hacían amistad con los hombres y siempre que les era posible, huían de su presencia. En esas ocasiones abandonaban la posición erguida y corrían, veloces, sobre sus cuatro patas. Pero si eran sorprendidos en medio del bosque, los lulus permanecían inmóviles, con la cabeza agachada y las pezuñas agarradas a la tierra, hasta que el hombre se alejaba. Sin embargo, y a pesar de la mala amistad, fueron los lulus los que trajeron a Shampalwe hasta la casa, ya casi muerta por la mordedura de una serpiente, y la depositaron suavemente junto al nogal. Esa fue la primera vez que Kush vio de cerca los ojos de un lulu. "No pudimos hacer más por ella", así le habían dicho esos ojos. Ahora Vieja Kush marchaba a enfrentar una mirada parecida.

La revieja había depositado la cesta en el suelo y se disponía a volver con las niñas cuando el soplido de uno de los lulus la detuvo. Se rehizo del asombro y giró de inmediato, temiendo un ataque. En cambio, se encontró con los ojos del lulu de cola amarilla. La miraba igual que aquel lulu la había mirado el día en que murió Shampalwe. Kush supo que se avecinaba otro dolor, y lo enfrentó con la serenidad aprendida de su pueblo.

—¿Y ahora qué sucederá? —preguntó.

El lulu se quedó en silencio. Sus grandes ojos llenos de presagios.

—Háblame, hermano lulu —rogó Kush—. Dime lo que sabes. Tal vez podamos remediar algo todavía.

Pero el lulu giró hacia el bosque y se alejó de allí en cuatro patas. El más joven, ajeno a la preocupación, no se resignó a malograr el festín. Sacó las tortas de la cesta y, recién entonces, corrió tras su compañero.

Kush desanduvo muy despacio el trecho que la separaba de la casa. Mientras regresaba, le pasó por el alma ensombrecida, todo enterito, aquel día lejano en que murió Shampalwe y nació Wilkilén.

Shampalwe se había desposado con Dulkancellin poco después de la fiesta del sol. Venía de Wilú-Wilú, una aldea cercana a las montañas Maduinas. Tenía el corazón más dulce de cuantos corazones latieron en Los Confines.

—Cuando canta se ven crecer los zapallos —le gustaba decir a la gente que la conocía.

Después hubo años buenos. Dulkancellin salió a cazar con los hombres de la aldea, participó en todas las rondas territoriales y regresó de dos batallas entre linajes. Kush y Shampalwe se repartieron las labores y los niños nacieron. Cinco hijos tuvieron Shampalwe y Dulkancellin que fueron

cinco risas para Vieja Kush. Primero nacieron dos varones, Thungür y Kume. Muy pronto nació Kuy-Kuyen. Luego Piukemán, el tercer varón. Y en el medio de un verano, nació Wilkilén. Ahora le gustaba a Kush mirarlos despaciosamente, uno por uno, porque de una manera o de otra todos le recordaban la belleza y la gracia de Shampalwe.

El día del nacimiento de Wilkilén, Shampalwe dejó los niños al cuidado de la abuela y partió hacia el Lago de las Mariposas. La joven iba a sumergirse en las aguas que devolvían, a las madres recientes, el vigor del cuerpo y la serenidad del ánimo. De allí la trajeron los lulus con el poco de vida que le duró para besar a sus hijos y pedirle a Kush que los cuidara por ella. Y un rato más, para esperar el regreso de Dulkancellin que había salido a cazar carnes sabrosas para celebrar el nuevo nacimiento. En la boca de una cueva, a orillas del lago, una serpiente gris de las que hacía años no se veían por el lugar mordió a Shampalwe en un tobillo. La madre había estado cortando unas flores que tenía entre sus manos cuando los lulus la hallaron.

—Flores que no nacieron de semilla... Trampas de la serpiente —masculló Kupuka.

El Brujo de la Tierra intentó recobrarla para la vida con las medicinas del bosque y de la montaña. Pero ni los remedios de Kupuka, ni la juventud de Shampalwe, ni siquiera el ruego de un hombre que nunca antes había rogado; nada consiguió salvarla. Murió ese mismo día mientras atardecía en Los Confines.

Fue por eso que Kush había pedido a los lulus que vieran por un obsequio, cada atardecer en que fuera posible andar a la intemperie por esas tierras.

—Así nosotros vamos a agradecerles, y ustedes van a recordarla —les dijo la anciana.

Los lulus partieron. Kupuka partió. Dulkancellin disparó sus flechas a las estrellas. Y al amparo de Kush los niños siguieron creciendo.

La anciana escuchó risas lejanas. Kuy-Kuyen y Wilkilén estaban riéndose de ella que, de tanto recordar se había quedado absurdamente inmóvil un paso antes de la puerta y con un brazo extendido.

—Ya está bien... Hay que seguir trabajando — Kush entró a la casa fingiendo un enojo que nadie le creyó.

—¿Vieja Kush, qué pasó con los lulus? —preguntó Kuy-Kuyen. Herencia de su madre la facultad de ver profundo.

—¿Qué podría haber pasado? —contestando así, Kush quería convencerse a sí misma—. Nada... Nada.

Wilkilén habló a su manera:

—De que te cantaron la canción linda, abuela Kush D los lulus... que yo también sé cantar —trataba de soplar como ellos y daba saltos cortitos sobre un pie y sobre otro. La pequeña Wilkilén había heredado de su madre el don de la alegría.

Antes de que la abuela pudiera dar la orden de regresar al tejido, llegaron hasta la casa voces familiares. Dulkancellin y sus hijos varones regresaban del bosque. Traían algo más de leña, hierbas aromáticas para quemar en las largas noches de contar historias y una liebre, la última de la temporada, que comerían apenas Kush la cocinara.

Los hombres no fueron directamente a la casa. Antes guardaron la leña nueva junto con la restante, cuidando separarla por tamaño. Enseguida se dirigieron hasta una construcción de pared baja y circular, levantada con piedras de las Maduinas. Aquel era el lugar donde lavar sus cuerpos y frotar un aceite liviano sobre los rasguños que traían del bosque.

El primero en entrar fue Dulkancellin. Detrás de él lo hicieron sus tres hijos.

Afuera, la noche se cerró. Los grandes árboles hincaron sus raíces en la tierra. El viento llegó arrastrando una bandada de cuervos, y se metió en lo oscuro.

Sobre un cuero extendido humeaba la liebre cocida en agua sazónada. Liebre con hierbas de sazón, pan de maíz y hojas de repollo era la comida de aquel día para la familia del guerrero.

A la luz del fuego, los siete rostros parecían de sueño. Los husihuilkes comieron en silencio; y sólo después de que todos hubieron terminado, Dulkancellin habló:

—Hoy, en el bosque, escuchamos el tambor de Kupuka llamando a alguno de sus hermanos. Y también escuchamos la respuesta que le enviaron. No pude entender lo que decían, pero los tambores de los Brujos sonaban muy extraños.

El nombre de Kupuka siempre interesaba a los mayores y silenciaba a los más pequeños.

—¿De dónde venía el sonido? —preguntó Kush a su hijo.

—El tambor de Kupuka venía desde el Volcán. El otro se oía más débil. Tal vez, venía de...

—De la isla de los lulus —terminó Kush.

—¿También ustedes lo escucharon? —la pregunta de Dulkancellin se quedó sin respuesta porque Vieja Kush había regresado a la mirada del lulu de cola amarilla.

—¡Kush! —llamó su hijo—. Te estoy preguntando si también aquí lo escucharon.

La anciana salió de sus sombras y pidió disculpas. Sin

embargo, no quiso contarle a Dulkancellin el incidente de esa tarde.

—No escuchamos nada —dijo. Y enseguida agregó—. Me gusta adivinar cosas.

—Mañana veremos a Kupuka en el Valle de los Antepasados. Hablaré con él —con estas palabras Dulkancellin dio por terminada la conversación.

Cada año, justo antes de que empezaran las lluvias, los husihuilkes se reunían en el Valle de los Antepasados para despedirse de los vivos y de los muertos. Era fiesta de comer, bailar y cantar. Pero sobre todo, de intercambiar aquello que tenían en exceso por aquello que les faltaba para resistir la mala temporada. Día de compensar abundancias con escaseses, de modo que todos tuvieran lo imprescindible.

En poco tiempo los separaría la tierra empantanada, los vientos y el frío. No era época de caza, de siembra o de guerra. Y la comunicación entre ellos quedaría reducida a las necesidades más severas.

La noche del guerrero

Dulkancellin no podía dormir, pese a que la noche era una gran quietud y unas cuantas estrellas que persistían en las últimas grietas del cielo. La vida en Los Confines estaba acurrucada y hasta el retumbe lejano de la tormenta era otra forma del silencio.

El guerrero cerró los ojos esperando el sueño. Giró hacia la pared que daba al bosque, giró hacia la pared contra la cual estaba apoyada el hacha. No quería volver a recordar los sucesos del día; y sin embargo, mucho rato después, seguía tratando de comprender el sentido de los tambores. Dulkancellin recordó lo que Vieja Kush decía: que el sueño jamás va donde lo llaman, y siempre donde lo desairan. Entonces, para que el sueño sintiera el desaire, se ocupó en distinguir y separar la respiración de cada uno de los seis que dormían en la casa. Pero antes de comprobar si Vieja Kush tenía razón, oyó unos ruidos que parecían venir del lado del nogal. Se puso de pie con sólo un movimiento silencioso y enseguida estuvo fuera de la casa con el hacha de piedra en una mano y el escudo en la otra. Allí permaneció, inmóvil junto a la puerta, hasta asegurarse de que nadie estaba tan cerca que pudiera entrar mientras él se alejaba para averiguar lo que ocurría. Después se dirigió sin ningún ruido hacia uno de los extremos de la casa y, cuando casi llegaba, cambió bruscamente su ritmo y afrontó la esquina con un salto. Pero, por una vez, el guerrero husihuilke fue sorprendido.

Entre la casa y el bosque, decenas de lulus giraban sin sentido aparente haciendo viborear sus colas luminosas. Las bocas de todos ellos tenían la forma del soplido. Sin embargo los soplidos no se escuchaban. Dulkancellin avanzó hasta hacerse ver. Apenas los lulus notaron su presencia, corrieron al pie de los primeros árboles y se transformaron en una multitud de ojos amarillos que lo miraban sin parpadear. Un lulu muy viejo se adelantó unos pasos. El guerrero lo veía con demasiada nitidez, teniendo en cuenta la distancia y la oscuridad que había de por medio. La criatura de la isla señaló hacia el oeste con su brazo raquíutico y Dulkancellin siguió el movimiento. El mar Lalafke solamente podía verse, desde la casa, en los días nítidos del verano; y aún entonces era un contorno que subía sobre el horizonte y bajaba enseguida. Para cuando el husihuilke

giró la cabeza, el mar estaba allí tapándole el cielo, derrumbándose sobre su casa, su bosque y su vida. Dulkancellin prolongó un grito salvaje y, por instinto, levantó el escudo. Pero el mar detuvo su caída y se abrió como un surco de la huerta de Kush. Por el surco, pisoteando hortalizas, avanzaban hombres descoloridos a lomo de grandes animales con cabellera. Estaban lejos y cerca, y sus ropas no ondeaban con el viento de la carrera. Por primera y última vez en su vida, el guerrero retrocedió. Para entonces, el soplo de los lulus se había transformado en una estridencia insoportable. A través de los hombres descoloridos Dulkancellin vio una tierra de muerte: algunos venados, con la piel arrancada, se arrastraban sobre cenizas. Los naranjos dejaban caer sus frutos emponzoñados. Kupuka caminaba hacia atrás y tenía las manos cortadas. En algún lugar Wilkilén lloraba con el llanto de los pájaros. Y Kuy -Kuyen, picada de manchas rojas, miraba detrás de un viento de polvo.

El guerrero se despertó sobresaltado. Otra vez resultaban verdades los decires de Kush. El hacha seguía apoyada contra la pared. Y el silencio seguía.

Dulkancellin recordó que era día de fiesta. Faltaba muy poco para el amanecer, y un poco menos para que su madre se levantara a encender el fuego y a comenzar con los trajines de la jornada.

Cubierto con un manto de piel, Dulkancellin abandonó la casa con la sensación de que era la segunda vez que lo hacía en el curso de esa noche. Afuera estaba el mundo familiar y el guerrero lo respiró hondo. Un gris opaco aparecía detrás de la noche. Por el sur, cubriéndolo, venía otro gris, macizo como las montañas.

El cabello de Dulkancellin estaba sujeto con un lazo en la parte superior de la cabeza, como lo llevaban los husihuilkes cuando iban a la guerra o cuando adiestraban su cuerpo.

La distancia que lo separaba del bosque le alcanzó para la canción que sólo los guerreros podían cantar. Cantando prometían honrar, cada mañana, la sangre que se había tendido a dormir por la noche y a cambio, suplicaban morir en la pelea.

Cuando Dulkancellin llegó a los grandes árboles se quitó el manto y lo abandonó sobre unas raíces. Comenzó doblándose como una caña nueva, corrió a través de la maleza, saltó la distancia de un jaguar, trepó hasta donde parecía imposible y por último, se sostuvo colgado de una rama hasta que el dolor lo derrumbó. De regreso a la casa, recogió su manto y algunas semillas para masticar.

Desde la muerte de Shampalwe se había vuelto áspero y silencioso. Antes, decían de él que peleaba sin miedo a la muerte. Ahora se lamentaban de verlo pelear sin apego a la vida.

¿Dónde está Kupuka?

Los husihuilkes vivieron en Los Confines, en el sur más remoto de un continente al que sus habitantes llamaron Tierras Fértiles. El país de los guerreros fue un bosque entre las montañas Maduinas y el Lalafke. Un bosque atravesado por ríos caudalosos que subía cipreses hasta la cima de las montañas, y llegaba hasta la playa con laureles y naranjos. El país husihuilke fue un bosque en el sur de la Tierra.

Bastante más al norte de Los Confines, subiendo durante muchas jornadas una ardua pendiente, habitaron los Pastores del Desierto. Un linaje de criadores de llamellos que se extinguió con los últimos oasis. Todavía hacia el norte, y en la otra orilla del continente, vivió el pueblo de los zitzahay. Y más allá de las Colinas del Límite, los Señores del Sol levantaron una civilización de oro. Tal vez, algunos pueblos vivieron y murieron en la cerrazón de la selva madre, sin salir jamás de allí. Y por fin, hubo otros: la gente que habitó donde los mares eran de hielo y el cielo era oscuro, porque el sol se olvidaba de ir.

En Los Confines, Dulkancellin y su familia se acercaban al Valle de los Antepasados la mañana del día que recomenzaban las lluvias.

A mitad del viaje, Thungür pidió permiso a su padre para adelantarse un trecho en el camino. El andar de Kush y de las niñas le resultaba demasiado lerdo, y él no quería desaprovechar aquella mañana. Concedido el deseo el muchacho tomó ventaja y enseguida se perdió de vista.

El lugar exacto donde los husihuilkes iban a reunirse era un espacio casi circular, totalmente cubierto de una hierba rastrera, y contorneado por un crecimiento de grandes hongos blancos. Árboles y malezas se agolpaban alrededor, como para ver la fiesta de los hombres sin trasponer el límite.

Ya casi llegaban cuando vieron que Thungür venía por el camino, en dirección a ellos. Algo traía con él. Algo muy especial, sin duda, porque lo levantaba con todo su brazo estirado y lo agitaba ansiosamente.

—¿Qué trae? ¿Qué habrá encontrado? —se preguntó Kume en voz alta. Y atraído por la ansiedad de su hermano mayor, corrió a encontrarlo.

Piukemán y Kuy-Kuyen lo siguieron de inmediato. Ellos iban adivinando, con la voz entrecortada por la carrera:

colmillos...una piedra azul...un caparazón...pezuñas de lulu. Wilkilén, que corría detrás, gritaba cuanto podía para hacer escuchar su vocecita:

—¡Una naranja! ¡Thungür trae una naranja para mí!

Thungür se había detenido, y los esperaba con su tesoro escondido a las espaldas.

—A ver —pidió Kume.

Pero Thungür movió la cabeza en señal de negación. Kume y Piukemán entendieron que, esa vez, no se trataba de un juego; que no debían rodear a su hermano y marearlo y derribarlo para quitarle por la fuerza lo que ocultaba. Kush y Dulkancellin los alcanzaron en ese momento. Dulkancellin no necesitó ni una sola palabra. Miró a su hijo mayor y esperó para conocer la causa de su miedo. Muy despacio, Thungür separó la mano de su espalda y la llevó hacia adelante. Ante los ojos de todos apareció, por fin, lo que estaba ocultando.

—Era eso —protestó Piukemán, decepcionado—. Una pluma negra que, además, es muy pequeña.

Para él, igual que para las dos niñas, el enigma estaba resuelto. Y perdido todo interés, los tres se desentendieron del asunto. El resto de la familia, en cambio, reconoció de inmediato que se trataba de una pluma de oropéndola. Vieja Kush, Dulkancellin, Kume y Thungür, todos ellos sabían que, según el modo de encontrarla, una pluma de oropéndola tenía su significado. Era un anuncio *del* bosque que no se debía desdeñar.

—¿Cómo la encontraste? —preguntó Dulkancellin, mientras recibía la pluma de la mano temblorosa de Thungür.

—Ya había rodeado el estero. Me faltaba muy poco para llegar a la última bajada, antes del Valle. Y entonces, donde se juntan las encinas viejas, escuché mi nombre. Me tapé los oídos pero volví a escucharlo. Venía desde arriba, desde la copa de una encina que estaba a mi izquierda. Levanté la cabeza y vi caer la pluma. En ese momento, cantó la oropéndola.

—¿Y tú qué hiciste, Thungür? —esta vez fue Kush la que preguntó, acercándose un poco a su nieto. Hacía tiempo que Thungür había sobrepasado a su abuela en altura. Y hacía tiempo, también, que conocía sus deberes.

—Me quedé muy quieto y, sin moverme ni un paso del lugar en el que me había detenido, levanté las manos con las palmas juntas y abiertas.

—Cerraste los ojos... —Kush lo acompañó con un murmullo.

—Cerré los ojos para no buscarla ni esquivarla, y esperé.

Pasó un rato y creí que la pluma ya estaría en la tierra. Pero cuando iba a abrir los ojos, la sentí caer en mis manos. Kush habló otra vez, como si recordara:

—La oropéndola volvió a cantar...

—Así es —dijo Thungür—. Después voló en círculo sobre mi cabeza y se alejó.

El bosque ponía una pluma de oropéndola en manos de un varón husihuilke como forma de anunciarle que, en poco tiempo, recaería sobre él la responsabilidad de procurar sustento y protección a su familia. Esta, de entre sus muchas voces, era la que el bosque elegía para advertir que alguien estaba próximo a dejar su lugar y sus deberes. Y para prevenir a quien debía heredarlos. Esta vez, el mensaje era para Thungür. ¿Qué pasaría con Dulkancellin? ¿Por qué dejaría de estar allí como cada día desde que Thungür tenía memoria? ¿Cómo podría él reemplazar a su padre? Thungür se esforzaba en ocultar el desconsuelo. Pero sus brazos le resultaban muy pesados y sus piernas, demasiado débiles. ¿Qué estaba a punto de ocurrir? ¿Quién le aliviaba la tristeza? ¿Quién le indicaba lo que debía hacer?

Thungür no necesitó decir nada de esto porque, antes de hacerlo, tuvo su respuesta.

—Sigue caminando hacia el Valle. Eso es lo que ahora tienes que hacer —le dijo Dulkancellin.

Thungür dudaba, quieto en su lugar. Entonces Dulkancellin volvió a hablar alzando apenas la voz:

—Vamos, Thungür, sigue caminando.

La familia reanudó la marcha en dirección al Valle de los Antepasados, caminando muy juntos unos de otros. Los más pequeños, que adivinaron en el rostro de los mayores algún suceso fuera de lo común, prefirieron no averiguar de qué se trataba.

Sin embargo, el mismo bosque que ocasionó la pena ayudó a disiparla. El olor de la lluvia cercana y la nitidez con que los árboles se veían detrás del viento les hicieron pensar que cualquier dolor estaba muy lejos. Y a poco de andar, el buen ánimo volvió a los corazones husihuilkes.

Kume tomó una piedra y la arrojó a ras del suelo, tan adelante como pudo. Thungür y Piukemán aceptaron el desafío. Y *los* tres continuaron el viaje corriendo hasta donde las piedras habían llegado, para volver a arrojarlas después de disputarse la victoria.

Kuy-Kuyen y Wilkilén caminaban tomadas de la mano, cantando una canción de cuna. Kush se sonrió de ternura, y revolvió en sus pertenencias hasta encontrar la flauta de caña. Para tocar con mayor comodidad la anciana cargó el morral sobre la espalda y se arremangó hasta los codos el

manto que la cubría. La melodía, sencilla y monótona, se sumó a la tranquilidad recobrada. Vieja Kush disminuía cada vez más el ritmo de la marcha, tan concentrada como estaba en soplar las notas justas. Su hijo y sus nietas retenían el paso con la intención de no distanciarse de ella.

Con andar de flauta llegaron, por fin, a la cima del camino. En Los Confines, el terreno ascendía desde la orilla del mar, a través de las aldeas y del bosque, y acababa fundiéndose *con* las Maduinas. Claro que la pendiente se interrumpía numerosas *veces*. Bajaba hasta un estero o hasta un lago. Caía en seco con un manantial, o se inclinaba suave. Pero siempre volvía a retomar su destino de montaña. Allí donde Dulkancellin y su familia se detuvieron un momento, antes de recorrer el último tramo, el terreno iniciaba su descenso al valle. También los árboles bajaban un poco, hasta que el círculo de hongos blancos los detenía.

Gente de todas las aldeas llegaba al lugar. La mayoría venía en grupos numerosos por cualquiera de los tres caminos principales. Algunas familias llegaban solas debido a un retraso en la partida o a la ubicación de sus casas, que les facilitaba la entrada por un atajo. La familia de Dulkancellin se contaba entre estas últimas. También ellos habían tomado una senda que acortaba el camino al Valle de los Antepasados.

A medida que iban llegando, los husihuilkes descargaban sus morrales y se ponían a saludar parientes por todo el valle. Entre ellos había quienes se veían con frecuencia; pero muchos otros lo hacían, solamente, en días excepcionales. Hombres y mujeres se agrupaban en rondas diferentes, igual que se repartían las habilidades y los trabajos.

Apenas vieron acercarse a Dulkancellin, varios guerreros se adelantaron a recibirlo. Las mujeres rodearon a Vieja Kush, que saludó a las casadas con un beso en cada mejilla y a las solteras con una palmada en la frente.

La gente de Los Confines amaba a sus ancianos. Y Vieja Kush lo era más que nadie. Quienes crecieron a su par habían muerto años atrás, mientras que ella seguía recorriendo el bosque.

—Me dejaron aquí olvidada — decía Kush cada vez que se hablaba del asunto —. Y debe ser porque no hago ruido.

Vieja Kush tuvo a su hijo muy tardíamente, cuando ya nadie lo creía posible. En esa ocasión, los husihuilkes hablaron de un prodigio.

—Es un don que la vida le da a Kush por ser de corazón suave y manos ásperas —así se murmuró, durante largo tiempo, en Los Confines.

La reunión se animaba. Desde Paso de los Remolinos y

Las Perdices, desde Los Corales, desde las aldeas que estaban al norte del río Nubloso y, más lejos, desde Wilú-Wilú iban bajando los husihuilkes.

La mayor parte hacía todo el camino a pie. Los que vivían del otro lado del río dejaban sus canoas amarradas en la orilla, y después caminaban hasta el Valle de los Antepasados. Sólo unos pocos, especialmente los que venían de las aldeas altas, llegaban montados en llamellos.

Gente de una tierra asombrosamente abundante, los husihuilkes preveían su sustento tanto como los animales del bosque preveían el suyo. Era seguro que los manzanos repetirían cada año sus manzanas, que los animales de caza procrearían a su tiempo, que un solo zapallo guardaba las semillas de muchos otros. Y a nadie se le ocurría pensar que semejante previsión pudiera mejorarse.

Como excepción, un poco antes del comienzo de las lluvias los husihuilkes acopiaban más de lo habitual para poder afrontar los largos días de aislamiento, cuando el mar y la tierra se volvían hacia adentro y el bosque mezquinaba sus bienes. Hombres y mujeres redoblaban su esfuerzo. Cazaban o hilaban, amasaban arcilla, curtían pieles y tejían cestos. Unos pescaban y guardaban la pesca en sal, otros secaban fruta. Pero ninguno aprovisionaba para sí otra cosa que lo indispensable. El sobrante se trocaba en el Valle de los Antepasados. Así, la abundancia de una aldea compensaba la escasez de otra. Y las habilidades de cada uno resultaban provechosas para todos.

Los habitantes de Wilú-Wilú obtenían valiosas piedras de las montañas: pedernal para encender los fuegos y sílex para fabricar hachas y puntas de flecha. Pero a cambio, necesitaban la sal y los peces desecados que la gente de Los Corales acarrea en cestos de junco. Los cestos se fabricaban en las aldeas que estaban a orillas de El Nubloso, donde los juncos crecían como plaga. Allí también modelaban recipientes de barro cocido: cántaros, vasijas, y unas pequeñas tinajas muy apreciadas en Hierbas Dulces, porque en ellas guardaban los colmeneros la miel roja de sus panales. Las mujeres de Paso de los Remolinos, célebres tejedoras, llevaban mantos y paños de lana que resultaban imprescindibles en los inviernos a orillas del mar para los pescadores de Los Corales.

Los bienes se depositaban en hileras que los husihuilkes recorrían sin apresuramiento. Como cada aldea conocía las necesidades de las demás, y como en todas ellas se tenía en cuenta los hechos desacostumbrados que, para bien o para mal, hubieran alterado la vida de sus vecinos, la mayoría de los intercambios eran predecibles y se repetían con pocas

variaciones de año en año.

Aquella vez, Kush había llevado tres mantas de lana teñidas de color verde y adornadas con guardas rojas y amarillas. A cambio de ellas, eligió un vaso para moler maíz, cuero para renovar las botas de los varones, hierbas medicinales y algo de pescado seco.

Terminado el tiempo de dar y recibir, Vieja Kush, igual que el resto de las mujeres, se ocupó en los preparativos de la comida.

Los músicos, ubicados en diferentes lugares del valle, recibían la visita de pequeños grupos que se cruzaban yendo de un instrumento a otro. Los que venían de escuchar el sonido oscuro del tambor caminaban ensimismados. Otros todavía bailaban los sones del racimo de calabazas secas. Las trenzas de junco engomadas demoraban en callarse. Por eso, la gente a su alrededor recordaba tiempos pasados. Solamente el flautista no se quedaba quieto. Daba vueltas al valle, una y otra vez, tocando su canción. Detrás suyo, el cortejo se renovaba a cada vuelta.

Cuando la flauta pasó frente a Kush, la anciana abandonó un momento su tarea para saludarla.

—Ven a cantar conmigo, Vieja Kush —le dijo la flauta.

—No te falta compañía, silbadora —respondió Kush—. Mejor sigo con mis quehaceres.

La anciana levantó la mano en señal de saludo y volvió a concentrarse en acomodar palmitos en una corteza. Apenas la tuvo lista, llamó a su nieta mayor:

—¡Kuy-Kuyen, ven aquí! —la niña llegó enseguida y Kush continuó: Llévate esta bandeja para convidar y, cuando se vacíe, regresa por más. Antes, saca uno para ti.

Kuy-Kuyen tomó un palmito y lo mordió con gusto. Por allí cerca, Wilkilén había estado mirando.

—¡Abuela Kush! Dame algo para el convite —pidió la niña.

—Ven aquí que te acomodo un poco la ropa —dijo su abuela. Le ajustó las tiras que sostenían la botitas de piel, acomodó el gorro con orejeras que le enmarcaba el rostro con flecos de colores y se aseguró, especialmente, de que la capa estuviese bien cerrada. Mientras tanto, Wilkilén miraba el viento arriba del valle y, por imitarlo, soplaba con fuerza y balanceaba los brazos como si fueran ramas.

—Podría terminar más rápido si te quedaras quieta —le dijo Kush.

Wilkilén trajo del cielo una mirada pensativa.

—Era para saber si la gente se cansa de ser viento —y bajando los brazos, agregó:- sí, se cansa.

Vieja Kush miró a su nieta, y la pluma de oropéndola le volvió al recuerdo. Abrazó fuerte a la pequeña. Le besó las

mejillas heladas buscando atenuar la inquietud que había vuelto a sorprenderla. Y de inmediato, se ocupó de satisfacerle el deseo.

—Veamos qué puedo darte —murmuró un poco para sí, un poco para la niña. Finalmente eligió una vasija de tamaño regular donde había preparado una crema espesa de nueces y hierbas, buena para untar el pan.

—Llévalo así para que puedan servirse —dijo, al mismo tiempo que hundía en la crema pequeñas paletas de madera—. Será bien recibido.

Wilkilén partió con la vasija, atenta a sus propios pasos. Vieja Kush la acompañó con la mirada y, cuando casi la perdía de vista, vio llegar a Dulkancellin.

Su hijo venía a buscarla, pues juntos debían ir a saludar a los parientes de Shampalwe que habían venido desde Wilú-Wilú.

—¿Estás lista, Kush? —le preguntó.

— Sí. Toma de ese morral unos obsequios que les he traído y vamos para allá.

Partieron en silencio. A ninguno de los dos le resultaba sencillo volver a ver los ojos de Shampalwe en los de sus hermanos. Sin embargo, la fiesta del Valle era una de las pocas ocasiones en que los parientes podían abrazar a los niños, y conocer las novedades. Wilú-Wilú quedaba al pie de las montañas Maduinas, lejos de Paso de los Remolinos. Por esta razón, muy pocas veces durante el año los parientes volvían a reunirse.

El cielo se oscurecía rápidamente y el aire se enfriaba. Cobijados en el valle, los husihuilkes miraban el viento sobre sus cabezas, como antes Wilkilén lo había hecho, y vaticinaban un difícil regreso a sus casas. La fiesta ya no tardaría en terminar y una sola pregunta andaba de boca en boca: ¿Dónde está Kupuka?

Kupuka no estaba en el Valle de los Antepasados. El Brujo de la Tierra, el que veía más lejos que nadie y conocía el idioma del tambor no llegaba, como era su costumbre, cargando un morral lleno de misterios para recibir junto a ellos la lluvia nueva. Con una sorda sensación de soledad, los husihuilkes se preguntaban cuál sería la causa de su ausencia.

Alguien que no pensaba en Kupuka pasó a través de la pregunta repetida, casi sin escucharla. Caminó tratando de hacerse invisible, atravesó la línea de los hongos blancos y siguió más allá. Tomó el camino del oeste, cuesta arriba, hasta donde se bifurcaba por primera vez en un sendero angosto. Este sendero, que se apartaba del camino principal, abandonaba también el ascenso para volver a bajar con una

pendiente muy pronunciada. Cuando el sigiloso llegó allí empezó a descender con una velocidad sorprendente, andando de costado y compensando el declive con su cuerpo. Pero, enseguida, una voz familiar lo llamó:

—¡Piukemán! ¡Piukemán, espérame!

Un poco sorprendido, pero mucho más, enojado, Piukemán se detuvo y miró hacia atrás. Wilkilén lo había seguido y estaba bajando por el sendero casi sentada para no caerse. Piukemán volvió sobre sus pasos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Wilkilén? —gritó furioso— ¡Siempre estropeas todo!

—Yo no... —intentó decir la niña. Pero Piukemán la interrumpió:

—¡Ahora no digas nada!

Los ojos negros de Wilkilén se llenaron de lágrimas y, como siempre que estaba triste, se puso a jugar con sus trenzas.

—¡Y tampoco llores!

Entonces, justo entonces, Wilkilén se puso a llorar porque Piukemán era su hermano querido, y nunca antes la había tratado de esa manera.

Pero Piukemán ya no la miraba. Estaba tratando de decidir si regresaba con ella al Valle de los Antepasados, o si la llevaba de compañera en la desobediencia. No podía dejarla volver sola. Pero si abandonaba aquella oportunidad tendría que esperar hasta la fiesta del sol, y eso parecía demasiado. Tomó a Wilkilén de la mano y reanudó la marcha hacia abajo.

El sendero que seguían los hermanos era el único que llegaba hasta la Puerta de la Lechuza, más allá de la cual estaba prohibido el paso.

Piukemán era, entre los varones, el más parecido a su madre. De ella le venía esa urgente curiosidad por todas las cosas. Shampalwe había pagado con su vida el interés por las extrañas flores de la cueva. A su tiempo, también Piukemán pagaría un alto precio. Desde que tuvo suficiente entendimiento, empezó a preguntar qué había del otro lado de la Puerta, y quién prohibía a los husihuilkes llegar allí. Pero nunca, hasta ese momento, había obtenido respuestas. Finalmente decidió averiguarlo por sí mismo. Dos veces, en celebraciones pasadas, había abandonado el Valle de los Antepasados y recorrido el sendero hasta el límite de lo permitido. Y las dos veces fue mayor el miedo y regresó sin atreverse a quebrantar la inmemorial prohibición. Piukemán tenía vividas once temporadas de lluvia, y no estaba dispuesto a dejar que pasara otra sin atreverse a cruzar la Puerta de la Lechuza. No llegarían a tres sus derrotas. La

ocurrencia de Wilkilén consiguió hacerlo vacilar. Pero incapaz de resignarse a ser vencido nuevamente, resolvió seguir adelante aunque tuviera que llevar de la mano a su hermana menor.

El atajo abrupto y estrecho que descendieron con bastante dificultad, los dejó en un bajo donde la luz apenas llegaba. El aire de aquel lugar, muy frío y espeso de humedad, punzaba en la respiración. Una capa de hojas que por partes se engrosaba considerablemente, sostenía el paso de los niños, permitiéndoles avanzar sin embarrarse. Al pie de los árboles se multiplicaban las especies de la sombra. Plantas rastreras, hongos, y pequeños gusanos que aparecían por montones bajo cada piedra desplazada eran la más visible manifestación de la vida. Piukemán ya había estado allí, por eso marchó directamente a reencontrarse con el sendero aunque parecía como intencional-mente disimulado. Anduvieron un trecho en línea zigzagueante y apretada de vegetación, cada vez más adentro de aquella hondonada oscura. Los dos hermanos avanzaban tiritando y golpeando los dientes. Ni siquiera los mantos que llevaban bien ceñidos al cuerpo les servían de mucho porque el frío mojado les estaba trepando por los pies. De pronto, el camino se enderezó y el espacio se despejó de maleza. Habían llegado a la Puerta de la Lechuza.

Frente a ellos se alzaban dos árboles enormes, separados uno del otro la medida de un hombre con los brazos abiertos. Desde cierta distancia, se veía con claridad que el espacio entre los troncos tenía la forma de una lechuza. Wilkilén y Piukemán se quedaron inmóviles mirando la silueta del ave de los muchos nombres, pariente de los Brujos de la Tierra.

Piukemán fue el primero en reponerse y, con un gesto que intentó ser desafiante, le indicó a su hermana que iban a seguir avanzando. Se apretaron la mano con fuerza y caminaron hasta la Puerta de la Lechuza. La cercanía les desdibujó el contorno del ave, y con las cosas así facilitadas atravesaron la puerta prohibida.

Piukemán quería silbar para ayudar al buen ánimo, pero no había forma de que el silbido saliera sin quebrarse. Ni siquiera Wilkilén, entusiasta en las conversaciones, pronunciaba palabra. Y aunque a su alrededor todo parecía habitual, nunca antes el bosque los había puesto tristes como estaban.

Como sea, no alcanzaron a internarse demasiado en el lugar porque tras una curva, en un claro al costado del camino, encontraron a Kupuka. El Brujo no pareció escucharlos. Estaba de espaldas a ellos sentado en cuclillas. Una

mano sostenía una rama con forma de serpiente, y la otra dibujaba en la tierra algo que los niños no alcanzaban a ver. Su cabello blanco caía desgajado sobre la espalda. Y por debajo de la piel de venado que lo cubría, asomaban sus plantas descalzas, duras de caminar el bosque y las montañas.

Los dos hermanos se escondieron detrás de un arbusto, temerosos de la reacción de Kupuka si los descubría dentro del lugar negado. El Brujo de la Tierra estaba repitiendo una letanía sagrada. Cuando terminó, giró la cabeza hacia el lado del corazón de modo que se descubrió el perfil de su rostro. En cuanto lo vieron, Piukemán y Wilkilén notaron algo diferente. Aquél que vieron no era el rostro de Kupuka tal como ellos lo conocían. El cambio resultaba confuso pero no por eso menos terrible. La nariz, muy dilatada y hacia arriba, latía de un modo extraño. El mentón se estiraba un poco hacia adelante y su respiración tenía filamentos de colores. Si hubieran podido mover las piernas habrían salido corriendo de allí, sin parar hasta el regazo de Kush. Pero las piernas querían quedarse. De repente, Kupuka dio un aullido y, de un salto, se puso de pie. Cantó alto palabras de otra lengua. Y, frente a los dos que miraban congelados de espanto, se puso a dar giros con un pie fijo y el otro pie coceando la tierra.

La cara de Kupuka aparecía transformada en cada uno de esos giros. Su voz, en cambio, seguía siendo la misma y seguía cantando, aunque se oía llegar desde un lugar muy alejado. En el primer giro, la cara estaba levemente emplumada. Después tuvo hocico de liebre, sacó lengua de lagarto y se detuvo, olisqueando el aire, con colmillos de gato salvaje.

Piukemán no podía pensar. Wilkilén no podía llorar. Así estuvieron hasta que un dolor intenso los arrancó de la fascinación que los tenía atrapados. Eran hormigas rojas que se habían encaramado por sus botas y estaban picándoles las piernas con furia. Reteniendo el grito se pusieron a quitárselas con urgencia y, por un breve momento, se olvidaron de Kupuka.

Antes de que pudieran acabar de quitarse las diminutas dañinas que se les escabullían por todo el cuerpo, escucharon un sonido que los apuró a erguirse. Entre el cielo y sus cabezas revoloteaba una mancha creciente de mariposas blancas que parecían venir de la nada; como si pasaran de no existir a existir a través de un agujero del aire. Igual que en respuesta a una orden de ataque, la multitud de mariposas voló sobre ellos. Cientos y cientos de alas que se abalanzaron rabiosas contras sus rostros. Tantas alas, que

cubrieron por completo el claro del bosque donde Kupuka cumplía sus oficios de Brujo.

Piukemán y Wilkilén retrocedieron dando manotazos para apartar el enjambre, pero era muy poco lo que lograban quitarse de encima. En poco tiempo eran dos siluetas cubiertas de mariposas con manos cubiertas de mariposas que no les servían para limpiarse el rostro. Vacilante y casi enceguecido por el aleteo, Piukemán buscó a Wilkilén. La pequeña se había apartado de él en su afán de deshacerse del ataque. Cuando la tuvo a su alcance tomó a su hermana en brazos y la resguardó contra el pecho. Entonces sí, corrió cuanto pudo... Pobre Piukemán corrió como pudo, perseguido por un viento de alas blancas, hasta cruzar la Puerta de la Lechuza.

Ni una sola mariposa traspuso el límite de la Puerta. Se detuvieron allí, colgadas del cielo, y después regresaron sobre su vuelo. Apenas Piukemán estuvo seguro de que no volverían, bajó despacio a Wilkilén y él mismo se dejó caer para descansar un poco. Dos o tres respiraciones profundas, antes de volver a caminar, les devolvieron el aire perdido. A pocos pasos en dirección al Valle, Piukemán miró hacia atrás. De árbol a árbol, la Puerta de la Lechuza estaba totalmente cubierta por una intrincada telaraña que le llevaría a su dueña varios días de trabajo. A pesar de que no pudo comprender aquel suceso, Piukemán sintió alivio. Tal vez nunca habían estado del otro lado.

El resto del camino fue sencillo. Reconfortados por el regreso, ni siquiera temían el enojo de Dulkancellin por la ausencia que, seguramente, ya habría notado.

Los devolvió el mismo sendero. La fiesta seguía. Y ellos se metieron entre la gente con la cabeza baja, avergonzados de sólo imaginar que ya todos conocían la desobediencia. Andando así, tropezaron con su abuela y su padre. Piukemán y Wilkilén fueron levantando la vista, demostrándose en encontrar los ojos relampagueantes de Dulkancellin y la mirada triste de Vieja Kush. Una nueva sorpresa les aguardaba: ambos los miraban sonrientes.

—Veníamos buscándolos. Debemos ir juntos a saludar a los parientes de mamá Shampalwe —dijo Kush.

—Allí está Kuy-Kuyen —dijo Dulkancellin, señalando—. Adelántense con ella. Yo voy a buscar a Kume y a Thungür.

Piukemán y Wilkilén no hicieron más que asentir y obedecer.

Un rato después, la fiesta terminaba. Las familias cargaban sus cosas y se despedían. Bajo el cielo encapotado, los husihuilkes marchaban a encontrarse con el viento helado que venía del mar y ladeaba el bosque hacia las montañas.

El Valle de los Antepasados quedaba solo hasta el próximo día claro. Sin más habitantes que las almas.

Un hombre abandonaba Beleram al amanecer. A esas horas la ciudad ya estaba en pleno movimiento. Algunos sirvientes de la Casa de las Estrellas alisaban el terreno de juegos, y los vendedores rezagados acarreaban sus productos, cuesta abajo y de prisa, por las callejuelas que desembocaban en el mercado. Los sabrosos olores de los puestos de comida saturaban el aire. En uno de ellos, el hombre se detuvo a comprar una tortilla envuelta en hojas. Olfía especialmente bien y le costó unas pocas almendras de oacal. Aquella pausa prematura no estaba contemplada en el riguroso itinerario que los Supremos Astrónomos le habían trazado, pero ¡cuántas veces el recuerdo de ese sabor le devolvió la entereza para seguir el camino!

Muchas personas lo conocían en Beleram, y varias de ellas lo saludaron al pasar. Su equipaje decía a las claras que salía de viaje. El hombre dejó la Casa de las Estrellas con la mitad, y menos, de lo que atesoraba cuando llegó: una bolsa repleta de objetos insólitos, además de los muchos que llevaba encima. Los Supremos Astrónomos le exigieron reducir la carga. Y a pesar de las sensatas razones con que él intentó demostrarles la utilidad de cada una de sus pertenencias, tuvo que resignarse a prescindir de muchas y fantásticas cosas. "¡Recuérdeme que las reclame a mi regreso!", se fue protestando. Su equipaje, por menguado que estuviese, era suficiente para delatar el viaje. Sin embargo, ninguno de los muchos que lo vieron pasar se ocuparon de averiguar la causa ni el rumbo. Ir y volver era lo que él siempre hacía.

La primera parte del viaje fue desandar lo que pocos días atrás había andado. Atravesó la plaza y el terreno de juegos, bajó por la calle del mercado, dejó atrás el naranjal y las primeras poblaciones. "¡Adiós, Beleram!", dijo sin volverse a mirar. "Aprovecharé el largo camino para hacerte una canción!"

Pasó el puente que cruzaba sobre el río, y siguió hasta Amarilla del Ciempiés. De Amarilla del Ciempiés caminó hasta los Montes Ceremoniales, los atravesó por un atajo difícil. Y entonces sí, elogió el paisaje con toda su voz. "¡He llegado al valle más hermoso del mundo!" Trece veces Siete Mil Pájaros, así se llamaba el sitio. "Perfumado como pocos, musical como ninguno de los muchos que me ha tocado oír". El viajero hubiera querido demorarse allí

algunos cuantos días, pero sabía que no era posible. Continuó su marcha en dirección al mar, y un buen día se halló descendiendo las dunas de arena.

Los Astrónomos le habían ordenado que aguardase en la orilla la llegada de las mujeres-peces. Y las mujeres-peces vinieron desde el atardecer. Traían una pequeña embarcación que dejaron cerca de la costa, donde el viajero pudo alcanzarla sin dificultad. El viento venía con ellas, por eso el cabello les revoloteaba delante. Después les revoloteaba a las espaldas, cuando se volvieron en dirección al atardecer; y el viento, no.

La barca no se diferenciaba en nada de la que cualquier zitzahay podía construir con algunos haces de totora y unos pocos secretos. Dentro de la barca, había un par de remos y una generosa ración de víveres. El sol alumbró de nuevo y, aunque el aire se había quietado, el hombre zitzahay se dispuso a zarpar. "¡Adiós, mi Comarca Aislada! Estaré tan lejos de tus estrellas, como nunca antes lo estuve".

Navegó por la Mansa Lalafke porque allí el mar se estaba quieto, ceñido entre orillas. Cortar camino por aquella bahía le ahorró al viajero muchas jornadas. El camino por tierra era largo y muy escarpado donde se confundía *con* las últimas estribaciones de las Maduinas.

A partir de la mañana en que desembarcó, las cosas para él tuvieron que cambiar. Desde ese preciso instante, aquel viaje debía tornarse migaja y silencio para que un secreto siguiera resguardado. ¡Nadie debía ver a un zitzahay caminando esos lados del continente! Por *eso*, el viajero agradeció a la barca que lo había transportado, y luego la destruyó hasta las huellas.

Cualquiera que quisiese llegar a Los Confines por el norte, se veía obligado a atravesar el país de los Pastores del Desierto. Los Astrónomos le indicaron caminar sin perder la orilla del Lalafke. De esa forma, evitaría ser visto; porque los Pastores jamás se acercaban al mar. "Por supuesto que así lo hice. Caminé sobre el trazo de los Astrónomos y, hasta donde sé, no me vieron ojos humanos".

Dijo después, en cada ocasión que narró el viaje, no una sino muchas *veces*.

Dijo "ojos humanos" porque desde que pisó la Tierra sin Sombra un águila lo anduvo rondando. A veces, desaparecía... En una ocasión lo hizo durante toda una jornada, pero siempre regresó. El hombre se alegraba de verla nuevamente, volando alto sobre su cabeza. "Me alegraba como al ver la propia casa cuando uno vuelve bajo los relámpagos". ¡Y claro que tenía motivos para la alegría! Viajando solo y por tierras extrañas no es difícil perder el rumbo,

confundir una referencia, desconcertarse en la llanura o en la encrucijada. Siempre que eso sucedía, el ave bajaba graznando. Y con su vuelo, ida y vuelta entre un viajero desconcertado y el camino certero, indicaba por donde continuar. Además, el águila acostumbraba traer en su pico unas hojas carnosas, llenas de jugo reconfortante, que aumentaron la reducida provisión de agua que únicamente podía renovarse en los pocos oasis cercanos a la costa.

Así anduvieron interminables jornadas. "Ella por el cielo, yo por el arenal; y nunca al revés".

Aquel desierto parecía no tener fin. Días de penoso calor, noches heladas. Días y noches, noches y días, y el paisaje siempre idéntico. De tanto en tanto, el que andaba solo por el desierto tiraba un guijarro delante de sí para convencerse de que estaba avanzando. "Has alcanzado el guijarro que tiraste. Serénate, estás caminando. Y con un poco de fortuna, será en la dirección correcta", así decía para su propio consuelo.

Los Supremos Astrónomos le habían enseñado a ordenar el esfuerzo y el descanso, a fin de soportar el desierto. Mientras estuviese en la Tierra sin Sombra, debía iniciar su marcha al atardecer. "Envolverme en mi manta y caminar. Ganar terreno durante la noche y en las horas tempranas de la mañana, porque apenas el sol se alzaba debía armar mi toldo a la mezquina sombra de los espinos, beber mi agua y dormir. Dormir y despertar con cielo rojizo, sumergirme en el mar, comer mi vianda y proseguir el viaje".

Con frecuencia, en medio de la noche, se alzaba un viento lleno de arena, lastimador. ¡Ni pensar en seguir! Los ojos cerrados, la boca apretada y agazapado bajo su manta, se quedaba añorando el aroma de aquella tortilla envuelta en hojas, y esperando a que el viento amainase. Eso sucedía de a poco. Las ráfagas se demoraban en llegar y azotaban menos, la arena volvía a la arena. Y recién entonces, a la cola del viento, podía reanudar la marcha.

"¡Extraño país es la Tierra sin Sombra, donde el mar y el desierto se encuentran en la costa y no se sabe cuál muere y cuál mata!"

Pero un amanecer, un día antes de que su correa tuviera ciento cuarenta marcas, llegó al Pantanoso. El viajero sabía que después de aquel río estaría pisando Los Confines, tierra habitada por los husihuilkes. El aire se sentía diferente, y la vegetación empezaba a aparecer en manchones dispersos.

Para poder cruzar el Pantanoso debió alejarse de la desembocadura, que no era sino una extensa ciénaga que se metía en el mar. De haber seguido por allí, seguramente el

lodo se lo hubiera tragado. El mapa de viaje le indicaba caminar tierra adentro. Y aunque aquello también tenía sus riesgos, no eran ni tan fatales ni tan ciertos como los que deparaba el lodazal. Alejarse del mar significaba exponerse a ser visto por los Pastores, que sí frecuentaban los parajes del Pantanoso. Los hombres del desierto llevaban sus animales hasta allí para que bebieran y pastaran. O bien atravesaban el río para comerciar en Los Confines. Los llamellos eran muy apreciados en algunas aldeas hu-sihuilkes, y *los* Pastores los dejaban a cambio de harina, hierbas medicinales y otros de los tantos bienes que no podían obtener en sus oasis. Como fuera, las posibilidades de ser descubierto se acrecentaban, utilizando el mismo puente por el que los Pastores iban y venían con sus mercancías.

El viajero recién iniciaba el cruce, cuando el águila se puso a graznar insistentemente volando a su alrededor. ¿Qué estaba tratando de decirle? Esta vez, no podía haber equivocado el rumbo. El río era el río. El puente era el puente y tenía sólo dos direcciones: hacia el sur estaba su destino final, hacia el norte estaba el regreso. "¡Amiga, no pretenderás que vuelva al desierto!" Giró siguiéndole el vuelo, y enseguida comprendió cuál era la causa de tanto graznido y tanto aleteo. Un gran rebaño de llamellos avanzaba en dirección al Pantanoso. Apenas si se distinguían los primeros animales; el resto del rebaño era una mancha, pero donde hay llamellos, hay Pastores. Y como, por las inmediaciones, no se veían ni matas suficientemente grandes, ni mucho menos árboles detrás de los cuales acuitarse, el hombre decidió que era urgente redoblar la ventaja que les llevaba y se puso a caminar con toda la rapidez de sus cortas piernas.

Por no pensar en el cansancio, se puso a pensar en los llamellos. De tanto pensar, terminó preguntándose cuál sería la suerte de esas enormes bestias rojizas en la selva de la Comarca Aislada. ¿Cómo avanzarían entre la maraña con sus cuerpos pesados y sus largas patas? No podían trepar ni volar; tampoco adelgazarse como el jaguar, o arrastrarse como la víbora. Los imaginó irremediablemente enredados y añorando sus extensos territorios de arena. Pero justamente entonces reparó en su propio enredo y en su propia añoranza. "¿Qué dices de ti, zitzahay? ¿No es la selva tu territorio y, a pesar de eso, acabas de atravesar el desierto?"

Acababa de atravesarlo, ¡claro que sí! Disfrute su primer paso fuera del puente, y miró hacia arriba en busca del águila. Quería pedirle que se riera con él, pero 10 pudo

encontrarla. Al fin, de puro contento, se rió solo.

Detrás de él, quedaron la desolación, el Pantanoso y los rebaños de llamellos. El bosque se veía cercano. Y con el bosque, aparecía la promesa de un viaje más grato.

Siguió andando. Al poco tiempo notó que el águila no lo había seguido; pero entonces no se preocupó porque, ya lo sabía de sobra, era su costumbre desaparecer. Cuando arribó a las primeras sombras ciertas comenzó a buscarla. Miró tanto al cielo que la confundió con otros pájaros. Por culpa de llevar los ojos hacia arriba, tropezó con cuanto obstáculo había en el camino. Dijo "águila" bajito porque no podía gritar. Dijo "amiga". Buscó y buscó, hasta que comprendió que el águila se había quedado en el desierto. "¡Y yo, pensando en los llamellos!" A pesar de la benevolencia del bosque, no pudo olvidarla. "Vean que aún no he podido".

Nadie fue enviado en lugar del ave para brindarle ayuda. O al menos, él no lo advirtió. Y aunque anhelaba tener alguien con quien conversar, lo cierto es que, cruzando el Pantanoso, el viaje se hizo tan fácil que no necesitó socorro. El camino elegido lo mantuvo a buena distancia de las regiones donde se enclavaban las aldeas de los guerreros del sur. El resto lo hicieron su oído, su olfato y su habilidad para caminar sin ruido. "¡Ignoro si las estrellas me asistieron!"

Por esquivar las poblaciones husihuilkes tuvo que seguir una ruta enrevesada, llena de desvíos, serpenteos y contramarchas. Sin embargo, jamás equivocó sus pasos. En Los Confines los indicadores del rumbo resultaron ser inconfundibles. ¡Cuánto más que en la Tierra sin Sombra! Allí no había otra cosa que las Maduinas al este, el Lalafke al oeste, y siempre arena. En cambio, en el bosque de Los Confines era imposible no advertir la gran cascada o el estero que señalaban cómo continuar. Era imposible extraviarse en un lugar donde cada cosa parecía un gesto que apuntaba al buen camino. Ríos que se derrumbaban hacia el oeste, un enorme cipresal quemado por el fuego del rayo, lagunas gemelas, surgentes, extensiones de lava, cavernas... "Tanto me guió el paisaje que, como hacía en mi tierra, caminé cantando", contó después.

—¿Por qué se rascan las piernas de esa forma? —preguntó Kume a sus hermanos.

Los dos que creían estar disimulando con suerte la comezón y el dolor persistentes de las picaduras se miraron sin saber qué contestar. No se atrevían a decir la verdad, y tampoco tenían ánimo suficiente para inventar una excusa. Así que siguieron caminando sin dar señales de haber escuchado la pregunta. Ante aquel silencio, Kume se encogió de hombros y los dejó de lado.

Si en su lugar, Thungür o Kuy-Kuyen hubiesen notado el hecho, habrían insistido con terquedad hasta arrancarles una respuesta. Pero Kume era de carácter taciturno. Pasaba largas horas sin ninguna compañía y, desde su soledad, miraba el mundo con un sentimiento repartido entre la melancolía y la hostilidad. No era de extrañar, entonces, que optara por alejarse de allí sin repetir la pregunta. Después, cayó en uno de esos estados de reconcentración que todos conocían y nadie intentaba alterar. En silencio y un poco rezagado, caminó hasta la casa.

—¡Aquí estamos por fin! —dijo Vieja Kush—. Quítense los mantos y vayan cerca del fuego. Yo voy a preparar agua de menta con miel para olvidar el frío.

Dulkancellin colgaba su abrigo cuando vio la caja de madera labrada que aparecía con la lluvia y desaparecía con el sol. Sonrió para sí y levantó la voz hablándole a Kush que trabajaba en el fuego:

—¿Qué sacarás esta vez de tu baúl?

—Quién puede saberlo —respondió su madre.

—Ojalá saques el peine de Shampalwe —intervino Kuy-Kuyen—. Así nos cuentas, de nuevo, cómo fue su boda.

—No —dijo Thungür, frotándose las manos cerca del fuego—. Mejor que saque la piedra roja del volcán para que nos cuente del día que se abrió la tierra y los lagos tenían burbujas de calor.—Sea lo que sea les contaré una historia...

Cada familia husihuilke conservaba un cofre, heredado por generaciones, que los mayores tenían consigo. Aunque tenía algo *menos* de dos palmos de altura, y un niño pequeño podía rodearlo con sus brazos, en él se guardaban recuerdos de todo *lo* importante que había ocurrido a la gente del linaje familiar a través del tiempo. Cuando llegaban las noches de contar historias, volteaban el cofre haciéndolo dar cuatro tumbos completos: primero hacia

adelante, después hacia atrás y, finalmente, hacia cada costado. Entonces, el más anciano sacaba del cofre lo primero que su mano tocaba, sin vacilar ni elegir. Y aquel objeto, evocador de un recuerdo, le señalaba la historia que ese año debía relatar. A veces se trataba de hechos que no habían presenciado porque eran mucho más viejos que ellos mismos. Sin embargo, lo narraban con la nitidez del que estuvo allí. Y de la misma forma, se grababa en la memoria de quienes tendrían que contarlo, años después.

Los husihuilkes decían que la Gran Sabiduría guiaba la mano del anciano para que su voz trajera desde la memoria aquello que era necesario volver a recordar. Algunas historias se repetían incansablemente. Algunas se relataban por única vez en el paso de una generación; y otras, quizás, nunca serían contadas.

—Pienso en las viejas historias que quedaron para siempre dentro del cofre —dijo Thungür—. Si nadie las contó, nadie las oyó. Y si nadie las oyó...

—Nadie las recuerda —completó Kush, que llegaba con su vasija cargada de menta dulce—. Siempre repites lo mismo y me obligas a repetir a mí. ¡Tantas veces te lo he dicho! Cuando algo ciertamente grande ocurre suelen ser muchos los ojos que lo están viendo. Y muchas las lenguas que saldrán a contarlo. Entonces, recuerda esto, las viejas historias que jamás se cuenten alrededor de un fuego, alrededor de otro se contarán. Y los recuerdos que un linaje ha perdido viven en las casas de otro linaje.

Kush arrastró una alfombra de cuero para sentarse junto al calor.

Durante un momento, todos permanecieron callados. Luego Dulkancellin habló:

—Thungür piensa en las historias del cofre. Y yo pienso en Kupuka...

Wilkilén y Piukemán se sobresaltaron al oír el nombre del Brujo.

—Me pregunto por qué no estuvo entre nosotros —continuó diciendo Dulkancellin—. ¿Qué pudo ser más importante que la reunión del Valle?

—Muchas son las cosas que han pasado —dijo Kush, decidida a comunicar su incertidumbre—. Demasiadas, para no verlas. El extraño comportamiento de los lulus, los tambores del bosque, la pluma de oropéndola y la ausencia de Kupuka son hilos del mismo telar.

Dulkancellin miró a sus cinco hijos. Por su cabeza pasó el sueño de la noche anterior. "Vieja Kush, aquí tengo otro hilo de la trama de tu telar", pensó.

Un silencio más prolongado que el anterior los dejó solos

con sus pensamientos. Kuy-Kuyen pensaba en su madre. Thungür, en el anuncio de la oropéndola. Kume pensaba en Kume. Dulkancellin pensaba en los husihuilkes; y Kush, en los primeros padres de su linaje. Piukemán pensaba en Kupuka y Wilkilén dormía... Hasta que llamaron a la puerta con un golpe fuerte y seco.

—Es Kupuka —dijo Kush, asombrada.

—Es Kupuka —repitieron los demás en un susurro. La manera de golpear la puerta no dejaba lugar a dudas.

Con unos pocos largos pasos, Dulkancellin atravesó la habitación. Quitó la tranca de la puerta y dejó entrar al Brujo de la Tierra. Toda la familia se había puesto de pie para recibirlo. Todos, menos Wilkilén. La pequeña, convencida de que Kupuka venía a recriminarles la desobediencia, se ocultó detrás de la pila de mantas. Nadie notó el movimiento. Y Wilkilén se quedó allí, ovillada en su miedo.

Kupuka puso a un lado el morral y el bastón. Estaba visiblemente cansado, con un cansancio viejo que cerraba más de lo habitual sus ojos alargados.

—Te saludo, hermano Dulkancellin —dijo Kupuka respetando el saludo husihuilke—. Y pido consentimiento para permanecer en este, tu país.

—Te saludo, hermano Kupuka, y te doy mi consentimiento. Nosotros estamos felices de verte erguido. Y agradecemos al camino que te trajo hasta aquí.

—Sabiduría y fortaleza para ti y los tuyos.

—Que el deseo vuelva sobre ti, multiplicado.

Ya estaba dispuesto el mejor cuero para que el Brujo se sentara. Kush salía para traerle pan de maíz, pero Kupuka adivinó su intención y la detuvo.

—¡Vuelve, Vieja Kush! Más tarde aceptaré con gusto una rebanada de tu pan —luego se volvió hacia Dulkancellin: Antes que ninguna otra cosa debo decirte, hermano, que tu vida está a punto de cambiar como del día a la noche cambia el color del aire. Confío en que las señales que me precedieron hayan sido útiles para templar tu ánimo y el de tu familia.

—Señales hubo —respondió Dulkancellin—, y todas tan confusas como tus palabras.

El tono de la réplica de su hijo hizo pensar a Kush que era momento de que ella y sus nietos se fueran a la habitación donde dormían. Se puso de pie con discreción; pero nuevamente, Kupuka la detuvo.

—Traigo noticias que a todos nos conciernen. Es importante que ustedes permanezcan aquí para escucharlas. Eso, si Dulkancellin lo permite.

El guerrero asintió con la cabeza y Vieja Kush volvió a

ocupar su sitio, en silencio.

—Bueno —dijo Dulkancellin—. Escuchamos las noticias que traes.

El Brujo de la Tierra sacó un tallo oscuro de adentro de una alforja que colgaba de su cinto y estuvo mordiéndolo durante un rato. Su largo cabello blanco, atado con un cordel, dejaba al descubierto un rostro delgado donde se confundían los indicios del tiempo. Las arrugas revelaban el larguísimo tiempo vivido. Pero en sus ojos ardía la misma luz que, desde los ojos de los guerreros jóvenes, alumbraba el campo de batalla.

—Un hombre camina por el bosque en dirección a esta casa. Está muy cerca, ya casi llega. El hombre es un zitzahay, y ha sido enviado por su pueblo como mensajero y guía.

Dulkancellin levantó un poco la mano, solicitándole a Kupuka la palabra.

—¡Espera un momento, Dulkancellin! —dijo el Brujo de la Tierra, intentando apaciguar la ansiedad del guerrero—. Tengo lo que tengo: brumas y vaguedades. Muchas dudas y poca claridad sobre lo que vengo a decir. Ganaremos tiempo si me permites hacerlo sin interrupción. Luego podrás preguntar cuanto quieras aunque, créeme, muy poco seré capaz de responder. Posiblemente, el mensajero que está a punto de llegar pueda hacerlo por mí.

Dulkancellin pareció resignarse y, acodado en las rodillas, se dispuso a escuchar. Las demás miradas se posaron en Kupuka. Detrás de las mantas, Wilkilén trataba de comprender si lo que estaba escuchando tenía o no relación con la Puerta de la Lechuza.

—La Cofradía del Aire Libre vive días de forzosa agitación, empeñada en cumplir a tiempo y sin errores una tarea difícil. Una tarea muy difícil, y en cierto sentido indescifrable aún para quienes ayudamos a llevarla a cabo. Todo comenzó cuando la Cofradía resolvió que era imperioso propagar una noticia. Al parecer, resolvió al mismo tiempo que esa noticia no debía desparramarse a todos los vientos. La indicación de los Supremos Astrónomos fue la de no esparcirla como un pregón que *todos* pudiesen escuchar, sino como una confidencia. Esparcir la noticia sigilosamente para que alcance sólo a los oídos indicados — el Brujo de la Tierra observó cuidadosamente a sus amigos husihuilkes, rostro por rostro, antes de continuar—. Digo que un anuncio de enorme importancia debió ser llevado de punta a punta de las Tierras Fértiles, sin llamar la atención. Y por añadidura, en un plazo apenas suficiente. ¿No les dije *eso*? Entonces lo digo ahora: no nos sobra el tiempo. Un

anuncio importante, pero furtivo. Grandes distancias y poco tiempo para recorrerlas. Movimientos inusuales en todos los caminos ¡y que nadie lo note! Semejante trabajo es muy arduo, aún para la Magia. Sé que una compleja red de enlaces se inició en Beleram, la ciudad de los Supremos Astrónomos, y desde aquel lugar se abrió como una estrella. He sabido también que, afortunadamente, todos los mensajeros llegaron a destino. Todos, excepto el que viene hacia aquí. Nuestro mensajero partió de Beleram antes que los otros, pero el camino que debió recorrer es el más largo. Algo lo habrá demorado... ¿Quién sabe? Pronto conoceremos la causa de su retraso porque muy poco falta para que esté frente a nosotros.

Ni Dulkancellin ni su familia, como la gran mayoría de los husihuilkes, habían visto jamás a un zitzahay. Conocían de ellos y de la Comarca Aislada lo que contaban las historias y repetían las canciones. La idea de que pronto uno de ellos estaría allí arrimando las manos al fuego, les aceleraba el corazón y los dejaba sin palabras. Un zitzahay llegaba el mismísimo día en que empezaban las lluvias desde el norte lejano de las Tierras Fértiles. ¿Por qué habría hecho tan largo viaje? ¿Y por quiénes? Kupuka habló de "los oídos indicados". ¿Eran sus oídos los que debían escuchar el anuncio? Kupuka habló de los Supremos Astrónomos. ¡Ellos estaban tan lejos de los Supremos Astrónomos! Eran nada más que una familia husihuilke con su pan de maíz y su fuego. Hasta Dulkancellin prefirió continuar en silencio, escuchando lo que el Brujo de la Tierra tenía para explicarles.

—Digo que los Astrónomos dieron un mandato y, sin demora, todos los recursos de la Magia se pusieron a andar para poder cumplirlo —alrededor de Kupuka el silencio y el desconcierto eran la misma cosa—. Muchos son los riesgos de esta tarea. Una noticia tuvo que atravesar secretamente los difíciles caminos de las Tierras Fértiles hasta llegar a aquellos que fueron elegidos para oírla. Sólo a ellos, y a nadie más. Fácilmente, la noticia podría alterarse en el transcurso del viaje, con malas intenciones o sin ellas. La discreción podría perderse por descuido o malicia, y los mensajeros podrían extraviar el rumbo o ser interceptados. Siempre que grandes cosas parecen prontas a suceder, el equívoco y la traición están rondando —el Brujo de la Tierra volvió a masticar el tallo que sostenía en su mano. El jugo dulzón que sorbía le provocaba un visible deleite.

—¿Y bien...? —dijo Dulkancellin, que empezaba a impacientarse.

—Y bien —continuó Kupuka—. Para proteger el re-

sultado de la misión se concertaron precauciones, precauciones y precauciones. La noticia fue enviada por dos vías diferentes. Los mensajeros humanos anduvieron los senderos de la tierra, en tanto otros emisarios se movieron por caminos ajenos al hombre. Hasta mí llegaron los halcones. Fueron ellos los que me convocaron para referirme las novedades, más allá de la Puerta de la Lechuza. El día de la fiesta del Valle, bajé de la montaña y caminé hasta aquel sitio. Del otro lado del límite es posible entender sin reservas el lenguaje de los animales. Claro que es posible sólo para algunos. ¡Pobre del intruso que entre al lugar prohibido para ver y escuchar lo que no debe!

Con las últimas palabras, el Brujo giró bruscamente la cabeza hacia Piukemán, y clavó sobre él dos ojos de tempestad. Nadie, excepto el niño, percibió la lengua de serpiente que salió de la sonrisa afilada de Kupuka, revoloteó en el aire y desapareció. Kupuka vio a Piukemán perder el aliento y el color y, conforme con el escarmiento, volvió a lo suyo.

—Los Brujos que habitan en las islas de los lulus conocieron los nuevos acontecimientos por las mujeres-peces. Al más anciano de nosotros se lo contó el sueño que suele anteceder al despertar cuando dormía al pie de su árbol.

Kupuka hablaba y muchas cosas empezaban a tener sentido. El requerimiento de los halcones, al cual el Brujo de la Tierra debió acudir sin aplazamientos, explicaba su ausencia en el Valle de los Antepasados. Y los tambores que de forma tan extraña retumbaron en el bosque hablarían, sin duda, de estos acontecimientos. Dulkancellin quiso entender más.

—Todavía veo muchas cosas oscuras —dijo el guerrero.

—Si las puedes ver no lo son tanto —respondió Kupuka con su modo de burla. Después su voz se corrió hacia la tristeza—. Oscuras, en verdad oscuras, son aquellas cosas con las que tendrás que tropezar para saber que existen. ¡Pero, adelante! Puedes preguntar.

El guerrero mordió una protesta. Los acertijos de Kupuka lo ponían, ese día, de mal humor.

—Respóndeme esto —dijo—. ¿Por qué se designaron mensajeros humanos? Tú hablaste de otros mensajeros. ¿Acaso no son ellos más confiables?, ¿no son sus lenguas más veraces que las del hombre?

—Más veraces, tal vez. Pero menos sutiles —contestó Kupuka—. Sólo las lenguas humanas son capaces de describir el contorno de una pluma, y la aspereza de una mancha en el pico de un pájaro. Los mensajeros humanos contarán los sucesos tan minuciosamente como ninguna otra

criatura lograría hacerlo —el Brujo de la Tierra se puso inquieto de repente—. Los hombres serán mucho más que contadores de estos sucesos. Hacedores serán. Los hombres tomarán decisiones y elegirán rumbos. Luego habrá un resultado.

—Déjame ver si he comprendido —dijo Dulkancellin—. Los Supremos Astrónomos escogieron algunos pocos oídos, de un lado y otro de las Tierras Fértiles, para enterarlos de grandes sucesos que acontecen o que acontecerán. Ahora vuelve a responderme. ¿Qué significa eso para nosotros? ¿Por qué cambiará mi vida más que la del resto de los husihuilkes?

—¡Ay, ay, ay! —protestó Kupuka—. ¡Nada parece suficientemente claro para ti! Tú, Dulkancellin, tú eres uno de esos pocos que la Magia ha elegido. El mensajero zitzahay llamará a tu puerta y a tu entendimiento.

Los husihuilkes reconcentraron el silencio. Todos sabían que faltaba escuchar lo más importante.

—Hermano, tu vida cambiará. ¡Bien harás en aceptar esto sin rebeldía! Y cambiará también la de ellos —Kupuka, que había abandonado el tono burlón, señaló a los demás con un gesto vago de su mano nudosa—. El hombre zitzahay te llevará con él. Y será por largo, largo tiempo. Tal vez...

—¿Me llevará con él? ¿Adonde? —interrumpió Dulkancellin.

—Muy lejos de aquí. A la Comarca Aislada.

Dulkancellin se levantó, llegó frente al Brujo y se puso en cuclillas para verle los ojos de cerca.

—Sólo soy un guerrero husihuilke. Aquí tengo a mis vivos y a mis muertos. Todo lo que necesito está en este bosque. Dame las razones por las que debo partir a la tierra de los zitzahay y entrometerme en los laberintos de la Magia.

—Te las daré —respondió el Brujo de la Tierra—. Debes hacerlo porque eres un guerrero husihuilke, porque aquí tienes a tus vivos y a tus muertos y cuanto necesitas lo encuentras en el bosque. Y porque, tal vez, todo eso esté en peligro.

Dulkancellin iba a seguir preguntando pero Kupuka se apuró a impedirlo.

—¡Ya basta! El mensajero está llegando. Después habrá momentos para las palabras —de inmediato se dirigió a Kush: ¡Tú, mujer, ya puedes entibiar esa menta! El visitante llegará con frío.

Vieja Kush se levantó sin demora. Un poco para cumplir el pedido de Kupuka, y otro poco para llevarse con ella la tristeza. El guerrero se puso de pie y se alejó del fuego.

También el Brujo de la Tierra abandonó su alfombra y, con la mirada de los niños puesta sobre él, caminó hasta un costado de la habitación. Wilkilén vio pasar al Brujo muy cerca de su escondite, y se puso a tiritar como afuera tiritaba el follaje. Kupuka, sin embargo, no parecía adivinar su presencia. Lentamente, desanudó el morral. Muchas cosas debía guardar en él, a juzgar por lo difícil que le resultó a Kupuka encontrar lo que buscaba. Finalmente, extrajo un pote de arcilla del tamaño de una nuez que, sujeto entre dos dedos, les mostró a todos. Kush lo interrogó con la mirada.

—Esto es para los niños —respondió Kupuka a la muda pregunta de la anciana—. Les aliviaría, si hiciera falta, la comezón de ciertas picaduras.

El Brujo de la Tierra levantó su rostro hacia el techo y rió con una carcajada sonora que resultó incomprendible para la mayoría de los presentes.

—¡Aquí está! ¡Por fin ha llegado! —dijo Kupuka sin dejar de reír.

El visitante llamó tamborileando la puerta con sus dedos. Cuando Dulkancellin abrió, tuvo que bajar la vista para ver de quién se trataba. Desde abajo, un hombre que tenía estatura de niño lo saludó con una sonrisa de luna creciente colgada de sus grandes orejas. El breve plazo que tardó Dulkancellin en reaccionar, abrumado por la extravagante aparición, fue muy valioso para el recién llegado que, rápidamente, se introdujo en la casa por un espacio al costado del guerrero. En dos saltos, el visitante se ubicó en el centro de la habitación. Dulkancellin giró en su lugar dispuesto a increpar duramente aquella entrada descomedida. Pero el pequeño hombre habló antes:

—Cucub es mi nombre. Mi país es la Comarca Aislada, allí vi por primera vez la luz del sol. Voy de un lado a otro lado haciendo prodigiosos malabares y recitando hazañas. Tengo oficio de artista ambulante, es lo que mejor sé hacer. A mi pesar, me designaron mensajero y, aún así, no lo he hecho nada mal. Quizás me retrasé un poco. Muy poco, una miga de tiempo. Pero estoy aquí, arribé al destino de mi duro viaje y eso es lo importante. ¡Hermanos, Cucub los saluda!

El interminable palabrerío fue dicho a gran velocidad, con una voz algo chillona y exageradamente alta para el lugar en el que se encontraban. El zitzahay compuso su presentación valiéndose de ademanes, exclamaciones y reverencias, como un histrión frente a la muchedumbre. Cuando terminó, todos parecían contentos de que Cucub estuviese entre ellos. Casi todos.

Una conversación importante

—¿Qué es esto? —dijo Dulkancellin sin disimular su irritación.

—Él se ha presentado ya —le contestó Kupuka—. No creo poder agregar ninguna cosa.

—Yo no escuché de boca de este hombre nada más que una cháchara vanidosa —Dulkancellin avanzó hacia el zitzahay señalándolo con el dedo—. ¿Quién necesita oír, en este momento, el elogio de tus dotes de artista?

Cucub miró a su alrededor para evaluar la aprobación del resto del auditorio.

—Ellos no parecen pensar lo mismo —aunque sus maneras iban adecuándose a la situación, mantenían un lustre que las alejaba del acento cotidiano—. Tú debes ser...Dulkancellin. ¡Hermano husihuilke, tienes un bello nombre! Bello y sonoro. ¿Acuerdas conmigo en que es demasiado largo? Si me lo permites, te llamaré Dulk.

—No sé cómo conoces mi nombre. Yo hubiera debido decírtelo, pero tú desairaste la ceremonia del recibimiento. Sin embargo, tienes razón en algo: me llamo Dulkancellin. Y nunca, nunca me nombres de otra forma.

—Pensándolo mejor Dul-kan-ce-llin tiene la extensión apropiada —observó Cucub—. Dulk no está bien, suena como el graznido de un ave. ¡Dulk! ¡Dulk!

El zitzahay imitaba el caminar de un ave mientras repetía: ¡Dulk! ¡Dulk! En la habitación sonaron algunas risas ahogadas que el guerrero acalló con una mirada de reprobación. Kupuka creyó conveniente intervenir:

—Ayudemos a nuestro huésped a reponerse de su cansancio. Tú, Kuy-Kuyen, sírvete un tazón de menta... Y cuida que esté humeante.

Kush y su nieta mayor dispusieron lo necesario para que Cucub estuviese cómodo. Luego de solicitar permiso, la anciana tomó su bolsa de viaje y la puso cerca del morral de Kupuka. Kuy-Kuyen se hizo cargo de la capa y del bastón. Jamás había visto la niña nada igual. La piel de jaguar de la que estaba hecho el abrigo y los jades que adornaban el bastón la dejaron detenida, observando ambas cosas minuciosamente. Vieja Kush pensó que tanta curiosidad podía molestar al visitante y se apresuró a despabilar a la niña:

—¡Vamos, hija! Date prisa y sirve esa menta que te pi-

dieron.

Sentado al calor, Cucub sorbió golosamente la menta que Kuy-Kuyen le había traído y devoró la porción de pan.

—¡Un festín! ¡Regocijo para el caminante hambriento!

La conducta de Cucub, el tono de su voz, su atuendo, la forma en que gesticulaba, todo era desmesurado y extravagante si se lo comparaba con la natural austeridad de los husihuilkes. Frente a tanto embrollo, Dulkancellin perdía las últimas reservas de serenidad. Cucub estaba demasiado lejos de su idea de un hombre confiable, y el guerrero no podía ni quería guardarse su recelo. ¿Cómo confiar en un hombre deslenguado, imprudente y, para más, pequeño y enjuto? Dulkancellin apretó la mandíbula antes de estallar. El zitzahay debió notarlo porque dejó a un lado el tazón, y volvió a sorprenderlos:

—Tú, madrecita, debes ser Kush. O más bien Vieja Kush, como te conocen en todo Los Confines. Y tú debes ser Kuy-Kuyen. ¿No me equivoco, verdad? —la muchacha sonrió maravillada—. Tú eres el mayor y te llaman Thungür. Tú eres el menor de los varones y te llaman Piukemán. ¿Y tú? ¡Claro que sí! Tú eres Kume.

Kume le devolvió una mirada hostil que el mensajero sostuvo airoosamente. No había duda de que el muchacho, igual que su padre, lo desaprobaba.

—Pero aquí falta alguien —dijo Cucub como si nada pasara—. Falta...falta...

—¡Falto yo! —dijo Wilkilén, asomando la cabeza—. ¿Tú sabes mi nombre?

El resto de la familia se sorprendió al ver aparecer a la niña. Y Vieja Kush se avergonzó por no haber notado su ausencia. Wilkilén acabó de salir de su escondite y se paró frente a Cucub esperando la respuesta a su pregunta.

—Veamos —Cucub fingía no recordar—. Tu nombre es Wil... Wilti.Wilmi...¡Wilkilén!

Los ojos de Wilkilén brillaban de contentos.

—Eres pequeñito pero sabes muchas cosas —dijo. Y estiró su mano hasta tocar la del visitante.

Una melancolía desdibujó fugazmente la cara de risa que Cucub llevaba puesta.

—Estoy lejos de casa —dijo—. Tanto que, mientras yo regrese, en tu tierra terminará la lluvia, los árboles darán flores y las primeras frutas se pondrán doradas. Créeme, cuando la distancia que te separa de tu propia hamaca puede medirse en cosechas, la mano de un amigo es buen consuelo.

—Creo que es tiempo de ocuparse de lo que te ha traído hasta aquí —propuso Dulkancellin.

—Ahora sí, hermana Kush —intervino Kupuka—. Ahora debo reclamarte que nos dejen solos.

Kush y sus cinco nietos se dispusieron a salir de aquella habitación. Pero antes de hacerlo, Kush volvió un poco sobre sus pasos. Un sonido gutural, acompañado de un rápido movimiento de la lengua, salió de la boca de la anciana. El entusiasmo fue general. Los niños giraron en ronda alrededor de Kush. Dulkancellin y Kupuka festejaron con una franca carcajada.

—De nuevo has ganado, madre —dijo el guerrero—. Suerte para ti.

Cucub no comprendía, en absoluto, qué era lo que estaba pasando.

—¡Mírate, hombre zitzahay! Has quedado pasmado —exclamó Kupuka—. Sucede aquí que Vieja Kush acaba de anunciarnos, con el grito del agua, que escuchó caer la lluvia antes que nadie en esta casa. Eso le otorga un derecho que podrá hacer valer cuando lo considere indispensable.

—¿Un derecho? Explícamelo mejor —pidió Cucub.

—Desde este momento, y hasta el comienzo de la próxima temporada de lluvias, ella puede por una vez imponer su voluntad. ¡Así es la costumbre husihuilke! El que primero escuche la lluvia tendrá la facultad de decidir en caso de desacuerdo, y siempre que lo disponga su entendimiento. Nada importa que no se trate del jefe de la familia, como acabas de verlo.

—Dijiste "siempre que lo disponga su entendimiento" ¿Eso significa que pueden decidir no utilizar su privilegio? —preguntó Cucub.

—Ciertamente eso ocurre con frecuencia —Kupuka interrogó a la anciana: ¿No es verdad, Vieja Kush, que nunca has utilizado lo que nuestro visitante llama "tu privilegio".

—Nunca, nunca —respondió Kush mientras partía con sus nietos—. Nunca. Y eso está muy bien.

La mirada de Cucub se iluminó con un brillo especial.

—Quítame la última duda —pidió—. ¿Cómo saber que, verdaderamente, escuchó caer la lluvia quien dice haberla escuchado?

—¡Zitzahay, qué mal conoces a los husihuilkes! —el tono de Kupuka no fue cordial.

Cucub se revolvió en su alfombra y murmuró una disculpa. Para entonces, la lluvia se descargaba feroz en Los Confines.

Los tres se quedaron solos en la habitación. Un husihuilke, un zitzahay y un Brujo de la Tierra sentados frente a frente. El momento de las explicaciones ya no

podía postergarse, y Dulkancellin encaró el punto sin más rodeos:

—¿Qué novedades son esas que traes desde tan lejos?

—Como veo que no tendré oportunidad de introducir el detalle seductor o la pausa oportuna, ambas cosas tan estimadas por el artista, diré lo que me enviaron a decir aparentando carecer de dotes para la buena palabra.

Ni Kupuka ni Dulkancellin creyeron del todo lo que Cucub acababa de prometer, sin embargo guardaron silencio y esperaron que el zitzahay continuara.

—Debo ponerlos al tanto de hechos que ahora mismo están sucediendo, para eso y algo más me enviaron en tan largo viaje los Supremos Astrónomos —dijo Cucub. Tú, Dulkancellin, los desconoces por completo. Tú, Kupuka, conoces algo al respecto, aunque no lo suficiente. ¡Pongan atención! La Magia del Aire Libre conoce con certeza que pronto habrá un viaje desde las Tierras Antiguas hasta nuestro continente. Se sabe que los extranjeros zarparán en algún lugar de las Tierras Antiguas, y cruzarán el mar Yentru. Hasta aquí los presagios y los códigos sagrados dicen lo mismo y con claridad. Lo demás son sombras. Sombras en las estrellas y en los códigos. Sombras que no dejan ver el rostro de los que vienen. ¿Quiénes son. ¿Qué propósitos traen? De las respuestas que estas preguntas tengan, dependerá la suerte de cada uno de los que vivimos en las Tierras Fértiles. Una cosa es segura. Sean quienes sean, muy poderosas razones han de tener para decidirse a enfrentar una travesía semejante. Sin un gran motivo, nadie se arriesgaría a navegar de orilla a orilla el temible Yentru. Los tres sabemos que se trata de un viaje interminable, lleno de amenazas y congojas. Ellos, sin embargo, lo emprenderán. La pregunta es: ¿para qué?

—Permíteme —intervino Kupuka—. Tal vez la pregunta sea: ¿para nuestro bien o para nuestro mal?

—¡Bien dicho! —aprobó Cucub—. Has llegado tú adonde yo me dirigía ¿Para nuestro bien o para nuestro mal? ¿Buena o mala sombra para las Tierras Fértiles? Todavía esta pregunta no tiene respuesta o, al menos, no una sola. Los Astrónomos no pueden descifrar con claridad las señales del cielo. Los indicios son confusos y en nada cuajan unos con otros. La Magia no encuentra la verdad en medio de tantas nieblas y tinieblas.

Kupuka asintió al oír estas últimas palabras. El Brujo de la tierra pensaba en sí mismo. También él sentía su poder debilitado frente a estos nuevos acontecimientos.

—¿Y entonces? —preguntó Dulkancellin.

—Y entonces —respondió Cucub—, hay que tomar

decisiones. No es sencillo decidir cuando son tantas las incertidumbres y tan poco el tiempo. Los extranjeros zarparán muy pronto. ¿Quién sabe? Tal vez ahora mismo lo estén haciendo. Por eso, los habitantes de las Tierras Fértiles debemos resolver sin demoras qué hacer y cómo prepararnos para su llegada. Dicen los Supremos Astrónomos que es necesario concertar una gran alianza. Dicen que es indispensable que nos unamos en los propósitos y en los movimientos porque, dicen, nada de lo que ha ocurrido se asemeja a esto que se aproxima.

—¿Y entonces? —preguntó Dulkancellin.

Cucub se golpeó las rodillas con ambas manos y sacudió la cabeza en señal de incredulidad.

—Supongo —le dijo a Kupuka —que los guerreros husihuilkes no escatiman flechas en la batalla como escatiman palabras en la conversación.

—Deja ahora los juegos y contesta lo que acaban de preguntarte —pidió Kupuka, tratando de evitar la reacción de Dulkancellin.

—¡De inmediato! —volvió a decir Cucub—. La respuesta es simple de suponer y creo que tú, Dulkancellin, conoces un poco al respecto.

—Posiblemente —replicó el guerrero con los ojos fijos en el zitzahay—. Pero si no entendí mal, viajaste hasta aquí para echar luz sobre lo poco que conocemos.

—Tú entendiste muy bien. Y yo no he olvidado mis obligaciones —dijo Cucub—. Apenas estaba discurrendo un poco, antes de entrar al corazón del asunto.

—El corazón del asunto es lo único importante—. La voz de Dulkancellin sonó más abrumada que descortés.

Cucub se resignó, momentáneamente, a las exigencias de sus oyentes, y buscó adaptarse a ellas.

—Un concilio, de eso se trata —dijo el mensajero—. Un concilio que se llevará a cabo en la ciudad de Beleram, exactamente en la Casa de las Estrellas, y al que acudirán representantes de cada uno de los pueblos de las Tierras Fértiles. Ellos, junto a los Supremos Astrónomos, intentarán descifrar la verdadera índole de los extranjeros, y sus verdaderos propósitos. Pero sea que esto se consiga o no, el concilio deberá resolver lo que debe hacerse. En la Casa de las Estrellas, algunos van a decidir por todos cómo se prepararán las Tierras Fértiles para recibir a las Tierras Antiguas —Cucub suspiró. Sabía que se avecinaba lo más difícil—. Dulkancellin, a ti te han elegido, entre muchos, para que hables por tu gente en la Casa de las Estrellas. Eres tú quien irá a ese concilio en representación de los husihuilkes. Y yo debo conducirte hasta allí.

—Hay en Los Confines tantos bravos guerreros, hay tantos ancianos prudentes. Sin embargo, yo he sido señalado —dijo Dulkancellin—. En verdad, no puedo comprender esto.

Kupuka se adelantó a Cucub y tomó la palabra:

—Hermano, hablas de los trabajos que te aguardan como de un privilegio injustamente otorgado. Supones que muchos otros lo merecen más que tú y que lo recibirían gozosos. Escucha con atención y créele a este viejo. No te hemos premiado con una recompensa; te hemos cargado con un pesado fardo, tan pesado que muy pocos lo soportarían. A partir de este momento pensarás y obrarás por tu pueblo. Si aciertas, acertarán todos los husihuilkes. Si te equivocas... ¡Ay, si te equivocas! ¿Dirías que es esto un privilegio?

Dulkancellin supo que se trataba de una orden incuestionable, y comenzó a aceptar su destino.

—Lo haré, ya que así está dispuesto—. El guerrero pensó que era el momento apropiado para aventurar una exigencia: Viajaré hasta la Comarca Aislada, pero iré sin ningún acompañante. No voy a necesitar al hombre zitzahay en el camino.

—¡No voy a necesitar al hombre zitzahay en el camino! —replicó Cucub, a la manera de Dulkancellin—. ¿Qué te parece eso, Kupuka? ¡El guerrero no me necesita!

—Lo necesitarás —dijo el Brujo de la Tierra—. El trayecto hasta Beleram es largo e intrincado. Sin su ayuda, difícilmente llegarías a tiempo a la Casa de las Estrellas. Y sobre todo, se trata de asegurar tu presencia en el concilio. Si fueras solo quedarías expuesto a demasiados riesgos. Dos, en cambio, pueden velarse el sueño, curarse las heridas y, llegado el caso, sacrificarse uno para que el otro continúe.

Cucub bostezó y puso todo su empeño en frotarse brazos y piernas. En su gesto se mezclaban el cansancio del viaje y la satisfacción por la respuesta que Dulkancellin acababa de recibir.

—Está todo dicho —exclamó Kupuka—. Voy a partir ahora. También a mí me esperan duras jornadas. Ustedes dos cuentan con unos pocos días para preparar el viaje. ¡Que no amanezca por séptima vez y ustedes sigan aquí!

—La lluvia será un muro, todavía —dijo Dulkancellin.

—Sin duda, pero deberán hacerle frente. Conoces el bosque mejor que nadie —Kupuka se puso de pie, y pidió a Dulkancellin que fuera por Vieja Kush y los niños.

Cuando Kush y sus cinco nietos entraron a la habitación, hallaron al Brujo de la Tierra cerca de la puerta con todas sus pertenencias cargadas y su manto sobre los hombros. Se

acercaron a él. Kupuka colocó su mano sobre la cabeza de cada uno de ellos en un gesto de saludo y de protección. Luego, se enfrentó a los hombres.

—Son dos los que parten, y no uno solo, para poder defenderse y defender el resultado de la misión. Son dos los que parten, y no un ejército, para que estos movimientos pasen desapercibidos y el secreto se resguarde como ha sido ordenado.

—¿Volveremos a verte? —preguntó Dulkancellin.

—Sí. Les saldré al encuentro en algún lugar del camino, antes de que abandonen Los Confines. ¡Ah, me olvidaba! —el Brujo de la Tierra se golpeó la frente—. Pídele a Cucub la señal que lo identifica como el auténtico mensajero enviado por los Astrónomos. Es una pluma de Kúkul. Él la tendrá, sin duda.

—Jamás he visto una pluma de ese pájaro —dijo Dulkancellin.

—Por eso mismo la reconocerás.

—¿No debimos hacer eso apenas el zitzahay llegó? —se asombró el guerrero.

—Ya dije que lo había olvidado. Debo estar más viejo de lo que todos suponen.

La coartada del olvido no convenció a Dulkancellin.

—¡Aguarda! Se la pediremos ahora mismo —insistió.

—Imposible. Cucub demorará mucho revolviendo sus bártulos, y yo no puedo esperar.

Kupuka dijo adiós y salió a la intemperie. Tras él, cerraron la puerta. El viento, el frío y la lluvia volvieron a quedar del otro lado.

—¡Miren, miren! —gritó Thungür, señalando una pared.

La sombra de Kupuka estaba todavía allí con su morral, su bastón y su manto, desvaneciéndose poco a poco. Todos la estuvieron mirando hasta que desapareció.

¡Aún escucho caer la lluvia antes que tú!

—¡Es verdad que Kupuka está muy viejo! —dijo Wilkilén—. ¡También olvidó su sombra!

—Yo creo que se fue tan rápido que ella no pudo seguirlo —opinó Kuy-Kuyen.

—¡Eso no importa! —Piukeman no estaba de acuerdo con su hermana—. Las flechas vuelan más rápido, y llevan su sombra consigo.

—Kupuka no hace las cosas sin una razón —intervino Thungür.

—Yo conozco esa razón —dijo Kume con una mueca nerviosa—. De vez en cuando le divierte asustar a los hombres.

La conversación de los niños disipó la impresión que había causado el prodigio. Dulkancellin recordó sus obligaciones y se dirigió al huésped, que en ese momento comenzaba a recorrer con la vista cada detalle de la casa.

—Muéstranos la señal para que sepamos que eres quien dices ser —pidió el guerrero. Y agregó: Muéstranos esa pluma que, extrañamente, no nos mostraste por propia voluntad.

—¡Claro que no lo hice! —rezongó Cucub—. Recibí órdenes de no hacerlo antes de que me fuese requerido. Comprenderás que también nosotros debíamos comprobar que son ustedes quienes dicen ser. ¡No fuera yo a conducir un impostor hasta la mismísima Casa de las Estrellas! Pero ya que Kupuka demostró conocer la existencia de la señal, y supo que la señal es una pluma de Kúkul, estoy obligado a ponerla frente a tus ojos como testimonio de mi fidelidad a los Astrónomos.

Cucub arrastró su bolsa cerca de la luz de aceite y, una vez allí, se hincó para buscar con mayor comodidad. Los husihuilkes aprovecharon la ocasión para observar al zitzahay con detenimiento. Les resultaba difícil entender cómo podía moverse con soltura bajo tanta cosa que llevaba puesta. Kuy-Kuyen se quedó mirando las piedras verdes engarzadas en los aros, el brazalete y el collar de siete vueltas. "No hay piedras como éstas en el bosque. Y tampoco las traen los que bajan de Wilú-Wilú", pensó Kuy-Kuyen. Una vara muy delgada que Cucub tenía atada al cinturón, y que se arqueó sin dañarse cuando se arrodilló, llamó la atención de Thungür. Vieja Kush, por su

parte, prefirió observar una sarta de semillas que aparecía y desaparecía entre los pliegues de su ropa. "Esas semillas que trae enhebradas deben ser de la planta de oacal", dijo la anciana para sus adentros. El cabello del zitzahay, corto y de áspera textura, era la risa de Wilkilén. Dulkancellin advirtió la cerbatana que Cucub llevaba a su costado, muy cerca del bastón. Pero, aunque se esforzó, no pudo descubrir dónde ocultaba los dardos y el veneno. La asombrosa apariencia del zitzahay logró que los husihuilkes dejaran de lado la discreción del buen invitante, y se quedaron observándolo sin reservas.

Mientras tanto, Cucub había sacado casi todos los objetos de su bolsa. Las cosas no estaban bien para él; y peor se pusieron cuando Dulkancellin volvió a ocuparse del asunto.

—¿Qué sucede? No deberías dudar sobre el lugar en el que tienes guardada la pluma.

A pesar del tono de su comentario, Dulkancellin tenía por seguro que Cucub iba a encontrar la señal de un momento a otro. Pero su seguridad desapareció cuando el zitzahay levantó el rostro empalidecido. Y desde la posición en la que se hallaba, le habló de a pedazos:

—Estaba aquí... Sé que estaba... en este lugar. Yo la guardé con cuidado pero... Pero ahora no puedo encontrarla.

—¿Dices que no puedes encontrarla? —repitió Dulkancellin—. Me estás diciendo que perdiste la señal del verdadero enviado, que la pluma estaba allí y ya no está, que ha desaparecido. ¿Y tú esperas que yo crea eso?

— Sí. Quiero decir, no —balbuceó Cucub—. No lo espero. Tú tienes razón, toda la razón. Entiendo que no es fácil creerme. Pero, por favor, déjame intentarlo de nuevo. Esa pluma de Kúkul tiene que aparecer.

El zitzahay volvió a buscar en todos los rincones de su bolsa. Revisó, objeto por objeto, todo lo que en ella llevaba; la puso boca abajo y la sacudió con fuerza. Pero no obtuvo ningún resultado. "Tiene que estar aquí... tiene que estar aquí" repetía sin parar. Se secó la frente con la mano, se palpó a sí mismo sin ninguna esperanza y recommenzó la búsqueda. Finalmente, después de comprobar lo que parecía imposible, Cucub se dio por vencido: la pluma de Kúkul se había esfumado y él no era capaz de dar ninguna explicación sensata. Nada excusaba la pérdida de la señal que los Astrónomos le entregaron para que fuese reconocido como el legítimo mensajero. Cucub sabía que no poseerla lo ponía en una situación temible, y tornaba incierto su destino. Miró a su alrededor con la ilusión última de reconocer, en algún lugar de la casa, el particular color verde de una pluma de Kúkul. Tampoco tuvo suerte.

Entonces se puso de pie y, frente al gesto grave de los husihuilkes, hizo un esfuerzo por sonreír.

—Escúchame, Dulkancellin —pidió Cucub—. No se decirte cómo ha sucedido esto. No sé si un mal viento se la llevó lejos, o si una voluntad enemiga la transformó en granos de polvo. Pero lo que haya sido debió pasar muy cerca de aquí, porque poco antes de llegar a esta casa me aseguré de tenerla. En ese momento la pluma seguía guardada en su lugar. ¡La vi con mis propios ojos! Créeme, guerrero, yo soy el mensajero que Kupuka y tú estaban esperando.

—No voy a creerte —dijo Dulkancellin—. No debo creerte. El Brujo de la Tierra habló con claridad. Tú estabas obligado a presentarnos una pluma de Kúkul para probar que tus palabras y tus intenciones son la misma cosa. No has podido hacerlo, y todo lo que digas en adelante podría decirlo un traidor.

—Deberíamos esperar a Kupuka —Cucub intentaba demorar la decisión que Dulkancellin ya había tomado.

—Sabes que Kupuka no regresará aquí por ahora. Escuchaste, como yo escuché, que saldrá a encontrarnos en el camino —el guerrero respiró profundo. Comprendía lo que era necesario hacer y demorarlo, lo sabía bien, resultaría para Cucub una cruel concesión—. Me ordenaron aceptar esta misión y así lo hice. Quieren que piense y que actúe en nombre de toda la gente husihuilke. Para eso, no tengo más que pensar y obrar como ellos lo harían. Ya que mi solo discernimiento debe reemplazar al Consejo de ancianos y guerreros, no diré palabras diferentes a las que saldrían de sus bocas. Te sentencio como hemos sentenciado a los traidores desde que el sol nos ve despertar en Los Confines. La muerte es justicia para ti, zitzahay. Y tardará el tiempo que nos lleve caminar hasta el bosque.

La sentencia sonó desapasionada en la voz de Dulkancellin. No se reconocía en ella el acento del odio pero tampoco el de la debilidad. Estaba claro que nada de lo que Cucub pudiese hacer o decir cambiaría las cosas. El zitzahay, fijos los ojos en la tibia presencia de Kush, fue desmoronándose hasta quedar inmóvil en el suelo como uno de los tantos objetos extravagantes que había desparramado.

Dulkancellin se alejó de él, sin decir nada. Cuando Cucub vio que el guerrero salía de la habitación, la idea de salvarse tomó forma en su cabeza. Tenía libres las manos y los pies... Tal vez fuera posible escapar de allí y correr en dirección al bosque. Entonces recordó la pesada tranca que cerraba la puerta. Eso, más la segura intervención de Thungür y de Kume, era suficiente para detenerlo mientras Dulkancellin

llegara. Nada conseguiría por la fuerza, pero le quedaba la sorpresa. Si alcanzaba a cargar la cerbatana antes de que el husihuilke regresara... Un dardo certero dejaría paralizado a Dulkancellin. El resto sería fácil. Cucub seguía muy quieto. Nada en su aspecto hacía sospechar la agitación de sus pensamientos, que se atropellaban unos a otros y se enredaban en direcciones desordenadas. La decisión del condenado llegó por el camino más sencillo: no tenía nada que perder. El zitzahay se inclinó sobre sí mismo para evitar que Kush y los niños advirtieran la maniobra. Al tacto, buscó los dardos envenenados y extrajo uno de la dura vaina vegetal que lo resguardaba. Con un movimiento inapreciable, fue acercando su mano a la cerbatana. Sin embargo, antes de alcanzar a rozarla, mucho antes. Antes de decidir que no tenía nada que perder. Antes, aún, de abandonar Beleram con destino a Los Confines el plazo se le había acabado. Dulkancellin estaba junto a él, sosteniéndolo de un brazo.

La desesperación se metió en el pecho de Cucub. Y tanto lo oprimió y ocupó el lugar del aire, que el pequeño hombre tuvo que respirar a bocanadas para no perder el sentido.

—Levántate y camina por ti mismo —le dijo Dulkancellin.

Permitirle llegar sin ataduras al lugar de la muerte era un signo de respeto que Cucub no pudo valorar.

—Llévate contigo lo que trajiste, te hará buena compañía —volvió a decir el guerrero.

Tembloroso, Cucub guardó todas sus cosas en la bolsa y se levantó despacio.

—Permíteme ir a buscar el resto —pidió el zitzahay, señalando lo que Kush y Kuy-Kuyen habían separado.

Algo debió cambiar en el espíritu de Cucub mientras caminaba en busca de sus pertenencias, porque cuando se volvió hacia los husihuilkes ya no temblaba. Avanzó con la cabeza erguida y el rostro, en alguna forma, embellecido. Todos comprendieron que había aceptado morir.

—Podemos irnos —fue lo único que dijo, parado frente a Dulkancellin.

Su ánimo no se dobló ni siquiera después de adivinar la forma de un hacha bajo la capa que el guerrero traía puesta.

—No sufrirás —dijo Dulkancellin. Su mirada había seguido la de Cucub—. Y luego estarás a salvo del tiempo. Buscaré un árbol que pueda sostenerte entre sus ramas, y usaré esta capa para proteger tu cuerpo de la rapiña.

Los dos hombres se dispusieron a partir. Justo entonces, Kume dio un paso adelante.

—¡Padre, espera! —pidió el muchacho.

Con la palma de su mano extendida, Vieja Kush le indicó a Kume que se detuviera y pronunció sus propias palabras:

—¡Dulkancellin, no lles al zitzahay al bosque! Déjalo con vida, y emprende con él tu viaje al norte. No habrás abandonado el camino que conoces cuando encuentres a Kupuka. ¡Que el Brujo de la Tierra decida la suerte del que dice llamarse Cucub!

—Sabes que no puedo hacer eso —respondió Dulkancellin, sin comprender todavía que su madre no estaba suplicando.

—Estoy invocando mi derecho —dijo la anciana suavemente—. Aún escucho caer la lluvia antes que tú. Y digo, con amargura, que es éste el momento de negar tu decisión.

—Niegas las leyes —murmuró el hijo.

—Son leyes, también, las que me otorgan el derecho que estoy invocando. He sido la primera de esta casa que escuchó el sonido del agua sobre la fronda.

Cada temporada, desde que Dulkancellin tenía memoria, Vieja Kush ganaba el derecho de la lluvia. Sin embargo, nunca antes lo había hecho valer. El desconcierto era grande en el alma del guerrero. ¿Por qué su madre se entrometía en sucesos tan graves?

—Anciana, también niegas la justicia.

—¿Acaso esta anciana ha pedido que no lo ajusticies? —replicó Kush—. No he dicho eso, sino que aguardes hasta que Kupuka conozca lo ocurrido y apruebe la sentencia. Nuestra justicia no es potestad de un solo hombre. Y quien ha dispuesto la muerte de Cucub no es el Consejo, es uno que ha obrado como si lo fuera.

—No encuentro mejor manera de obrar —dijo Dulkancellin.

—Haz lo que dijiste: observa las leyes —respondió su madre—. Por una vez, impondré mi voluntad contra la tuya. Me asiste el derecho de la lluvia. ¿Piensas que raramente los husihuilkes lo reclamamos? ¿Piensas que yo misma jamás lo hice? Pues lo hago ahora, porque así me lo demanda la voz de adentro.

Dulkancellin vacilaba entre las razones de Kush y sus razones.

—Hijo, ten cuidado. No es bueno que un hombre y sus leyes sean cosas distintas.

—Respetaré tu derecho —dijo el guerrero.

El zitzahay tenía los ojos cerrados y parecía ausente, como si todo aquello le resultara ajeno. Tanto que Dulkancellin lo sacudió con fuerza:

—¡Escucha! No sé que sortilegios usaste para ensombrecer el entendimiento de esta mujer. Pero ni esos, ni todos los que seas capaz de realizar, confundirán a Kupuka.

Partirás conmigo como prisionero.

Dulkancellin despojó a Cucub de algunas de sus prendas y de casi todos los objetos que llevaba encima.

—¡Siéntate allí! —ordenó—. Nos iremos cuando el sol salga tres veces. Y, entiende esto, tienes la vida pero no tienes la libertad.

La expresión del zitzahay en nada se asemejaba a la alegría. Caminó despacio, y se desplomó en el sitio que Dulkancellin le había señalado.

—¡Vamos, hijas! —dijo Vieja Kush—. Hay un viaje que preparar.

La anciana estaba empezando a sentir las punzadas de la duda. Comprendió que sus palabras habían torcido el rumbo de grandes acontecimientos, y tuvo miedo de haberse equivocado. Dulkancellin, por su parte, no quiso averiguar si era alivio aquel deseo de respirar hondo el aire húmedo de la noche.

La canción del prisionero

El día siguiente estuvo dedicado a los trabajos que imponía la inminencia del viaje. La familia entera se ocupó en ellos. De modo que al atardecer la tarea casi terminaba. Dulkancellin y los tres varones pulían las últimas puntas de flecha. Vieja Kush, Kuy-Kuyen y Wilkilén untaban con abundante grasa los pertrechos de cuero. El carcaj, la capa y las botas debían ser cuidadosamente engrasados para que no les penetrara el agua ni los resquebrajara el frío.

—Mañana, el zitzahay se ocupará de alistar sus propias cosas —dijo Dulkancellin, sin dirigirse a nadie en particular.

Sentado, y con las manos amarradas, Cucub los miraba hacer. La noche anterior, había recibido una buena comida y un camastro abrigado que dispusieron cerca del que usaba Dulkancellin. El husihuilke confiaba en la agudeza de su oído. El zitzahay ya no pensaba en escapar. Sin embargo, uno y otro, no hicieron más que vigilarse el desvelo. Por fin amaneció. El cielo de Los Confines apenas si se aclaró con el alba, de negro a gris oscuro. La gente de la casa se puso en movimiento muy temprano. Tenían por delante muchos quehaceres y poco tiempo. Dulkancellin comprendió que no podría poner suficiente cuidado en vigilar al zitzahay así que decidió amarrarlo. Tomó una trenza de cuero, y con unas cuantas vueltas diestramente anudadas le inutilizó las manos. Estaba a punto de hacer lo mismo con los pies del prisionero, pero lo pensó un momento y desistió. Alcanzaría con eso.

Cucub permaneció así la mayor parte del día, pensando que hubiese sido bueno poder soplar el viento en su flauta de caña. La lluvia continuaba y no amainó en ningún momento. Pasó la mañana. Llegó la mitad del día y sólo se percibió por un levísimo resplandor en el aire. Después la tarde empezó a andar lenta. ¡Tan lenta para el zitzahay! En todo ese transcurso nadie había hablado con él. Cierto es que, escasamente, lo habían hecho entre ellos. Si por lo menos la bella de trenzas le dirigiera la palabra...

Pero atardecía, y Cucub empezaba a sentir sueño. Intentó despabilarse atendiendo al trabajo de los husihuilkes y consiguió lo contrario: los movimientos repetidos de pulir la piedra y el vaivén de las manos engrasando el cuero actuaban sobre él como un brebaje para el sueño. Mientras más observaba, más le pesaba la cabeza y le ardían los ojos.

¿Por qué no dormir?, se preguntó Cucub con la vigilia casi perdida. Si dormía, era posible que soñara con la Madre Neén, su selva de allá lejos. Un poco ladeado, con las manos sujetas a la espalda, el prisionero se fue, en el sueño, hasta su hamaca. ¡Qué bueno estar de regreso! Tumbado en ella y mecido por el viento fragante de la noche, Cucub envolvía hojas de tabaco mientras miraba pasar la luna entre las palmeras. Estaba de nuevo en la intemperie de la selva, pensando que no bien amaneciera se iría hasta el mercado a comer pescado picante. Sin embargo aquel bienestar lo abandonó muy pronto porque, enseguida, la mala posición lo despertó sobresaltado, a punto de caerse del lado del alma. Despacio, fue enderezando el cuello dolorido. El zitzahay no encontraba manera de permanecer despierto sin ponerse a llorar. Todo lo que miraba lo ponía triste: las paredes, las luces de aceite, y esa gente de la que hubiera podido ser amigo. Cucub decidió que era preferible no volver a dormir. "Voy a cantar", pensó.

Crucé a la otra orilla,
y el río me cuidó
y no tuve miedo.
Pedí permiso al árbol,
me encaramé a su altura
y vi las cosas que estaban lejos.
Pero soy un hombre
y volví a caminar,
sobre la tierra.

Kuy-Kuyen y Wilkilén terminaron su tarea junto con la canción, y se quedaron mirando al zitzahay.

—¡Las manos, las manos! —les recordó la abuela. Ambas sacaron un puñado de ceniza de una tinaja que estaba junto al hogar, y se frotaron con ella hasta los codos para quitarse la grasa. Después salieron a enjuagarse con agua, y terminaron untándose una esencia aceitosa.

—¡Hum...! Hasta aquí huele bien —dijo Cucub, buscando conversación. Ya lo había intentado en el curso de la tarde sin ningún resultado. En esta ocasión la suerte fue distinta. Kuy-Kuyen y Wilkilén se acercaron a él y se acomodaron en el suelo, una a cada lado.

—¿Quién te enseñó la canción que cantabas? —preguntó Kuy-Kuyen.

—Nadie me la enseñó —respondió Cucub—. Es mi canción, yo la imaginé. Allá, en la Comarca Aislada, cada uno tiene su propia canción. La inventamos el mismo día en que nos reconocen adultos para que nos acompañe durante

toda nuestra vida.

—Vuelve a cantarla —pidió Kuy-Kuyen.

El zitzahay no dudó ni un momento. Aclaró la garganta y cantó:

Crucé al otro río,
y el árbol me cuidó
y no tuve miedo.
Pedí permiso al hombre,
me encaramé a su altura,
y vi las cosas que estaban lejos.
Pero soy una orilla,
y volví a caminar sobre la tierra.

—¡No es la misma canción! —se apuró a decir Kuy-Kuyen—. No es la misma que cantaste recién.

—Sí y no. Así son nuestras canciones. Las palabras no cambian, pero cambia el modo de ordenarlas. Nos gusta que sean así porque, de ese modo, nos acompañan cuando estamos tristes y también cuando estamos alegres. En los días sin sol y en las noches con luna, cuando volvemos y cuando partimos.

Cucub había recobrado el ánimo. Finalmente, era cuestión de esperar un poco: Kupuka sería, sin ninguna duda, más razonable que Dulkancellin. Además las niñas estaban haciéndole compañía y desde el fuego de Kush llegaba el olor de una buena comida.

De repente, los ocho que allí estaban irguieron la cabeza. El ruido precedió al movimiento... Ruido oscuro y bronco como el movimiento. Las maderas crujieron, las luces de aceite oscilaron en sus lugares, y el mundo cambió de forma bajo los pies. La tierra se movió en Los Confines para que nadie olvidara que estaba viva. Cuando aquello acabó, después de un tiempo impreciso, los corazones estaban pálidos.

Dulkancellin se cubrió para salir de la casa, igual que lo estarían haciendo todos los jefes de familia. Los hombres husihuilkes escucharon a través del viento por si de alguna aldea llegaba la voz de los tambores reclamando ayuda. Reconcentraron su atención durante largo rato, pero no recibieron ningún pedido de auxilio.

—Nada grave ha sucedido —dijo el guerrero, de nuevo en la casa.

Kuy-Kuyen y Wilkilén permanecían abrazadas a Kush.

—Ahora no es bueno estarse quieto —dijo la anciana—. Es bueno moverse para recuperar la calma. ¡Vamos, niñas, ayúdenme! Hay algún desorden que debemos remediar.

—¡Miren! —exclamó Thungür. La ansiedad de la voz se acentuaba con el gesto insistente de su brazo señalando hacia arriba.

Varios cestos, que se guardaban encimados sobre unos atados de varillas de junco y unos cueros enrollados habían caído al suelo dejando al descubierto el extremo verde de una pluma.

—¿Cómo es posible? —Cucub tardaba en reaccionar—. ¡Esa es la señal! ¡Guerrero, esa es la señal que pediste! ¡Por favor, sácala de ahí!

Dulkancellin hizo lo que le pedían. Con cuidado, sacó la pluma de entre los cestos y la sostuvo de modo que todos pudieran observarla. Era lustrosa, medía casi dos palmos de hombre y tenía un verde en nada semejante a los muchos verdes que los husihuilkes podían diferenciar.

Dulkancellin olvidó pronto la apariencia de la pluma para preguntarse, igual que el zitzahay, cómo había llegado hasta aquel lugar. Era seguro que alguien la había ocultado intencionadamente. Pero... ¿quién? y ¿por qué? La única certeza posible no servía de alivio: nadie más que uno de ellos pudo hacerlo. Uno de ellos o Kupuka.

El guerrero empezó por liberar a Cucub de la cuerda que le sujetaba las manos. Después habló para todos:

—Acérquense. Ahora debemos entender cómo ocurrieron las cosas.

Dulkancellin se sentó. Uno tras otro, los demás lo imitaron.

—Todos vimos lo mismo y a un tiempo —dijo el guerrero—. La tierra puso al descubierto la pluma de Kúkul. Y también puso al descubierto una mala intención. Esta pluma es la señal del mensajero, el testimonio de su lealtad, la diferencia entre su vida y su muerte. Alguien quiso ocultarla... ¿Alguno de nosotros sabe algo que deba comunicar?

Varios de ellos negaron con la cabeza.

—Las confusiones se añaden a las confusiones —exclamó Dulkancellin—. Y yo no desearía preguntarme, como lo estoy haciendo, cuál de nosotros mezquina una verdad. No puedo pensar en Kupuka, porque...

—Hay una pregunta que deseo hacer —interrumpió Cucub—. Escucha, Kume. Cuando tu padre y yo salíamos al bosque, estuviste a punto de decirnos algo... Entonces Kush te interrumpió y ya no hablaste. ¿Qué íbas a decir y no dijiste? Pienso que, tal vez, quieras hacerlo en este momento.

Kume enrojeció.

—¡Habla, hijo! —Dulkancellin reconoció, en su propia

voz, la desesperanza.

Kume estaba visiblemente turbado y tardaba en responder.

—¡Responde la pregunta del zitzahay! —alcanzó a decir el padre, antes de que la desesperanza le llegara al alma.

—No recuerdo bien... —empezó a decir el muchacho.

Dulkancellin se puso de pie, Kume se puso de pie. Padre e hijo se pararon frente a frente en el centro de una rueda de miradas atónitas.

—Yo lo hice —las palabras resultaban apenas audibles.

Yo oculté la pluma.

—Continúa —dijo Dulkancellin.

—Aproveché... Lo hice cuando todos estaban distraídos mirando la sombra de Kupuka.

—Continúa.

—Yo no iba a dejar que tú..., que él muriera. Pero Kush se me adelantó, y exigió el derecho de la lluvia. La vida del zitzahay quedó a salvo.

—Por breve tiempo.

—Yo no quise...

—Continúa.

—Solamente esperaba el momento oportuno para poner la pluma en su bolsa de viaje. Iba a asegurarme de que la encontraran antes de partir.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó su padre.

—No confiaba... No confío en el zitzahay, aunque haya traído consigo la pluma de Kúkul. Por eso pensé en esconderla. Si él no encontraba la señal... Me equivoqué. Creí que lo obligarías a partir, eso nada más. Y que tú te quedarías con nosotros.

—¿No tienes otra explicación que dar?

—No.

El guerrero esperó que la sangre le desocupara la garganta. Sabía que sus palabras tenían un difícil regreso.

—No sé quién eres —dijo.

Kume estaba deshonrado. Si la vida no le alcanzaba para lavar la marca del repudio, moriría sin nombre. Vieja Kush no pudo detener el sollozo. El padre desconocía al hijo. Y aunque nadie lo advirtió, aquello medía el poder del enemigo cuando todavía, ni siquiera, había zarpado.

Largo rato después, los husihuilkes y Cucub comían tunas rojas sentados en círculos sobre sus alfombras. Kume no estaba con ellos. Él ya no podía compartir el fuego familiar. ¡Qué distinta era aquella de tantas otras noches pasadas! Noches amigables, olorosas a laurel, cuando Kush contaba cuentos o tocaba, hasta muy tarde, su flauta de caña. ¿Volverían alguna vez?

Cucub hubiese intercedido de buena gana en favor de Kume; sin embargo, no lo hizo. Había aprendido lo suficiente sobre los husihuilkes como para saber de antemano que su defensa fracasaría. El zitzahay pensó de qué modo podía aligerar la amargura de aquella buena gente, y decidió que hablar de cosas pequeñas era lo adecuado.

—Es posible que ustedes quieran enterarse de ciertos detalles —dijo. —Gustoso les relataré cómo fue que me convertí de músico en mensajero. Y, si alcanza la noche, elegiré los mejores episodios de mi viaje.

Nadie tenía sueño, y el zitzahay merecía ser compensado por el injusto trato que había recibido.

—Cuéntanos, si es de tu agrado hacerlo —aceptó Dulkancellin.

Y Cucub contó sin que lo interrumpieran:

—Estando yo en la ciudad que llamamos Amarilla del Ciempiés recibí la orden de acudir a la Casa de las Estrellas Como la Casa de las Estrellas está situada en Beleram, a dos soles de marcha de donde me hallaba, tomé el camino de inmediato. Sentí mucho abandonar Amarilla del Ciempiés sin acudir a la boda de la que éramos invitados de honor mi flauta y yo. ¡Bien, me dije, no tienes alternativa! Alguien más le pondrá música al festejo. Caminé día y noche, y divisé Beleram antes de lo razonable. ¿Creerán si les digo que ni siquiera me entretuve en el río? Atravesé dos poblaciones cercanas a la ciudad, atravesé el naranjal que la rodea. Tomé la calle del mercado, crucé el terreno de juegos, luego la plaza. Y me detuve a respirar frente a la Casa de las Estrellas. No me detuve porque sí, todavía faltaba subir la escalera que lleva hasta su puerta. ¡Pronto vas a conocerla, Dulkancellin! Tiene trece veces veinte peldaños, y está esculpida en una ladera de monte. Necesité hacer en aquella subida más pausas de las que había hecho durante todo el trayecto,

pero llegué a la cima y me anuncié. ¡Deberían ver ese lugar! En parte, cavado en la roca. En parte, levantado con muros de piedra ensamblada. La puerta principal de la Casa de las Estrellas se abre a una enorme sala vacía, sin otro artificio que los haces de luz que entran por muchas pequeñas ventanas y se reflejan en los matices de la piedra. Mientras esperaba el regreso de uno de los centinelas que había salido a anunciarme, varios jóvenes aprendices pasaron por allí. A todos se los veía muy apurados: bajaban una escalera y subían la del costado opuesto, aparecían por una puerta interior y desaparecían por otra. Y, debo decir la verdad, ninguno se interesó en mí. Finalmente, el centinela volvió. "Vamos, Zabralkán te espera", recuerdo que me dijo.

Tomamos por una de las escaleras laterales. Subimos, subimos, subimos. Cada tanto, el centinela se detenía para permitirme descansar. Por la forma de mirarme, debía estar calculando que el vigor que me quedaba no iba a alcanzarme para llegar. Me dejaba tomar aliento y volvíamos a subir. ¿Hasta cuándo? ¿Cómo convencía a mis rodillas de que me sostuvieran un poco más? Cada rellano de la escalera servía de acceso a una habitación. Pude entrever algunas, mientras recobraba el aliento, pero la mayoría tenía cerradas sus puertas. No sé si a causa de mi cansancio o de las muchas sinuosidades del ascenso no logré comprender aquella construcción que, para más, se angostaba y oscurecía a cada paso. ¿Nos estábamos adentrando en el cuerpo del monte? Y si era así, ¿cómo, de un lado y de otro, aparecía el cielo detrás de pequeñas aberturas hechas en la roca? En un momento, el asunto dejó de importarme. El centinela y yo continuábamos trepando escalones. Se habían terminado los rellanos y las habitaciones, las paredes se apretaban contra la escalera cada vez más empinada. Y este pobre Cucub soñaba con el aire de afuera. "Llegamos" fue lo último que oí. Venía de muchos días de caminata y de subir una escalera interminable, así que me derrumbé.

Abrí los ojos en un recinto amplio, con ventanas salientes. Cuando estuve del todo despierto, comprendí que el tal recinto era un observatorio. Y las que creí ventanas eran puntos de mira. Disfrutaría describiéndoles minuciosamente aquel magnífico lugar. Pero, ¡vean!, Wilkilén ya se ha dormido. Mi experiencia de buen contador me aconseja abreviar el cuento.

Habíamos quedado en que el recinto era un observatorio. Ahora debo agregar que la única persona que estaba a mi lado, observándome despertar, era Zabralkán. En anteriores ocasiones, él y yo nos habíamos visto las caras. Déjenme

aclarar que esto no tiene nada de raro, pues es costumbre en Beleram que músicos, malabaristas y contadores de historias acudamos, en días ceremoniales, a la enorme explanada que rodea la Casa de las Estrellas. Espléndidas fiestas en las que Zabrankán, grande entre los Supremos Astrónomos, después de apreciar las destrezas de los mejores artistas de la Comarca Aislada escogió a Cucub para manifestarle su especial complacencia. ¿Cómo no recordar esos festejos? Cientos de antorchas se encienden en la calle principal para alumbrar el camino de las procesiones nocturnas que llegan desde remotas aldeas. ¡Atención, Cucub! Caíste de nuevo en la tentación de contarlo todo. Ustedes harán bien en corregirme, si algo semejante vuelve a suceder.

¿Les dije que es Zabrankán el mayor de los Supremos Astrónomos? Lo que con seguridad no les he dicho, es de la vergüenza que sentí al comparar el orgullo de su porte con mi desaliño después de tan largo viaje. Sin embargo me tranquilicé apenas comprobé que Zabrankán no reparaba en mi aspecto. El Astrónomo llenó un cuenco con bebida de oacal endulzada, y me la ofreció. Con los primeros sorbos recobré el ánimo. Con el cuenco vacío me sentí capaz de caminar de regreso a ciudad Amarilla del Ciempiés. Así como se los digo a ustedes se lo dije a Zabrankán, y él se sonrió. ¡Pero miren a Kuy-Kuyen! También ella sonríe... Algo agradable ha de estar soñando la segunda durmiente. Aún así, como veo que todavía tenemos más personas despiertas que personas dormidas, vale la pena proseguir con el relato.

El Supremo Astrónomo caminaba alrededor de un gran bloque de piedra rectangular colocado en el centro del observatorio. El bloque se levantaba del suelo, digamos..., un palmo. Era tres veces más largo que ancho y estaba atiborrado de relieves. Imaginen cuántos de ellos habría que inicié en una cabeza de serpiente caída sobre un extremo y, aunque me esmeré en seguirla a través de imágenes de pájaros y venados, estrellas y lunas, además de indescifrables signos y guirnaldas de malva, su cuerpo se me perdía en alguna parte. Cansado de aguardar el resultado de mi intento, Zabrankán me pidió que lo abandonara. "Después podrás buscar la cola de la serpiente", recuerdo que me dijo. "Ahora debemos conversar de asuntos importantes". Y entonces comenzó a explicarme lo que todos aquí conocemos: que había un anuncio por comunicar y algunos pocos que debían escucharlo, que se enviarían mensajeros, que la misión debía ser resguardada..., que la inminencia de los hechos, y esto y lo otro. Y llegar a tiempo

al concilio... y bla bla bla. ¡Y que yo había sido designado mensajero!

¿Recuerdas, Dulkancellin, que tú preguntaste a Kupuka por qué te tocaba a ti representar a los husihuilkes? Pues bien, yo le pregunté a Zabrankán por qué me tocaba a mí ser mensajero. Ambos, tú y yo, recibimos una orden como única respuesta. Y tras esa orden, vinieron muchas otras. En primer lugar, me fue prohibido abandonar la Casa de las Estrellas hasta el día de mi partida hacia Los Confines. Es verdad que me trataron con todas las delicadezas imaginables. Dormí en cama mullida y tuve comida en abundancia; pero la preparación era implacable. Horas y horas dándome explicaciones, precisando itinerarios y advertencias. Después, ¡pobre de mí!, me hacían repetir cada cosa para verificar si había comprendido. Y al día siguiente, todo volvía a comenzar. Frecuentemente, alteraban hoy un dato que me habían dado ayer, y así cuidaban que siempre estuviera atento. Hacían falsas afirmaciones y preguntas tramposas, presentaban problemas complejos y soluciones absurdas. Todo hasta admitir que Cucub ya estaba listo para afrontar la severa embajada.

Supe que en la mismísima Casa de las Estrellas, quizás muy cerca de mí, los otros mensajeros pasaban por pruebas semejantes. Sin embargo nunca vi a ninguno de ellos. Supe también, por boca de Zabrankán, que uno de esos mensajeros viajaría a la Tierra sin Sombra en busca de los Pastores del Desierto. Pensé que teniendo en común un largo trecho del camino, lo haríamos en compañía. Mucho me hubiese gustado tener con quien compartir las canciones, el pan y el miedo, pero no pudo ser. ¿Partió antes? ¿Partió después? ¿Siguió una ruta diferente a la que me ordenaron seguir? No lo sé. Lo único que puedo asegurar es que, desde la escalera de la Casa de las Estrellas hasta esta casa, viajamos solos mi alma y yo.

Partí de Beleram un amanecer. Recuerdo haber visto varios hombres alisando el terreno de juegos, más algunos vendedores rezagados que recién llegaban al mercado. Debo confesar que me detuve en un puesto de comidas para comprar una tortilla envuelta en hojas. Aquella pausa no estaba contemplada en mi itinerario. ¡Pero cuántas veces el sabor de esa tortilla me devolvió la entereza para seguir el camino!

El relato de Cucub iba llenando la habitación de apariciones. Nombró el zitzahay la tortilla y todos los labios se humedecieron de aceite aromado. Y cuando los labios empezaban a secarse, se ensordecieron los oídos con el silbo de miles de pájaros que llegaron desde el valle más hermoso

del mundo para aventar el fuego que se dormía. El zitzahay recordó el torso de las mujeres-peces contra el viento, y los hombres soñaron. Contó el sol del desierto y todos se aflojaron las mantas que los abrigaban. El rebaño de llamellos que Cucub arreó con sus palabras se demoró en partir, porque los grandes animales se quedaron atorados en la pequeña casa de madera. Al fin llegó un águila que anidó sobre la pila de lanas de Vieja Kush, y luego ya no estaba. Pero estaba el bosque de Los Confines que en boca del zitzahay pareció más familiar que nunca.

—Tanto me guió el paisaje —continuó Cucub —que, como hacía en mi tierra, caminé cantando. Gracias a eso me resultó posible saber en todo momento, y con suficiente exactitud, a qué distancia estaba de las casas husihuilkes. Aunque jamás vi las aldeas, podía extender mi brazo y señalarlas: una aquí y otra allá. Así de cercanas o así de distantes de mi canción.

Los Supernos Astrónomos me dieron muchas noticias sobre Los Confines. Y por alguna razón, unas más que otras reaparecieron en mi memoria a lo largo del bosque. "El Pantanoso es río que separa la Tierra sin Sombra de Los Confines. Bien nombrada ha sido esta tierra que es, en verdad, el último extremo del continente. En Los Confines, viven y mueren los husihuilkes. Sus aldeas se agrupan demarcando los dominios de un linaje. Cada linaje tiene un mismo antepasado fundador que une a las familias en la sangre y en las armas. Por los linajes, esos hombres son husihuilkes. Y por los linajes, suelen ser adversarios..."

Lo estoy repitiendo aquí tal como los Astrónomos me lo dijeron, sin quitar ni agregar. A menudo, cuando hacía un alto para descansar, recordé estas palabras. Encaramado a un árbol, escudriñando el cielo de Los Confines en busca de una estrella familiar que me alumbrara el desvelo, oía las voces de Bor y de Zabrankán: "El Pantanoso es río que separa..." En esas noches, por extraño que les parezca, yo pensaba en Dulkancellin. Así es, guerrero, pensaba en ti y me preguntaba qué clase de hombre serías. No cualquier hombre, de seguro, si habías sido señalado para representar en el concilio tanto a tus vecinos como a tus adversarios.

Según entendí, hay linajes aliados por el honor o el parentesco de sus jefes originales. Y hay otros que, habiendo sido empedernidos rivales, han puesto fin a las guerras casando a sus hijas con sus hijos. Pero sé, porque me fue debidamente explicado, que otros linajes no aceptan más alianzas que sus sangres mezcladas en los campos, ni más pacto que el de la tregua acordada para que cada uno levante a sus muertos.

Dulkancellin deberá tomar graves decisiones, en nombre de todos ellos. Este hombre que vengo a buscar, recuerdo que me decía mientras esperaba el sueño, este hombre tendrá que poder hacerlo sin menguar a ninguno.

La primera etapa del camino, amanecer en que abandoné la Casa de las Estrellas amanecer en que crucé el puente sobre el Pantanoso, me tomó trece veces diez jornadas y otras nueve. Y cada jornada fue una marca en mi correa. En la etapa siguiente, extremo sur del puente la puerta de esta casa, solamente tracé la mitad de esas marcas. Y no es que las distancias sean tan diferentes, ¡el Pantanoso está casi en el punto medio del trayecto!, es que el bosque me permitió avanzar mucho más de prisa que el desierto.

No mentí cuando dije que a través del bosque mi travesía se tornó apacible. No obstante eso, y haciendo memoria, podría narrarles una buena cantidad de sucesos por los que tuve que pasar; rematando el relato con el alto que hice, muy cerca de aquí, a fin de verificar que la pluma de Kúkul estuviese en donde debía. Pero no lo haré. Voy a escamotear tantas minucias; y a suponer que llegué al punto en que el guerrero abrió esa puerta y yo volví a ver un rostro humano, después de haber viajado doscientos nueve soles viendo, solamente, mi reflejo en el agua.

Se equivocan si le atribuyen al desgano, la decisión de poner término al repaso del viaje. No me detengo porque me falten ganas de contar... El causante de esta interrupción es Piukemán. El muchacho resistió durante largo rato, pellizcándose las manos y cambiando de posición en su alfombra. Pero se durmió. Miro y reflexiono. ¿Quiénes hemos permanecido despiertos?: Kush, Dulkancellin, Thungür y, lógicamente, este zitzahay.

He aprendido que nada sucede porque sí en los tiempos que corren. Por eso, interpreto estos sueños no como una ofensa a mi arte sino como una valiosa oportunidad que no estoy dispuesto a perder. Si alguna duda guardaba sobre la conveniencia de referirles ciertos conocimientos susurrados en la Casa de las Estrellas esto, que no llamo casualidad, ha acabado con ella. Duermen los pequeños. Y los tres que han conseguido mantener los ojos abiertos son quienes pueden y deben conocer antiguos sucesos, origen de lo que hoy ocurre y mañana ocurrirá.

Dulkancellin se enterará de ellos apenas arribemos a la Casa de las Estrellas. Pero mientras antes sepa de estas cosas, más y mejor podrá meditarlas. Con respecto a Vieja Kush y a Thungür... Supongo que Kupuka tendrá planeado informarlos de todo a su regreso. Mi pregunta es: ¿Y si Kupuka jamás pudiera volver? No olvidemos, ni por un

momento, que vivimos días de incertidumbre. En cada región de la Tierras Fértiles se habla de acontecimientos inexplicables. Y entre ellos, de varias desapariciones. ¿El Brujo de la Tierra regresará? Si Kupuka no vuelve, si Dulkancellin y Cucub ya no vuelven, dos personas habrá en Los Confines que conozcan los hechos y decidan cómo continuar. Así pienso, y espero no equivocarme.

Eso sí, antes de comenzar preferiría llevar los niños a sus camastros; porque se me ocurre que han de ser buenos en las mañanas de despertar sin que se les note. Si me permiten, yo cargaré a Wilkilén. Creo tener fuerza suficiente.

¡Ah!, Vieja Kush... Mientras tanto, tú puedes traer leche tibia y algunos trozos de pan de maíz.

Cuando Dulkancellin, Thungür y Cucub volvieron a sentarse junto a la chimenea, el pan y la leche estaban dispuestos.

—Bébela caliente —le dijo Kush al zitzahay—. Tu voz te lo agradecerá.

—A ti —respondió Cucub, con un amago de reverencia.

La tormenta no amainaba. Al contrario, el viento helado acumulaba cerrazón, y el cielo se caía en los pantanos.

Cucub había aprendido a confiar en el techo que tenía sobre su cabeza. Apenas llegado, pensó que no iba a transcurrir demasiado tiempo hasta que aquella casa de troncos, techada con paja y brea, dejase entrar el agua. Y recordó con melancolía las paredes de piedra que levantaban los zitzahay. Pero ahora, seco y abrigado, oliendo las buenas hierbas que se quemaban en la chimenea, se decía a sí mismo que la casa de Vieja Kush era el mejor lugar del mundo donde escuchar la lluvia.

Zitzahay, continuaremos escuchándote porque prometes decir cosas provechosas —anunció Dulkancellin—. Pero la noche corre hacia el amanecer, y todos debemos descansar un poco. Mañana estaremos en vísperas del viaje, y con mucho trabajo sin hacer. Te ruego que no demores más de lo necesario.

No diré ni una sola palabra ociosa. Pero les advierto: pocas o muchas, las oyen y las olvidan, en tanto no sea forzoso recordarlas —el artista hizo un silencio de oficio—. El día de mi llegada mencioné, como al pasar, algo esencial para entender la turbiedad de estos asuntos. En esa oportunidad, fue Kupuka el único que percibió la verdadera importancia de mi comentario. Lo adiviné en su mirada ensombrecida. Esta vez, seré más explícito; sin la intención de ensombrecerlos a ustedes, sino de alertarlos. Los hechos que se avecinan han conseguido confundir a la Magia. La comprensión del verdadero propósito que tienen los extranjeros y, por supuesto, la decisión de recibirlos con pan o con guerra trazan una línea. De ambos lados, la Magia interpreta de diferente modo las mismas señales. Todo es confuso. Donde unos leen noche, otros leen día; y nunca, en lo que se recuerda, había sucedido nada similar. Mi humilde entender se atreve a vaticinar que, si esto no cambia, el riesgo será muy alto. Si el concilio equivoca su palabra final, si nuestras acciones no son desde el comienzo las

acertadas, algo terrible nos sucederá.

—¿Cómo es posible que tú lo comprendas, que yo mismo lo comprenda, y no pueda comprenderlo la Magia? —preguntó Dulkancellin.

—¡Claro que lo comprende! —respondió Cucub—. Pero no halla el modo de remediarlo, ni de arribar a un solo justo discernimiento. No hay en la Magia, así lo espero, mezquindades ni soberbias. No hay traiciones. Hay sabidurías que todavía no pueden encontrarse. En eso, y sólo en eso, cifro mis esperanzas. Tal vez, cuando lleguemos a la Comarca Aislada encontremos que el movimiento de los astros en el cielo, las profecías, los sueños sagrados, los calendarios, las visiones de los iniciados y los indicios de la tierra han sido, finalmente, interpretados de una única manera.

Dulkancellin marcó con un gesto que la idea ya estaba comprendida. Luego se aseguró de que Cucub siguiese avanzando sobre lo importante.

—Zitzahay, has hablado con precisión. Ahora dinos, si es que puedes, por dónde pasa esa línea que mencionaste. ¿Qué dicen unos y otros?

—Tu pregunta se adelanta al asunto que estaba a punto de tratar —dijo Cucub, molesto por la impaciencia del guerrero—. Ya que lo exiges, se los diré en pocas palabras. Hay quienes creen que son los bóreos los que llegan. Diría mejor, los que regresan. Y hay quienes temen, ¡las estrellas se conjuguen para protegernos!, que sean las sombras de Misáianes las que vienen, tal como una vez les fue advertido a nuestros antepasados.

Cucub se quedó esperando, seguro de que los husihuilkes le pedirían que se explicase mejor. Para su asombro, Vieja Kush empezó a recordar:

—El primero de los nombres que pronunciaste no me es desconocido. Bóreos... Escuché sobre ellos cuando era tan pequeña como Wilkilén. Fue de boca de uno de mis abuelos, en una noche casi igual a esta.

—Es posible —replicó Cucub—. Muchos oyeron hablar sobre los bóreos. Y algunos, viejos y memoriosos, todavía recuerdan lo que oyeron. Tú, Vieja Kush, habrás escuchado de sus cabellos rojos y de su piel sin color. Pero qué hicieron entre nosotros, eso difícilmente lo sepas.

—Dices bien. Cierro los ojos, y oigo la voz del abuelo describiendo a esos hombres. También recuerdo que nos decía que ellos jamás habían pisado Los Confines. Hasta allí nomás, y se me acaba la memoria.

—Hermana Kush, no podrías recordar lo que no sabes —dijo el zitzahay—. No un abuelo, sino siete abuelos atrás deberíamos remontarnos si quisiéramos llegar al tiempo en

que los bóreos nos visitaron. Y a lo remoto debemos añadirle lo secreto; puesto que la verdad sobre estos hechos fue preservada en códices cifrados, sólo a la mano de unos pocos. Y así permaneció, en espera de días propicios para volver a ser contada. Los días propicios son estos que corren, y nosotros somos de los primeros en saberla. ¿Gracia o desgracia este destino que nos ha tocado? Yo no lo sé.

—Dinos, por fin, lo que debemos conocer —pidió Dulkancellin.

Cucub tenía la palabra, y se sintió en casa.

—Un día de un lejanísimo pasado, los bóreos desembarcaron en la Comarca Aislada. Por aquel entonces, muy poco se conocía... Diría mejor, muy poco se recordaba de ellos: que habitaban en las Tierras Antiguas, al otro lado del mar. Y que eran vástagos directos de una inmemorial y noble raza de hombres. La expedición que los bóreos enviaron trajo malas primicias. Pero digo tan malas como ninguna de las que hubiesen recorrido las tierras. Nuestros grandes los escucharon. Y, como antes dije, todo lo que los bóreos dijeron fue escrito en lenguas herméticas sobre láminas de corteza plegadas que metieron en estuches lacrados, que guardaron en un cofre de piedra, que ocultaron en una cámara reservada, que...

—¡Aguarda un momento, zitzahay! —lo detuvo Dulkancellin—. ¡Procura llegar a lo esencial! Explícanos, por favor, por qué dijiste "malas primicias".

—¿Quién dijo "malas"?

—¡Tú!

—¿Yo?

—¡Así es! —confirmó el guerrero, con evidente impaciencia.

—Pues, entonces, no supe expresar mis reales pensamientos —respondió Cucub—. Debí decir mejor "primicias escalofrantes". O, en otras palabras, noticias de dar vuelta el cielo. Presagios del fin.

—Zitzahay, en honor a la gravedad de lo que mencionas, deja que descansen tus virtudes de artista y respóndeme. ¿De qué hablas? ¿De qué noticias estás hablando?— Dulkancellin fue terminante en sus maneras.

Cucub enrojeció en silencio. Y, en silencio, los husihuilkes esperaron a que se recobrase de la vergüenza.

—Estaba juntando ánimo —murmuró el zitzahay como disculpa. Y luego se dispuso a responder, con el sincero propósito de moderar la lengua—. Una guerra comenzaba en las Tierras Antiguas; tan absoluta, tan diferente a las muchas que se habían librado a lo largo del tiempo que los bóreos cruzaron el mar con el anuncio. De las Tierras Antiguas a las Tierras Fértiles. Nadie correría ese riesgo

sólo para hablar de una guerra parecida a todas. Nuestros antepasados fueron bien advertidos por los bóreos: "Hermanos de las Tierras Fértiles, el motivo que nos ha traído hasta ustedes no podría ser otra contienda de las Criaturas, por grande que ella fuera. Venimos a decir que en las Tierras Antiguas se prepara la última guerra. Sepan que nos enfrentamos a uno al que su propia madre llamó Misáianes. Y esto, en lenguas remotas, significa "Odio Eterno". Los bóreos dijeron que Misáianes había sido gestado en las tripas de la Muerte. Creado y crecido para elevar sobre nuestro mundo el poder de la ferocidad.

Cuando Vieja Kush, Thungür y Dulkancellin oyeron al zitzahay, tuvieron la sensación de que Misáianes era un nombre capaz de dividir el Tiempo. Un escalofrío entró a la habitación, revoloteó y se posó en las almas, como un pájaro agorero.

—Los códices a los que hice referencia —continuó Cucub—, repiten fielmente las palabras de los bóreos. Retuve en mi memoria algunos de los fragmentos que Zabralkán recitó con mayor frecuencia, durante mi estadía en la Casa de las Estrellas; y creo que no hay nada más apropiado para terminar de explicarme: "A nosotros, los que habitamos en las Tierras Antiguas, nos corresponde dar las primeras batallas contra Misáianes. Así debe ser, porque Misáianes nació y creció en un monte de nuestro continente. Y es allí donde concentra sus fuerzas. Pelearemos hasta la última gota de sangre de la última buena Criatura; pero, quizás, no sea suficiente. Por ahora, este lado del mundo está a salvo. Nosotros y el mar somos el escudo. ¡Preserven este lugar y esta vida! ¡Protéjense, y protejan a los hijos que dejaremos entre ustedes! En ellos depositamos la esperanza de permanecer, aunque caigan las Tierras Antiguas. Si vencemos, vamos a volver en busca de nuestra descendencia. Nos verán regresar por el mar. Y en esos días, pasaremos el pan de mano en mano alrededor de la pira ceremonial. En cambio, si somos derrotados serán ellos los que lleguen. Misáianes se hará fuerte en las Tierras Antiguas. Luego enviará sus ejércitos a devastar este continente, porque tal es su designio: ni un sólo árbol en flor, ni un sólo pájaro cantando. Sabemos que, llegado el momento, ustedes pelearán como nosotros lo haremos ahora. Pero el momento, si es que ha de llegar, demorará manojos de años. Los plazos de esta guerra no son los de una vida humana. Por eso, vean que la memoria se mantenga encendida y custodiada. No importa cuánto tiempo transcurra... Cuando el arribo de una nueva flota sea vaticinado, algunos deberán recordar con exactitud para poder

determinar si en esas naves vuelven los bóreos. O se acerca Misáianes. Ellos o nosotros. La Vida o la Muerte. Eso es todo. ¡Cuiden que nuestros hijos se multipliquen!"

Los husihuilkes empezaban a comprender.

—Veo que empiezan a comprender —dijo Cucub—. ¿Vuelven los bóreos o se acerca Misáianes? Las señales, lejos de iluminar, se empeñan en oscurecer. Todo lo que se muestra a los ojos de la Magia puede leerse de dos modos diferentes, y el resultado es la incertidumbre.

—Te oímos hablar sobre Misáianes como jamás se ha hablado de alguien —exclamó Dulkancellin—. Dinos, Cucub, ¿quién es él?

La pregunta del guerrero husihuilke tenía su respuesta en los códices. Testimonios transcritos en lengua sagrada. Relatos de una guerra que aún no había terminado, y signaba los días que corrían.

Muchos años atrás, la vida sumada de siete abuelos, los Astrónomos de la Comarca Aislada habían hecho a los bóreos la misma pregunta que Dulkancellin le hizo entonces a Cucub.

"Y cuando nosotros, los Astrónomos, preguntamos acerca de Misáianes, los bóreos nos respondieron esto que aquí transcribimos. Así como ellos hablaron nosotros asentamos las palabras, sin quitarlas ni agregarlas. Y estos son códices sagrados que preservaremos hasta el día de las naves.

Los bóreos nombraron a Misáianes y lo llamaron el feroz, el que no debió nacer. Así hablaron los bóreos. Tememos a Misáianes, el que vio la luz de este mundo porque su madre quebrantó las Grandes Leyes, así nos dijeron.

La Muerte, condenada a no engendrar criatura mortal ni inmortal, erró por la eternidad reclamando progenie. Sollozó y suplicó, pero la prohibición era absoluta. Era negación que jamás acabaría. Y entonces, la Muerte desobedeció. Y moldeó un huevo de su propia saliva y lo sacó de su boca. Secretó jugos y lo impregnó con ellos. Y fue de esas materias inmundas que nació el hijo, amparado en la soledad de un monte olvidado de las Tierras Antiguas.

Pero el que nació de la Desobediencia trajo el espanto consigo; y el espanto no fue su atributo sino su esencia. El hijo trajo aquello que ni su propia madre pudo presentir. Así hablaron los bóreos. Esto ocurrió porque las Grandes Leyes fueron desobedecidas, así nos dijeron.

Cuando las Grandes Leyes fueron desobedecidas se abrió una herida. Y el Odio Eterno, que esperaba más allá de los límites, encontró la fisura. El Odio Eterno penetró por la herida de la Desobediencia, cuajó en el huevo y tuvo

sustancia. En el hijo de la Muerte, el Odio Eterno encontró cuerpo y voz en este mundo. Así hablaron los bóreos. Emergió el alma de lagarto, así dijeron. El maldito.

Entonces, la Muerte vio lo que era. Vio que el engendrado era carne del Odio Eterno, y pensó en triturarlo con sus dientes. Y ese día, no pudo. Y al siguiente día, no pudo. Y al tercer día, se enorgulleció de la bestia y la llamó Misáianes. Ese día tercero empezó un nuevo tiempo, tiempo luctuoso. Y nadie lo supo.

Misáianes creció. Se hizo dominador de una vastedad de Criaturas y extendió su imperio. Sabed que el hijo de la Muerte no mostrará su rostro, así hablaron los bóreos. Está dicho que andará embozado hasta los últimos días, así nos dijeron.

Porque Misáianes, hijo de la Muerte, habla parecido a la verdad y confunde a quienes se detienen a escucharlo. Conoce las palabras que adulan a los fuertes y seducen a los débiles; sabe dónde susurrar para enemistar a los hermanos. Grande es el peligro. Él puede parecernos un maestro majestuoso, un nuevo tutor. Puede parecernos consejero del sol. Así hablaron los bóreos. Grande es el peligro, así nos dijeron. Muchos correrán allí donde su dedo señale. Muchos, en el mundo, lo venerarán.

Sabed y recordad. Misáianes llegó para extinguir el tiempo de los hombres, el tiempo de los animales y del agua, del verdor y de la luna, el tiempo del Tiempo. Muchos se embriagarán con su veneno, y otros caeremos en la batalla. Y es mejor caer en la batalla. Así hablaron los bóreos. Mantengan la memoria, así nos dijeron.

Misáianes, el descorazonado, es el fin de toda luz. Misáianes es el comienzo del dolor increado. Si somos derrotados en esta guerra, la Vida caerá con nosotros. Si somos derrotados, la luz será condenada a arrastrarse sobre cenizas. Y el Odio Eterno caminará por el atardecer de la Creación.

Hasta aquí hemos escrito lo que los bóreos dijeron. Nosotros preservaremos los códices tal como ellos nos lo pidieron. Llegará un día cuando alguien vuelva a nombrar a Misáianes. Nombrarán a Misáianes y se preguntarán por su origen. Y el que pregunte, tendrá respuesta".

Era la madrugada de la partida. Durante la noche, la lluvia había amainado hasta casi cesar; pero ahora, nuevamente, caía copiosa.

Todo lo necesario para el largo viaje estaba dispuesto desde la jornada anterior. No obstante, Dulkancellin repasó cada cosa con cuidado. Cuando tuvo la certeza de que nada faltaba, se volvió hacia los suyos con intención de hablarles. Tenía la garganta reseca, y la cabeza aturdida de pensamientos de los que apenas consiguió articular una parte.

—Es momento de partir. Saben que no tengo otra alternativa que abandonarlos para emprender un camino exigido. Cúdense, y esperen a Kupuka. Él les traerá noticias.

La despedida no podía demorarse. Dulkancellin, que no sabía llorar, se acercó a sus hijas. Kuy-Kuyen retenía lágrimas a fuerza de no pestañear. Wilkilén se las secaba con ruido. El padre se agachó y las besó en la frente.

—Adiós.

Después abrazó a Piukemán. El niño hubiera querido agarrarse al abrazo, y decirle que tenía miedo. Los ojos de su padre no lo dejaron.

—Hijo, asiste a Thungür en sus quehaceres, y obedécele.

—Sí, padre —respondió Piukemán.

Thungür y Dulkancellin se despidieron con las manos ciñendo los antebrazos, al modo de los guerreros.

—Se cumple el vaticinio de la oropéndola. Ya ves, hijo, el bosque no se equivoca. Apenas yo trasponga esa puerta, serás el jefe de esta casa.

—Contra mi deseo —contestó Thungür.

—La caza y la pesca, las decisiones, la vida de la aldea; nada se detendrá esperando mi regreso. Tampoco lo hagan ustedes.

—Padre, qué debemos decir cuando pregunten por ti.

—Respondan que he partido. Ninguna otra cosa. El resto lo dirá Kupuka cuando lo crea conveniente.

Dulkancellin miró a su madre. La anciana se acercó a él y le tomó las manos. Vieja Kush pensaba en Kume.

—Dulkancellin, no abandones la casa sin abrazar a uno de tus hijos. No agrandes el dolor.

—Vieja Kush —respondió el guerrero—, parece que los años están enturbiando tu razón. Tengo cuatro hijos, y de

cada uno me he despedido con pesar.

Todos miraron a Kume que, alejado del grupo, trenzaba tiras de cuero. El muchacho no levantó la vista de su trabajo; pero Kush vio que apretaba las mandíbulas. "Es el más bello", pensó la anciana, buscando alivio en ese pensamiento.

—Zitzahay, démonos prisa —dijo Dulkancellin—. Hay que partir.

—Espera un momento —respondió Cucub—. Debo deshacer un rencor.

Era evidente que el zitzahay se refería a Kume, y Dulkancellin intentó detenerlo:

—Cucub, no hay más tiempo. Debemos marcharnos...

—Husihuilke, he respetado tus leyes —Cucub habló con firmeza—. Respeta, ahora, las mías. Apiñados como los granos de la arena, así debemos estar. Cualquier enemistad se volverá contra nosotros. Ese es mi pensamiento, y actuaré en consecuencia.

El zitzahay llegó hasta Kume, que ya estaba de pie.

—Tanta tierra nos separará que difícilmente volvamos a encontrarnos. No es mi culpa lo que sucede; no irrumpí en tu bosque por mi deseo. Yo hubiese preferido quedarme a cantar bajo el cielo que conozco, pero no pudo ser. Te saludo y te ofrezco mi amistad.

La mirada de Kume, negrísima y entrecerrada, se puso húmeda. La humedad se le venía a los ojos desde un lugar recóndito donde siempre estaba triste. Pero de pronto, volvió a endurecerse. Sonrió con desprecio al hombre que le hablaba, y salió de la habitación en silencio.

—Partamos —pidió Dulkancellin.

—Cuando quieras, guerrero —respondió Cucub, mirando su mano extendida y sola.

Junto a la puerta, los dos cargaron los morrales a sus espaldas y ciñeron sus mantos. Dulkancellin sabía que todos esperaban oírle pronunciar una sola palabra: Regresaré. Pero Dulkancellin, que no sabía llorar, tampoco sabía mentir.

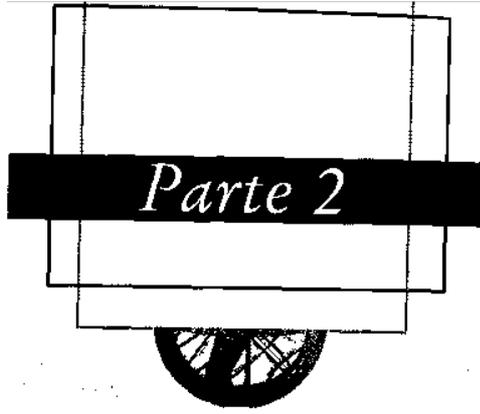
—¡Adiós!— dijo solamente.

No habían dado sino unos cuantos pasos cuando la lluvia los ocultó. Las cinco miradas se empeñaron en buscarlos. Verlos una vez más, eso querían. Sonreírles y que no se agrandara el dolor.

—Adiós, Dulkancellin —Vieja Kush supo que acababa de verlo por última vez.

A través de los caminos de la lluvia, la voz de Cucub se abrió paso. El zitzahay ya estaba cantando:

Crucé al otro hombre,
y el río me cuidó
y no tuve orilla...



Los dos hombres partieron de Paso de los Remolinos con rumbo a Beleram, la ciudad donde Cucub vivía. Y donde la Casa de las Estrellas, elevada en su monte de piedra, congregaba a la Magia. Tales eran los puntos de partida y de llegada. Pero el camino a seguir era incierto. Los viajeros deberían inventarlo cada vez que el agua anegara los senderos habituales, los árboles caídos les bloquearan el paso, o las zonas pantanosas les exigieran pronunciados desvíos.

A eso se añadía la necesidad de buscar refugio para pasar la noche. Dulkancellin conocía muy bien los amparos que el bosque procuraba a los cazadores y a los extraviados. Y que más allá de sus voluntades, marcaron el ritmo de las primeras jornadas. Hoy, el refugio aparecía demasiado pronto, cuando aún había fuerzas para continuar avanzando. Mañana, tal vez, el refugio les quedaría lejos; y la jornada se alargaría hasta forzar el límite de la resistencia.

El día que emprendieron el camino hablaron de cosas sin importancia. Ninguno quería mencionar las causas de aquel viaje, ni vaticinar los resultados. El guerrero se mostró interesado por conocer cómo era la vida en la Comarca Aislada. Cucub respondió gustoso a todas sus preguntas, alzando la voz para hacerse oír sobre el ruido de la lluvia en el bosque. Y cuando Dulkancellin dejaba de preguntar, el zitzahay cantaba.

Al otro día, Dulkancellin no habló más que para decir lo imprescindible. Y la canción del zitzahay sonó cansada.

A partir del día tercero, se fueron llenando de irritación. Los pies entumecidos bajo el cuero embarrado de las botas, la ropa siempre húmeda y el olor pegajoso de sus cuerpos los puso de un humor intolerante. Y, seguros de que cualquier comentario sería mal interpretado, ambos prefirieron no decir palabra. Mucho tiempo después, Cucub recordó aquella caminata como un larguísimo silencio bajo la lluvia.

La misma cueva en la que Shampalwe había cortado sus últimas flores, les sirvió de amparo. Allí, y a ruego insistente del zitzahay, hicieron el primer alto en su viaje para comer. Los alimentos que cargaban no eran demasiado abundantes, aunque sí eran apropiados para ayudar a resistir los rigores del clima y el trabajoso andar. Bien racionados, serían la base de su sustento mientras la lluvia les

dificultara, cuando no les impidiera, la cacería.

Cucub separó dos porciones de higos secos, y ofreció su parte a Dulkancellin. El guerrero rechazó el alimento sin siquiera mirarlo.

—No puedes dejar de comer —dijo Cucub—. Hazlo, aunque no tengas hambre.

—Luego lo haré —respondió Dulkancellin—. ¡Y no trates de imitarme! Come lo tuyo hasta chuparte lo que quede en tus dedos. Te hace más falta que a mí.

Cucub, nada propenso a imitar conductas que le ocasionaran incomodidades, se instaló en la cueva adentro a disfrutar de su comida. Como era el primer día de camino, y por entonces todavía cantaba, se lo pasó tarareando entre bocado y bocado.

Sentado en la boca de la cueva, Dulkancellin miraba llover sobre el Lago de las Mariposas. Sabía que, muy pronto, el lago crecería hasta el pie de los grandes montículos rocosos que lo cercaban por el oeste. Mientras que por el este se extendería en un peligroso lodazal.

El guerrero no tenía el don de la imaginación. No sabía ensoñarse en lejanías; y mucho menos, en invenciones. Pero ese mediodía oscuro, tan cerca de donde Shampalwe había cortado sus últimas flores, el guerrero vio a su esposa con más nitidez que al paisaje que lo rodeaba. Las laderas que caían al lago se cubrieron de las hierbas frescas del verano. De aquel verano en que nació Wilkilén y su madre llegó hasta allí, en cumplimiento del rito de la maternidad. Dulkancellin veía a Shampalwe danzando a orillas del lago, tal como lo ordenaba la ceremonia. La veía girar hacia un lado y luego hacia el otro: una mano en la cintura, una mano ahuecada a la altura de las sienes. "Una vueltita con pasos de perdiz", solía repetirle a Kuy-Kuyen para enseñarle el baile de las mujeres husihuilkes. Shampalwe saludó al guerrero con la sonrisa grande que le transformaba los ojos en una línea negra. Desde la cueva, su esposo devolvió el saludo con la mano en alto. Afortunadamente Cucub, entretenido en saborear los últimos higos, no estaba prestándole atención. De haberlo visto saludar a la intemperie vacía, hubiese pensado que el guerrero había contraído alguna fiebre.

—¡Cucub! —llamó el guerrero, de nuevo en su día de lluvia—. Sigamos andando. Ésta es zona de cuevas. Nos costará poco hallar, más adelante, cualquier otra donde podamos dormir.

A pesar del preciso conocimiento que Dulkancellin tenía del bosque, no podía dejar de prestar atención a sus pasos. Varias veces tuvo que detenerse a pensar cuál sería la ruta

apropiada, o menos riesgosa. En esas ocasiones Cucub lo miraba como un niño a su padre. Y cuando el husihuilke volvía a caminar, el zitzahay lo seguía sin una sola duda.

Caminaron y caminaron. Numerosas jornadas transcurrieron en las que el viento, ni por un momento, dejó de sacudir el bosque. Muy alto, sobre sus cabezas, los árboles se curvaban con crujidos amenazadores. Y con frecuencia cumplían sus amenazas, despeñando enormes ramas que caían mucho más cerca de lo que Cucub hubiese deseado.

De tanto en tanto, entremezclados con el sonido de la tormenta, se escuchaban los tambores de los Brujos de la Tierra. Los hombres detenían su marcha y orientaban el oído, tratando de precisarles la ubicación.

—Parece que anunciaran nuestro paso —decía Cucub en esas ocasiones.

Pero sin importar de dónde venían, ni qué estaban diciendo, su retumbe era para los hombres una buena compañía. El husihuilke y el zitzahay se reconfortaban pensando que Kupuka no debía andar lejos. Y continuaban el viaje con el ánimo fortalecido.

Una noche, justo cuando acababan de cenar una liebre que Dulkancellin había logrado cazar, sucedió algo inesperado. No habían encontrado mejor cobijo que un tronco vacío, y en él se preparaban para descansar. Cucub, acurrucado en el fondo del agujero, ya casi dormía. Dulkancellin trataba de acomodar su cuerpo en un lugar que, para su tamaño, era demasiado mezquino. En ese trance, el guerrero vio algo que lo hizo saltar del escondrijo sin protegerse de la lluvia. El movimiento brusco despabiló al zitzahay.

—¿Qué sucede? —preguntó, asomando su cabeza greñuda por el hueco del tronco.

—¡Ven pronto! —exclamó Dulkancellin—. Apúrate para que veas esto.

Cucub tomó su propio manto y el del guerrero. Después salió.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar. Mientras lo hacía, echó el abrigo sobre los hombros del husihuilke.

Dulkancellin señaló hacia el lado del mar. Contra la negrura de la noche, unas líneas de luz semejantes a fuegos delgados se movían en dirección al norte.

—¡Lulus! —murmuró Dulkancellin—. Me pregunto qué los obligó a dejar sus islas para viajar bajo la lluvia.

—Eso tiene fácil respuesta —dijo Cucub—. También los lulus han sido convocados al concilio. Y, probablemente, esos que estamos viendo se dirijan hacia la Casa de las Estrellas. Sin embargo, son muchos los que se han mo-

vilizado y, hasta donde sé, no deberían ser más que nosotros.

—Y sí que lo son —dijo Dulkancellin.

—Observa que casi todos tienen colas rojizas.

—Eso significa que son jóvenes, y aptos para la guerra.

Mientras Dulkancellin y Cucub hablaban, los lulus dejaron de verse. Era seguro que habían vuelto a adentrarse en el bosque cerrado.

—Volvamos a casa —sugirió el zitzahay, refiriéndose al agujero del tronco—. Allí vamos a poder pensar mejor.

Así lo hicieron. Y pasaron gran parte de la noche buscando explicaciones a lo que habían visto. Cerca del amanecer, y sin haber hallado una respuesta provechosa, se durmieron. Despertaron entumecidos, incómodos en sus ropas impregnadas de humedad. Pensando, todavía, en la aparición de la noche anterior. Afuera del hueco encontraron lo de cada madrugada: frío y lluvia. Y sin comer bocado, porque las reservas escaseaban, retomaron la marcha.

En los días siguientes, volvieron a ver a los lulus. Siempre después del atardecer, y siempre avanzando hacia el norte.

Un grupo de lulus, casi un centenar de ellos, había abandonado las islas y tomado el camino del oeste que bordeaba en la mayor parte de su recorrido las costas del Lalafke. Aquel número resultaba significativo para el reducido pueblo de los lulus. Si cien lulus jóvenes abandonaban su isla para emprender un viaje por el continente que mal y *poco* conocían, los tiempos eran extraños.

Hombres y lulus siguieron avanzando por caminos diferentes, aunque en la misma dirección. Varios días pasaron sin que se estableciera entre ellos ninguna clase de contacto. Algunas noches, Dulkancellin despertó sobresaltado, creyendo escuchar los soplidos con que se comunicaba el pueblo de las islas. Pensó que era posible que estuvieran vigilándolos, pero no pudo verlos de cerca sino hasta cuando los lulus quisieron que así fuera.

Ninguna otra cosa alteró la monotonía de aquellos días de viaje. El límite norte de Los Confines estaba cerca. Y el clima comenzaba a apaciguarse. Las lluvias cedían y, a veces, cesaban por completo. El viento del mar, que los había azotado sin respiro, también silbaba *cansado*.

En una de esas noches sin lluvia los lulus se presentaron. Dulkancellin y Cucub los vieron acercarse, dos colas rojizas y una blanca, y se prepararon para recibirlos.

El lulu anciano venía caminando unos pasos atrás de sus jóvenes escoltas. Hombres y lulus se observaron sin sorpresa.

El encuentro tuvo lugar en un claro donde el guerrero había logrado encender una fogata, y Cucub, mantenerla. Largas miradas, un acuerdo mudo, y todos se dispusieron alrededor del fuego. El lulu de cola blanca habló en la Lengua Natural para que los hombres pudieran entenderlo.

—Nos dirigimos, igual que ustedes, a la ciudad de Bereram. Y asistiremos al concilio que se llevará a cabo en la Casa de las Estrellas.

El husihuilke y el zitzahay comprendieron que no tenía sentido negar lo que el lulu parecía saber con plena certeza, y optaron por mantenerse callados.

—Fui elegido en representación de mi pueblo —continuó el lulu—. Y recibí órdenes de viajar orillando el Lalafke hasta las cercanías de Umag del Gran Manantial. Allí me estará esperando un guía del pueblo de los hombres para tutelar el resto de mi viaje.

—Pero tú viajas en compañía de muchos— interrumpió Dulkancellin.

—Viajo en compañía de los más diestros en la pelea. Sólo unos pocos de ellos han permanecido en las islas, en protección de los débiles.

—¿Puedes explicarnos por qué no cumpliste las órdenes recibidas, y por qué los lulus movilizan su ejército? —pidió Cucub.

—Claro que lo haré. Esta visita no tiene otro propósito.

Una estrella apareció en el cielo. Un rasgón de luz que ninguno estaba viendo.

—No creemos que sea necesario mantener en secreto el arribo de las naves extranjeras —prosiguió el lulu—. Ni necesario, ni aceptable para los habitantes de las Tierras Fértiles. Por el contrario, aseguramos que estos acontecimientos deben ser proclamados, porque será un ejército de todos el único capaz de enfrentar al enemigo que llega —el lulu anciano se iba alterando a medida que hablaba. Fruncía involuntariamente su cara morruda, y mezclaba soplidos a las palabras—. No debemos darle plazo a esta ralea. Si los dejamos desembarcar, estaremos perdidos. La huella de sus pies en nuestra tierra y, ¡recuerden!, muchas generaciones cosecharán ponzoña.

—Llamas enemigos a los extranjeros que vendrán por el mar. ¿Cómo puedes estar seguro de ello, cuando la Magia no puede estarlo? —preguntó el zitzahay.

—¡Modera tu impertinencia!

El lulu enderezó el cuello. Los dos escoltas lo miraron en espera de una orden, pero la orden no llegó. Dulkancellin, que conocía bien a los habitantes de las islas, se preparó para defender al zitzahay. Cuando el lulu anciano volvió

a arrugar el cuello hasta casi apoyar la cabeza sobre los hombros, Dulkancellin apartó la mano del hacha que llevaba colgada del cinto. Después de un momento, y en un tono menos hostil, el lulu continuó hablando:

—Mi pueblo posee, de antigua herencia, la Piedra Alba. Vino desde los abismos del mar, y estuvo en las islas mucho antes de que nosotros las habitáramos. Pero la Piedra Alba nos fue dada en custodia; y con ella, recibimos la profecía. "Cuando la Piedra cambie su color, y de blanca se torne oscura, será porque termina la potestad de la Vida sobre la Muerte. Será porque comienza un reinado de dolor..."

El guerrero husihuilke asintió, conocedor de la existencia de la Piedra Alba por la palabra de sus mayores.

El lulu buscó algo entre la barba larga y lacia que le colgaba del borde inferior de la boca. Las manos de los lulus, valiosas en la carrera, eran de dedos cortos y poco hábiles. De modo que al anciano le costó un notable esfuerzo sacar la bolsita de cuero que llevaba atada. Y mucho más, sacar de allí dentro la Piedra Alba para enseñársela a los hombres en la palma callosa. La Piedra tenía forma perfectamente cilíndrica, y era de color blanco traslúcido. Sin embargo, en su interior, se veía una mancha oscura de contorno irregular.

—¡Aquí la tienen! —dijo el lulu—. Esta Piedra fue, desde siempre, de un blanco inmaculado, sin una tocadura de sombra. El pasado verano comenzó a aparecer, muy dentro de ella, un punto de oscuridad. Tan minúsculo que muchos prefirieron no verlo. Ahora es el inicio del invierno, y ya nadie puede hacer de cuenta que la mancha no existe. ¡La Piedra se oscurece!, ¡la profecía se cumple! Como ves, zitzahay, la magia de los lulus también está hablando. Y lo hace sin vacilaciones.

—Pero los Astrónomos... —iba a replicar Cucub.

—Los Astrónomos se retardan debatiendo sus confusiones —interrumpió el lulu, secamente—. Nosotros, en cambio, no tenemos dudas. Vamos al concilio llevando la Piedra Alba como testimonio. Confiamos en que esto sea suficiente para que los pueblos de las Tierras Fértiles comprendan que ya empezó la guerra. Y sobre todo, para que la Magia tome sus armas sin demora. De lo contrario, la derrota será nuestro merecido destino.

—¿Qué decisión tomarán los lulus si no consiguen el apoyo del concilio? —preguntó Dulkancellin.

El lulu sacudió la cola de luz blanca, antes de responder:

—Entonces peharemos y moriremos solos. Estén seguros de que el enemigo no encontrará a los lulus trezando

flores en su honor.

—Llegado el caso —dijo Cucub—, y si desconocen la decisión del concilio, ustedes serán considerados traidores.

Algo pasó por la cabeza del lulu. Algo que, por supuesto, no iba a decir en voz alta.

—Mientras tanto, seguiremos viaje hacia el norte. Y sólo haremos alto en el desierto para hablar con los Pastores — fue su respuesta.

—¡Recuerda que no es el tiempo de divulgar estos hechos! —advirtió Cucub.

—¡Recuerda que no pensamos igual que tú!

Con un marcado envión de la cadera, el lulu se irguió. Volvió la Piedra Alba al sitio de donde la había sacado. Giró, y se marchó sin despedirse. Los otros dos lulus lo siguieron, a poca distancia.

Dulkancellin y Cucub volvieron a quedarse solos. Callados, cada uno con sus pensamientos, esperaron a que la fogata terminara de extinguirse. Al cabo de un rato de inmovilidad, el zitzahay se recostó con las manos debajo de la nuca.

—¡Mira, Dulkancellin! —dijo enderezándose, y señalando el cielo.

El pequeño hombre miraba las estrellas, unas pocas estrellas entre los árboles.

—Podemos dormir en paz, hermano. Mañana, el sol nos despertará.

El tapiz sobre la arena

El ejército de los lulus avanzó a toda carrera. Y rápidamente dejó atrás a los hombres.

Un lulu adulto, parado en sus patas traseras, alcanzaba la cintura de un guerrero husihuilke. Erguidos, caminaban con poca destreza. Sin embargo eran capaces de dar saltos ágiles, y de correr incansablemente utilizando sus manos como apoyo. Las colas de luz, que alzadas sobrepasaban por varios palmos la cabeza de los lulus, eran látigos para sus enemigos. Allí donde marcaban el azote, la carne se abría en un surco sangrante. Y en el desconcierto del dolor, el lulu volvía al ataque. Cuando lograban enroscar su cola al cuello del oponente, el resultado no podía verse sin horror. Pelear contra un grupo de lulus enfurecidos y salir con vida no era cosa corriente, ni siquiera para los guerreros de Los Confines. Pero los lulus tenían ojos enormes, y en los ojos se les notaba el alma.

Cuando los lulus atravesaron el puente del Pantanoso, el mismo que Cucub había recorrido en dirección contraria de camino a la aldea de Dulkancellin, el cielo estaba azul y el sol calentaba la arena. A diferencia del mensajero zitzahay, los lulus no evitaron el encuentro con los Pastores. Al contrario, se esforzaron en dar con ellos. Llevaban casi un día de avance y divisaron, desierto adentro, una línea de dunas que sobresalían en altura. El lugar parecía bueno para reconocer el territorio. Y en verdad, lo fue. A la caída de la noche, el grupo de observadores que había ascendido a la cima divisó los fuegos de un campamento. Los lulus esperaron a que clareara y marcharon directo hacia él.

Unas cuantas tiendas dispuestas en semicírculo, una construcción de barro amasado que servía de granero y depósito, los corrales, un ojo de agua... Y todo alrededor, un desorden de vasijas, herramientas, montones de leña, hombres y animales. El campamento era un levantamiento provisorio del cual los Pastores partirían pronto, sin dejar más huellas que las que el viento podía borrar de un soplo.

Las criaturas de las islas fueron bien recibidas por los Pastores. El grueso del ejército esperó en las afueras del campamento. En tanto el lulu anciano fue conducido de inmediato, tal como lo solicitó, ante la presencia del jefe de aquellos hombres.

La conversación que mantuvieron no duró mucho tiempo

y tuvo lugar en el interior de una tienda similar a cualquier otra del campamento. El jefe de los Pastores estaba sentado sobre unos fardos de piel de llamello. Desde ese lugar, escuchó todo lo que el lulu tenía para decirle. Poco más o menos, lo mismo que Cucub y Dulkancellin habían escuchado en la reunión del bosque. Igual que entonces, el lulu iba a enseñar la Piedra Alba como evidencia de lo dicho. Pero en esta ocasión, algo lo detuvo. Algo sin explicación precisa que lo hizo cambiar de parecer, y anunciarle al Pastor que ninguna otra cosa podía agregar a sus palabras. El Pastor supo que era el momento de responder. El lulu tuvo que esforzarse para entenderlo porque, sobre el mal uso de la Lengua Natural, tenía el acento áspero de arrear en el desierto. "No todo es novedad lo que has dicho. Días atrás, nuestro Mayoral recibió a un zitzahay que traía mensajes. El zitzahay habló de un concilio en Beleram. Le explicó las causas que lo convocaron que venía en busca de su primogénito. El zitzahay dijo que lo guiaría a la Casa de las Estrellas como representante de los Pastores. El Mayoral vio partir a su hijo junto al zitzahay. Pero quedó inquieto y con temores; y no creyó bueno ocultar los sucesos a los jefes de los campamentos. Ahora llegas tú y le das la razón. ¡Debo hallarlo pronto para que podamos actuar! Hoy mismo saldré en camino. Voy a tener que andar por los campamentos pidiendo noticias de su paradero, porque no sé dónde está ahora. Lo encontraré para comunicarle la decisión que ha tomado el pueblo de los lulus. Tú adelántate con tu ejército. Nosotros nos uniremos a ustedes en la Comarca Aislada".

El lulu de cola blanca sintió que había sido bien comprendido, y que el resultado de la conversación era un pacto de lealtad. "¡Aguarda, lulu! Diré a los míos para que tú y tu ejército sean agasajados. No tenemos mucho más que agua de maíz, pero creo que estará sabrosa. Beban, y seguirán su viaje con mejor fuerza". La sonrisa del Pastor tenía dientes oscuros y corroídos.

Los Pastores dijeron a los lulus que los llevarían hasta el lugar donde realizaban sus celebraciones. Era una planicie rodeada de dunas cubiertas de matorrales espinosos, con sólo un sendero abierto por el que los lulus descendieron con cierta dificultad. Sobre la arena, en el centro de la hondonada, los Pastores tendieron un tapiz tejido con hilo de caña tierna. Y acomodaron unos cuencos que rebalsaron con agua de maíz. El sol blanqueaba el agasajo de los Pastores.

Exhaustas de calor y camino, las criaturas de las islas sorbieron con gusto el agua de maíz ligeramente ácida. Y

fresca también, porque era costumbre guardarla en vasijones sumergidos.

Los Pastores no compartieron el festín. Apostados en dos formaciones, a ambos lados de los lulus, los miraban beber. Los miraban con ansiedad. Los miraban...

Desde el encuentro en el claro del bosque, Cucub y el guerrero no volvieron a ver a los lulus.

La caminata se aligeró en los días sin lluvia, así que pronto alcanzaron el río que separaba territorios. Estaban a orillas del Pantanoso, en el límite de Los Confines, y el Brujo de la Tierra aún no se había presentado.

—Es extraño que Kupuka no haya aparecido —iba diciéndole Dulkancellin a su compañero—. Aseguró que nos encontraría antes de que abandonáramos Los Confines. Y jamás dejaría de hacerlo, salvo que tuviera una causa muy seria.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Cucub. Y se asombró de su respuesta más que el propio Dulkancellin.

Con el doble propósito de reponerse y esperar a Kupuka, los hombres decidieron hacer un alto a orillas del Pantanoso. Caminaron alejándose de la desembocadura y donde encontraron la corriente limpia, se bañaron largamente. Después lavaron su ropa en el río y la extendieron al sol. Junto a la ropa, asolearon todas sus pertenencias para quitarles la humedad del viaje. Era el momento de procurarse un respiro, porque cruzando el puente deberían reforzar las precauciones.

El zitzahay buscó una rama firme que despuntó en un extremo. Volvió a adentrarse en el río, hasta la altura de las rodillas, y allí se mantuvo inmóvil con el precario arpón apuntando al fondo. Dos veces lo descargó, sin ningún resultado. El tercer intento fue un gran pez. Tan grande que, adobado con hierbas y cocido sobre piedras calientes, se convirtió en una verdadera fiesta. La comida abundante les trajo sueño, así que se echaron a dormir a la sombra de un árbol. Cuando despertaron, el sol se había ido y Kupuka sin aparecer. El Brujo de la Tierra se demoraba demasiado. Los viajeros sabían que la espera no podía prolongarse. Contra su voluntad terminaron de vestirse, cargaron sus morrales y reemprendieron el camino.

Dulkancellin y Cucub cruzaron el puente del Pantanoso bajo un cielo de luna entera que reverberaba en el desierto.

Avanzaron toda la noche. Al comenzar la mañana, el viento del norte trajo malas noticias.

—Huele a muerte —dijo Dulkancellin, olfateando el aire—. El viento huele a muerte.

Volvieron a caminar, y la pestilencia se sentía más cercana.

—¡Viene desde allí! —el guerrero señaló un cordón de dunas que se elevaba al norte y un poco al este del camino que llevaban.

El hervidero de aves carroñeras y la exasperación de sus graznidos le indicaron a Dulkancellin que la mortandad era grande.

—Vamos, Cucub. Debemos ir a ver qué ha ocurrido.

El zitzahay intentó disuadir a su compañero:

—¿Qué dices? Hay que evitar a los Pastores. Para eso es urgente dirigirnos hacia la costa. Y si no me equivoco, esas dunas están en dirección opuesta. ¡Hacer lo que propones sería una desobediencia y un riesgo inadmisibles!

—Aún así, es necesario hacerlo.

—¿Necesario? —ironizó Cucub—. ¡Un llamello muerto no puede desencaminarnos!

—El olor que agria el aire no puede provenir de un llamello muerto.

—¡Muy bien! —Cucub aceptó eso—. Ponle, entonces, muchos llamellos.

—Ojalá me equivoque, pero presiento que se trata de algo más grave. De cualquier forma, si tú tienes razón sólo perderemos el tiempo que nos lleve ir hasta aquellas dunas y regresar. No están lejos. Tardaremos poco.

El husihuilke tomó rumbo a las dunas. El zitzahay lo siguió. Iba desparramando decires y conjeturas, presentimientos y sermones hasta que la fetidez lo hizo callar. A medida que se acercaban al lugar, se hacía más difícil la respiración. Un rato después, ascendían trabajosamente una cuesta de arena. Cucub no se esforzaba demasiado por alcanzar a Dulkancellin, que había ganado una buena ventaja. Y aunque ambos llevaban la nariz y la boca cubiertas con sus ropas, la protección resultaba insuficiente. Varias veces, Cucub se dobló sobre sí mismo vencido por el olor tumefacto. También Dulkancellin debió esforzarse para controlar las náuseas.

—¡Acércate, zitzahay! He hallado un sendero.

El sendero era una huella mezquina, abierta a golpes en la vegetación espinuda, que los condujo hasta la cima de las dunas. Desde esa altura, los hombres pudieron ver la planicie encerrada allá abajo. Y cuando vieron, desearon no haber llegado nunca. Diseminados en toda la explanada, y lacerados por cientos de picos, los cadáveres de un ejército de lulus se descomponían al sol.

Cucub, incapaz de soportar lo que veía, cerró la mirada. Y pensó, sencillamente, que jamás volvería a abrirla. El guerrero, quizás porque muchas veces había regresado a los campos de batalla en busca de sus muertos, se obligó a

tener fortaleza.

—Quédate aquí —le dijo al zitzahay—. Voy a bajar hasta la explanada para averiguar qué causó la muerte de los lulus. Intentaré, si puedo, recuperar la Piedra Alba.

Dulkancellin bajó la cuesta de arena atropellando matorrales. Su presencia no amedrentó a los pájaros, que apenas si abandonaron la embestida, y se mantuvieron en vuelo ceñido reclamando el banquete.

El desierto estaba entrando en su mediodía. Al calor violento de esas horas, Dulkancellin buscó entre los cadáveres tratando de reconocer al lulu anciano. Algunos muertos mostraban el rostro. Otros habían caído de cara contra el suelo, o encimados en montones. El guerrero husihuilke los separaba y los giraba hacia sí, buscando al anciano de barba lacia que había visto pocos días antes. Pero los rostros eran muecas de dolor, demasiado parecidos en la muerte. Mareado y nauseoso, Dulkancellin realizó su tarea como si estuviese dentro de un sueño. Nada había conseguido todavía. Nada más que comprobar que los lulus no habían muerto peleando, cuando un ruido le hizo levantar la cabeza. Arriba, apostados en dos formaciones a ambos lados de la explanada, los Pastores tensaban sus arcos. ¡Y tenían a Cucub con ellos!

Cucub caminaba adelante de Dulkancellin, con los hombres del desierto azuzándolo para que anduviera más rápido.

Los Pastores que descansaban a la sombra de sus tiendas se asombraron de ver llegar a dos extranjeros flanqueados por la ronda de vigilancia, y corrieron a encontrarlos. Ni Cucub ni Dulkancellin pudieron entender lo que unos preguntaban y otros respondían porque los Pastores estaban hablando en su propia lengua. Supusieron, sin embargo, que lo natural sería que estuvieran conduciéndolos ante el jefe del campamento. Y no se equivocaron.

El grupo detuvo su marcha frente a una tienda, en todo similar al resto de las tiendas del campamento. Dos Pastores con alguna categoría de mando, a juzgar por las maneras, ingresaron al lugar y no salieron de allí sino hasta varias horas después. Para entonces anochece en el desierto, y la espera continuaba a la luz de las primeras fogatas. Cucub se sostenía la cabeza con ambas manos, abatido por el resultado de lo que consideraba una desobediencia a las órdenes recibidas. El guerrero, fiel a su costumbre de ocuparse del momento presente, escudriñaba el terreno con ojos de prisionero.

De pronto la tienda se abrió. Uno de los dos hombres que había entrado asomó medio cuerpo y gritó una orden.

De inmediato, los extranjeros fueron empujados al interior de aquella morada trashumante, en la cual Dulkancellin no cabía erguido. Tal vez por eso o tal vez porque así lo establecía la usanza, el que parecía jefe de aquel campamento les indicó que se sentaran sobre una estera. Él, por su parte, permaneció sentado sobre unos grandes fardos de piel de llamello. En ese sitio, todo su cuerpo cubierto con un manto, aparentaba un porte que hubiese perdido puesto de pie.

"Los lulus pasaron por aquí a transmitirnos temores que tenían. Ahora, mis hombres me dicen que los han hallado muertos. Y que tú, extranjero, revolvías los cadáveres. Los lulus fueron huéspedes de nosotros. Ahora están muertos en una hondonada... ¿Quiénes son ustedes, y qué saben de estas muertes?" El jefe de los Pastores habló una deslucida Lengua Natural, viciada con los sonidos ásperos de su propia lengua.

Era seguro que aquel hombre había sido enterado por el lulu del concilio que iba a realizarse en Beleram, y también del presagio de la Piedra Alba. También era seguro que, de no mediar un sinceramiento absoluto, Cucub y Dulkancellin no podrían llegar a tiempo a la Casa de las Estrellas. Pero ¿y la orden de conservar en secreto la verdadera causa del viaje? ¿No fue una de las recomendaciones más severas que recibieron?

Cucub y Dulkancellin cruzaron una mirada. El secreto ya estaba herido de muerte. Ellos, en cambio, aún podían llegar adonde debían. El zitzahay, diestro en la palabra, dio a conocer sus identidades y su destino.

—También nosotros hablamos con los lulus —así estaba terminando Cucub su larga explicación—. Fue en el bosque, dos días antes de llegar al Pantanoso. Luego, el olor de la muerte nos llevó hasta la hondonada donde los hallamos. Por lo demás, mi compañero no estaba revolviendo cadáveres. Él buscaba la... —repentinamente, Cucub deseó no mencionar la Piedra Alba—. Él buscaba la causa de la muerte de los lulus. ¡Y bien! Parece que alguien anda por estos desiertos. Alguien, además de ustedes y nosotros.

Desafortunadamente, la revelación no dio el resultado que Cucub y Dulkancellin esperaban. La respuesta que recibieron sonó amable, pero no fue la que los viajeros hubiesen querido escuchar.

"Creo en lo que te escucho, extranjero de la Comarca Aislada. Creo que es verdad lo que dices de conducir este hombre hacia la Casa de las Estrellas, por orden de los Astrónomos. Yo lo creo... Se los hago saber que es nuestro Mayoral quien debe creerlo. El Mayoral decide si ustedes continúan el viaje. Sabemos que viene en camino, y esperamos para pronto que llegue. Les digo que, entre tanto, los retendremos con nosotros".

—¡Comprende, por favor! Tenemos urgencia. Ya llevamos atraso y muchos nos esperan. ¡Permítenos continuar!

La vehemencia de Cucub no modificó las cosas.

"No será. Pero estén tranquilos, el Mayoral no tarda mucho. Yo me comprometo a decir por ustedes. Cuando el Mayoral diga, les damos llamellos para que atraviesen el desierto".

Después, el jefe se dirigió a los dos Pastores presentes en su lengua nativa. Enseguida, y como muestra de consideración, explicó lo que acababa de decir.

"Yo les ordeno a estos hombres que rastreen. Yo les mando a buscar para saber qué les sucedió a los lulus".

Dulkancellin comprendió que, de momento, no convenía insistir. Se conformó con pedir por los muertos, a los que

les debía un viejo favor.

—Te ruego que ordenes, también, una buena sepultura —dijo el guerrero.

El Pastor se recostó de lado sobre los fardos. El silencio conque le puso fin a la conversación pudo ser de asentimiento.

—Llevo ese silencio como un mal recuerdo —dijo Cucub.

—Ese silencio... —tampoco Dulkancellin podía olvidarlo.

Ambos hablaban para sí mismos. Estaban encerrados en una antigua construcción que servía de granero, de establo en época de parición del rebaño, y de resguardo contra las tormentas de arena. El lugar tenía olor a humedad y a estiércol. Y la única luz entraba por una pequeña abertura, cercana al techo.

—Llevamos aquí demasiado tiempo —dijo Dulkancellin.

—Cuatro soles. Y el que allá afuera comienza a iluminar, será el quinto —respondió Cucub.

El guerrero iba y venía entre los objetos desperdigados por el piso.

—Anoche volví a soñar con los lulus —recordó Dulkancellin—. Al principio todo fue igual. Aparecieron en mi sueño como aparecieron ante nosotros en el fondo del barranco. Bajé la cuesta... Y antes de tocarlos, desperté sobresaltado. Pero esta vez, los lulus se quedaron esperando a que volviese a dormirme, y regresaron a mis sueños —el guerrero recordó que no estaba solo—. ¡Escucha, Cucub! Esos lulus no tenían más heridas que las ocasionadas por los pájaros. La muerte no les llegó de afuera. Les vino desde adentro, y con mucho dolor. Algún fuerte veneno debe ser la explicación de esto.

—Has repetido lo mismo incontables veces en estos días —se quejó Cucub—. ¿No podrías agregar algo nuevo?

—Podría agregar que el segundo sueño me dejó una oscura inquietud.

Cucub comenzó a interesarse.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Soñé a los lulus bebiendo agua de maíz. Había un tapiz de caña extendido en la arena y, a su alrededor, unos cuencos rebalsados. Los lulus parecían satisfechos. También estaban los Pastores, pero ellos no bebían... Solamente esperaban.

—¿Qué esperaban, Dulkancellin?

—Los Pastores esperaban ver morir a los lulus.

Cucub se despabiló por completo.

—Hermano guerrero, dime todo lo que estás pensando.

—Pienso que debemos salvarnos. No tenemos culpa de lo que ocurrió con los lulus. Y empiezo a temer que a nadie de por aquí le interese comprobarlo. Huiremos de este

lugar. Y si la vida nos da tiempo suficiente regresaremos, un día, a conocer la verdad.

—Te suplico que hables por ti mismo —dijo Cucub—. Si logro salir vivo de este desierto jamás regresaré.

El ruido de la tranca interrumpió la conversación. Un Pastor entró con el alimento; y otro se detuvo en la entrada. Por la puerta abierta se metió un aire más apetitoso para los hombres que el trozo de carne seca y el caldo tibio de cada mañana.

—¿Ésta es la hospitalidad de los Pastores? —Cucub no esperaba respuesta a su pregunta—. Dile a tu jefe, de mi parte, que en la Comarca Aislada tratamos a los huéspedes con mejores maneras.

El Pastor depositó en el suelo las escudillas de barro y salió de allí. Nadie volvería a entrar, sino hasta la caída del sol. Cuando Cucub y Dulkancellin quedaron solos retomaron su conversación.

—El Pastor que nos trae el alimento es fácil de atacar —dijo el guerrero.

—No olvides al que espera en la puerta.

—¡Claro que no lo olvido! —se impacientó Dulkancellin—. Sólo hay que tener una excusa que lo obligue a entrar. Podré con los dos. Y entonces tú y yo nos iremos.

—Por lo que veo, no tienes en cuenta nada, salvo tu propia fuerza —dijo Cucub.

—¿Qué otra cosa podría tener en cuenta?

El zitzahay simuló buscar con la vista:

—Aquella ventana, por ejemplo.

—Si entiendo bien, estás diciendo un disparate. Ningún hombre pasaría a través de ella.

—Así es —asintió Cucub. Se dejó caer sobre el jergón, y desde allí continuó—. Ninguno que no sea el acróbata que maravilló a pueblos enteros en la Comarca Aislada.

Dulkancellin se agachó junto a él. Esperaba que el zitzahay terminara de explicarse.

—Desde el preciso instante en que entramos aquí, puse a trabajar mi ingenio. Y ya tengo un plan de escape que ofrece algunas cuantas ventajas sobre el tuyo. Si quieres conocer una: mi plan tiene la gracia de un buen artificio.

—Ya veo. ¿Y qué otra ventaja tiene? —preguntó Dulkancellin, incapaz de creer que el zitzahay hablaba en serio.

—No estaremos expuestos a una lucha desigual de dos en tu contra.

—Me atrevo a correr ese riesgo.

—¡Sabía la respuesta!

—¿Hay más ventajas?

—Nos libramos de atravesar el campamento con los

Pastores andando por ahí. Y lo mejor es que ellos no sabrán que hemos huido sino hasta varias horas después. ¿Aceptas que eso reduciría considerablemente los riesgos?

—Los riesgos no son tantos. Oímos, cada mañana, cuando los Pastores se van con sus rebaños.

—También oímos a los que permanecen en el campamento.

—Serán muy pocos.

—¡Serán muy pocos los riesgos si por una sola vez te avienes a escuchar a alguien que no seas tú y tú y tú mismo, husihuilke de Los Confines! —Cucub tomó aliento y suavizó el ímpetu—. Además, y esto sí es importante, contaremos con una noche entera para tomar ventaja en el camino.

"Dulkancellin sabía que lo más difícil de la fuga no era tanto salir del campamento como lograr poner una buena distancia entre ellos y los Pastores. También sabía que era improbable que la ausencia del centinela en la puerta del granero pasara desapercibida durante mucho tiempo.

—Explícame lo que tienes pensado —pidió el guerrero. Un rato después, los detalles de la fuga estaban listos.

Los Pastores relevaban la guardia cuatro veces al día. Pero sólo dos veces abrían la puerta. A la madrugada entraba el hombre de la carne y el caldo. Al atardecer les llevaban un cántaro con leche. El campamento se animaba a esa hora del día. Los Pastores volvían de apacentar. Había olor a comida, gritería de juegos, canciones y risotadas. Escapar en medio de ese movimiento era impensable.

Ese atardecer ocurrió lo de siempre. Entró el cántaro con leche, volvieron los rebaños, la comida humeó sobre las fogatas, y los hombres jugaron y cantaron. Cucub y Dulkancellin prestaron especial atención a la rutina; y después de las últimas risas, cuando estuvieron seguros de que todo el campamento dormía, comenzaron con su tarea.

Dulkancellin se puso de cuclillas y Cucub se trepó a su espalda. Dulkancellin se puso de pie y, sobre sus hombros, se puso de pie Cucub. Las dos alturas sumadas alcanzaban el borde del tragaluz, y el zitzahay se colgó de él. Dulkancellin se retiró unos pasos, pero enseguida volvió a avanzar con los brazos extendidos. ¡Imposible pasar por ese agujero! El pequeño hombre no se sostendría, por mucho tiempo, colgado de la ventana. Seguro de que Cucub caería, Dulkancellin estaba listo para atajarlo antes de que llegara al suelo. Cucub fue elevándose, y arrastrando el pecho contra el canto de la ventana consiguió pasar la cabeza y los hombros. Dulkancellin tuvo que aceptar que, por el momento, sus brazos no eran necesarios. Cucub respiró

profundo. Contaba con un espacio muy reducido y debía aprovecharle cada resquicio. Avanzó un poco. Lentamente, cuidando de girar y sostenerse, se dio vuelta. Un esfuerzo más, y logró sentarse con las piernas del lado del granero y la espalda del lado del desierto. Lo peor estaba hecho. Tensó la cuerda que llevaba atada a la muñeca y cuando la sintió segura, se dejó caer hacia atrás. La cuerda no era otra cosa que una añadidura de trozos de cinchas y correas. Había que esperar que resistiera el peso de Cucub y el roce de la pared. Dulkancellin la sostenía por uno de sus extremos. Con el otro extremo enrollado en una muñeca Cucub terminó de salir. Para alivianar el peso, el zitzahay mantuvo los pies contra la pared hasta que, al fin, pudo apoyarlos en la tierra. En el campamento había tres personas despiertas: el centinela, que bostezaba con la mirada perdida. Cucub, que aflojaba los músculos de la cara. Y, pared por medio, Dulkancellin sonriéndole a la cuerda que tenía entre las manos.

El siseo inconfundible de la víbora más temida del desierto se oyó cercano, en medio de la noche. El centinela se erizó de adentro a la piel y quiso saber de dónde venía. El siseo se volvió a oír. "Viene de allí", se susurró a sí mismo el centinela. Estaba pensando en el costado norte del granero, el que tenía una pequeña ventana. Con el machete en la mano sudorosa caminó en esa dirección, precaviendo cada paso. "También a mí me engañaría", pensó Dulkancellin. Cuando el centinela pasaba bajo la ventana, Cucub estaba afinando los labios oculto tras la pared que daba a las montañas. La víbora siseó otra vez. El centinela se apuró. La enemiga no estaba tan cerca como le había parecido. Cucub se apuró. Debía desaparecer por el costado sur, curvar la lengua en un delgado canal, y sonar como serpiente. El siseo del reptil detuvo en seco al centinela justo antes de que doblara la esquina del granero. La guerra entre la serpiente y los Pastores era una larga historia de odio, en la cual salvarse no parecía lo más importante. Si el centinela conseguía matarla sería el héroe del día siguiente. Y soñando con ese codiciado prestigio se agarró de su machete. Con cuidado, pensó Cucub. El zitzahay caminaba hacia atrás, de espaldas al oeste. El siguiente siseo llegó como burla a los oídos del Pastor. Entonces decidió que después de matarla le cortaría la cabeza, y la pondría en la entrada de su tienda. "Si tus hermanas van a visitarme sabrán lo que pasó contigo, y temerán acercarse a mi jergón". Cucub retrocedía, tanteando la pared que miraba al sur. El miedo la hacía interminable. Por fin, su mano encontró el ángulo redondeado; y su espalda, la pared oeste.

Cucub aprovechó el respiro para hacer una urgente estimación del riesgo. La puerta estaba muy cerca. El centinela también lo estaba. Cucub lo oía acercarse. Sólo el sonido de la serpiente podía detenerlo por un momento, y darle al zitzahay el tiempo que empezaba a faltarle. Pero el zitzahay no podía sisear porque tenía la boca igual que una corteza de árbol. Ya estaba en la puerta, ya podía tocar la tranca. Y su boca continuaba seca. Como la serpiente no se hacía oír, el Pastor seguía avanzando. Traía la cara hacia el mar, y una sonrisa decepcionada. "Ha visto el machete, y se volvió a su nido". El centinela bajó el arma. Había decidido regresar a su puesto, frente a la puerta del granero. Cuando el centinela terminó de decidir, la serpiente encontró su saliva. Un silbido prolongado paralizó al Pastor y ocultó el ruido de la tranca. La puerta se abrió apenas para que Dulkancellin saliera. El siguiente silbido sonó tan feroz que tapó el golpe de la tranca volviendo a su sitio en la puerta. El centinela, que recién recuperaba el aire, dio un salto hacia atrás. Cucub y el guerrero desaparecieron por donde el oeste y el norte se juntaban. Y enseguida estuvieron, de nuevo bajo la ventana. Cuando el centinela volvió a su puesto después de rodear el granero tras el llamado de una enemiga inexistente, la puerta estaba cerrada. Y la tranca, bien colocada en su sitio. El centinela dejó ir la mirada, y bostezó contra la noche.

Favorecidos por un cielo nublado, el husihuilke y el zitzahay atravesaron el campamento. Algunas hogueras todavía llameaban. El ronquido de los hombres, que en el interior de sus tiendas dormían sin sospechas, era el único sonido que alteraba el silencio.

Cerca de los corrales deambulaban unos pocos llamellos en busca de pasturas.

—No vamos a desperdiciarlos —susurró Dulkancellin al oído de Cucub.

Los llamellos eran animales mansos, acostumbrados a las fatigas impuestas por el amo. Dulkancellin montó primero. Una vez a lomo de la enorme bestia lanuda, ayudó a subir a Cucub. Llamellos y hombres a cuesta subieron por el camino del norte.

Emprendieron viaje sin morrales y desarmados, porque de todo los habían despojado antes de encerrarlos en el granero. Y a causa del apuro y del riesgo, se marcharon sin reservas de agua.

—Semejante arte me hubiera proporcionado, en la Comarca Aislada, un buen puñado de semillas de oacal —Cucub seguía siendo el mismo.

—Estuvo muy bien —admitió Dulkancellin.

Cucub se llenó el pecho de aire, y lo exhaló con un bufido de suficiencia.

—Déjame recordar cómo era aquello que le dijiste a Kupuka. Y corrígeme si estoy equivocado —Cucub imitó la voz de su compañero: No voy a necesitar al hombre zitzahay en el camino.

El husihuilke taloneó al animal para que apurara la marcha.

—¡Vamos! No podemos demorarnos —dijo. Y se adelantó.

El día que zarparon las naves

Los llamellos caminaron por el desierto, casi sin detenerse, durante todo un día. Había sido necesario elegir entre la dudosa seguridad que les ofrecía la orilla del mar, y la posibilidad de hallar agua y comida en zonas un poco alejadas de la costa, donde algún verdor prometía sustento. Pero también donde los Pastores eran amos. Por fin, los hombres eligieron adentrarse un poco en el territorio, aún contando con el riesgo de los Pastores. Así fue como a la luz de la siguiente madrugada, estaban dentro de unos matorrales hurgando la vegetación quebradiza en busca de equipaje. Cuando salieron de allí cargaban tesoros: dos vástagos de un gran cactus, que limpios de espinas y des-hollados de su carne se transformarían en cuencos. Dos estacas apropiadas para despuntarlas. Una vara de caña para sustituir la cerbatana de Cucub, y algunas piedras aprovechables como herramientas. A pesar de que todavía no había señales de persecución, envolvieron todo con las ropas que el zitzahay se había quitado, treparon al lomo de los animales y continuaron andando.

Les sobraban las ganas de alejarse. Y, sin embargo, cada vez más a menudo debían detenerse. El encendimiento del aire al mediodía, el frío de la noche y el cansancio de los llamellos eran motivos que los demoraban. Pero la sed, el esfuerzo por saciarla y la certeza de volver a sentirla, era el peor maltrato que sufrían cuerpos y almas.

Cuatro para beber. Cuatro, si querían mantener el beneficio de andar montados. Cuatro que habían partido sin agua. Hasta ese momento, sólo habían hallado una surgiente a no mucha distancia del campamento, donde los llamellos habían hecho acopio para algunos días. Después, solamente el agua de los cactus para los hombres. Pero los hombres, al cabo de andar y andar, desearon beber a sorbos. Estaban fatigados y tenían los músculos enfermos, tenían los labios amargos y los ojos ardidos. Para cuando el paisaje comenzó a ondular frente a ellos, los hombres dejaron que la sangre se les aletargara y se encomendaron a la resistencia de los animales.

Amanecía. Un viento seco y helado los acurrucaba contra los grandes vientres de los llamellos en espera de un dormir que no llegaba, o llegaba mal. Por eso fue que cuando Cucub habló, Dulkancellin pensó que el zitzahay estaba

repartido entre el desvelo y la pesadilla.

—¡Es ella! ¡Es ella!

Un águila voló en círculos sobre las efusiones de Cucub, súbitamente puesto de pie, y se alejó sin descender.

—Quédate tranquilo porque volverá —afirmó Cucub. Y para demostrar que él mismo lo estaba, volvió a sentarse.

Dulkancellin recordó el relato de Cucub sobre su viaje hacia Paso de los Remolinos, repetido de agradecimientos a un águila bienhechora.

—¿Estás seguro de que se trata del mismo pájaro? —preguntó.

—Lo estoy, hermano, igual que de mi nombre. Sigamos viaje, y verás que muy pronto el águila nos traerá alivio.

Tal como lo dijo, así sucedió. Primero fueron las mismas hojas sustanciosas que Cucub ya conocía. Luego, apenas resultó posible, el águila los condujo hasta las hoyas de agua que el desierto reservaba para sus hijos. Y les marcó direcciones zigzagueantes que los mantuvieron alejados de los Pastores.

Por las noches distinguían puntos de fuego que los hacían pensar que sus perseguidores andaban cerca, y esperando quién sabe qué para acorralarlos. Pero los días pasaban, y nada ocurría.

—Estamos acercándonos al final de esta tierra entristecida —dijo Cucub.

Las constantes dificultades que debieron afrontar, con el único fin de sobrevivir y avanzar lentamente hacia el norte, los distrajeron de las causas últimas de aquel viaje. Las urgencias hicieron a un lado los recuerdos. Y de pronto, el comentario del zitzahay los trajo todos consigo. Fue un cántaro derramado hasta el fondo que les devolvió la memoria. Andaban perseguidos por el desierto, con rumbo a la Casa de las Estrellas. Eran dos que jamás se hubieran conocido de no sobrevenir el cumplimiento de la profecía. "Las naves volverán por el Yentru. En ellas navegaremos nosotros, o los ejércitos de Misáianes. La perduración o el acabamiento para todo lo que vive sobre la tierra". Y aquel antiguo anuncio de los bóreos, que sólo unos pocos no olvidaron, los guiaba ahora hacia un mismo destino.

Aquella mañana, el águila llegó temprano. Venía del lado del mar y en cuanto divisó a los dos hombres, comenzó a ir y venir sobre su camino indicándoles que también ellos debían desviarse hacia la costa. Cucub y Dulkancellin dudaron. El límite del desierto estaba allí nomás. No había ningún indicio de los Pastores: ni sombras ni fuegos. Aquel nuevo desvío les parecía una demora innecesaria. Pero tanto insistió el águila y los encimó con su vuelo que, finalmente,

la siguieron. Cada paso que daban, y no era hacia el norte, los cansaba dos veces. Hasta Cucub iba mascullando protestas contra la ocurrencia de su buena amiga. Pero, como otras tantas veces le había sucedido, tuvo que morderse la lengua masculladora porque tras una elevación, de las muchas que arrugaban esa zona del desierto, apareció Kupuka. Habrá sido por la contundencia de colores de su ropa entre los pardos del desierto que a los hombres les pareció una alucinación de consuelo. Cerraron los ojos y volvieron a abrirlos. El Brujo de la Tierra seguía en su sitio, apurándolos con el gesto.

Ya a su lado le vieron el cansancio en el rostro. Kupuka venía de lejos, de largos andares y difíciles ocupaciones. Era evidente que alcanzarlos debió costarle mucho esfuerzo. Kupuka era un amigo en medio de la soledad y la extrañeza. Y con ese corazón lo saludaron.

—¿Cómo lograste llegar? —le preguntó Dulkancellin.

—Siempre hay maneras.

El Brujo sonrió a sus pies mojados, y los hombres pensaron en las mujeres-peces. Pero nada supieron entonces, ni nunca, porque Kupuka cambió de tema para siempre:

—Algo conoce el águila y me lo ha dicho. ¿Qué tienen ustedes para decirme?

Mucho. Desde Kume y la pluma de Kúkul hasta la huida del campamento era largo de contar. Los tres se sentaron junto a un risco de sombra menguante hacia el mediodía. Como había tanto que decir, los hombres se repartieron el relato: un poco Cucub, Dulkancellin un poco menos. Mientras contaban, pasaba de mano en mano un odre que Kupuka había traído consigo, lleno de un agua de salud que empezaba agridulce y dejaba en la boca un gusto a sal. A medida que avanzaban en el relato el Brujo de la Tierra se ensombrecía, se apretaba de pensares. Escuchó todo lo que los hombres tenían para decirle y como el relato era largo, los tres terminaron ceñidos contra el risco para aprovechar la última sombra.

Kupuka comenzó a dibujar sobre la arena. Cucub y Dulkancellin lo vieron enardecerse con cada línea que trazaba; lo vieron deshacer todo lo hecho y volver a comenzar, variando levemente la ubicación de sus figuras. Kupuka dibujaba círculos grandes y pequeños, estrellas, triángulos, espirales que luego unía con líneas ondulantes o quebradas. Iba y venía. Se alejaba unos pasos y volvía a dibujar con dedos intranquilos, repitiendo pedazos de palabras y respondiéndose, a medias, lo que no terminaba de preguntarse. Era sorprendente ver semejante exasperación bajo un sol que, escasamente, dejaba ánimo para vivir.

Cuando el Brujo de la Tierra comenzó a danzar alrededor de las figuras, los hombres supieron que los dibujos en la arena eran pensamientos errantes; y que Kupuka estaba atravesando la región de las visiones para darles a esos pensamientos el orden de la sabiduría. Chorreando sudor, Kupuka regresó a su trabajo y lo borró con determinación. El nuevo intento fue diferente. La mano tenía conocimiento; y allí donde ubicaba una figura, la dejaba. El Brujo de la Tierra se quedó inmóvil observando el resultado de su trance, y lloviendo gotas de su propio sudor sobre las conjeturas que había dibujado. Primero se durmió. Después se recostó en la arena.

—Quién sabe cuánto dormiré ahora —dijo Cucub, pensando en un modo de protegerlo del sol—. Tal vez entre los dos logremos subirlo a lomo de un llamello, y conducirlo hasta aquella vegetación que por esmirriada que sea y poca cosa su sombra, nos dará alivio.

Dulkancellin acercó uno de los llamellos. Pero antes de que alcanzaran a tocarlo, Kupuka despertó tan lleno de vigor como si hubiese dormido un día entero a la sombra de un arbusto aromático. Se levantó con agilidad. Con más agilidad aún, montó al animal que tenía junto a sí.

—Vamos, Cucub, monta conmigo. Iremos hasta aquella vegetación que, por esmirriada que sea y poca cosa su sombra, nos dará alivio.

—¿Todos los Brujos de la Tierra tienen tu mismo extraño dormir? —preguntó Cucub.

—¿Todos los zitzahay tienen tu mismo extraño hablar? —respondió Kupuka.

Dulkancellin sonrió con satisfacción. Se alegraba de que Cucub tuviera un contrincante a la medida de su lengua.

No bien llegaron al reparo que buscaban y desmontaron, Kupuka los llamó a su lado. Su expresión había vuelto a opacarse. Les habló de prisa y en voz baja. Parecía creer que alguien, en aquellas soledades, podía estar escuchando.

—Lo que ustedes me contaron, más cada una de las cosas que han venido ocurriendo, más las noticias que me han llegado en este tiempo; todo esto, finalmente, se ha conjugado en mi espíritu. Hoy, los hechos han revelado su sentido. Es revelación de la tierra, venerable como ninguna otra, que me mostró sin turbiedades lo que debo hacer. Ahora me marchó. Seguirán ustedes su camino, y harán lo que se les ha ordenado. Yo, mientras conserve fuerzas, cumpliré con mi parte.

—Vuelves a marcharte sin dar explicaciones —dijo el guerrero.

—Mis explicaciones, en este momento, no serían sino

pedras en tus sandalias.

El primer vestigio de lo que se avecinaba fue un oscurecimiento fugaz, el mismo que hubiese ocasionado una nube pasajera. Sin embargo, por donde los ojos miraran, el cielo estaba limpio. Kupuka, Cucub y Dulkancellin se quedaron aguardando. Sabían que aquello era sólo el principio de algo que venía detrás... Y lo que venía no se hizo esperar demasiado.

El sol, oprimido por un anillo de oscuridad, se fue empujando hasta transformarse en un agujero blanquecino que no pudo hacer nada contra la penumbra. Un atardecer macilento había ocupado, de repente, el lugar del mediodía.

Los llamellos comenzaron a caminar de un lado a otro sin sentido aparente. De tanto en tanto coceaban o agachaban sus cabezas para restregarlas contra la arena. Se los veía abrumados por su propia corpulencia. O así parecía, porque alzaban la mirada al cielo como deseando ser pájaros, livianos y ligeros para escapar de allí.

En medio del día apagado se escuchó un llanto. No lo arrastraba el viento, ni siquiera venía de alguna parte. Ni crecía, ni se acallaba. Era un llorar afónico, y sonó tan antiguo y cansado que el Brujo y los dos hombres lo escucharon con la sangre detenida, pensando que oían el llanto del mundo.

Y mientras así estaban, embrutecidos por el sortilegio tanto como los llamellos, una sombra difícil de entender apareció a lo lejos. Al principio, vieron sólo una mancha indistinta y creciente que adelantaba a ras del suelo, lo mismo que si un manto oscuro fuera extendiéndose sobre la arena. La mancha se acercaba desde el sur, en dirección a ellos, y lo hacía con mucha rapidez. Cuando estuvo suficientemente cerca para que la vista pudiera distinguir, la mancha perdió su apariencia de sombra y descubrió su verdadera índole: eran cientos, cientos de cientos, una vastedad de alimañas avanzando. Cucub quiso escapar, pero Kupuka lo tomó de un brazo y lo obligó a detenerse. No había tiempo ni manera de hacerlo. Las alimañas los alcanzarían, de todos modos, si era eso lo que querían hacer.

—Quédate quieto, Cucub —dijo el Brujo de la Tierra—. Esto no está sucediendo por nosotros.

Kupuka comprendió que aquel éxodo llevaba un destino mucho más imperioso que tres hombres y dos llamellos. Atrajo hacia sí al zitzahay aterrorizado, y lo sostuvo muy fuerte, con el rostro apretado contra su pecho. El hervidero seguía acercándose. Una acumulación de patas velludas, un choque de tentáculos, cueros apergaminados que se superponían a pieles aceitosas, arañas arracimadas, y la-

gartos arrastrándose sobre una morbidez de caparazones. Sin importar lo que el Brujo creyera, Cucub ya se sentía morir por ponzoña. Kupuka los miraba venir salmodiando un conjuro incomprensible que repetía una y otra vez.

Pero tal como Kupuka lo creía, la multitud de pequeñas bestias pasó cerca de ellos sin distraerse de su avance. Era otra cosa, era una remota invocación la que las llevaba encandiladas rumbo al norte.

Mientras se alejaban volvieron a simular un manto, después una sombra y, por último, una línea negra que se fue. Recién entonces el llanto se desvaneció. Y el sol todopoderoso regresó al mediodía.

Cucub habló antes que ninguno; estaba avergonzado de su reacción y trató de disculparse.

—Creo que deberé ir al mar. Necesito bañarme —balbuceó señalando su ropa, mojada hasta los tobillos.

—Luego podrás hacerlo —respondió Kupuka. Y agregó: No sientas vergüenza. Piensa qué le sucedería a Dulkancellin si en vez de un arma tuviese una flauta, y uno de tus mejores públicos en vez de sus peores adversarios.

¡Esas sí que eran palabras justas! El zitzahay pensó que nunca, en toda su vida, las había oído más sabias, y respiró aliviado. Dulkancellin prefirió callar.

—Esto que hemos visto suceder —dijo Kupuka, cambiando el sentido de sus pensamientos —ha sido la confirmación de que las visiones que recibí mostraban lo cierto. Hoy mismo, los extranjeros se han puesto a navegar. A partir de ahora, cada instante los acerca a nosotros.

El Brujo de la Tierra tenía urgencia por marcharse, y no la disimulaba. —¡Vamos, vamos! Tenemos que seguir, ustedes al norte y yo al sur —hurgaba en su morral, y seguía hablando—. Lamento decirles que me llevaré algo que les ha resultado valioso. El águila regresará conmigo. Hay una tarea que debo encomendarle porque ella la realizará mejor de lo que yo podría hacerlo. Eso, si es que todavía... ¡Como sea! Ella ya no podrá ayudarlos. Y yo tampoco —finalmente encontró lo que buscaba—. A cambio, les dejo este nervio de venado. ¡Tómalo, Dulkancellin! Con él, y la madera apropiada, volverás a tener un arco. Tú, Cucub, conserva este odre. Un sorbo de este brebaje repara tanto como muchos sorbos de agua.

Dulkancellin y Cucub sabían que era inútil preguntarle cómo viajaría. Los tres se encaminaron hacia donde estaban los llamellos. Los animales habían recuperado su habitual sosiego y dormitaban, echados sobre sus patas. Cuando terminaron de despertar, tenían sus jinetes a cuesta y un camino por delante.

—Supongo que los Pastores no aparecerán —dijo Kupuka—. Pero si lo hicieran, tomen rápidamente al nores-te hasta que encuentren unas enormes extensiones de sal. No se adentren en ellas con los animales; abandonen a los llama-lleros y continúen a pie. Pueden estar seguros de que los Pastores detendrán la persecución a orillas del salitral. Los llama-lleros no pueden caminar por allí sin que sus cascos se agrietan, ocasionándoles dolores que les impiden andar.

—Pues, sencillamente, también ellos dejarán sus ani- males y...

—No, Cucub —lo interrumpió el Brujo de la Tierra—. Jamás los Pastores seguirían adelante sin sus animales. Nunca lo harían, estando tan lejos del campamento. Si algo se proponen no es darles alcance. De ser así, no tengas dudas de que ya lo hubieran conseguido.

—En caso de que debamos internarnos en el salitral, al- canzaremos la costa muy lejos de donde el zitzahay lo hizo —dijo Dulkancellin—. ¿Qué sucederá entonces?

—No importa a qué punto de la costa arriben. Igual que lo hicieron con el zitzahay, las mujeres-peces les llevarán una embarcación para que naveguen de costa a costa la bahía de la mansa Lalafke.

—¡Cuando lleguemos a la otra orilla todo será sencillo y agradable! —exclamó Cucub—. Estaremos en mi Comarca Aislada.

—No estés tan seguro, hermano mío —Kupuka le pal- meó la espalda—. Las tierras están cambiando. En estos días, hasta la propia casa se nos hará ajena.

La conversación había terminado. Dulkancellin no quería volver a decir adiós, por eso fue el primero que giró para marcharse.

—¡Espera un momento! —lo detuvo Cucub—. Recuerda que debemos ir al mar.

—Recuerdo que debes ir al mar —corrigió el guerrero.

Kupuka se quedó solo, mirándolos alejarse. De lleno hacia el este, tal como guiaban a los llama-lleros, no demora- rían en encontrar las aguas grandes del Lalafke. El Brujo de la Tierra se protegió los ojos para verlos mejor. ¡Qué frágil se veía Cucub al lado del guerrero!, ¡y qué exagerado en sus movimientos!

—Escúchame, Dulkancellin —iba diciendo Cucub, y gesticulaba sin ninguna medida—. Piensa bien en este asunto, en esto que tú sabes que me obliga a ir al mar. Quiero decir, piénsalo como yo lo pienso. O mejor, como Kupuka lo pensó; y consiguió que yo lo pensara. Piensa en lo que te digo...Digo que pienses.

Estaban sentados alrededor de la misma piedra labrada que deslumbrara a Cucub, y que estaba ubicada en el mismo exacto centro del observatorio. Bor y Zabrankán seguían con atención las explicaciones de los recién llegados.

—Y la verdad es que el último tramo del desierto nos trató razonablemente bien —decía Cucub—. Nada de Pastores, nada de salitrales, nada de alimañas. Nos separamos de Kupuka. Y a los varios días encontramos la bahía de la mansa Lalafke. En el lugar preciso nos aguardaba una balsa bien provista con la que nos pusimos a navegar. Antes de lo esperado, nuestros pies pisaban la Comarca Aislada. ¡Y mis ojos volvieron a ver Trece Veces Siete Mil Pájaros!

Cucub disfrutaba del regreso. Se sentía a salvo de todo mal, y trataba a los Supremos Astrónomos con un aire de familiaridad que antes no hubiera insinuado. Había vuelto a ser un zitzahay entre los suyos. Tal vez de allí sacó ímpetu para desestimar las advertencias finales de Kupuka.

—El Brujo auguró que mi propia tierra me resultaría ajena. ¡Pues yo digo que se equivocó! Desde que llegue a Beleram no he hecho más que reconocerla.

Cucub recorrió con la vista las altas paredes de piedra labrada, los tubos de jadeíta con que los Astrónomos leían en el cielo, y el cuerno que hacían sonar hacia los cuatro puntos cardinales para anunciar ceremonias y festividades. Desde el puesto que ocupaba, y a través del mirador que permitía observar la puesta del sol durante el verano, alcanzaba a ver un ángulo de la amplia explanada de juegos, una calle empedrada que había recorrido cientos de veces, y la frontera de la selva. Como la piedra labrada, todo permanecía idéntico a su recuerdo. ¡Qué antojo de ir al mercado por una bebida embriagadora, y un trozo de carne de agutí untado con su propia grasa! La confianza lo desbordaba; y Cucub se atrevió a prolongar sus comentarios.

—Creo que Kupuka se dejó aturdir por cierto trance. Creo que se apresuró a sacar conclusiones demasiado oscuras. Debo reconocer que yo mismo fui presa de un pesimismo que ahora, viendo lo que veo, me parece exagerado.

Dulkancellin no podía creer a sus oídos. La insensatez de aquel hombrecito volvía a ponerlo fuera de sí, y el estómago se le retorció de las ganas rabiosas de recordarle aquello que, casualmente, no había contado. "Muy pronto

te pones a desairar al que te protegió con sus brazos y con su ánimo. Lo acusas de estar aturdido y errar las conclusiones. Y aunque hablas y hablas, nada dices del pánico que te vació el cuerpo".

Dulkancellin iba a pronunciar en voz alta algo parecido a sus pensamientos, cuando Zabrankán interrumpió el parloteo de Cucub.

—Nos alegramos de que te reconozcas en casa —le dijo el Astrónomo—. Ahora debemos hacer lo necesario para que el representante de los husihuilkes también la sienta suya.

El guerrero debió responder con un gesto de vacilación, porque Bor intervino en apoyo de su par.

—Así lo deseamos —el más alto de los dos Astrónomos tenía la voz delgada. Esperamos conseguir que nuestro hogar se asemeje al tuyo.

—Lo agradezco —murmuró Dulkancellin. Pero eran otras las palabras que pasaban por su cabeza.

¿Cómo se podría parecer a su pequeña casa de madera aquel palacio de piedra con olor a piedra? ¿Qué tenían de semejantes las vestiduras de los zitzahay, imponentes de plumas y pedrerías, con las prendas sin lujo que las mujeres de Los Confines tejían a telar? La exagerada gesticulación de Cucub, tan distante de la severidad husihuilke, se insinuaba también en el comportamiento de los Astrónomos. Las diferencias estaban a la vista, las coincidencias no.

Dulkancellin se puso a recordar su llegada a la Casa de las Estrellas. Lo primero que le vino al recuerdo fue la decisión de esperar a que llegara la noche antes de entrar a Beleram, con la idea de que un husihuilke no fuera visto cruzando la ciudad. Y mucho menos, entrando a la Casa de las Estrellas. "Si estás de acuerdo, nos detendremos a los bordes de Beleram hasta que llegue la oscuridad.", le había dicho Cucub.

La zona que acordonaba la ciudad era toda de árboles frutales. La enredadera que cubría gran parte del suelo, y subía por los troncos, tenía unas flores anaranjadas que junto a la fruta madura, saturaban el aire de olores dulces. Atardecía en la selva. El rocío caía tan abundante como una buena llovizna para que los colores se pusieran lustrosos. Pájaros enormes y pájaros diminutos llegaban buscando su alimento. El guerrero husihuilke, por afligida que tuviera el alma, no podía ignorar la maravilla.

Entre el espacio de árboles bajos y la selva cerrada no había transición. Detrás de los últimos frutales, la vegetación hacía imposible transitar libremente el territorio, salvo por la red de senderos que los zitzahay mantenían despejados a

fuerza de machete. "Hemos abierto caminos que comunican las aldeas. Otros nos llevan a los sitios donde hay agua, caza y medicina". Ahora que recordaba, fue después de ese comentario cuando Cucub había comenzado a recobrar su vanidad.

Dulkancellin y Cucub ya habían utilizado uno de esos senderos: el que unía Amarilla del Ciempiés con Amarilla de las Golondrinas, y ambas con Beleram. Cuando caminaban los tramos finales empezaba a atardecer. A esa hora, había dicho Cucub, nadie estaría llegando. En cambio, era posible que algunos vinieran en sentido opuesto, abandonando Beleram después de una jornada de trabajo. Por esa razón avanzaron con la atención puesta por delante y, varias veces, los hombres que regresaban a sus aldeas los obligaron a apartarse del camino.

Según Cucub lo había propuesto permanecieron ocultos en la selva hasta que se hizo la noche. Recién cuando los artesanos abandonaron sus talleres, los vendedores del mercado levantaron sus puestos y las calles se quedaron vacías, Cucub y Dulkancellin atravesaron la ciudad.

El guerrero husihuilke conoció Beleram a la luz de las estrellas y de las antorchas que ardían a la entrada de las grandes construcciones. Los edificios se hallaban bastante alejados entre sí. Y si su distribución seguía algún orden, la vista no alcanzaba a percibirlo.

Dulkancellin comprendió que aquellas construcciones, cada una situada en la cima de una pirámide, no eran los hogares de los zitzahay. "Por supuesto que no. Aquí es donde los Astrónomos habitan y tienen sus observatorios. Aquí se confecciona y se comercia. Éste es el lugar de las ceremonias y de los juegos comunitarios".

Beleram era una ciudad sin vegetación. Piedra sobre piedra sobre piedra donde la selva no podía entrar.

La calle que conducía a la Casa de las Estrellas era la más ancha de la ciudad. A ambos lados, desembocaban callejuelas angostas. "Mira, Dulkancellin, por ésta de aquí llegas directamente al mercado", había susurrado Cucub en el silencio de Beleram. Pero el guerrero estaba interesado en otra cosa...

La construcción que cerraba el camino era, sin duda alguna, la Casa de las Estrellas. No necesitó preguntárselo a Cucub para estar seguro. A causa de la distancia y de los fuegos que escondían más de lo que alumbraban, Dulkancellin no alcanzaba a distinguirla con precisión. Aún así, tuvo que recordar que no era un sueño. Detrás de los resplandores se destacaba su forma de contornos enrevesados, elevada en torres y miradores y muy distinta de la

aparición rígida de las otras construcciones. "¿Admites que es bella como nada que hayas visto antes?" Dulkancellin hubiera querido responderle a Cucub que era algo más que bella, y algo menos. Le hubiera gustado poder explicarle que quería apurar el paso para llegar pronto; y al mismo tiempo esperaba que el camino fuera largo. Pero Dulkancellin no tenía el arte de la palabra y prefirió asentir: "Es bella como... es muy bella".

Mientras subían la interminable escalinata que una vez Cucub había mencionado, el guerrero pudo observar con detenimiento cuanto le permitía la luz de las vasijas llameantes, dispuestas cada diez escalones. Pasada la mitad del ascenso comenzaron a verse las figuras esculpidas en el friso saliente, tan grandes que sólo se entendían desde una buena distancia. "En estas imágenes permanecen los Supremos Astrónomos. A su muerte, Bor y Zabalkán tendrán la suya".

Una voz estaba llamándolo. Una mano le tocaba el hombro.

—¡Regresa, husihuilke! —la voz y la mano eran de Zabalkán—. Tus pensamientos te llevaron lejos de aquí.

—No muy lejos. Estaba subiendo la escalinata, ya casi llegaba—. Apenas pronunció la última palabra, Dulkancellin comprendió que había respondido sin cordura. El guerrero husihuilke sintió vergüenza. No sabía cuánto tiempo se había demorado en su distracción, pero sí, que su respuesta había sido descomedida.

—El viaje ha sido duro. Ambos deben descansar —dijo Zabalkán, pasando por alto el incidente—. Llamaremos para que los acompañen.

El brusco término que Zabalkán le imponía a la conversación obligó a Dulkancellin a desechar su malestar. No quería salir de allí sin hablar de aquello que, por el momento, más intranquilidad le causaba.

—Sabemos que un representante de los Pastores llegó a la Casa de las Estrellas, y que participará del concilio. ¿Qué harán con él? —Dulkancellin sintió que debía precisa su pregunta—. ¿Qué harán con relación a la muerte de los lulus?

—No haremos nada. Absolutamente nada —respondió Bor. Su acento, y el modo en que se puso de pie, dejaron claro que insistir sobre el asunto sería una insolencia.

El guerrero, sin embargo, no retrocedió. Tampoco se hizo cargo de la urgencia del Astrónomo, que con un ademán lo invitaba a despedirse. Buscó palabras prudentes, y volvió a hablar:

—Hablo con respeto. Hablo porque creo que la matanza

de los lulus no puede... no debe ser silenciada. Y porque creo, también, que la señal de la Piedra Alba...

—Cree lo que quieras, husihuilke —Bor regresó a su sitio en un extremo del rectángulo de piedra—. Pero recuerda que hay decisiones inamovibles. ¡Y ésta es una de ellas!

Dulkancellin miró a Zabrankán justo a tiempo. La sombra de una vacilación pasó por el gesto del Astrónomo, dándole al guerrero el resquicio que necesitaba.

—¿Debo entender que han decidido olvidar la muerte de uno que, ustedes mismos, convocaron como representante?

El guerrero se quedó sin conocer la reacción de Bor ante su terquedad, porque de inmediato Zabrankán tomó parte en el asunto.

—Conocemos tu sabiduría, hermano Bor —el Astrónomo pronunciaba las palabras con cuidado—. Por eso nos atrevemos a pedirte que le expliques al representante de los husihuilkes cuál es el fundamento de nuestra decisión.

—Conocemos tu sabiduría y tu bondad, hermano Zabrankán —Bor amagó con volver a levantarse—. Pero sabemos que no existe el tiempo de explicar todo a cada uno. Somos quienes somos, y hacemos lo que debemos hacer.

—Te pedimos que permanezcas sentado. Terminemos esto con una explicación que a todos nos deje tranquilos.

Zabrankán tenía, indudablemente, cierto ascendiente sobre Bor. El guerrero ignoraba si se lo concedía la edad, el rango o algún otro distintivo. De cualquier forma, no hizo falta más que una prudente alusión para que Bor lo reconociera.

—Escucha lo que vamos a decirte —dijo Bor—. Ni los desacuerdos ni los conflictos de los pueblos de las Tierras Fértiles son competencia de este concilio. No lo son, sin importar su carácter o su magnitud. ¿Aceptarían los husihuilkes que nos entrometiéramos en las guerras que desde siempre han enfrentado a sus linajes? No estamos aquí para condenar la dureza con que los Señores del Sol tratan a sus esclavos. Tampoco para determinar si es usurpadora la Casa que ahora los gobierna, o si es usurpadora la que le disputa el trono. Del mismo modo, nadie deberá oficiar en la muy áspera disputa que mantenemos los Astrónomos con algunas familias del Clan de los Búhos. Hemos llamado a este concilio por algo más grande que cada una de nuestras rencillas. Piensa qué sucedería si, en vez de ocuparnos de lo que a todos nos iguala, nos desgastáramos y nos dividiéramos por nuestras diferencias. Los extranjeros no estarán aguardando a que nos pongamos de acuerdo. Sus naves llegarán pronto y aún no sabemos con qué fines. Has oído sobre Misáianes lo suficiente como para saber que si son sus

ejércitos los que vienen, es probable que ninguno de nosotros sobreviva para batallar con sus vecinos. Queremos decir con esto que los conflictos entre lulus y Pastores, si los hubiera, deben quedar afuera.

Dulkancellin miró nuevamente a Zabrankán con la esperanza de que lo comprendiera. Pero Zabrankán le devolvió una mirada severa, de quien acordaba del principio al fin con las palabras de Bor.

—Jamás los lulus y los Pastores habían tenido enfrentamientos. Es verdad que casi no había contacto entre ellos. Pero, ¿se puede pensar que la muerte de los habitantes de las islas nada tiene que ver con la llegada de las naves?— Dulkancellin terminó hablándole a Cucub—. Recuerden que ellos traían la Piedra Alba para ofrecerla como testimonio.

—Creemos que no has terminado de comprender —dijo Zabrankán.

—Intentaremos de otro modo —intervino Bor—. Presta atención, husihuilke, y responde a nuestras preguntas.

Dulkancellin no comprendía del todo la intención del Astrónomo.

—¿Vieron tus ojos la matanza de los lulus?

—No.

—¿La vio otra mirada que te sea confiable?

—No.

—¿Podrías asegurar que fueron los Pastores quienes llevaron la muerte hasta los lulus?

—Yo lo creo así porque...

—¿Podrías asegurarlo y poner tu sangre en ello?

—No.

—¿No crees que los Pastores debían dudar, por necesidad, de dos extranjeros que rondaban la desgracia?

—Lo creo.

—¿Fueron maltratados por ellos? Y te ruego que dejes de lado la comida, de la que tanto se ha quejado Cucub.

—Maltratados... no.

—¿Perseguidos?

—No lo sé.

—Cuando menos, no los alcanzaron, ¿verdad?

—Verdad.

—¿No los alcanzarían los dueños del desierto si hubiesen querido hacerlo?

—Sí.

—¿Husihuilke, pondrías en peligro a las Tierras Fértiles malogrando un concilio que decidirá el destino de todos los seres que las habitan? ¿Lo harías en nombre de una sujeción?

—Hay muchos indicios...

—¿Similares a los que creíste tener cuando te disponías a matar a Cucub? ¿Y si fuera esto otra pluma de Kúkul escondida?

El guerrero estaba confundido. De pronto, la razón se ponía del lado del Astrónomo. Y sus propias insistencias parecían cosas de Wilkilén. Porque pensó en ella se sonrió; y porque se sonrió, los demás creyeron que aceptaba sin reparos la argumentación de Bor.

—¡Muy bien! Tendrán ustedes muchas cosas que hacer, y yo tengo asuntos pendientes —dijo Cucub, pensando que le convenía pasar el resto de la noche en las inmediaciones del mercado, y así conseguir tortillas calientes—. Hermano Dulkancellin, fue bueno acompañarte. Ahora debo dejarte solo.

—¿Adónde imaginas que vas a ir? —preguntó Bor.

—Al mercado —respondió Zabrankán, antes de que Cucub comenzara a embrollarse con justificaciones.

La cara de Cucub se transformó cuando escuchó decir que hasta que todo acabara, no podría abandonar la Casa de las Estrellas. Era una nueva orden de los Astrónomos. Como de costumbre, apoyada en razones claras.

—Has visto mucho y has oído mucho —explicó Bor—. Mucho más que el resto de los mensajeros. Por otro lado, tienes tu lengua y la usas. Hay riesgo en dejarte permanecer fuera de aquí. Lo poco que dijeras entre el pueblo de Beleram serían palabras a destiempo.

Zabrankán pidió a Bor que se apartaran. Ambos Astrónomos dejaron su sitio y caminaron hacia uno de los miradores, donde estuvieron hablando en voz muy baja.

Mientras los Supremos Astrónomos deliberaban, Cucub se puso a pensar qué había sido del reconocimiento que esperaba recibir por sus trabajos. Permanecer encerrado, aunque fuera en la Casa de las Estrellas, era un duro castigo para un hombre acostumbrado a andar de un lado a otro, de una aldea con lluvia a una aldea soleada. Por su parte, el guerrero se entretenía siguiendo el cuerpo de la serpiente a través del intrincado relieve de la piedra. Cuando Dulkancellin y Cucub vieron regresar a los Astrónomos, abandonaron sus pensamientos y trataron de imaginar cuál sería el siguiente mandato. Zabrankán, que venía unos pasos adelante, se dirigió a Cucub:

—¡Buenas noticias! Decidimos que harás una visita al mercado de Beleram, pues hay en eso un beneficio. En el lugar se reúnen personas de todas las aldeas cercanas. Conoces a muchas de ellas, y casi todas te conocen y confían en ti. Ve allá y entérate de lo que comentan. Averigua lo

que ocurre. Pregúntales, especialmente, por aquello que te resulte insólito, porque es posible que descubramos cosas que ellos mismos ignoran. Todo lo que ustedes nos han contado, más las palabras de los lulus y los temores de Kupuka nos obligan a indagar en nuestra gente para saber si también aquí se han observado señales extraordinarias. Ve y haz lo que te pedimos. Después, regresarás a la Casa de las Estrellas y permanecerás aquí mientras los tiempos lo exijan.

La cara de Cucub acompañó el discurso de Zabrankán con expresiones oportunas, y acabó en el gesto de quien recupera algo de lo mucho que había perdido.

—Haré lo que me ordenan. Si están de acuerdo, regresaré mañana antes de que el sol llegue al centro del cielo.

Nadie quería seguir dilatando el final de aquella conversación. Zabrankán golpeó dos veces un disco dorado de buen tamaño que estaba apoyado contra una pared. Dulkancellin y Cucub se prepararon para abandonar el observatorio.

—Un último cuidado —intervino Bor—. Dinos, Cucub, ¿qué responderás cuando la gente en el mercado te pregunte por la causa de tu larga ausencia?

—Responderé... ¡Ah, sí!, responderé: ¡Parece que ya nadie quiere casarse, ni nacer, ni morir si yo y mi música no estamos presentes!

—Sonará bien en tu boca —dijo Zabrankán.

—Con ese aspecto, no creerán que vienes de una ceremonia —quizás Bor no estaba totalmente convencido del permiso que le habían otorgado—. Antes de partir, te indicarán dónde asearte y te darán ropas limpias.

Detrás de la puerta los escoltas estaban listos. Dos de ellos se llevaron a Cucub por un pasillo de piedra, y otros dos se quedaron esperando la orden de acompañar al husihuilke.

—Estos hombres te conducirán a la sala que te pertenece. Encontrarás en ella todo lo necesario para reparar las consecuencias del viaje. Mañana muy temprano convocaremos el inicio del concilio.

Los escoltas, vestidos con túnicas cortas de rojos y verdes entremezclados, lo acompañaron sin decir ni una palabra. En el trayecto dejaron atrás muchas puertas cerradas y sólo unas pocas entreabiertas. Dulkancellin alcanzó a ver grandes espacios y un ir y venir de sirvientes llenando ánforas con aceite aromático, cubriendo el piso con esteras, apagando o encendiendo candelas. Mucha gente se movía a esas horas en la Casa de las Estrellas. A pesar de eso no se escuchaba ningún ruido. A medida que se adentraban por los pasillos,

Dulkancellin dejó de interesarse por la fastuosidad que lo rodeaba y le oprimía el pecho. A cambio, y en busca de sosiego, se puso a pensar en Kupuka. El Brujo de la Tierra andaba descalzo por el bosque. No tenía sirvientes y su casa era una cueva en algún lugar de las Maduinas. Tenía un morral gastado de andar a la intemperie, un olfato que le permitía conocer lo pasado y lo venidero, y unos ojos capaces de seguir un rastro marcado en el camino varios inviernos antes. Dulkancellin pensó que a nadie respetaba más que a aquel Kupuka, huesudo y severo, que conocía los misterios de la tierra y era amigo de los cardos. "Aquí me tienes, con rumbo a los panes de Vieja Kush", le dijo Kupuka. Cuando Dulkancellin se recobró, tenía frente a sí una puerta abierta. Y a ambos lados, dos escoltas esperando que entrara.

El lugar elegido para concilio tenía tapices en las paredes altas, y nueve esteras en el piso. Eso, y ninguna otra cosa. Ocho esteras dispuestas en semicírculo y otra alejada hacia un costado. Y sobre cada estera, un almohadón de cuero.

Los representantes fueron conducidos allí muy temprano. Llegaron uno después de otro, siempre con idéntico intervalo y siempre acompañados por dos escoltas, y ocuparon el sitio que se les indicaba. Una vez que todos estuvieron reunidos Bor realizó las presentaciones sin que le fuera en ello ni una sola palabra innecesaria:

—Zabralkán, Supremo Astrónomo y el primero en la Cofradía del Aire Libre. Molitzmós, del país de los Señores del Sol. Él es Dulkancellin, representante de los husihuilkes. Ella es Nakín, del Clan de los Búhos. Elek, de la estirpe de los bóreos que llamamos Acechadores del Mar. Illán-che-ñe, el que hablará por los Pastores. Bor, Supremo Astrónomo del pueblo zitzahay. En la estera vacía debió estar el representante de los lulus.

Dulkancellin miró al hombre que venía del desierto, buscándole un asomo de intranquilidad; pero Illán-che-ñe oyó las últimas palabras del Astrónomo sin revelar ningún sentimiento.

—Hermanos todos —dijo Zabralkán—, es indispensable que ustedes escuchen, con propios oídos y entendimiento, el documento que heredamos y preservamos. Oirán cada cosa que los bóreos dijeron a nuestros antepasados y que nuestros antepasados conservaron en códices para el día en que debieran ser dichas nuevamente. Oirán la advertencia que las Tierras Antiguas hicieron a las Tierras Fértiles hace quinientos años, si contamos los ciclos del sol; y hace seiscientos ochenta y seis, si contamos los ciclos de la Magia. Oigamos, porque debe estar aquí la respuesta que el cielo nos esconde. Los hechos que ahora están ocurriendo tienen su sentido en estos códices. Tenemos que ser capaces de descubrirlo con rapidez, y de obrar con perfección.

El hombre que ocupaba la novena estera, a un costado del semicírculo, extendió en el piso nueve paños de tela labrada. Arriba de ellos, con todo orden y cuidado, depositó los códices ya despojados de sus muchos envoltorios. Eran siete códices de corteza plegada donde estaban escritas las noticias que los bóreos habían traído por el mar. Noticias de

una guerra que, por ese entonces, comenzaba en las Tierras Antiguas contra el poder de Misáianes. El hombre inició la lectura de los códices según el orden en que los había dispuesto. Leía sin manifestar ninguna emoción, casi como si no comprendiera lo que estaba diciendo. Pero su voz se cortaba en pausas tan armoniosamente distribuidas que, al poco rato de escucharlo, todos hubieran asegurado que estaba cantando.

Dulkancellin ocupó sus oídos en la lectura, y su mirada en reconocer al resto de los presentes.

"...Así como ellos hablaron nosotros asentamos las palabras, sin quitarlas ni agregarlas. Y éstos son códices sagrados que preservaremos hasta el día de las naves. Los bóreos nombraron a Misáianes, y lo llamaron El Feroz..."

Bor y Zabralkán vestían ropas más fastuosas que las de la noche anterior, pero que, sin embargo, no tenían la soberbia que exhibían las ropas de Molitzmós. El representante de los Señores del Sol estaba vestido de oro y turquesas, y empenachado con larguísimas plumas. Brazaletes, collares, argollas en la nariz y en las orejas.

El morral de Dulkancellin se había quedado en el desierto, así que el husihuilke llegó a la Casa de las Estrellas sucio y rasgado. En la sala que le habían destinado encontró agua dispuesta para el baño, y también ropa. La habían dejado para él y se parecía a la que usaban los hombres de Los Confines.

"Y entonces, la Muerte desobedeció. Moldeó un huevo de su propia saliva y lo sacó de su boca. Secretó jugos y lo impregnó con ellos. Y fue de esas materias inmundas que nació el hijo, amparado en la soledad de un monte olvidado de las Tierras Antiguas."

Nakín, del Clan de los Búhos. Si recordaba bien, esa era la manera en que Bor la había llamado. Era la única mujer en la Asamblea, tan menuda que se confundía con una niña. Igual que una niña, de no ser por su expresión de cansancio. Llevaba el cabello volcado hacia un lado y sujeto, varias veces, con un cordón. Llamaban la atención su frente despejada y sus cejas muy anchas. El husihuilke sabía que el Clan de los Búhos habitaba el Tiempo Mágico. Y que cruzar la frontera para entrar o salir era un trance que sólo ellos podían resistir. Tal vez, allí estaba la explicación del color más oscuro que tenía su piel debajo de los ojos.

"Pero el que nació de la Desobediencia trajo el espanto consigo. Y el espanto no fue su atributo sino su esencia.

Nunca antes había visto a un hombre que tuviera el cabello como la pulpa del zapallo... Era Elek, descendiente de los bóreos, que no dejaba de mecer su cuerpo hacia atrás

y hacia adelante. "Como hace el mar", pensó Dulkancellin.

"Entonces, la Muerte vio lo que era. Y al tercer día, se enorgulleció de la bestia y la llamó Misáianes. Misáianes creció, y se hizo dominador de una vastedad de criaturas. Seres de todas las especies le rinden vasallaje. Porque Misáianes, hijo de la Muerte, habla parecido a la verdad"

No importaba todo lo bien que Bor hubiese hablado. Aquel hombre que tenía frente a sí, y al que llamaron Illánche-ñe, le molestaba en la sangre. Era el de menor edad de todos los presentes. Un joven Pastor que no tendría vividas muchas más lluvias que Thungür. El guerrero dejó de mirarlo. Hasta el final de la lectura, mantuvo los ojos en el sitio que debió ocupar el lulu de barba lacia.

"Mantengan la memoria, así nos dijeron. Misáianes es el comienzo del dolor increado. Si somos derrotados en esta guerra, la Vida caerá con nosotros'. Y el Odio Eterno caminará por el atardecer de la Creación. Hasta aquí hemos escrito lo que los bóreos dijeron."

La lectura había llegado a su fin. El hombre de la novena estera envolvió los códices con los paños de tela labrada. Los depositó en el centro del semicírculo, saludó a cada uno con una inclinación, y salió del lugar.

Entonces Zabralkán tomó la palabra:

—Damos por iniciado este concilio, conociendo que no existe recuerdo de algún otro de mayor importancia. No existe recuerdo de algo semejante, ni en la memoria viva ni en la memoria escrita. La Magia los ha convocado, representantes de los pueblos de las Tierras Fértiles, porque de todos es el destino. Sea cual fuere la resolución que tome este concilio, recuérdelo siempre, repercutirá en el pez y en la brizna. Fuera de estas paredes, la Magia continúa hurgando en los cuatro elementos en busca de señales inequívocas. No hay viento que venga desde el norte que no sea interrogado, no parten las aves en migración sin portar mensajes y requerimientos, no hay movimiento en el cielo o en el mar que no sea escrupulosamente observado. Pero las respuestas, o están vacías o son oscuras. Dentro de estas paredes, nosotros deberemos decidir en pocos días. Nosotros deberemos ser capaces de transformar la confusión en decisión. Y luego, seremos responsables de lo que ocurra. Hermanos, ya conocemos el tamaño de la tarea. Ahora quisiéramos que Dulkancellin nos pusiera al tanto de unos ciertos hechos que no todos conocen. A su turno, cada uno de los presentes compartirá sus noticias con el resto. Husihuilke, puedes comenzar.

Dulkancellin habló de los lulus: del encuentro en el bosque, de la Piedra Alba, de sus cadáveres en una hon-

donada del desierto. Explicó el cautiverio sin agregar sus propias conjeturas. Y por último, justificó la huida con la única razón que nadie podía tildar de infundada. "El cautiverio se prolongaba demasiado. Y sabíamos que el concilio no podía esperar". Mientras Dulkancellin hablaba, Bor asentía complacido. Era evidente que el husihuilke había entendido la necesidad de pasar por alto sus presunciones, y evitar todo aquello que no fuera asunto del concilio. Enseguida, Dulkancellin mencionó la inesperada visita de Kupuka en medio del desierto.

—Hermano husihuilke —dijo Molitzmós, de los Señores del sol—. ¿Podrías explicarnos con mayor claridad cuál fue la visión del que tú llamas Kupuka?

—Lo intentaré, pero no será muy diferente a lo que ya he dicho. Kupuka recibió tales visiones de los extranjeros que pudo asegurar que ese día y en ese momento, sus naves zarpaban hacia las Tierras Fértiles.

—Varios indicios coinciden en ese punto —intervino Zabalkán—. También nosotros nos quedamos dormidos bajo el sol de ese mismo mediodía y soñamos que un camino se abría paso a través del mar.

—Ésta es información valiosa —volvió a decir Molitzmós. Su voz era agradable—. Pero ¿mencionó Kupuka algo respecto a la índole de los visitantes?

—Nada, en absoluto.

—Dijiste que se marchó de prisa —insistió Molitzmós—. ¿Conoces lo que Kupuka pensaba hacer?

—Él no me lo dijo y, a decir verdad, no es seguro que tuviera que ver con los acontecimientos que nos reúnen —Dulkancellin estaba aprendiendo—. Lo cierto es que se dirigía al sur, el resto son presunciones.

—Me llaman Elek. Pertenezco a la Estirpe que descende de los bóreos, y quisiera contarles algo que ha estado ocurriendo entre los míos. Comenzó tiempo antes de que el mensajero llegara a buscarme. Al principio, eran como los dedos de una mano. Pero, rápidamente, otros se sumaron al nuevo hábito de permanecer mirando el Yentru durante días enteros.

—¿Contemplar el mar no es, acaso, una antigua tradición de tu pueblo?

—No de esa forma —la pregunta de Nakín había sido amable, y también lo fue la respuesta—. Estamos atados al mar; nuestra vida se rige por sus ciclos. Es improbable que transcurra un día sin que nos acerquemos a las orillas del Yentru. Ése es nuestro habitual lugar de reflexión y de descanso; vamos al Yentru por alimento y por respuestas. Sin embargo, esto que les digo es diferente. Un extraño

fenómeno impulsa a los míos a permanecer estáticos de cara al Yentru, sin comer ni beber hasta que las fuerzas los abandonan. Yo mismo los he visto caer mirando el horizonte. Algunos lloran, otros sonrían. Todos ellos esperan. Y cuando se les pregunta a quién, sólo balbucean "Vienen los Padres". Esto ocurría entre la Estirpe cuando recibí la orden de viajar a la Comarca Aislada. Y es posible que aún esté ocurriendo.

—Lo que dices parece un buen augurio —dijo la mujer—. Si la Estirpe llama "Padres" a los extranjeros, entonces...

—No es bueno apresurarse —dijo Molitzmós—. ¡Que un buen augurio no nos haga olvidar a los otros...!

Por alguna causa, Dulkancellin no esperaba que el representante de los Señores del Sol hiciera ese comentario; y mucho le agradó escucharlo porque era su mismo pensamiento. Aprobó a Molitzmós con un gesto. Y fue correspondido con una mirada agradecida.

—Donde vivo no supe nada —Illán-che-ñe hablaba con dificultad la Lengua Natural—. No vi nada, y los otros no vieron.

Hacía tiempo que el uso de la Lengua Natural se perdía entre los Pastores. La práctica de transmitirla de padres a hijos, que era un firme deber para el resto de los pueblos de las Tierras Fértiles, se observaba poco y mal en las tribus del desierto.

—Recordamos que Illán-che-ñe partió de su tierra antes de la llegada del ejército de los lulus —reflexionó Zabrankán. Y como un prolongado silencio indicó que los primeros comentarios se habían agotado, el Astrónomo retomó la palabra: Hemos aguardado todo lo posible por una revelación inequívoca. Ya ven que no tenemos sino señales opacas y contrapuestas. Quienes sean los que vienen, ya han zarpado. Y a nosotros se nos acaba el plazo. Estamos obligados a decidir nuestras acciones sin poseer certezas acerca de los extranjeros. Sólo nos resta poner todas nuestras virtudes en estas jornadas, y admitir que, aún así, mucho tendremos de ciegos y mucho de niños.

—Dime si he entendido bien —pidió Molitzmós. Este concilio debe diseñar un plan y ponerlo en funcionamiento. Eso era sabido por todos nosotros. Lo nuevo es que debemos hacerlo renunciando a la idea de conocer la identidad de los que vienen y sus verdaderos propósitos. ¿Es como lo digo?

Zabrankán asintió. Luego, él y Bor se alternaron en una larga y poco auspiciosa intervención, que dejó a los presentes sumidos en oscuras cavilaciones.

"No hay revelación, entonces no hay conocimiento

perfecto", dijeron los Astrónomos. Los muchos y dudosos indicios no hacían otra cosa que crear confusión. Y nadie, ni la mismísima Magia, era capaz de una respuesta. "El cielo y sus astros no se manifiestan", dijeron los Astrónomos. En lo vivido y recordado, muy pocas veces había sucedido algo similar. Sucedió ahora, cuando un error se llevaría consigo toda esperanza.

—Esperanzas teníamos de recibirlos a ustedes con el nombre de los extranjeros —dijo Zabrankán—, pero no pudo ser. Algo más quisiéramos decir antes de escucharlos: aún cuando tuviésemos por evidente que es el ejército de Misáianes el que se acerca a las Tierras Fértiles, aunque lo tuviésemos por evidente, la decisión sería ardua. ¿Cómo enfrentar el poder del Odio Eterno? No existen fuerzas que parezcan suficientes, ni estrategias que no acarreen innumerables desdichas. Siendo así, ¡cuánto más difícil será decidir en la ignorancia de la verdad! ¿Los bóreos o Misáianes? Procuremos que nuestra decisión tenga patas de venado para que pueda saltar de un lado a otro, ocasionando el menor daño.

De repente, como si hubiesen terminado de comprender, todos se empeñaron en tomar la palabra. Estaban ansiosos de decir lo suyo. Y en varias ocasiones, Zabrankán debió intervenir para apaciguar el desorden.

—¿Cuánto tiempo transcurrirá entre la aparición de las naves en el horizonte, y su arribo a las costas? —preguntó Nakín.

—No serán dos soles —respondió Zabrankán—. Pero, si entendemos a lo que te refieres, debemos desatender cualquier insignia que traigan las naves, o cualquier mensaje que nos envíen. ¿Cómo podríamos confiar en ellos sin saber quiénes son, en verdad?

—¿Es posible que no haya mejor alternativa que un ataque sorpresivo? —preguntó Bor.

—Sorprenderlos con un ataque, sin darles la posibilidad de darse a conocer, podría significar la injusta muerte de los bóreos —dijo Elek.

—La muerte de los bóreos nos pesará en todas las formas posibles —dijo Nakín de los Búhos—. ¿Acaso no regresarían por revancha? Derramemos sangre de los bóreos, y luego derramaremos la nuestra.

—¿Y qué ocurrirá si es el ejército de Misáianes el que nos sorprende? —dijo Dulkancellin.

—El husihuilke se ha adelantado a mis palabras —intervino Molitzmós—. Si debemos elegir entre la devastación total y un error, por grave que éste sea, yo elijo el error. Yo elijo la guerra.

—¿Será posible derrotar a Misáianes con lanzas y flechas? —preguntó Nakín.

—Buena pregunta, bella de los Búhos —volvió a decir Molitzmós—. Hablamos de una guerra contra Misáianes, y la imaginamos como las guerras que conocemos ¡Cuidado! No olvidemos que esto es más que arrojar lanzas y pelear hasta la última gota de sangre.

—Pelearemos hasta la última gota de sangre, eso fue lo que los Padres afirmaron —dijo Elek—. Y lo mismo nos encomendaron a nosotros.

—Si es Misáianes el que viene, significa que tus Padres fueron derrotados —le respondió Molitzmós, Señor del Sol—. ¿Caminaremos nosotros sobre los pasos que llevaron a los bóreos a su extinción?

—Hemos llegado al lugar difícil —dijo Zabrankán—, y nos satisface que haya sido pronto. Todos comprendemos que la guerra es la única respuesta que las Tierras Fértiles darían a Misáianes. Pero es posible que, cuando decimos guerra, no todos pensemos en lo mismo.

Los ánimos comenzaban a exaltarse. Los modos y las palabras perdieron la templanza, y los representantes se separaron en posiciones enfrentadas.

—¿Recuerdan lo que dicen los códigos? Dicen: Misáianes habla parecido a la verdad...

—Eso significa que hasta el final pueden parecerse a los bóreos —advirtió Molitzmós.

—También dicen los códigos: Vendrán a devastar este continente, porque tal es su designio...

—Eso no nos autoriza a derramar sangre de los Padres —advirtió Elek.

—También dicen que, en los principios, Misáianes intentará seducir a los poderosos y a los fuertes...

—Para eso disfrazará su verdadero propósito. Y tendrá elegidos... Elegidos que serán encumbrados...

—Elegidos que podrían estar aquí mismo —dijo Molitzmós.

—Elegidos que, un día, él mismo destruirá —afirmó Zabrankán.

—"Ni una sola flor, ni un solo pájaro cantando..."

—Misáianes necesita tener ojos y oídos en cada rincón del mundo. Ojos y oídos que le permitan señorear por siempre. Vasta es la tierra, y sinuosa; vastos son los mares y los vientos. Misáianes sabe que la Vida buscará cualquier escondrijo: una brizna sin segar o una cría resguardada donde permanecer y recomenzar.

—¡Entonces confiaremos en lo que una brizna de pasto pueda hacer!

—¡No he dicho eso!

—¡Entonces los dejaremos aniquilar el sol, y luego encenderemos una fogata bajo las piedras!

—¡No he dicho eso!

El día avanzaba. Los habitantes de Beleram se ocupaban en sus tareas habituales sin imaginar lo que ocurría, a la par de sus quehaceres, en una sala de la Casa de las Estrellas. Allí, desde el amanecer, estaban reunidos los siete que cargaban con el peso de una enorme decisión y que, hasta ese momento, apenas si podían escucharse.

Las diferencias entre ellos parecían irreconciliables, el desconcierto crecía, y la cólera entintaba las preguntas y las respuestas. Zabalkán los miraba con serenidad, como si hubiese sabido que aquello iba a ocurrir, y esperase el final de la tormenta.

Y en realidad, de tan duro pero honrado desacuerdo no podía sino aparecer el camino del entendimiento. Las primeras coincidencias eran vagas. Fácilmente perdían pie cuando alguno de ellos trataba de precisarlas. Las posiciones se acercaban, y enseguida volvían a alejarse. Sin embargo, cada alejamiento era más cauto que el anterior.

Fue entonces cuando Illán-che-ñe pidió la palabra. Se lo indicó a Zabalkán con un casi imperceptible gesto de su mano. El Supremo Astrónomo, deseoso de escuchar lo que el Pastor tenía para decirles, le otorgó de inmediato la posibilidad que le estaba pidiendo. El joven representante de los Pastores estaba sentado sobre la estera a la usanza de los hombres de su pueblo: las piernas juntas y encogidas, el pecho volcado contra las rodillas y las palmas apoyadas en el suelo. Se demoraba en hablar, sin duda porque debía buscar algún modo de hacerlo con su corto conocimiento de la Lengua Natural.

—Todos dicen de los bóreos... Dicen que han dicho y que han ordenado... Pero Illán-che-ñe les pregunta a todos por qué creen y obedecen. Y nadie piensa si los bóreos quisieron mentir y mintieron de las cosas que pasaban en la tierra de ellos.

El silencio que siguió se oyó cansado. El comentario de Illán-che-ñe los obligó a desandar lo recorrido. Y los dejó, de nuevo, en el comienzo de la jornada, agobiados por la sensación de que era necesario volver a empezar.

Cada uno de los representantes repitió para sí la pregunta que el Pastor había hecho. Cada uno pensando que, sin duda, semejante pregunta tendría una respuesta terminante. No importaba si ellos no podían expresarla claramente. Alguien podría hacerlo. Zabalkán lo haría...

Traían la tormenta con ellos.

Una flota atravesaba el Yentru en dirección a las Tierras Fértiles. Eran muchas pequeñas naves de velas triangulares que aparecían en la cresta de las olas, caían al abismo, y aparecían de nuevo. Negro el cielo de la noche nublada, negro el mar sin luna, negras las capas con que los hombres se cubrían. Y negros, muy negros, los perros de hocicos babeantes que llegaban apiñados en jaulas.

Por la cubierta de una de esas naves, un hombre se paseaba lentamente golpeando la palma de su mano con el guante de piel que acababa de quitarse. Leogrós, almirante de la flota de los sideresios, caminaba sin mirar a su alrededor. Ignorando por completo a los tripulantes que se apartaban para dejar libre el camino, y lo miraban pasar conteniendo la respiración. Aquellos seres no le importaban mucho más que los desperdicios que arrojaba hacia un costado de la cubierta, pateándolos con la puntera de sus botas. Sólo cuando se cruzó con Drimus, que venía en dirección contraria sujetando entre sus manos un viviente puñado de lauchas, Leogrós se avino a ladear ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento.

Leogrós debió aceptar al Doctrinador sin comprender muy bien cuáles eran sus facultades, contentándose con saber que había sido señalado por el dedo de Misáianes para comandar las tres naves que se dirigirían, directamente, al puerto de Beleram. Aunque Leogrós sentía repulsión por aquel contrahecho, ignorante de armas y batallas, nada intentaba y nada podía hacer en su contra. Hasta el momento, jamás Drimus había sugerido un enfrentamiento. Pero algo, una cierta prescindencia en sus maneras, lo ponía fuera del alcance de Leogrós. Nadie se hubiera atrevido a pronunciarlo, y sin embargo, todos sabían que el Doctrinador gozaba de gran protección y obedecía a Uno que no venía en las naves. A ése, y a nadie más.

El Doctrinador caminó hacia la parte trasera de la nave. Pasaba allí una gran parte de su tiempo, acurrucado entre las jaulas y alimentando a los perros oscuros. Apenas lo vieron llegar, los animales se desentumecieron. Con los lomos erizados y las fauces entreabiertas, sin siquiera distraerse en gruñir, observaron al hombre que les traía alimento vivo; porque los perros sabían que el banquete no

alcanzaría para todos, y que solamente los más rápidos y feroces podrían masticar entrañas calientes. Pero ese día, el hombre tenía ganas de jugar. Rodeó las jaulas con pasos lentos y una sonrisa trágica que se torcía, como él, del lado de su joroba. Eligió una del racimo de lauchas que ahora retenía contra su pecho, y sosteniéndola de la cola, se dedicó a mecerla frente al hambre de los perros que seguían su juego con atención. Fascinados por el olor del miedo.

—¡Ay, mis pequeños! Muy pronto saciarán el hambre, porque toda carne que se oponga a Misáianes será para sus tripas.

Drimus, el Doctrinador, arrojó la presa dentro de una jaula. El combate entre los perros fue breve y seco. El ganador se apartó apretando su trofeo con los dientes. Los demás se quedaron esperando la siguiente oportunidad. Drimus no reinició el juego hasta que el perro vencedor estuvo al acecho nuevamente.

—Puede que él vuelva a lograrlo. Sí, es posible que así sea porque ahora tiene sangre fresca en su estómago. ¡Ay, mis pobres pequeños! Tendrán que decidirse a batallar.

El mismo juego recomenzó varias veces. Y en ambas jaulas la escena se repitió casi idéntica. La última laucha se retorció en el aire, y Drimus la miraba luchar por su vida decidiéndole el destino. Aquí o allá, de un lado al otro. La vacilación se prolongaba demasiado, y los perros empezaron a gemir. Por fin, el Doctrinador la puso en el suelo y despegó los dedos.

—¡Allá va! ¡Allá va, mis pequeños! Falta poco para que puedan ir tras ella.

Los animales se abalanzaron contra los barrotes, encarnizados con la presa que se les había escapado. El viento de la tormenta se llevó lejos sus ladridos. Desde las otras naves, otros perros oscuros se sumaron a ellos y así, en poco tiempo, los ladridos apagaron el ruido del mar.

El juego estaba terminado. Drimus se adentró con dificultad por el angosto pasillo que separaba las jaulas. Avanzó algunos pasos y se sentó sobre la cubierta húmeda. Llevó sus manos a la nariz y las olfateó: tenían olor a miedo y él no pensaba desperdiciarlo. Extendió los brazos, uno hacia cada jaula, introdujo sus manos a través de los barrotes y las ofreció a los perros para que las lamieran. De a poco, su cabeza se fue cayendo hacia adelante hasta quedar colgada del cuello endeble. La lluvia recomenzaba pero el Doctrinador siguió inmóvil, mientras las bestias lamían alimento de sus manos.

Los sideresios no provenían de la misma tierra, no hablaban la misma lengua, y tampoco pertenecían a la misma

especie. Los sideresios no existían antes de que Misáianes los convocara a su sombra.

Las legiones de Misáianes fueron reclutadas de entre todas las especies que poblaban la tierra en ese antiguo entonces. Cientos de años solares se tardó el Increado en reunir las, en adiestrarlas, en quitarles toda huella de piedad y alejarlas de todo amor. Misáianes hurgó hasta el fondo en los resentimientos de las Criaturas; también escarbó las iras y las ruindades que las enfrentaban porque supo que allí encontraría la materia de su ejército. Después les sopló al oído, y muchas de ellas le juraron lealtad.

Jamás Misáianes abandonaba el monte donde había sido engendrado. Otros estaban designados para llegar y partir de su morada con los hilos de la gran telaraña. En su territorio, el aire era de niebla. Muerte y muerte, frío y oscuridad que sin cesar extendían sus límites sobre el mundo.

Los vasallos que se congregaban en aquel sitio eran de condiciones opuestas: los más degradados y los más encumbrados. El amo mantenía cerca de sí una multitud de seres incapaces de cualquier entendimiento; esclavos embrutecidos y despojados del último vestigio de sentido, que realizaban para él las más miserables tareas. Había otros, en cambio, que podían acercarse a su aliento. Ellos eran los favoritos de Misáianes, eran la prolongación de sus dedos y de su voluntad. Aquellos a quienes el amo envió por el mundo, al frente de la oscuridad. Y todavía muy lejos de aquel páramo, adonde el sol seguía iluminando y la vida continuaba su curso, muchos otros lo adoraron y le sirvieron. Eso ocurrió de tanto que sus palabras se parecían a la verdad.

Misáianes enfrentó a los hermanos. Susurró en la nuca del soberbio y lo enfrentó al soberbio; besó la frente del débil y lo enfrentó al débil. Y en esa ciénaga tuvo su cosecha. Separó sus designios en murmullos y mentiras para que todos creyeran saber lo que sólo él sabía, y para que los condenados se sintieran bendecidos. El poder de Misáianes se puso embozos y disfraces. De ese modo, muchos lo siguieron sin sospechar a quién seguían. Guerra que sólo él, grande en su impiedad, pudo concebir.

Tal fue el origen de los sideresios.

Una flota navegaba hacia las costas de la Comarca Aislada. Y aunque algunas de sus naves habían naufragado a causa de los terribles vientos, continuaba siendo numerosa.

Un movimiento inusual animaba, desde el amanecer, la nave en la que viajaban Leogrós y el Doctrinador. Lo mismo ocurría en el resto de las embarcaciones. La tripulación iba y venía entre la cubierta y las bodegas; en tanto Leogrós

y Drimus repasaban los detalles. Había llegado el momento en el que la flota debía separarse. Eso sucedió cuando aún faltaban varios días para que los sideresios pudieran divisar la costa de las Tierras Fértiles.

Sólo tres naves, al mando de Drimus, atracarían en el puerto de Beleram, llevando consigo muchos más obsequios que armamentos. Las demás navegarían con proa al norte para llegar a los puertos que habían sido abandonados en las últimas grandes migraciones ocurridas en el tiempo en que los pueblos viajaron hacia el sur en busca de mejores climas. Desde ese entonces, el extremo norte del continente de las Tierras Fértiles estaba deshabitado. El norte lejanísimo. El norte más al norte de las Colinas del Límite, puerta del país de los Señores del Sol; más al norte del Valle Dorado, donde florecían sus ciudades de oro; más al norte de la Pezuñera, donde iban a morir sus esclavos. El norte más allá de todo lugar habitado.

En esa dirección navegó la flota de Leogrós. Sus naves iban cargadas de armas que ningún habitante de las Tierras Fértiles hubiese podido reconocer. Y de males visibles e invisibles. Hasta llevaban males que se metían por la nariz de las Criaturas y las mataban de enfermedad.

El Doctrinador descendió al bote que iba a trasladarlo a su nueva nave. Leogrós se quedó mirando, apoyado en la borda. Apenas comprobó que el jorobado había llegado a su destino, dio una orden y la flota se partió en dos.

Las tres naves que se dirigían al puerto de la ciudad de Beleram avanzaron de lleno hacia el oeste.

Las otras, en cambio, pusieron rumbo al norte. Algunas de ellas iban a llegar hasta las Colinas del Límite, para desembarcar en la extensión despoblada que separaba las últimas aldeas de la Estirpe de las primeras ciudades de los Señores del Sol. Las restantes subirían, sin acercarse a las costas hasta alcanzar la altura de los antiguos puertos y recién entonces, buscarían el oeste.

Junto con la flota, se partió la tormenta. Las naves de Leogrós se la llevaron. Y así, su avance quedó disimulado por una lluvia oscura y neblinosa que iba a acompañarlas el resto de la travesía. Sobre la reducida flota de Drimus, el cielo quedó azul.

—¡Mira el cielo! —dijo Nakín, señalando hacia el lado de la costa—. Parece que de repente la tormenta ha decidido irse al norte y dejarnos aquí un hermoso cielo azul, como el que suele acompañar la llegada de los buenos amigos.

Dulkancellin pensó que la mujer del Clan de los Búhos buscaba la confirmación de sus deseos. También pensó que a pesar de que el descanso le había devuelto su belleza, la mujer conservaba un cierto aire de fatiga. Era evidente que permanecer en el tiempo solar le costaba a Nakín un enorme esfuerzo.

Juntos recorrían la explanada interior de la Casa de las Estrellas, resguardados de la curiosidad de Beleram por altos muros de piedra. El resto de los representantes, incluidos Bor y Zabrankán, hacían la misma cosa. El concilio llevaba siete días sesionando y aquella era la primera vez que se les permitía salir a la intemperie. Grande fue la alegría del guerrero husihuilke cuando oyó el anuncio de Zabrankán. Aunque el descanso era lo habitual después de las comidas, fue distinto en esa ocasión porque Zabrankán les indicó que podían tomarlo en el patio central de la Casa de las Estrellas. Todos, sin excepción, aceptaron con gusto.

Era agradable volver a ver el cielo sin los contornos de una ventana, respirar el aire húmedo que venía de la selva. Era bueno, pero no alcanzaba para dejar de lado las preocupaciones. Cada uno de los representantes llevaba en su cabeza, dándole vueltas, el resultado de las últimas discusiones. Y allí donde dos se juntaban, la conversación recaía en las preocupaciones compartidas.

Sumaban siete los días que el concilio llevaba sesionando, siete días de razonamientos y discusiones. Y todavía la decisión no estaba tomada.

Una coincidencia empezaba a fortalecerse contra la resistencia que algunos, y especialmente Elek, le oponían. Un ataque que se anticipara a la primera palabra de los extranjeros empezaba a cobrar forma en sus cabezas como el único medio de defensa que le quedaba a las Tierras Fértiles. Esa posición, defendida desde el principio por Molitzmós y Dulkancellin, comenzó a imponerse en los demás. Si debían equivocarse, que el equívoco fuera una batalla injusta y no el exterminio de la vida. Todos sabían que un error acarrearía sobre ellos la ira de los bóreos; y que

tarde o temprano todos los pueblos del continente sufrirían sus consecuencias. El riesgo era grande. Sin embargo, cada vez más el concilio se disponía a aceptarlo. Así es que mientras las deliberaciones continuaban, una guerra se puso en marcha. Ningún pueblo de las Tierras Fértiles era diestro en batallas marítimas. La pequeña flota que la Estirpe había construido con la memoria de la sangre estaba diseñada para transportar mercancías y, tal vez, algún viajero por la zona costera. La guerra, entonces, debía librarse en tierra. Difícilmente, el ejército de los zitzahay pudiera resistir por mucho tiempo un ataque de los extranjeros; por eso, todo estaba dispuesto para convocar a las fuerzas de los Señores del Sol. Ellos tenían un ejército numeroso que podría llegar a Beleram en pocos días. Los guerreros husihuilkes, más temibles que ninguno, tardarían demasiado.

—Vayamos hasta aquella escalinata —propuso Dulkancellin.

El guerrero acababa de reconocer a Cucub. El zitzahay estaba sentado en la parte inferior de una escalera, una de las muchas que descendían desde la Casa de las Estrellas hacia la gran explanada interior, y tan ensimismado que ni siquiera notaba el movimiento a su alrededor. No había vuelto a saber de Cucub a partir de la noche en que el pequeño hombre concurrió al mercado por noticias, y por tortillas. Dulkancellin no quiso dejar pasar aquel inesperado encuentro pensando que, posiblemente, no volviera a repetirse; y pidió a Nakín que lo acompañara hasta la escalera donde Cucub descansaba con la mirada fija en las piedras del suelo.

—¡Despierta, Cucub! —llamó Dulkancellin cuando estuvo a su lado.

Cucub alzó la cabeza y quiso sonreír como acostumbraba a hacerlo, de oreja a oreja y con toda el alma. Dulkancellin vio que aquella sonrisa no era la misma que tantas veces lo había fastidiado. El zitzahay se levantó, saludó a ambos con una inclinación de cabeza y enseguida se esforzó por hallar algo divertido que contarles. Afortunadamente para él, su esfuerzo no necesitó prolongarse. Nakín comprendió que los dos hombres querían estar solos; y pretextando acompañar a Elek que paseaba sin compañía, se alejó del lugar.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre? —preguntó Dulkancellin, que no sabía adornar las palabras.

Cucub suspiró y volvió a sentarse.

—Si te sientas a mi lado, trataré de explicártelo —el zitzahay hizo una pausa—. Tú, hermano, estabas presente cuando los Supremos Astrónomos me permitieron ir al mercado, a condición de que yo metiera mis narices en las

noticias del pueblo de Beleram. Y recordarás, porque te causó enojo, que yo andaba de un ánimo inmejorable, y que partí lleno de optimismo y vacío de recelos. ¡Lástima grande que mi alegría duró poco! Comenzó a palidecer antes de llegar yo al mercado. Y desapareció por completo cuando probé la miel de caña.

Dulkancellin estuvo a punto de levantarse, furioso por haber permitido que Cucub volviera a enredarlo en otro de sus ridículos asuntos. Sólo el recuerdo de la sonrisa del zitzahay le prolongó la paciencia.

—Conozco la miel de los cañaverales de mi selva —siguió diciendo Cucub—. Reconocería su sabor entre otros miles. Cuando estuve en el mercado comí la miel de una tinaja, y luego de una diferente, y luego de una más; y aunque insistí en ello, el viejo sabor no apareció.

Era seguro que Cucub estaba hablando con seriedad. Dulkancellin intentaba comprender lo que estaba tratando de decirle, pero la creciente ansiedad del zitzahay lo complicaba todo.

—Tranquilízate, y busca otra manera de hacerte entender.

El comentario de Dulkancellin no consiguió más que aumentar la aflicción del zitzahay:

—¡No hay otra manera! ¡No la hay...! ¡Escucha cuando te digo que el sabor de la miel se ha ido de aquí! Algo debió asustarlo, y mucho, para que decidiera abandonarnos.

Dulkancellin puso su mano en el hombro de Cucub. Justo cuando no lo entendía, justo cuando la sinrazón se había adueñado de la cabeza del zitzahay, el husihuilke se sintió su amigo.

Cucub se dio por vencido. Desde el comienzo, presintió que sería muy difícil hacerse comprender. Ahora pensaba que hubiese sido mejor cerrar la boca. El siguiente paso sería cambiar de tema para intentar que su desahogo quedara en el olvido.

—¿Quién es el hombre magníficamente vestido que acompaña a Bor?— preguntó por preguntar.

—Es Molitzmós, de los Señores del Sol —respondió Dulkancellin.

—No me gusta —dijo por decir.

Las prendas que Molitzmós vestía, y que nunca usaba dos veces, eran siempre suntuosas. Aquellas que llevaba puestas cuando paseaba junto a Bor entre las fuentes de jaspe brillaban como una alhaja bajo el sol.

—Con frecuencia todo se pone oscuro para mí —decía Molitzmós—. Y me siento incapaz de comprender nada.

Se había hecho costumbre que el representante de los Señores del Sol se destacara por su viva inteligencia. No

transcurría una sesión del concilio sin que Molitzmós se ganara, gracias a alguna de sus intervenciones, la admiración de todos. Y de todos, era Bor el más propenso a dejarse cautivar por la agudeza de sus especulaciones. Ahora mismo, el Supremo Astrónomo no podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Y eres justamente tú quién dice eso? —preguntó asombrado.

—Hay pensamientos que hubiese preferido no tener, y los he tenido. Hay temores que quise desconocer, pero me fue imposible —dijo Molitzmós.

—¿A qué te refieres? —volvió a preguntar el Astrónomo.

—Me refiero a ciertos conocimientos que hace mucho me fueron otorgados, y ahora se han hecho presentes. En estos días, no he podido dejar de recordar el tiempo en que la Magia se enemistó gravemente; tanto que se separó en dos Cofradías. Una de ellas, quizás la más numerosa, permaneció en las Tierras Antiguas. La otra emprendió el largo camino hacia las Tierras Fértiles —Molitzmós reparó, de pronto, en su interlocutor. — ¡Pero mira a quién se lo estoy diciendo! Tú conocerás hasta los mínimos detalles de estos hechos.

—No importa, continúa... Por favor, continúa —Bor empezaba a preocuparse por los tintes que tomaba la conversación—. Sigue la línea de tu discurso, y llega adonde quieres llegar.

—Si me lo pides, lo haré —dijo Molitzmós—. Aunque ya estoy arrepentido de la insolencia de mi pensamiento. Decía que, después de la ruptura, las Cofradías pusieron el mar entre ellas. Me fue dicho que los que vinieron aquí lo hicieron a través de la franja de tierra que, por esos días, unía ambos continentes.

—Así ocurrió —intervino Bor—. Nuestros antepasados arribaron a las Tierras Fértiles por el extremo norte, cargados de un legado invaluable; y utilizaron para ese propósito el paso que ahora mencionas. Luego...

Bor interrumpió la información.

—¿Ibas a mencionar el destino que tuvo esa franja de tierra? —Molitzmós también poseía noticias de aquel episodio—. Dime, ¿son cosas figuradas o son cosas ciertas las que se dicen al respecto? ¿Es verdad que la Cofradía que viajó a las Tierras Fértiles confinó ese paso al fondo del mar Yentru, a fin de deshacer todo lazo de unión con sus pares de la otra orilla?

—Es verdad pura —replicó Bor, seguro ya de que Molitzmós sabía mucho más que el resto de los representantes—. El paso que enlazaba los continentes fue sepultado

mar adentro por la Magia de las Tierras Fértils; y se dijo que permanecería allí por siempre. Pero eras tú quien estaba hablando.

—Bueno —continuó Molitzmós—. La Magia tomó rumbos diferentes. Yo creo que fue la enemistad, y no el mar, la verdadera distancia. Y creo que la causa de esa enemistad se refleja en los nombres que cada una de las Cofradías tomó para sí.

—La Cofradía del Recinto y la Cofradía del Aire Libre —susurró Bor—. Ambos llevaron sus nombres con orgullo.

—No pudo ser de otro modo —respondió Molitzmós—. Los del Recinto, como se llamaron a sí mismos los que permanecieron en las Tierras Antiguas, proclamaron que era su obligación y su derecho velar por la Creación. Ellos instauraron y fortalecieron un imperio de la Sabiduría que como tal, debía consagrarse a las Criaturas; pero jamás debía deliberar con ellas, ni consultarle las grandes decisiones. Y mucho menos, someterse a su juicio.

Bor consideró que era su deber aclarar las afirmaciones que el representante de los Señores del Sol acababa de hacer.

—En efecto, la Cofradía del Recinto proclamó que la Magia debía regir sobre las Criaturas con su sola mano. Ellos afirmaron que el don de la Sabiduría era el atributo que los señalaba para el mando. Porque sólo para los Sabios es cosa propia y natural la consagración generosa. Y entonces la Magia, poseedora de la Sabiduría, nunca torcería los fines de su poder. No hay mejor mando que el de la Sabiduría, afirmaron, pues el Sabio halla su gloria en la generosidad. Y sin embargo, los del Aire Libre entendían las cosas de manera muy diferente —Bor hizo una pausa para espiar la reacción de Molitzmós, y luego continuó—. La Cofradía del Aire Libre abandonó las Tierras Antiguas con la esperanza de reencontrar aquí lo que creyeron que allá se había perdido: la marca de la Magia. A su entender, aquello que la Cofradía del Recinto tomaba por natural, y llamaba su "obligación de velar por las Criaturas", era una alteración de su legítimo destino. Y lo que llamaba "consagración generosa" era, en verdad, arrogancia. La Cofradía del Aire Libre comprendió que en las Tierras Antiguas la Magia estaba alejándose de su origen; y que un día, por esa causa, su luz se apagaría. Ese convencimiento fue el que los decidió a cruzar el mar para empezar de nuevo en las Tierras Fértils, lejos de los recintos donde sus pares se recluían. Al aire libre.

—Lejos de los recintos... Al aire libre. ¡Quién pudiera, como tú, decir tanto con tan pocas palabras! —deseó

Molitzmós. Y Bor, que no era sordo a los halagos, le agradeció con una sonrisa de satisfacción.

—Estamos hablando de cosas remotas —reflexionó el Astrónomo—. Luego el tiempo pasó y suavizó las diferencias. Sabemos que aquella enemistad que separó a la Magia ya no existe.

—De todas formas, unos siguen allá y otros aquí. El puente de tierra que unió a los continentes no ha vuelto a alzarse. Y hasta donde sé, los contactos entre ellos y ustedes han sido escasos —Molitzmós sabía que tocaba una herida y procuró obrar con suavidad—. ¿Me equivoco si pienso que las diferencias no han terminado de borrarse? En sus prácticas ¿no siguen siendo la Cofradía del Recinto y la Cofradía del Aire Libre?

El Supremo Astrónomo hizo un gran esfuerzo por disimular su malestar.

—Es evidente que la Magia de las Tierras Fértiles jamás ha sofocado la voz de las Criaturas. Al contrario, se ha acercado a ellas y las ha escuchado. ¡No hay más que ver este concilio para comprobarlo! ¿No los convocamos a ustedes con el fin de que tomemos entre todos una enorme decisión? Y si te refieres a que en las Tierras Antiguas la Magia procede de manera opuesta, debemos decirte que, posiblemente, tengas razón—. Bor respiró profundo antes de continuar: Ahora dime, Molitzmós, por qué hemos llegado a este punto. Aclárame qué camino te remontó desde el concilio hasta el antiguo cisma de la Magia.

Molitzmós acariciaba, al pasar, el jade lustroso de las fuentes. A veces se detenía frente a alguna de ellas, fascinado por el dibujo de sus vetas.

—Creo que sería mejor olvidar esta conversación —dijo.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —preguntó el Astrónomo.

A esa altura estaban en el estanque. A su orilla, Elek y Nakín competían en imitar a las muchas aves que andaban por ahí.

—Les hará bien jugar un poco —opinó Molitzmós cuando los dejaron atrás.

—Déjalos que lo hagan. Pero no juegues tú el juego de hacer como que olvidas mis preguntas.

Molitzmós no tenía escapatoria. Debía terminar lo que había comenzado.

—Te lo dije al comienzo: hay pensamientos que hubiera preferido no tener y temores que hubiese querido desoír. No existe una duda peor que la que se siente cuando todos los demás coinciden en una certeza; porque es una duda que empuja hacia la soledad. Es por eso que me atrevo a hablar

contigo, para así desahogar mi corazón —El representante de los Señores del Sol habló con rapidez, como si ansiara desprenderse de algo que le pesaba demasiado—. La Magia de las Tierras Fértiles, heredera de los principios de la Cofradía del Aire Libre, trata a todas las Criaturas como a propios hermanos. Delibera con ellas, las consulta, y hasta se somete a su juicio. Pocos días atrás, por ejemplo, el husihuilke habló del Brujo de la Tierra con tal confianza que parecía estar refiriéndose a un viejo vecino. Siempre ha sido así entre ustedes y nosotros. Ahora, sin embargo, cuando los tiempos requieren del esplendor de la Sabiduría, la Sabiduría parece estar adormecida. Lo mejor o lo peor está a punto de sucedernos. ¿Lo mejor o lo peor? Las señales se presentan; pero no hay en las Tierras Fértiles quien sea capaz de leerlas. Los ojos de la Magia están nublados... ¿y no será de tanto mezclarse con los ojos de los hombres, de los lulus, de los pájaros?... He oído a Zabralkán hablar de señales confusas, ¿y si, en cambio, fuera la Magia la que ha perdido la virtud para descifrarlas? Éste es el temor que hubiese preferido desconocer. Temo que parte de la verdad se haya quedado en los recintos de las Tierras Antiguas. Temo que la Magia de las Tierras Fértiles, en su afán de hermanarse con las Criaturas, haya terminado desprotegiéndolas. Te asombrarás de que yo esté impugnando la hermandad que debería favorecer. Nada menos que yo, una simple Criatura que a causa de esa hermandad puede hablarte ahora de igual a igual. Créeme que también me asombro. Pero si la perduración de la vida en las Tierras Fértiles depende de que la Magia ocupe un sitio de mando sobre todos nosotros, entonces yo me alegraría, muchos nos alegraríamos de ver a la Magia erigirse en su potestad. Y aceptaríamos con sencillez el imperio de la Sabiduría. Ya nunca volveré a mencionar esto. Perdóneme y olvida, por favor, mi atrevimiento.

Bor tenía la piel erizada, y no era para menos. Molitzmós acababa de decir lo que tantas veces, en medio de la noche, él mismo había pensado. Cuando esas ideas llegaban a su mente, el Astrónomo perdía el sueño. Entonces, para afrontar el desvelo, se dedicaba a deambular por los pasillos de la Casa de las Estrellas, o subía al mirador más alto, y allí permanecía hasta que empezaba a clarear. Pero ni su caminata de ida y vuelta, ni el orden de las constelaciones respondían a la pregunta que le había quitado el sueño: ¿y si la Cofradía del Aire Libre hubiese errado el camino? Apenas siete días atrás, precisamente cuando Cucub y Dulkancellin llegaron a la Casa de las Estrellas, sus dudas se reavivaron y le causaron malestar. ¡Cuánto le fastidió

tener que dar al guerrero husihuilke largas y delicadas explicaciones! Pero era Zabrankán quien lo había pedido, y él tuvo que acceder. Le pareció irritante que un Supremo Astrónomo, designado para la Sabiduría, debiera justificar sus decisiones frente a un husihuilke, nacido y adiestrado para la guerra. Ahora, Molitzmós acababa de decirlo todo sin escatimar claridades. Y Bor se admiró de aquella valentía porque siendo quien era, jamás se había atrevido a comunicarle a Zabrankán semejantes pensamientos. Y si alguna vez quiso insinuarlos, el otro lo desairó con un mutismo que no dejaba lugar a dudas.

—¿Piensas que mi atrevimiento no es fácil de olvidar?

La pregunta consiguió que Bor regresara de su memoria. El Supremo Astrónomo comprendió que debía decir lo que fuese necesario, con tal de que Molitzmós no advirtiera que compartía sus temores. En eso estaba cuando la sorpresiva aparición de Zabrankán lo salvó, momentáneamente, del aprieto.

—Creo que Zabrankán está buscándote —dijo Molitzmós con una sonrisa imperceptible.

—Así parece...

Zabrankán llegó junto a ellos y después de saludar, se dirigió a Bor:

—Hermano, es necesario que nos apartemos un momento.

—Por la bondad de ustedes, voy a continuar mi paseo —dijo Molitzmós.

Los Astrónomos se dirigieron hacia el interior de la Casa de las Estrellas. Molitzmós volvió por el mismo camino.

De regreso pasó frente al estanque. Elek y Nakín habían terminado su juego y conversaban sentados a la orilla. Molitzmós pensó que era agradable verlos juntos. Elek, descolorido. Con el cabello enroscado hasta el centro de la espalda y comportamientos de cachorro de animal. Nakín, oscura y fatigada, parecía como si nunca estuviese del todo despierta.

Molitzmós se detuvo a observarlos desde una buena distancia. Cuando ya había visto lo suficiente continuó avanzando. Dejó atrás el estanque y regresó al sendero entre las fuentes de jade; después cruzó el puente sobre el canal que surtía de agua a la Casa de las Estrellas. El ruido del agua bajo sus pies le hizo recordar que tenía sed. Pensó en beber y no tuvo cerca un esclavo que atendiera su deseo.

Molitzmós se había resistido a emprender viaje a Beleram sin sus esclavos personales. Pero por mucho que insistió, el mensajero se mantuvo fiel a las órdenes de los Supremos Astrónomos: "Trae a la Casa de las Estrellas solamente a quien te hemos enviado a buscar". Esa misma orden de-

bieron llevar todos los mensajeros. Y entonces, qué hacía ese pequeño hombre caminando junto a Dulkancellin. ¿Quién era él? Un zitzahay, indudablemente, a juzgar por su aspecto y su vestimenta. Pero, por qué alguien ajeno al concilio acompañaba al representante de los husihuilkes... Molitzmós desvió su marcha para interceptarlos.

—¡Salud bajo este sol, hermano Dulkancellin! —luego saludó a Cucub —Y salud para ti, hermano. Aunque no sepa tu nombre, ni cómo llamarte.

—Hermano es un buen nombre —respondió Cucub—. ¡Y que la salud se multiplique en ti, Molitzmós de los Señores del Sol!

Dulkancellin se sobresaltó por la insolencia con que su amigo había contestado. Y Molitzmós, que ignoraba quién era el insolente, se cuidó muy bien de manifestar su enojo.

—Nos dirigimos al estanque —dijo Dulkancellin procurando desviar la conversación.

—Allí encontrarán a Elek y a Nakín de los Búhos.

Los hombres se saludaron con una inclinación de cabeza y continuaron en direcciones opuestas. Pero Molitzmós recordó algo que lo obligó a volverse:

—¡Aguarda, Dulkancellin! Quiero aconsejarte que visites las fuentes de jade. ¡Obsérvalas una a una! No siempre se puede contemplar tanta belleza —de nuevo se dirigió a Cucub: No te lo sugiero a ti porque supongo que las conocerás mejor que yo.

—Supones bien —respondió el zitzahay.

Cuando estuvieron bastante lejos, Cucub se puso a imitar el andar de Molitzmós.

—Mira cómo camina el emplumado.

—¡Qué rápido olvidaste tus preocupaciones! —el husihuilke pensó que Molitzmós podía volver sobre sus pasos—. Y deja ya de hacer eso, porque puede verte.

—No he olvidado mis preocupaciones —dijo Cucub—. Y ese Molitzmós sigue sin agradarme.

Nakín los vio llegar y los saludó con la mano en alto. Tampoco ella conocía al compañero de Dulkancellin; pero Elek, que muchas veces había presenciado las actuaciones de Cucub, la puso al tanto rápidamente. Un rato después los cuatro conversaban con facilidad. Sin embargo, como Cucub estaba presente, todos se esforzaron por llevar la conversación lejos de los asuntos del concilio.

—Vean que yo soy la única que llegó hasta aquí sin un guía —dijo Nakín sonriendo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Dulkancellin, que conocía muy poco sobre el Clan de los Búhos.

—Es que no hay un camino desde el Tiempo Mágico

hasta el Tiempo Solar. No hay un camino que tú puedas recorrer; ni tampoco un río para que navegue tu canoíta. Lo único que hay es una Puerta en algún lugar del mundo.

A los tres hombres les gustaba escuchar la voz tibia de aquella mujer y su forma infantil de elegir y ordenar las palabras. Y si preguntaban, era con la intención de que Nakín siguiera hablando.

—Dime, Nakín, ¿cómo cruzas esa puerta? —preguntó Cucub, aunque lo sabía de memoria.

—¡Uy, que cuesta! —dijo ella, llevándose ambas manos a la frente—. Es un largo ritual el que debes hacer. Hoy sorbes el jugo de un hongo, y te duermes. Mañana masticas unas semillas, y bailas. Y así, y así... Y cuando el que ha velado por ti dice que has terminado, tú te pones a esperar. Y de a poco, muy de a poco, abandonas un Tiempo y llegas al otro.

—¿A qué te refieres cuando dices "muy de a poco"? —preguntó Dulkancellin.

—Lo primero es que empiezas a ponerte pálido. Luego escuchas a los otros como si te hablaran desde muy lejos; y ellos igual a ti. Las cosas siguen en su lugar, pero van perdiendo color. Y un día tú puedes ver a través de las cosas tal como si fueran de aire coloreado; y lo mismo sucede contigo. Así, de a poco, desapareces de un Tiempo para aparecer en el otro. Entonces, todo vuelve a ocurrir, pero en sentido inverso. Y te tardas en recuperar el color de tus mejillas.

—Pues tú ya lo recuperaste.

La voz era de Molitzmós, que se había acercado a ellos sin hacerse oír.

—Ven, hermano, siéntate con nosotros —lo invitó Elek.

Molitzmós aceptó la invitación y se sentó en el borde áspero del estanque, ignorando el daño que podían sufrir los engarces de oro que adornaban su capa.

—Me pregunto si alguno de ustedes ha visto a Illán-che-ñe —dijo enseguida.

Todos negaron con la cabeza. Todos menos Cucub, que jamás había oído ese nombre.

—Ese gusto por la soledad es propia de su pueblo —dijo Molitzmós—. ¡Así son los Pastores del Desierto!

Cucub, víctima del temor que ese nombre le causaba se sacudió de pies a cabeza. Y Molitzmós pudo confirmar sus sospechas. Se trataba del mensajero que había acompañado a Dulkancellin desde Los Confines hasta la Comarca Aislada. Y que si mal no recordaba alguien llamó...

—Cucub, hermano, quizás tú puedas confirmar lo que

digo —dijo Molitzmós, acercando al zitzahay su rostro burlón.

—Creo que sí —Cucub se sintió tan humillado como cuando perdía en el juego de pelota.

Dulkancellin fue el único que entendió lo que acababa de suceder y pensó que, después de todo, el zitzahay se lo merecía.

Desde uno de los miradores de la Casa de las Estrellas un cuerno sonó cuatro veces anunciando la reiniciación de la Asamblea.

—¡Qué pronto pasó este tiempo bajo el sol! —se quejó Nakín.

Los interesados se levantaron, saludaron a Cucub y partieron.

El zitzahay volvió a quedarse solo. Hubiera querido pedirle a su amigo que no lo abandonara. En lugar de eso se agachó sobre el estanque y comenzó a hacerle morisquetas a su propio reflejo. Siempre que lo hacía terminaba riendo a carcajadas. Pero su risa fácil se había ido, también, como el sabor de la miel de caña.

—¿Adonde estarán? —se preguntó Cucub.

Illán-che-ñe fue, después de los Astrónomos, el primero en llegar a la sala de sesiones. Enseguida de él, llegaron los demás. No bien entraron a la sala todos comprendieron que algo había cambiado y, por el rostro de Zabrankán, supusieron que debía ser para bien.

—¡Buenas noticias, hermanos! ¡Buenas noticias para las Tierras Fértiles! —el entusiasmo le quitaba compostura—. ¡Son tres..., sólo tres!

Nadie entendía lo que el Supremo Astrónomo estaba diciendo.

—Cada uno de nosotros —intervino Bor—había comenzado a aceptar la idea de un ataque sorpresivo a la flota extranjera. Resignados a sobrellevarlo como la primera instancia de defensa para nuestros pueblos, aunque fuera a costa de un terrible error. Esto que ahora sabemos nos hará desandar el camino que con tantas dudas empezábamos a andar.

—Desandaremos el camino si todos aquí acordamos en eso —lo amonestó Zabrankán, fingiendo no advertir que lo hacía—. Escuchen las novedades, después decidiremos. Las gaviotas vinieron desde el mar. El Balsero del Yentru las envió hasta nosotros con un mensaje: las naves extranjeras ya han sido divisadas.

Un murmullo corrió por el lugar. Los cuerpos se irguieron, las miradas se clavaron en Zabrankán.

—Aún navegan en alta mar, a varios soles de nuestras costas. Es cierto que el tiempo de su viaje ha sido mucho menor del que esperábamos. También es mucho menor el

número de naves. El Balsero nos ha enviado a decir que son apenas tres. ¡Nada más que tres pequeñas naves vienen hacia aquí!

Ahora sí podían entender el entusiasmo de Zabrankán. Era improbable que Misáianes se propusiera invadir las Tierras Fértiles con una flota tan insignificante: ¿cuántos guerreros podían venir en tres naves?, ¿cuántas lanzas y hachas?, ¿cuánto dolor?

Illán-che-ñe, Elek y Nakín acordaron en que la idea del ataque debía dejarse de lado, al menos como lo concebían hasta ese momento.

—¡Son los Padres! —aseguró Elek—. No hay mejor prueba de eso que el número de naves que trae su flota.

—En tres naves que vienen, no vendrá guerra para todo un continente —dijo Illán-che-ñe.

— ¡Buenas gaviotas que han traído las noticias que esperábamos oír! —dijo Nakín de los Búhos.

Dulkancellin parecía no compartir plenamente el optimismo de sus hermanos.

—Quisiera recordar lo que Zabrankán dijo el primer día de este concilio —intervino el husihuilke—. Él dijo: "Nuestra decisión debe tener patas de venado, para saltar de un lado a otro ocasionando el menor daño posible". Las apariencias indican que nuestros visitantes son los bóreos; y yo, de seguro, me alegro con ustedes. Pero digo también que no dejemos de prevenimos para lo peor. No le quitemos al venado la posibilidad de saltar, si hiciera falta. Un venado con las patas lastimadas es un venado muerto.

¡Nuevamente el guerrero husihuilke...! A Bor le resultó difícil ocultar la irritación. Sus ojos se encontraron con los de Molitzmós, que lo estaba observando, y el Supremo Astrónomo se avergonzó de haber sido descubierto en sus verdaderos sentimientos.

La sesión se prolongó hasta el final de la noche. La discusión fue dura y larga. Para el amanecer en Beleram, el concilio había resuelto, con el acuerdo de todos, las acciones que se iban a llevar a cabo.

Dulkancellin y Molitzmós se trasladarían cerca de las orillas del Yentru. Molitzmós, al mando de ciento veinte arqueros, custodiaría la zona al norte del puerto de Beleram. Dulkancellin se haría cargo de una fuerza más reducida pero que, oculta en la costa rocosa, observaría de cerca los primeros movimientos de los extranjeros. Los demás permanecerían en la Casa de las Estrellas.

El pueblo zitzahay sabía muy poco de la guerra. Las últimas batallas que habían peleado eran un recuerdo de tiempos antiguos. Aún así, la Casa de las Estrellas mantenía

una legión de guerreros que bastaba para enfrentar, llegado el caso, a la tripulación de tres pequeñas naves.

La llegada de la flota extranjera ya no podía mantenerse en secreto. En pocos días más las naves podrían verse desde la playa; y antes de que eso sucediera, el pueblo de Beleram debía ser puesto sobre aviso. ¿Qué decirles? La discusión volvió a trabarse en este punto. Como tantas otras veces, los argumentos de Molitzmós, que en esta oportunidad estaban fortalecidos por el asentimiento de Bor y el silencio de Zabrankán, tuvieron su cosecha. El concilio decidió no decir a todos la verdad entera. Con las naves arribando a las costas, la verdad sólo conseguiría atemorizar. Y el temor podía ocasionar daños irreparables. Tratándose de una flota amiga, o de una flota muy fácil de vencer, no era necesario correr el riesgo de decirlo todo, mal y bruscamente. Ya habría tiempo de decirlo con serenidad. El concilio determinó que la verdad descendería hasta aquellos que debieran conocerla por obligación. Las aldeas, el mercado y los artesanos escucharían apenas una parte: "Llegan visitantes de las Tierras Antiguas... Que los niños y las mujeres trenzan flores. Que todo el pueblo de Beleram se prepare para recibirlos y honrarlos con nuestras mejores maneras".

Kupuka está de regreso

El Brujo de la Tierra se detuvo a mirar desde la distancia. Como lo temía, las desgracias que halló repetidas a lo largo de todo el territorio husihuilke estaban también allí. Lo que fuera que empobrecía a su pueblo había recorrido la distancia hasta Paso de los Remolinos, y hasta la casa de Vieja Kush. Su ausencia no había sido demasiado larga. Eso significaba que los males andaban más rápido que él..., ¡y él que ni recordaba cuándo había dormido por última vez!

No bien entró a Los Confines y llegó a las primeras aldeas, la gente le hizo saber lo que ocurría. "Las calabazas se estropean antes de madurar... Las cabras mueren de parición... Los huevos se arrugan como nueces... Los cazadores regresan con las manos vacías y las mujeres se despiertan llorando en medio de la noche". Algunos ofrecían pruebas de sus males. Pero sus rostros enflaquecidos hablaban mejor que los frutos malogrados que le presentaban a Kupuka. Y todos los que hablaron con él, todos sin excepción, dijeron saber que el daño era peor aún en las aldeas vecinas.

Las lamentaciones que Kupuka escuchó en Hierbas Dulces eran las mismas que escuchó después en Las Perdices. Otras parecidas en Wilú-Wilú y en Los Corales. Porque el Brujo de la Tierra había pasado como ráfaga, haciendo y deshaciendo, por las aldeas más importantes de Los Confines: desde el mar a las Maduinas, y desde el Pantanoso a la casa de Kush. Ahora estaba allí, viendo con tristeza que la huerta ya no era aquella rebosada de calabazas, papas y maíz; orgullo de Vieja Kush. ¡Cuanto me he tardado!, pensó Kupuka.

Caminó el trecho que le faltaba y se detuvo frente a la casa. Kupuka iba a anunciarse con el golpe fuerte y seco de siempre. Así las cosas volverían atrás, aunque fuera por un instante. Pero ni eso pudo ser porque, sin darle tiempo, Thungür abrió la puerta. El gesto de hostilidad que el muchacho traía se deshizo ante la amada presencia del anciano. "El hijo es ahora igual al padre", pensó Kupuka. El momento de la ceremonia del saludo había llegado, ¡por fin recuperarían algo del buen tiempo pasado!

—Te saludo, hermano Thungür, y pido tu consentimiento para permanecer en éste, tu país.

—Te saludo, hermano Kupuka, y te doy mi consentimiento.

Nosotros estamos felices de verte erguido. Y agradecemos al camino que te trajo hasta aquí.

—Sabiduría y fortaleza para ti y los tuyos.

—Que el deseo vuelva sobre ti, multiplicado.

Todos, salvo Piukemán, esperaban para saludarlo. Vieja Kush fue la primera en acercarse. Ella tomó las manos de Kupuka y las sostuvo con firmeza entre las suyas. "Cuéntanos, cuéntanos" eran las únicas palabras que salían de su boca. Después se acercó Kume. Y el Brujo de la Tierra pensó que el muchacho, en lugar de crecer, había envejecido.

El tiempo transcurrido desde el día de su partida parecía más breve o más largo, según Kupuka mirara a una o a otra de las hijas del guerrero. La pequeña Wilkilén permanecía casi idéntica a la imagen que él tenía en su recuerdo. Kuy-Kuyen, en cambio, se había transformado en una joven mujer.

—La luna entró en el cuerpo de Kuy-Kuyen, ¡y mira qué hermosa la ha puesto! —dijo Kush a modo de explicación—. La veo andar por la casa y me parece estar viendo a su madre.

—Pronto te la pedirán en matrimonio —dijo Kupuka.

—¡Ya lo hicieron! —respondió la anciana—. Pocos soles atrás, vinieron a visitarnos los parientes de Shampalwe con la intención de pedirla para uno de sus hijos.

—¿Y qué respuesta recibieron? —preguntó Kupuka.

—Ninguna, todavía —Kush abrazó a su nieta que ahora la sobrepasaba en altura—. Y es que ella no ha dejado de lamentarse a causa de ese pedido.

—Sin embargo, deberá aceptarlo —Thungür había aprendido la firmeza del mando—. Su edad ha llegado. Y posiblemente en Wilú-Wilú pueda recibir el sustento que por aquí es cada vez más incierto.

—No lo creas —le respondió Kupuka—. Visité muchas aldeas en mi viaje de vuelta, Wilú-Wilú entre ellas, y todas sufrían iguales penurias.

El Brujo de la Tierra tenía urgencia por anudar la trama que había venido urdiendo a lo largo de Los Confines. Pero notó la ausencia de Piukemán, y se detuvo a preguntar por él:

—¿Por qué Piukemán no está con nosotros?

Vieja Kush miró a su nieto mayor, y éste le hizo un gesto de asentimiento. La anciana tomó a Kupuka de la mano y lo condujo a la habitación vecina. Allí estaba Piukemán, acurrucado junto al fuego donde Kush cocinaba, golpeándose los ojos. Tenía los brazos lastimados. Y tenía una mueca de espanto que Kupuka reconoció enseguida:

—Es el tormento del Halcón Ahijador —susurró el Brujo.

—Es el tormento del Halcón Ahijador —repitió la anciana.

—Vete, Vieja Kush. Déjame con él.

Kupuka recordó al niño que había dejado. Miró al que tenía frente a sí, inutilizado para siempre por la maldición del Halcón Ahijador, y lloró las lágrimas más amargas de su vida. Por suerte, nadie estaba ahí para presenciarlo: Kush había salido de la habitación, y Piukemán no podía verlo. Cuando estuvo seguro de que el llanto no le saldría por la voz, el Brujo de la Tierra habló:

—¡Estoy aquí, desobedecedor!

El muchacho se enderezó al oír al anciano. Quiso volver a ver el rostro de Kupuka y abrió grandes los ojos, y desesperados. Pero sus ojos vieron otra cosa.

—Tranquilízate, hijo —pidió Kupuka, sentándose a su lado—. El día aquel que atravesaste la Puerta de la Lechuza, llevando a Wilkilén contigo, temí que tu curiosidad te condujera hasta un lugar sin regreso. Y veo que así ha sucedido.

Una vez al año, inmediatamente después de finalizar la temporada de lluvias, el Halcón Ahijador convocaba a los suyos. Llegado el momento, los halcones emprendían el vuelo desde los cuatro costados del cielo. Algunos volaban solos, y otros en bandadas. Pero todos se dirigían al mismo lugar: la región de los grandes nidos, en las montañas Maduinas.

Los hombres no sabían con exactitud qué asunto reunía a los halcones de todo el territorio en torno del Ahijador. Se decía que en esa oportunidad el Halcón Ahijador desafiaba a los machos jóvenes que quisieran disputarle el sitio; se hablaba de una lucha sangrienta por la sucesión; se contaba que casi siempre eran sus propios hijos los que le daban muerte y tomaban su lugar. Se decía y se decía, pero nada se sabía con certeza. Aunque, a decir verdad, algo sí sabían los hombres. Sabían que para ellos era prohibido contemplar la celebración de esa ceremonia. Y sabían también que quienes lo habían intentado resultaron siempre descubiertos y castigados. Por eso, el día que los halcones poblaban el cielo, los hombres se cuidaban muy bien de acercarse a la región de los grandes nidos.

El hombre que se aventurara a ver lo prohibido sería condenado en sus ojos. El Halcón Ahijador castigaba al hombre imprudente arrebatándole la vista. No para dejarlo en la oscuridad de la ceguera, sino para otorgarle la suya propia. A partir de ese momento, sin importar si tenía los ojos abiertos o cerrados, el hombre veía como el Halcón. Si el Halcón Ahijador devoraba su presa, el hombre veía un

revoltijo de sangre. Y aunque apretara los ojos, lo seguía viendo. Si el Halcón iba a pelear, el hombre veía los ojos atemorizados o terribles de su adversario. Si el Halcón descansaba en su nido, el hombre miraba cielo y piedra. Si el Halcón volaba, el hombre veía desde arriba el mundo amado. Cuando el hombre conseguía dormir soñaba las visiones del ave. Cuando el ave dormía, el hombre veía sus sueños.

Piukemán, el desobedecedor, el hijo curioso de Shampalwe, nuevamente había desafiado las prohibiciones. Igual que el día cuando cruzó la Puerta de la Lechuza, él quiso ver más allá de lo permitido; sólo que en esta oportunidad el costo fue muy alto.

—Una vez, el Halcón voló sobre esta casa —dijo Piukemán, con la voz entrecortada—. Apenas comprendí que venía en esta dirección les pedí a todos que salieran, con la esperanza de que el Halcón mirara hacia abajo y yo pudiera verlos. Me pareció reconocer a Kush, pero no sé... El vuelo era demasiado alto y veloz.

Piukemán hablaba con los ojos cerrados, y estaba viendo el Lago de las Mariposas.

—Ahora se ha detenido a beber —le explicó a Kupuka. Veo el reflejo de su rostro en el agua, y las piedras del fondo.

El Brujo de la Tierra se llevó a Piukemán contra el pecho.

—Yo vi pasar a los halcones, y quise saber. Igual que aquella vez... Yo salí sin decir nada. Anduve todo el día y toda la noche. Hacia donde volaban las aves, yo caminaba. Llegué al amanecer a la zona de los grandes nidos y tanto hice que los hallé. Había una rueda de halcones con el Ahijador en el centro.

Piukemán volvió a sobresaltarse. El Halcón Ahijador fijaba la vista en una ardilla que se disponía a cazar.

—No te esfuerces en explicarme lo que puedo imaginar —dijo Kupuka.

El Brujo de la Tierra comprendió que otro mal momento se avecinaba. Y mientras duró, sostuvo a Piukemán entre sus brazos. Al cabo de un rato, Piukemán recobró la calma. El Halcón Ahijador ya había devorado la ardilla, y pasaba la vista por las copas de los árboles.

—Dime, Kupuka, ¿tú puedes hacer algo por mí?

El Brujo de la Tierra no quiso demorar la única respuesta posible.

—No puedo hacer nada. Nadie puede. Tú tienes dos caminos entre los que deberás elegir. Uno es el camino de la muerte. Es corto, y te dará rápido alivio. Otro es el camino de la sabiduría. Es largo y doloroso, pero te situará en el mejor lugar de este mundo.

—¿Y qué debo hacer para eso? —preguntó Piukemán.

—Lo primero es dejar que tu ser se corra del hombre al halcón. Cuanto más te parezcas al pájaro, menor será el sufrimiento. Lo demás llegará. Verás que llegará —Kupuka se levantó para marcharse—. Debo ir a hablar con tus hermanos mayores.

—¡Espera! —Piukemán veía el bosque desde el cielo—. Prométeme que buscarás al Halcón Ahijador, y te pararás frente a él para que yo pueda verte.

—Te lo prometo —dijo Kupuka. Y salió.

Sentados en sus alfombras, Kush, Thungür y Kume aguardaban oír lo que Kupuka tenía para decirles.

—Ahora soy yo el guía y mensajero. Soy yo quien viene a llevarlos —dijo el Brujo de la Tierra—. Mañana partiremos a la Comarca Aislada. Y debo decirles que los mejores guerreros de Los Confines se nos unirán en el camino.

—¿Qué vamos a hacer a la Comarca Aislada? —preguntó Thungür.

—Vamos a librar una guerra —respondió Kupuka—. La peor de todas.

Al día siguiente, Kupuka y Vieja Kush conversaban a las puertas de una nueva despedida. Toda la noche le había llevado a Kupuka contar lo que tenía para contar, y decir lo que debía. Y ahora le daba a la anciana las últimas recomendaciones:

—La temporada de lluvias se acerca. No habrá nadie en esta casa que renueve la cubierta del techo. Pide ayuda a los pájaros. Ellos te aman, y lo harán por ti.

Kupuka se esforzaba en pasar por alto la tristeza de Kush.

—Además, prepárate para asistir a la fiesta del sol.

—¿Crees que el pueblo husihuilke querrá danzar y cantar en medio de tanta desgracia?

—Más que nunca deberán hacerlo —Kupuka endureció la voz—. ¿Me oíste, anciana? ¡Más que nunca!

—No creo que yo pueda asistir —dijo Kush—. Es que el dolor me ha vaciado el alma. Estoy vieja y cansada... Ansío partir de este mundo.

El Brujo de la Tierra sacudió la trenza de Kush, en señal de reproche:

—Lo siento, anciana, pero no puedes hacerlo. ¡La astuta Vieja Kush ha disfrutado lo suyo en este mundo y cuando el mal se acerca, decide abandonarlo!

Vieja Kush miraba a Kupuka con la expresión de un niño atemorizado. Nunca antes el Brujo de la Tierra se había enojado con ella de esa forma. Y para peor, su enojo seguía creciendo:

—Me dices que el dolor te ha dejado el alma vacía. Yo te respondo: ¡Lléjala con el dolor de los otros! Recuerda que ahora son muchas las madres que despiden a sus hijos. Todos en Los Confines tienen órdenes precisas por cumplir. Deberán preservar la caza y la siembra, el hilado y el tejido. Deberán cantar, danzar, y criar a los niños. ¡Y tú, astuta Vieja Kush, no harás menos que tus vecinos!

La anciana no se atrevía a hablar. Sólo dos lágrimas, que Kupuka ignoró, resbalaron sobre las arrugas de su rostro.

—Y especialmente deberás cuidar de los tres nietos que se quedan contigo —dijo Kupuka para terminar.

La anciana reaccionó al escuchar esta última frase.

—De eso quería hablarte —dijo suavemente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kupuka, más tranquilo.

—Me refiero a Kuy-Kuyen —respondió Vieja Kush—. Ella es una hermosa joven, con luz de las estrellas. Los parientes de Shampalwe vendrán pronto por una respuesta. Y entonces deberé dejar que se la lleven para desposarla. Está en edad, y no hay causa para negarla. Si lo hago, los parientes se ofenderán. Salvo que...

—Salvo que... —apuró Kupuka.

—Que te la lleves contigo.

Kush suponía que Kupuka volvería a enojarse. El Brujo, en cambio, permaneció en silencio esperando que la anciana terminara su explicación.

—Quisiera ver a Kuy-Kuyen reírse de amor, como lo hacía su madre. Quisiera que mi bella fuera feliz. Y no lo será si permanece aquí y debo entregarla a los parientes.

—¿Y por qué crees que será feliz si parte con nosotros?

—Pues...—Vieja Kush dudó antes de continuar—. A menudo, Kuy-Kuyen pronuncia el nombre del mensajero zitzahay que vino en busca de Dulkancellin. Ella nombra a Cucub en el sueño y en la vigilia. Y muchas veces lleva sus ojos hacia el norte y canta lamentos de amor. Llévala hasta donde él está. Tal vez el zitzahay le retribuya el amor y quiera tomarla como esposa.

—Mujer, hablas de bodas cuando vamos a una guerra —protestó Kupuka.

—Míralo de esta forma, hermano: hablo de amor cuando se acerca la muerte.

El Brujo de la Tierra se sonrió. ¡Los hombres eran las más extrañas de las Criaturas!

—¿Y qué harás tú? —preguntó.

—Que eso no te preocupe. Yo tengo la experiencia. Y Wilkilén tiene el entusiasmo. En cuanto a Piukemán, estoy segura de que elegirá el camino de la sabiduría.

Kupuka se quedó pensando en lo que Kush pedía. Po-

siblemente, el viaje de Kuy-Kuyen tuviera un sentido, que la misma anciana no podía imaginar.

De improviso Wilkilén llegó corriendo y se abrazó a las piernas de Kupuka. El Brujo de la Tierra la levantó hasta su cara y le habló al oído.

—¡Sí, la cuidaré con mi alma entera! —respondió Wilkilén revelando el secreto.

Los dos ancianos se miraron un rato.

—¡Sea! La llevaré conmigo —dijo Kupuka.

Pocas horas después, Kupuka, Thungür, Kume y Kuy-Kuyen emprendían el camino. El mismo que Dulkancellin y Cucub habían emprendido en la anterior temporada de lluvia.

Kupuka partió con paso rápido y murmurando.

—Deben estar prontos a desembarcar. Si he comprendido bien los sueños que me han estado visitando, sus naves ya estarán muy cerca de la Comarca Aislada. Pero no será tarde —y siguió repitiendo: No será tarde, no será tarde.

Seguía lloviendo en la Comarca Aislada. El día que los extranjeros desembarcaron, caían sobre Beleram aguas delgadas y puntiagudas. Como espinas de cardo.

La comitiva de recepción esperaba, formada en alas de mariposa. Los guerreros de Molitzmós rodeaban el puerto. Y desde algún lugar, Dulkancellin y sus hombres observaban con atención cada movimiento.

Las tres naves tomaron sus posiciones. Y un rato después, los primeros extranjeros se mostraron a los ojos de todos. Hombres de negro y capa abandonaron su nave, avanzaron por el único embarcadero y lo flanquearon de extremo a extremo. El puerto entero estaba al acecho, queriendo adelantarse a cualquier cosa que fuese a suceder. Un silencio, una espera, apenas una crispación en los músculos de los arqueros. Y apareció otro hombre, de negro también, pero montado sobre un animal desconocido. Adelantó unos pasos entre las dos hileras de escoltas. Después se detuvo durante un tiempo indefinible que algunos de los presentes midieron en respiraciones; y otros, en amaneceres. Siguió avanzando. Llovía sobre el mar y la tierra. Lluvia como espinas de cardo.

Ninguno de los que allí estaban había visto jamás un animal semejante, ni había oído decir que existieran. Y solamente dos evocaron un recuerdo cuando lo vieron. Uno de ellos fue Elek que, ubicado en la primera línea de la comitiva pensó de inmediato en ciertos animales mencionados en las historias de sus mayores. El otro fue Dulkancellin. Desde donde se hallaba, el guerrero dominaba todo el embarcadero. El animal que vio avanzar le recordó al que había conocido en un sueño, en vísperas de la fiesta del sol.

El majestuoso animal continuaba su avance majestuoso. Pero un paso antes de tocar el suelo de las Tierras Fértiles, el jinete lo detuvo de nuevo. Algún corazón latía tan fuerte que se escuchaba en el aire.

La línea de la costa partía el día en dos mitades. Una mitad de mar y ropas negras. Una mitad de selva y ropas multicolores. Lo único que las unía era la lluvia que seguía cayendo. Lluvia como espinas de cardo.

"La huella de sus pies en nuestra tierra y... ¡recuerden!... muchas generaciones cosecharán ponzoña". Dulkancellin recordó, de pronto, aquello que había escuchado decir en el

bosque de Los Confines. Las palabras del lulu anciano lo tomaron por sorpresa y él sintió que venían desde un lugar lejano que no era, exactamente, la memoria.

El jinete extranjero se detuvo a la salida del embarcadero y miró sin prisa todo el paisaje. Con un movimiento seco logró que el animal que montaba se alzara sobre sus patas traseras. La bestia, súbitamente erguida, sacó de su garganta un sonido largo y entrecortado, que mucho se parecía al grito de los guerreros cuando se lanzaban a la batalla. Los integrantes de la comitiva estaban cerca de allí y sintieron, bien hondo, los dientes del miedo. Sin embargo permanecieron quietos en sus lugares porque, más que el miedo, era fuerte la altivez de la raza. Detrás de ellos, los arcos se tensaban para matar.

—¡Salud, hermanos entrañables! —gritó el extranjero. La voz retumbó por el puerto —. ¡Que el cielo contemple este reencuentro!

El jinete pronunció la Lengua Natural con familiaridad. Cuando terminó su saludo, inclinó la cabeza.

Tres astrónomos menores se adelantaron a recibirlo. Y uno de ellos, designado con anterioridad, tomó la palabra:

—Extranjero, no podemos corresponder a tu saludo, ni llamarte hermano, en tanto no conozcamos tu nombre, la procedencia de tus naves, y las intenciones que te guían a ti y a tu gente.

—Drimus es mi nombre —respondió el jinete—. Yo y los míos venimos en representación del pueblo más excelso de las Tierras Antiguas. Y hemos atravesado el Yentru con el propósito de cumplir una promesa que, hace mucho, mis antecesores le hicieron a los tuyos.

—Todo esto que dices deberás repetirlo y comprobarlo frente a los Supremos Astrónomos, y algunos otros más. Nosotros sólo te conduciremos hasta la Casa de las Estrellas.

—No me duelo de esta fría recepción puesto que contábamos con ella —exclamó Drimus—. Sabemos de los tremendos temores que los obligan a tomar estas precauciones. Y sabemos también que apenas conozcan nuestra verdadera índole, se acabarán las penurias. Pero...¡todo a su tiempo! Por ahora, guíanos a la Casa de las Estrellas.

—No, todavía —respondió el portavoz, sin perder la cortesía ni la distancia—. Pronto anochecerá. El camino hasta la Casa de las Estrellas no es tan corto como para realizarlo antes de que se vaya la luz. Por el momento, tú y los tuyos deberán regresar a las naves y no salir de allí hasta que amanezca. Nosotros nos ocuparemos de hacerles llegar buenos alimentos para todos. Mañana, muy temprano, te

conduciremos a ti, y a dos que tú elijas, ante los Supremos Astrónomos.

—Hermano dos veces, acepto gustoso lo que me pides: iguales recelos hubiésemos tenido nosotros —el Doctrinador disfrutaba el juego—. Pero, aún así, expresaré dos deseos. Quisiera pedirte que además de la compañía que me otorgaste, me permitas llevar los varios obsequios que han sido enviados para los Supremos Astrónomos. Y quiero pedirte también que dejes los alimentos para cuando estemos sentados a la mesa de los huéspedes. Los prisioneros pierden el apetito.

Drimus alzó la mano en señal de saludo, y dio la vuelta para regresar por el embarcadero. Esta vez, lo hizo con mayor rapidez.

Esa noche los hombres encendieron fogatas a lo largo de la costa, protegidas de la llovizna con una cubierta de ramas y hojas verdes. Y para protegerse ellos mismos, tendieron techos de telas enceradas.

Dulkancellin y Molitzmós se encontraron para terminar de resolver la partida del día siguiente. La conversación que sostuvieron fue breve: Dulkancellin, con su reducido grupo de hombres, estaría a cargo de custodiar a los extranjeros hasta la Casa de las Estrellas. Los guerreros al mando de Molitzmós permanecerían en la costa, vigilando las naves.

La noche se hizo larga para todas aquellas criaturas desveladas que llevaban sus ojos de las naves al cielo y del cielo a las naves, temerosas de que en cualquier momento algo sucediera. Sin embargo, nada alteró la calma. Y al fin salió del mar un amanecer neblinoso. La partida estaba dispuesta para la primera claridad de la mañana. A causa de la niebla, hubo que demorarla y esperar a que el aire se adelgazara y permitiera reconocer el camino.

A más de medio día de marcha de la costa, en la Casa de las Estrellas, Cucub miraba la lluvia. Cuando Zabrankán anunció el arribo de las naves, Elek y Nakín se alborotaron y corrieron detrás del Astrónomo, ansiosos por conocer los detalles. Cucub, en cambio, prefirió quedarse en su sitio tarareando la canción que Elek había dejado inconclusa. Desde ese momento nadie lo vio comer o dormir. Y tampoco nadie lo escuchó pronunciar palabra. Y es que mirando llover, Cucub descansaba de su tristeza y dejaba sus temores para después, para el día en que la lluvia acabara. Y, ¿quién sabe?, tal vez eso nunca ocurriría.

Por estar tan adentro del ensueño, Cucub se demoró en comprender que la voz se dirigía a él. Y mucho más tardó en comprender lo que decía: ¿que se despabilara?, ¿que se diera prisa?, ¿que Zabrankán lo requiriera de inmediato en el

observatorio? El pobre Cucub no terminaba de entender lo que pretendían que hiciera.

Mientras caminaba siguiendo al escolta fue recobrando su lucidez; y en los últimos tramos de la interminable escalera que llevaba al observatorio, empezó a preguntarse cuál sería la causa de aquel llamado. Un escalón, y la causa era una. Otro escalón, y la causa era otra. Un escalón más, y ¡ojalá quieran preguntarme sobre la miel de caña! Aunque Cucub imaginó muchas cosas, no estuvo ni cerca de adivinar lo que en verdad iba a encontrar en el observatorio.

La vio apenas cruzó la puerta y sus ojos se adecuaron a la extraña luz de aquel sitio. La vio y la reconoció enseguida, a pesar de que muy poco se parecía al ave que había conocido en su viaje por el desierto. Estaba acurrucada contra uno de los muros, toda temblorosa. Y tenía el aspecto de estar agotada y enferma.

—¡Pobre amiga! —murmuró Cucub, avanzando hacia el águila.

—Luego podrás ocuparte de ella —Zabralkán se interpuso en su camino. Llevaba algo en la palma extendida, y preguntó: ¿Has visto esto alguna vez en tu vida?

—¡Claro que sí! —respondió Cucub—. Y no hace demasiado tiempo. Es la Piedra Alba. ¿Recuerdas? La misma que el lulu anciano nos enseñó a Dulkancellin y a mí en el bosque de Los Confines.

—¿Estás totalmente seguro? —preguntó Bor, sin dejar de mirar hacia afuera por la ventana que dominaba la calle principal.

—Lo estoy, lo estoy —respondió Cucub—. Tratándose de esta piedra nadie podría confundirse. Ni aún cuando la mancha oscura que tiene en su interior ha crecido mucho desde aquel día.

Zabralkán cerró fuerte la mano que sostenía la Piedra Alba, como si temiese verla desaparecer.

—El águila la trajo en su pico —dijo el Supremo Astrónomo—. Y a la vista está que se vio obligada a realizar un gran esfuerzo.

—Pobrecita, mi bella amiga —dijo Cucub. El águila, que no dejaba de mirarlo, sacudió las alas—. Supongo que debió hurgar largamente entre los cadáveres de los lulus para poder encontrarla; oculta como estaba, en las barbas de uno que ya habría perdido sus rasgos y hasta su carne.

—Pero, ¿por qué emprendió semejante tarea? ¿Quién puede habérselo ordenado? —se preguntó Zabralkán.

—¡Espera un momento!

El comentario de Cucub fue tan entusiasta que Bor abandonó su observación, y se unió a ellos.

—Ahora que recuerdo —continuó Cucub—, el Brujo de la Tierra dijo algo al respecto. Fue en el desierto, antes de separarse de Dulkancellin y de mí para emprender camino al sur. Entonces, él pronunció palabras parecidas a éstas: "Lamento decirles que me llevaré algo que les ha resultado valioso. El águila se irá conmigo, pues debo encomendarle una tarea que ella realizará mejor que yo".

Las suposiciones de Cucub se aproximaban a la verdad. En su viaje de regreso a Los Confines, Kupuka había convocado al águila y le había ordenado buscar la Piedra Alba entre la mortandad de los lulus. "No bien la encuentres, llévala a la Casa de las Estrellas. Vuela sin detenerte, y deposítala en las manos del más grande de los Astrónomos. Debes hacerlo pronto, hermana águila. No hay tiempo que perder". El águila lo escuchó. Y obedeció hasta tal punto que en ello se le fue la vida. Día tras día, día y noche, puso los ojos y el pico en la desgraciada tarea de encontrar una pequeña piedra en aquella acumulación de huesos, cabellos y putrefacción. El viento arenoso, y los pájaros que iban a alimentarse con la carne de los lulus, le dificultaban la búsqueda. Pero eso no le impidió continuar su triste trabajo. Buscó y buscó sin darse descanso, y sin poder comer otra cosa que la misma carroña que iba desmenuzando. Y cuando casi desistía pensando que algún pájaro se la habría engullido, su pico tropezó con la Piedra Alba oculta entre los restos de una barba lacia. Después fue una carrera por el cielo hasta las manos de Zabrankán. Una carrera agotadora en la que el águila no se tuvo piedad. Ahora agonizaba en un rincón del observatorio de los Supremos Astrónomos. ¡Kupuka estaría orgulloso de ella!

—Gracias, Cucub —dijo Zabrankán—. Ahora, por favor, déjanos solos.

—¡Muy bien! —respondió Cucub—. Pero permítanme llevar al águila conmigo. Le debo la vida muchas veces, y trataré de hacer algo por la suya.

—Si vas a llevarla, hazlo sin demora —exigió Bor.

Cucub se acercó a su amiga. Tuvo que hacer un marcado esfuerzo para alzarla del suelo; y con ella en brazos caminó en dirección a la salida. Zabrankán se apuró para abrirle la puerta:

—Buena suerte, Cucub.

Bor y Zabrankán estaban enfrentados, los cuerpos y el pensamiento.

—Ellos no deben entrar aquí—dijo Zabrankán—. Evitaremos que entren a nuestra Casa. Al menos por ahora, y hasta que los hermanos representantes conozcan esta novedad.

—No hay novedad alguna —le respondió Bor—. Hay una piedra cuya existencia ya conocíamos. Una piedra de origen incierto que no puede decirnos, por sí sola, lo que no nos han dicho los astros del cielo.

—Una piedra que movilizó al pueblo de los lulus, que ensombreció a Dulkancellin, y que determinó a Kupuka a realizar acciones inconsultas.

—Los lulus... Dulkancellin... Kupuka —repitió Bor—. Las Criaturas del sur tienen mucha ascendencia en la Casa de las Estrellas.

—¿Cuál es el sentido de esas palabras?

Zabralkán conocía la respuesta, pero quiso que Bor se escuchara a sí mismo.

—¿Cuál es el sentido? —volvió a preguntar.

—El sentido es recordar que tenemos origen en la Magia de las Tierras Antiguas, y no en los decires de un ignoto pueblo de las islas del sur. El sentido es no olvidar que somos hijos de la Gran Sabiduría del norte.

—Aspiremos a ser hijos de la Gran Sabiduría del mundo —interrumpió Zabralkán. Y sin dejar espacio para ninguna réplica, continuó hablando: Los extranjeros no entrarán hoy a la Casa de las Estrellas. Es una decisión que no discutiremos ahora. Lo haremos después, mañana. Lo haremos con el resto de los representantes. Discutiremos todo lo que sea necesario. Es posible que ellos, igual que tú lo estás haciendo, desaprueben esta determinación que parece fruto de un desvarío o de un fraude. Hasta tanto llegue ese momento obraremos para impedir que los extranjeros marquen aquí sus huellas.

—Siendo así, debemos actuar de inmediato —dijo Bor—. Los extranjeros se acercan.

Los dos Astrónomos hicieron silencio para escuchar. En efecto, el viento arrastraba el bullicio de fiesta y los rumores de estupor que venían acompañando el paso de los extranjeros, desde su entrada a la ciudad.

No había tiempo que perder. Zabralkán abandonó enseguida el observatorio y encaró el intrincado descenso hacia la puerta principal. Caminaba con pasos cortos y veloces, olvidado por completo de la compostura que debía guardar el Supremo Astrónomo de la Casa de las Estrellas. Rápidamente dejó atrás las primeras escaleras y los primeros largos corredores. Los aprendices y los sirvientes no podían creer lo que estaban viendo: Zabralkán atravesaba las salas, aparecía y desaparecía en las curvas de las escaleras, bajaba y bajaba. Y no con su acostumbrado andar de anciano y de Astrónomo, sino con una urgencia inadecuada para su rango. Detrás de él, Bor caminaba

desparramando órdenes con el fin de reunir al séquito que escoltaba a los Supremos Astrónomos, siempre que éstos decidían abandonar la Casa de las Estrellas. Zabrankán por su parte estaba dispuesto a salir a la explanada como cualquier mortal. Los guardias de la puerta principal se vieron sorprendidos por el grupo que encabezaba el anciano. La aparición fue tan repentina que apenas si alcanzaron a abrir por completo las pesadas hojas de piedra labrada. Zabrankán salió en primer lugar; después salió Bor, con mal aspecto; y por último, todo un séquito que no podía terminar de ordenarse. De esa forma llegaron hasta la mitad de la explanada, y allí se detuvieron. Recién entonces, los escoltas consiguieron alinearse. Bor recompuso su semblante, y Zabrankán volvió a ser un anciano majestuoso.

Los Supremos Astrónomos se quedaron esperando, fijos los ojos en aquel movimiento confuso que veían avanzar por la avenida empedrada. Los extranjeros estaban ahí, casi llegando a la Casa de las Estrellas después de haber atravesado Beleram.

Beleram, capital de la Comarca Aislada. La ciudad que la Magia había ordenado levantar, la única sagrada, la que no se podía soñar, la que protegía los más antiguos códices, la que miraba al cielo desde sus altas torres...

Todo el pueblo había salido a celebrar la entrada de los visitantes. Pero ocurrió que cerca de la Casa de las Estrellas, sus voces comenzaron a perder el color del júbilo y del buen asombro, hasta transformarse en un murmullo negro que precedía al cortejo.

Detrás del murmullo, y abriendo la marcha, venían los astrónomos menores que habían sido escogidos para viajar a la costa y recibir a los visitantes. Cada uno en su litera cubierta, cargada por cuatro sirvientes. Un poco más atrás venían sus acompañantes. Un poco más atrás, los extranjeros. Y aquí la gente empequeñecía los ojos, como queriendo ver hasta los huesos de los hombres vestidos de negro. Y aquí los gritos de la gente se superponían, porque todos le buscaban nombre a las extrañas bestias que esos hombres montaban y que ninguno de ellos había visto jamás. "Animal con cabellera", dijo alguien. El nombre corrió de boca en boca. Y nombrándolos, "animal con cabellera", empezaban a hacerlos suyos. Dos de aquellos animales, que no traían hombres a cuesta sino mantos ricamente bordados, eran conducidos por un zitzahay. Los hombres de Dulkancellin se repartían por ambos costados y por detrás.

La comitiva se detuvo frente a la Casa de las Estrellas. Los astrónomos menores, en sus literas, se asombraron de

ver a Zabrankán y a Bor aguardando en el centro de la explanada. No era eso lo conveniente, ni parecía prudente. De inmediato ordenaron a los sirvientes descender las literas. Si los mismísimos Supremos Astrónomos estaban de pie, no podían ellos permanecer sentados; y mucho menos mirar desde lo alto. Los sirvientes descargaron las literas de sus hombros y las depositaron en el suelo con suavidad. Dulkancellin no esperó más para ordenar que los extranjeros desmontaran.

Drimus entendió que algún suceso inesperado se interponía entre él y la Casa de las Estrellas. Lo adivinó en los gestos de Zabrankán y en los rostros de los astrónomos menores cuando casi a un tiempo giraron la cabeza para mirarlo. Los Supremos Astrónomos hicieron llamar al jefe de los guerreros. El movimiento le dio a Drimus la certeza de que algo había ocurrido que le dificultaría el cumplimiento de su misión.

De entre todos los súbditos de Misáianes, Drimus fue el señalado. Misáianes lo había elegido para que marcara en la Casa de las Estrellas la primera huella de los sideresios. ¡Cuando eso sucediera, lo más importante estaría hecho! Y cuando Leogrós llegara, arrastrando su exterminio desde el norte, hallaría el sagrado recinto de la Magia corrompido y enfermo. Bastaría el aliento de los perros para disolver sus muros de piedra. Drimus, mejor que nadie, era capaz de confundir a los Supremos Astrónomos; porque él comprendía los designios de Misáianes más allá del aniquilamiento y la matanza. Y porque hablaba, igual que ellos, las lenguas de la Sabiduría. Drimus, hijo resplandeciente de la Magia de las Tierras Antiguas, desdeñaba la ambición de riqueza y poderío guerrero. El Doctrinador soñaba con una eternidad que muy pocos podían entender.

El mismo astrónomo que lo había recibido en el puerto estaba hablándole. Le decía que no sería recibido ese día; y que él y sus dos hombres serían trasladados a un edificio cercano a la Casa de las Estrellas.

—Pronto, tal vez mañana, recibirás la visita de los Supremos Astrónomos.

Drimus, el Doctrinador, tuvo que apretar el alma en los puños para que no se le notara la furia. Nada podía hacer por el momento. Únicamente aceptar la orden y esperar. Esperar que estuviesen frente a él aquellos que se hacían llamar Supremos Astrónomos, descendientes de los que traicionaron a la Magia del Norte. Drimus sabía dónde escarbar, dónde roer; sabía dónde estaba lo duro y dónde lo blando. Muy poco le costaría transformar a Bor y a Zabrankán en dos ancianos endebles que le abrirían de par

en par la puerta de la Casa de las estrellas.

—Lleva al menos los obsequios que hemos traído —pidió Drimus.

—Tampoco eso —le respondieron.

El Doctrinador quiso saber adónde iban a conducirlos. El edificio que le señalaron era una pirámide gris, de ancho zócalo ornamentado con figuras rojas y azules.

Los extranjeros volvieron a montar sus animales y emprendieron la marcha, vigilados de cerca por los guerreros. Drimus miró hacia la Casa de las Estrellas justo cuando la puerta se cerraba tras el séquito de los Supremos Astrónomos. Agachó la cabeza para ocultar su expresión y comenzó a susurrar una letanía que estaba vedada a los comunes entendimientos. Lentas invocaciones que conocían los magos de las Tierras Antiguas...

Por los caminos de las Tierras Fértiles

En esos días, dos ejércitos avanzaban por las Tierras Fértiles. Lo hacían utilizando los caminos habituales y los caminos que habían sido abandonados; y si les resultaba necesario para acortar el viaje, abrían nuevos caminos.

Los ejércitos marchaban en dirección a Beleram, uno al encuentro del otro. Donde se enfrentaron hubo una guerra. Quienes sobrevivieron a ella, demoraron hasta hallar la calma suficiente como para recordar los sucesos, y contarlos. Y cuando por fin lo pudieron hacer, hablaron de arroyos de sangre que llegaban al mar, de muertos que enterraban muertos, y de un lamento que se oyó durante años incontables.

Los sideresios venían desde el norte. Kupuka y los guerreros husihuilkes venían desde el sur. Unos para arrasarlo Beleram, y otros para defenderla.

Y mientras los ejércitos avanzaban, la sombra de un mago de las Tierras Antiguas oscurecía Beleram. Pero antes, y primero que nada, oscurecía la verdad; de modo que los Supremos Astrónomos no pudieran reconocerla.

Desde el norte, los sideresios. Desde el sur, los husihuilkes. Y la Casa de las Estrellas sin poder ver lo que estaba ocurriendo, porque tenía los ojos puestos en sí misma y en los extranjeros confinados en la pirámide gris.

El grueso de la flota de los sideresios, después de separarse las tres naves del Doctrinador, había continuado viaje con la intención de entrar a las Tierras Fértiles por distintos puntos de la costa, siempre de Beleram hacia el norte. El fin era vedar los caminos de alianza entre un pueblo y otro para dejarlos solos ante el ataque. Los pueblos, así separados, no podrían sumar sus fuerzas. Sería sencillo arrastrarlos y luego volcar sus despojos sobre la Casa de las Estrellas. "Beleram sepultada bajo una montaña de pueblos muertos", le gustaba decir a Drimus.

Por los días en que el Doctrinador permanecía en la pirámide gris las naves de Leogrós llegaban a la costa.

Los guerreros husihuilkes habían avanzado con mucha rapidez hasta casi llegar a la mitad del desierto. Pero a partir de ahí las cosas empezaron a empeorar. Los ataques de los Pastores durante las noches se hicieron frecuentes. Los hombres del desierto atacaban de manera imprevista y se retiraban rápidamente amparados en las sinuosidades del

páramo que conocían de memoria. El resultado de esas breves escaramuzas no era bueno. No sólo porque cada una de esas noches el ejército husihuilke disminuía, sino también por el retraso que sufría la marcha.

¡Y Beleram sin saber nada! En la ciudad y en las aldeas de los contornos la gente retornaba con desgano a sus quehaceres cotidianos; como si supieran que la presencia de los extranjeros no era cosa exclusiva del discernimiento de los Astrónomos. Y que también a sus pequeñas vidas les competía el asunto.

Zabralkán y Bor acudían a diario a la pirámide gris, siempre acompañados de los demás miembros del concilio. De todos, salvo de Molitzmós, que había sido anoticiado del cambio de planes y permanecía en la playa custodiando las naves. Uno, dos, tres días habían transcurrido desde la llegada de los sideresios a la ciudad de Beleram. Para entonces Drimus estaba a punto de conseguir su propósito: no en vano había sido elegido por Misáianes. Aquella noche, por ejemplo, recitaba frente a los Supremos Astrónomos las mismas advertencias que los bóreos habían pronunciado en esa misma ciudad, cuando el sol era quinientos años más joven. Las repetía palabra por palabra, sin error ninguno. Y quienes lo oían se embelesaban porque el mago tenía el don del encantamiento.

La misma noche en que Drimus engañaba los oídos repitiendo las palabras de los bóreos, una división de los sideresios desembarcaba del lado sur de las Colinas del Límite. Sus naves atracaron en una ensenada donde la selva se acercaba al mar como en ningún otro punto de la costa. Cerca de allí, la Estirpe de los Acechadores del Mar dormía confiada bajos sus techos de hojas de palma, en pequeñas aldeas familiares: Rojo de los Oacaltales, Rojo de los Pescadores, Pequeño Rojo y, un poco más distante, Rojo Lugar Lejano. Los hijos de los bóreos descansaban en hamacas de yute que al mecerse les ayudaban a soñar con el mar. Hombres, mujeres y niños cruzaban el Yentru en las barcas magníficas de sus sueños, llegaban al continente de los Padres y entendían, por fin, el color de sus ojos y el de sus cabellos. Y como estaban en la alta mar de sus sueños no escucharon los pasos sigilosos acercándose a sus casas, ni las manos enguantadas que descorrieron las cortinas trenzadas que servían de puertas. Los sideresios entraron en pequeños grupos a las chozas de palma, a todas las chozas de todas las aldeas de la Estirpe, y con sus armas brillantes tajearon los sueños de los durmientes. Algunos de ellos alcanzaron a despertar antes de morir. Pero la mayoría prefirió soñar que era agua del Yentru lo que empapaba sus

túnicas. A la madrugada, las hamacas mecían muertos de ojos azules.

Poco tiempo después, el que tardó la luz del sol en llegar de la orilla del Yentru a la orilla del Lalafke, el ejército husihuilke se preparaba para un nuevo día de marcha. Acababan de arrojar al mar el cuerpo de un joven guerrero para negarle su muerte a la profanación de los Pastores. Kupuka cantó la canción que acompañaría al joven en su viaje. Luego lo dejaron atrás, porque todavía faltaban noches y noches en aquel lugar. Y cada una traería sus muertos.

Esa misma madrugada, la del último sueño de la Estirpe, la del joven guerrero arrojado al mar, Zabrankán miraba un cielo inquieto que cambiaba de aspecto a cada pestañeo. El Supremo Astrónomo comprendía que aquella situación no podía durar. Bor no se esforzaba en disimular que desaprobaba la decisión de mantener a los extranjeros lejos de la Casa de las Estrellas. Para Bor no existían dudas: Drimus era un hermano que estaba allí en nombre de otros hermanos.

Ninguno de los demás representantes se había opuesto a la decisión. Ninguno, ni en palabras ni en silencio, se lamentó de la resolución inconsulta tomada por el Astrónomo. Más bien, algunos parecieron descansar en ella. Sin embargo Zabrankán sabía que el confinamiento de los extranjeros empezaba a prolongarse demasiado, sin tener más sustento que su propio desasosiego. ¿Adónde estaba el mal? Zabrankán no podía responderse esta pregunta. ¿De dónde llegaban esos temores escalofriantes? Los extranjeros estaban allí y nada malo sucedía ¿Por qué, entonces, tanta oposición de su alma? Zabrankán pensaba con la lucidez afiebrada del que no ha dormido.

Y es que Zabrankán era el Supremo Astrónomo de la Casa de las Estrellas. Y aunque Drimus desplegara su ciencia milenaria en amparo del Mal, Zabrankán sentía llegarle un dolor punzante que no podía ni quería desconocer.

La noche anterior, tal cual le sucedía siempre que estaba en presencia de Drimus, los temores de Zabrankán se habían desvanecido. Si hasta la apariencia del extranjero, que ahora recordaba como la de un hombrecito viscoso que sacaba de su joroba dos brazos excesivamente largos, cambiaba cuando lo tenía frente a sí. En esas ocasiones, la fealdad de Drimus se cubría de un aire legendario. No era fealdad sino el agobio de un sabio, fatigado de atravesar las Edades. Pero lejos del influjo de Drimus, Zabrankán regresaba a su lucha. ¿De quién era la voz anunciándole muerte y desolación? Sonaba como un eco remoto que llegara del fondo de una cueva. Y aunque el Astrónomo se esforzaba

por entenderlo, el eco se le confundía con los sonidos del mundo. ¿De qué muerte hablaba la voz? ¿De qué desolación...? A través del ventanal, el lucero de la mañana veía al Astrónomo paseándose de un lado a otro del observatorio. "Ayúdame, hermano lucero", le suplicó Zabralkán.

Muy lejos de allí, los puertos abandonados del norte se llenaron de ruidos. Y sobre el territorio tanto tiempo deshabitado se marcó el rastro de las jaurías que deambulaban en busca de alimentos. Las mujeres-peces, algunas que pasaban de camino a la Isla Triste, se ocultaron a observar detrás de un alto promontorio y vieron lo que estaba sucediendo. "Nademos hacia el sur", dijeron. "Avisemos a los Astrónomos esto que hemos visto", dijeron. "Avisemos a los hombres". Pero las mujeres-peces no pudieron llegar adonde querían porque un ataque de peces carnívoros, inaudito en una zona tan fría, las alejó de la costa y las persiguió mar adentro.

Un viento que salía de la selva, uno de esos vientos húmedos y cálidos que presagian tardes lluviosas, decidió pasar sobre las aldeas de la Estirpe. Le gustaba visitar a la gente de cabellos rubios que festejaba con risas su llegada. Lo hacía siempre que le era posible. El viento llegó con ganas de jugar. Se puso a buscar trenzas que destrenzar y túnicas que sacudir, pero no las encontró. Las aldeas estaban desiertas: no había niños enhebrando caracoles ni mujeres limpiando pescado. Entonces el viento decidió colarse por entre las cortinas de sogas. Adentro halló trenzas muertas y túnicas muertas tendidas en hamacas que apenas se mecieron con su entrada. Espantado se puso en camino a Beleram con la triste noticia. Y aunque partió de prisa, nunca llegó adonde quería porque antes, un viento que no era de por allí ocupó su camino y lo deshizo en hilachas.

En la otra mitad del continente los husihuilkes continuaban su avance matando y muriendo cada noche. Si algún pájaro de la madrugada pasaba cerca de ellos, Kupuka le encomendaba volar hacia Beleram para dar aviso. Después se supo que ninguno de ellos había arribado a su destino. Y muchos aseguraron haber visto pájaros extraviados volando en círculos idénticos, sin jamás encontrar el rumbo.

Zabralkán observaba desde lo alto la ciudad que el sol enrojecía. De repente, un movimiento llamó su atención. Cucub atravesaba la explanada con el águila en brazos. "Va a sepultarla en el suelo de la selva", pensó el anciano.

En esos días, dos ejércitos avanzaban por las Tierras Fértiles. Iban a encontrarse cerca de Beleram, donde librarían la peor de las guerras. Los sideresios desde el norte, los

husihuilkes desde el sur. Y un mago de las Tierras Antiguas oscureciéndolo todo, de modo que la Casa de las Estrellas no lo supiera. Las mujeres-peces no pudieron llegar con el mensaje, el viento no pudo. Tampoco los pájaros que Kupuka había enviado.

Por el norte, por el sur. Drimus los preparaba para el sacrificio. ¡Y Beleram sin saberlo!

"Que su almacita de águila tenga la compañía de todos los pájaros que han dejado de volar en este cielo; y vuelan sin cansarse jamás en el cielo que no ven los vivos..." Cucub pronunció esta oración junto a la sepultura de su amiga. Después saludó con una inclinación ceremoniosa y emprendió el regreso a la Casa de las Estrellas.

Salía de la selva sin toparse con nadie, como era esperable a horas tempranas y en ese sitio, cuando escuchó unos pasos acercándose por un sendero que interceptaba al suyo. Hubiera podido continuar, pensando que encontraría algún cazador amanecido. O algún comerciante que llevara sus productos a la feria de una aldea alejada. Hubiera podido, pero no lo hizo. Al contrario, se escondió cuidadosamente para poder ver de quién se trataba, sin ser descubierto. Su cautela quedó recompensada, porque no bien terminó de asegurarse de que ninguna parte de su cuerpo estaba a la vista, Illán-che-ñe apareció en el camino. "¿Qué hace éste por aquí?", se preguntó el zitzahay. Era muy extraño que Illán-che-ñe estuviera caminando selva adentro. Era algo más que extraño pues, de seguro, el Pastor no contaba con la autorización de los Supremos Astrónomos para abandonar la Casa de las Estrellas. "Tal vez haría bien en averiguar adonde va y qué se propone", pensó Cucub.

En la selva, los senderos son sinuosos y de tramos cortos para los ojos del caminante que en cada vuelta los ve desaparecer tras los árboles y la maleza. Es por eso que Cucub ya había perdido de vista a Illán-che-ñe. Y si pretendía seguirlo no podía prolongar la indecisión. La persecución no era fácil: ni tan cerca que su andar lo delatara, ni tan lejos que el Pastor se le perdiera en las encrucijadas y enrevesamientos del sendero.

Por el momento el Pastor no abandonaba el llamado Camino Largo, que Cucub conocía de memoria. En realidad el camino nacía en el centro mismo de la ciudad de Beleram. Empezaba como una callejuela angosta pero concurrida donde se amontonaban las tiendas dedicadas a la venta de cuero. Seguía, seguía. Y salía de la ciudad cruzando a modo de puente sobre un cauce abastecedor de agua dulce. El adoquinado llegaba hasta el canal. A partir de allí, el camino, ahora de tierra apisonada, se ensanchaba considerablemente. Un poco después se separaba en dos

caminos menores. Uno doblaba al oeste y llegaba hasta una cadena de montes que los zitzahay nombraban "Dientes de Jaguar". El otro se mantenía en las márgenes de la selva y seguía hacia el norte. Este brazo del Camino Largo llegaba desde Beleram hasta Rojo de los Oacaltales, la primera aldea de la Estirpe. Y continuaba uniendo aldea con aldea para recién acabar en Rojo Lugar Lejano, la más distante de todas las que habitaban los hijos de los bóreos. Muy cerca del punto de separación, este último sendero atravesaba un campo de orquídeas gigantes. Y bordeaba una laguna de aguas oscuras, habitada por caimanes y tortugas de agua. Pasando la laguna, y aunque se trataba apenas de las estribaciones de la selva, el andar se hacía dificultoso.

Aquí fue donde Cucub sorprendió a Illán-che-ñe, y comenzó a seguirlo. Cuando habían recorrido algo menos de la mitad de la distancia que separaba Beleram de Rojo de los Oacaltales, el Pastor se detuvo. Lo hizo sin ningún titubeo. No como quien va descubriendo un buen sitio donde permanecer, sino como quien toma su puesto.

Cucub se mantuvo inmóvil, con la nariz pegada al olor amargo del matorral donde alcanzó a ocultarse para mirar las espaldas del Pastor. El pequeño zitzahay no tenía demasiadas posibilidades puesto que, mientras Illán-che-ñe permaneciera allí, no podía pensar en regresar. No al menos sin que el Pastor notara su presencia. La mañana terminó de pasar, y el sol abandonó el mediodía. Para los miembros inmóviles de Cucub la situación se prolongaba demasiado. El pobre empezaba a arrepentirse de haber seguido al Pastor, sólo para ser testigo de lo que empezaba a considerar una inofensiva extravagancia de su raza.

En esas cavilaciones se hallaba cuando un nuevo ruido, ajeno a la selva, llegó a sus oídos. Y por supuesto, a los del Pastor. Indudablemente se trataba de alguien que no temía ser escuchado. Alguien que venía en dirección a ellos, corriendo por el sendero. O cuando menos, intentando hacerlo. Un joven de pelo dorado salió de la maleza. Y como corría con los ojos bajos, tratando de evitar las raíces salientes, estuvo a punto de atropellar a Illán-che-ñe. Su primera reacción, frente al desconocido, fue la de escapar; pero el Pastor lo retuvo por los hombros y lo tranquilizó:

—Quédate en calma... Dile a mí quién eres.

Era un joven de la Estirpe de los Acechadores del Mar. Y su aspecto delataba una carrera agotadora y un miedo grande. Traía el rostro descompuesto y la ropa maltrecha. Casi nada quedaba de sus sandalias; y sus pies, punzados y descarnados, debían ocasionarle terribles dolores.

—Debo llegar a la Casa de las Estrellas —alcanzó a bal-

bucear el joven. Y, de nuevo, trató de desasirse de las manos que lo sujetaban.

—Soy amigo de allí... Estoy de custodia en este camino, por orden de Zabrankán. Y si tú no me dices que traes no pasas por aquí —dijo Illán-che-ñe—. Hay mucha gente extraña en las Tierras Fértiles. Hay muchos que no son de aquí y debemos estar cuidando.

El joven de largo cabello rubio lo miró aliviado.

—Entonces, saben... —murmuró.

—Sabemos, sí —respondió el Pastor—. Pero tú sabes también. Tú algo has visto y me lo dices. Luego yo te permitiré continuar.

Cucub tenía el oído adiestrado en susurros. Aún así le costaba entender lo que decían. En especial, en el caso de Illán-che-ñe que le daba la espalda. El zitzahay puso toda su atención en escuchar las palabras débiles y entrecortadas del recién llegado.

—Algunos de nosotros dormimos anoche en la playa. Lo hemos venido haciendo este último tiempo, en espera de algo que vendría por el mar. Yo estaba en la orilla con mis hermanas menores, pero mis padres dormían en sus hamacas —se debilitaba rápidamente, se abandonaba con cada palabra que decía. Y al fin, acabó caído de rodillas junto a Illán-che-ñe, quien para seguir sosteniéndolo, tuvo que imitar su movimiento—. Cuando terminó de amanecer regresamos a nuestras aldeas porque sabíamos que a esas horas todos nos buscarían para iniciar las labores del día.

El joven de la Estirpe daba todos los rodeos posibles, demorando el momento de nombrar la muerte. Pero ya no había mucho más que decir, y sus ojos se fueron quedando fijos en la imagen que vio al entrar en la choza familiar. Entonces, contó todo lo que sabía de la única manera en que le fue posible hacerlo: como si le hubiera ocurrido a otros, alguna vez. Como si lo hubiera soñado.

Lo contó para que le dijeran que no era cierto. Pero Illán-che-ñe no podía decirle eso.

—¿Qué pasó con los demás de tu pueblo? —preguntó en cambio el Pastor—. Los que se salvaron de esa muerte que cuentas porque pasaron la noche en la orilla del mar. Ellos, ¿dónde están?

—Nos reunimos los de todas las aldeas y supimos que en todas era lo mismo. Vimos que ninguno de nuestros ancianos había sobrevivido, así que el mayor de los que quedamos vivos tomó el mando. Nadie sabía qué hacer... Las mujeres daban alaridos de dolor, los hombres temíamos un nuevo ataque.

En su matorral Cucub tiritaba de pies a cabeza, igual que

un pichoncito que se muere.

—Me respondes y te llevo a Zabrankán —repitió el Pastor—. ¿Dónde está el resto de tu gente?

—Ellos se quedaron enterrando a los muertos. Mientras tanto, alguien debía adelantarse para dar aviso a los Supremos Astrónomos. Yo me ofrecí a hacerlo. Todos aceptaron porque desde niño he corrido más rápido que ninguno. El resto de mi pueblo viene detrás de mí; seguramente ya estarán en camino.

Nadie sabrá nunca qué cosa recordó el muchacho. Tal vez, un día de su infancia con sus padres mirándolo correr por la costa del Yentru. Tal vez, una noche de verano... Nadie lo sabrá nunca. Pero lo que haya sido le quitó las últimas fuerzas; y se volcó contra el pecho de Illán-che-ñe, llorando como un niño.

Cucub empezó a pensar en abandonar su escondite. Ya no le preocupaban las rarezas de Illán-che-ñe, y menos le preocupaba explicar su presencia en aquel lugar de la selva. Cucub tenía suficiente con lo escuchado como para olvidar por completo su antipatía hacia el Pastor y comprender que debía unirse a él para actuar de manera más efectiva.

El zitzahay se concedió el brevísimo instante de respirar hondo, siempre viendo la quebrantada figura del joven y oyendo sus sollozos. Por esa causa pudo saber que lo que entonces sucedió se demoró el tiempo de una respiración. Súbitamente, Illán-che-ñe levantó del suelo una piedra de considerable tamaño y golpeó con furia la cabeza que descansaba contra su pecho. El primer golpe no fue suficiente. El segundo golpe ensangrentó la piedra. Los restantes respondieron al lejano mandato de Misáianes, cuya crueldad había llegado a las Tierras Fértiles mucho antes que sus naves.

Nunca jamás en su vida Cucub había sido testigo de una ferocidad semejante. A veces le tocó presenciar el odio imprescindible del puma buscando el cuello de la presa. Pero no aquello, nunca aquello. Muchos años después Cucub seguiría recordando ese momento con el mismo nudo en la garganta y la misma ausencia de aire. El pequeño zitzahay moriría sin poder hallarle nombre al sentimiento que lo había inmovilizado. Lo único que conseguía hacer, siempre que alguien le preguntaba por el asunto, era recordar su deseo de entonces: "Si Dulkancellin estuviera aquí, si Dulkancellin estuviera aquí". Cucub no era un guerrero husihuilke. Era un hombre que sabía cantar y que, frente al crimen, se quedó quieto.

Illán-che-ñe giró la cabeza en dirección al matorral. Pareció como si algo hubiese percibido... Cucub apretó fuerte

los ojos porque no quería ver lo que se avecinaba. Estaba seguro de que el Pastor había descubierto su presencia; y también frente a la certeza de su propia muerte permaneció inmóvil. Lo único que Cucub deseaba en aquel momento era no verlo llegar con la misma piedra en la mano y la misma sonrisa. Solamente no verlo y nada más. Se cubrió la cabeza con los brazos y esperó el dolor, pero el dolor no llegaba. Muy despacio abrió los ojos y, con ese sentimiento que vive entre el alivio y la vergüenza, vio al Pastor ocupado en la tarea de arrastrar el cadáver fuera del sendero. Illán-che-ñe desapareció con su carga. Durante un buen rato Cucub sólo pudo distinguir el sonido de sus pasos. El Pastor reapareció limpiándose las manos con un puñado de hojas húmedas que fue dejando caer de a poco mientras empezaba a caminar de regreso a Beleram.

Cucub esperó a estar bien seguro de su partida antes de abandonar el refugio.

Encontrar el cuerpo del muchacho le costó el escaso trabajo de seguir su rastro sobre la tierra. Allí nomás estaba, tendido de espaldas. Cucub evitó mirarlo con detenimiento. Temía reconocer en él a uno de esos niños que corrieron detrás suyo por las calles de arena y lo rodearon tomados de la mano, siempre que llevó sus canciones a las aldeas de la Estirpe. El zitzahay intentó hablar y de su garganta salió un sonido ronco e incomprensible:

—Que su almacita blanca juegue en el mar que amó... Era la segunda vez, en aquel día, que despedía a un muerto.

—Y perdóname por no darte sepultura —terminó diciendo—. No hay tiempo de hacerlo. ¡Que la Madre Neén proteja tus huesos!

Cucub acabó su oración y se inclinó en un saludo. Entonces, como si el que acababa de morir le hubiese prestado sus pies voladores, Cucub comenzó a correr con una rapidez que no podía provenir de sus cortas piernas. De inmediato tomó por los atajos que conocía, y por otros que fue abriendo a costa de rasguños y lastimaduras. Corrió con desesperación llevando delante de sí la imagen del crimen que había presenciado. Y peor aún, pensaba Cucub mientras corría, del crimen que había permitido. Salió de la selva y se lanzó por las calles de Beleram. Quienes lo vieron pasar quedaron convencidos de que se había vuelto loco, tan terrible era la expresión de su cara.

Mucho después, cuando le tocó contarlo, aseguró no saber de dónde había sacado la fortaleza necesaria para correr de ese modo, llegar a la Casa de las Estrellas, subir los incontables escalones, golpear la puerta con los puños y exigir, a gritos, que lo guiaran ante los Supremos Astró-

nomos. No sabía cómo. Ni siquiera le importaba porque había llegado adonde quería. Los Supremos Astrónomos no estaban solos. Con ellos estaban Nakín de los Búhos, Elek y Dulkancellin.

No le hizo falta a Cucub ninguna sagacidad para comprender que también allí algo grave sucedía. Zabrankán se veía desfigurado por el desasosiego. Y en todos los demás, y en cada rincón de aquel lugar, había aires de desgracia. El gesto de Cucub también los tenía. Y debieron ser mayores porque, apenas entró, todos hicieron silencio.

—Dinos —pidió Zabrankán. El Supremo Astrónomo sabía que Cucub estaba a punto de confirmar de algún modo cuanto él mismo terminaba de advertir, movido por las revelaciones de un Brujo anciano que habló muy adentro de sus sueños.

Cucub sintió que debía dirigirse a Elek. Al fin de cuenta, eran sus aldeas las que habían sido asesinadas.

Cucub utilizó contadas palabras para dar la noticia. Menos, por cierto, de las que hubiera debido. Terminó de hablar con la mirada puesta en sus pies. Por eso no pudo advertir que los demás sentían la misma vergüenza. Ahora Zabrankán comprendía la causa del temor que lo había atormentado esos últimos días; ahora todos comprendían. Ahora quedaba explicada la ausencia de Illán-che-ñe. Ahora Dulkancellin sabía que era Kupuka el anciano que habló en el sueño de Zabrankán. Ahora el sabor de la miel de caña, la muerte de los lulus, la confusión del cielo, el sacrificio del águila. Ahora, cuando ya era demasiado tarde.

—No es tarde para el Venado. El Venado defenderá su sangre y su territorio —dijo Zabrankán. Y se hizo inexpugnable.

Si al correr de los años alguien le pedía a Cucub que refiriera aquel momento, él hablaba de cinco voluntades unidas para tomar decisiones. Recordaba y describía, minuciosamente, las órdenes que salieron disparadas en todas direcciones, el plan de movimientos simultáneos y precisos que se puso en marcha. Pero sobre todo le gustaba contar de un grupo de guerreros que marchó hacia la pirámide gris en busca de los extranjeros. "Yo iba casi al frente, cerquita de Dulkancellin", solía decir el zitzahay. Y agregaba que el husihuilke lo había admitido a su lado, sólo para permitirle reponerse un poco del dolor de la culpa.

Aunque los guerreros se organizaron y partieron tan rápidamente como era posible hacerlo, encontraron la pirámide gris deshabitada y los guardias asesinados. Los únicos seres vivientes en el lugar eran los animales que los extranjeros habían pretendido obsequiar a los Supremos

Astrónomos y que permanecían atados del otro lado de los muros. Los hombres miraron a Dulkancellin esperando la orden de matarlos, pero el husihuilke pensaba en algo diferente.

—Los extranjeros deben haber partido hacia la costa, adonde están sus naves —dijo para sí mismo. Y, en voz más alta, agregó: Ellos están huyendo a lomo de sus animales. Jamás los alcanzaremos si no hacemos lo mismo. Yo montaré el animal manchado. Quien esté dispuesto, montará el animal blanco. Si ellos pueden lograr que estos animales corran, nosotros también debemos lograrlo. Cualquiera que haya montado un llamello sabrá por dónde empezar.

Al oír aquello, Cucub se apuró a ofrecerse.

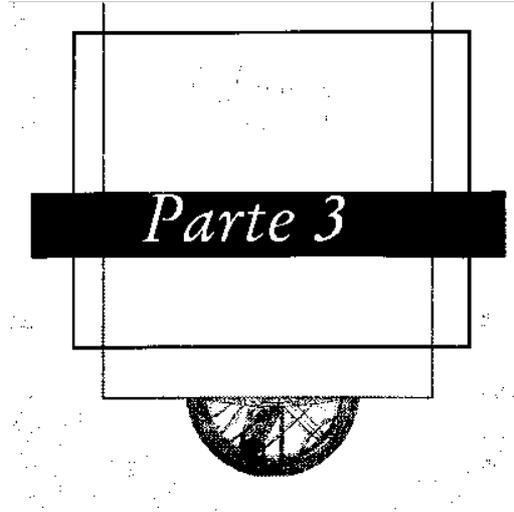
—Tú, no —le respondió el husihuilke.

No todos los zitzahay habían tenido la oportunidad de ver a un llamello. Mucho menos, de montarlo. Afortunadamente, varios de los guerreros presentes aseguraron haberlo hecho. De modo que no bien Dulkancellin hubo impartido las órdenes necesarias, él y uno de sus hombres partieron a caballo rumbo al puerto.

Ellos que partían y un viento que llegaba. Un viento sucio que oscureció la noche en la Comarca Aislada. Dulkancellin y su compañero tuvieron que cabalgar de frente a un viento que arreciaba a medida que se acercaban a la costa. Eso, junto al nerviosismo de los animales y a la escasa destreza de los jinetes, les retardó el andar. Con todo era mucho mejor que avanzar a pie, contra un viento semejante.

Muchas veces en su vida contó Cucub estos sucesos, y siempre que lo hizo acabó repitiendo la misma frase:

—Sentí alivio cuando Dulkancellin decidió que los animales con cabellera iban a vivir. Era demasiada muerte para un día. Y además, amé a esos animales con sólo verlos.



El Venado y el fuego

Dulkancellin empujó la valla y entró al gran espacio cercado. El lugar, una empalizada rectangular construida en uno de los patios laterales de la Casa de las Estrellas, estaba destinado a los dos animales con cabellera que hasta ahora poseían, y a los demás que el guerrero pretendía arrebatar a los sideresios.

Su primera cabalgata le había hecho comprender la ventaja de poseer aquellos animales. Y convencido de que un día serían imprescindibles, se empeñó en la tarea de conocerlos y dominarlos. El husihuilke confió en ellos sin ninguna reserva. Los zitzahay en cambio no compartían tan buena disposición. La mayoría de ellos sentía temor o rabia hacia los animales de los sideresios y lo pagaban al momento de montarlos. Cucub era el único que permanecía ajeno a este recelo. Y por eso mismo, el único que lograba acercarse a la asombrosa habilidad de Dulkancellin. Los animales soportaron con paciencia todas las acrobacias que Cucub quiso probar a costa de sus grandes cuerpos. Y en recompensa recibieron un nombre.

—¡Salud, Espíritu-del-Viento! —Dulkancellin saludó primero al animal de color blanco. El otro, el que prefería, caminaba pegado al cerco por el costado opuesto al de la entrada—. ¡Salud, Atardecido!

—¡Salud, hermano Dulkancellin!

Era la voz de Cucub la que había respondido. El guerrero miró a su alrededor pero no vio al pequeño zitzahay en ninguna parte.

—¿Dónde estás?—preguntó.

—Ni arriba, ni abajo volvió a decir Cucub.

—¿Nunca vas a dejar de jugar?

Dulkancellin no tenía paciencia para derrochar, así que Cucub optó por no prolongar el acertijo.

—Aquí estoy —dijo, apareciendo por sobre el lomo de Atardecido—. Ahora, fíjate bien en esto.

A la par de sus explicaciones, Cucub iba demostrándole al guerrero que todo cuanto decía era realizable.

—Yo estoy montado en este animal. Tú estás bastante cerca, y mirando. Sin embargo, crees que el animal está solo. Te equivocas... Atardecido no avanza solo. Yo, un feroz guerrero, estoy escondido en su costado. Y tú que estás allí, y eres un sideresio, no puedes darte cuenta. Atardecido se te acerca. Tú no comprendes el peligro que trae consigo, tú continúas despreocupado. Entonces, cuando

estamos suficientemente próximos, aparezco. Sin darte tiempo a nada, cubro a la carrera la corta distancia que nos separa. Caigo sobre ti y tus extrañas armas, y te mato tres veces —Cucub se arrojó contra Dulkancellin, simulado un hacha con su mano—. Mato a este sideresio por el lulu anciano, lo mato por el joven que corría de prisa, lo mato por el águila amiga...

El juego se le había puesto triste, y Cucub ya no quería seguir. Dulkancellin se deshizo de él con tanta facilidad como si se tratase de un niño.

—¿Crees que pueda hacerlo un hombre de mayor tamaño? —preguntó, interesado en esta nueva acrobacia de su amigo.

—Sí —respondió el zitzahay—. Tú mismo podrás hacerlo si encontramos la manera adecuada. Ven, que lo intentaremos.

El día que Dulkancellin montó por primera vez un animal con cabellera, el mismo en que los extranjeros fueron llamados por su verdadero nombre, se conoció como el Día de la Vergüenza.

Cuando la Magia despertó de su letargo y vio lo cierto, comprendió que había mucho dolor sin regreso. Las Tierras Fértiles estaban de llanto por sus hijos: maizales en grano, árboles hasta el cielo, lulus de las islas del sur, pájaros, hombres, ríos caudalosos, todos amados por igual. Pero pese a lo tarde y lo perdido, la Magia se estrechó a las Criaturas. Y juntas emprendieron una defensa implacable que quiso resguardar el último sonido de la Creación, aún sabiendo que había un mundo perdido para siempre, en el siempre de todos los tiempos posibles.

Aquel día las incontables órdenes que salieron del observatorio se desparramaron en una multitud de voluntades. Hubo muchas urgencias que remediar mientras Dulkancellin corría a lomos de Atardecido con el propósito de dar alcance a los tres sideresios que habían escapado de la pirámide gris. Y después de que el guerrero regresó con las manos vacías, hubo muchas más. Tras los pasos de los mensajeros que habían sido enviados al País de los Señores del Sol se enviaron otros que dijeran lo último conocido: no se trataba de atacar por sorpresa a una flota desconocida; tampoco se trataba de tres naves hermanas que venían a celebrar un triunfo. Era una guerra contra Misáianes, y había comenzado muy mal.

Una partida de hombres salió por el Camino Largo al encuentro de los hijos de los bóreos que estarían próximos a llegar. Dos rastreadores fueron enviados tras los pasos de Illán-che-ñe. El agua, el alimento y las medicinas ocuparon

a mucha gente. Y un enlazamiento de trabajos dejó vacías las aldeas de los contornos. Los hombres jóvenes fueron reclutados para la guerra, mientras que los ancianos se alojaron en los talleres para ayudar en el pulimento de las armas. Las mujeres y los niños tuvieron asilo en las numerosas construcciones de piedra de la ciudad. Beleram estaba atiborrada de personas que no terminaban de entender. Y lo mismo sucedía en la Casa de las Estrellas donde, a excepción del observatorio de Zabrankán y de una habitación oculta que preservaba los códices, todo estaba ocupado por mujeres y niños, inusualmente silenciosos, que se encargaban de realizar muchos de los trabajos que requiere una guerra.

—Me agrada que estemos todos en Beleram—decía Cucub.

Los dos hombres acababan de sujetar el cierre de la empalizada y se dirigían al interior de la Casa de las Estrellas.

—Y más me agradaría que pudiésemos reunirnos aquí mismo porque siento que, de esa forma, nada malo nos alcanzará.

—Hablas por tus vecinos —respondió Dulkancellin—. La gente de Los Confines estará sola cuando oscurezca. Vieja Kush y mis hijos lo estarán.

—Perdóname —pidió Cucub—. Pero es que la distancia... Los sideresios están muy cerca de nosotros, y no de los husihuilkes.

—Quién puede saber eso. Nadie sería capaz de asegurarme que en este mismo momento los sideresios no estén entrando a nuestras casas, tal como lo hicieron en las aldeas de la Estirpe.

—Piensa en esto —dijo Cucub, buscando alivio para su hermano—. En las aldeas de la Estirpe los sideresios hallaron unos pocos hombres mansos. Para más, entregados a un sueño sin inquietud. Nada similar podría suceder en Los Confines, donde viven los mejores guerreros de las Tierras Fértiles. Los que duermen con medio sueño.

—Yo, en cambio, estoy pensando cómo podrían enfrentarse esos bravos guerreros a la muerte sin rostro —Dulkancellin se refería a las armas que los sideresios habían utilizado contra los hombres que custodiaban la costa al mando de Molitzmós. Armas que permitieron a Drimus y a sus tres acompañantes llegar a salvo hasta las naves y escapar.

—Vuelve a contarme cómo fue aquello —reclamó Cucub.

—Sabes bien que no estuve allí cuando ocurrió. Mis oídos escucharon el estruendo. Mis ojos sólo vieron los resultados.

—Pero Molitzmós te lo contó puntualmente...

—¿No he hecho yo lo mismo? —respondió Dulkancellin—. ¿No te lo he contado cada vez que me lo pediste?

Cucub insistió en que se lo contara de nuevo.

—Por última vez —aceptó el husihuilke. Y comenzó: Como ya te he dicho, cuando partimos hacia el puerto...

—No digas "como ya te he dicho" porque le quitas interés al relato —pidió Cucub.

—Muy bien, Cucub. Cuando partimos hacia el puerto en persecución de los sideresios...

—No puedo olvidar que partiste en compañía de uno que no era Cucub... Quise acompañarte y me lo prohibiste.

—Cucub ¿no me pediste tú volver a escuchar aquello?

—Así te lo pedí y te lo pido. No volveré a interrumpirte.

—Muy bien, Cucub. Te decía que partimos en persecución de los sideresios contra un viento feroz que nos retardó mucho el avance. Se nos hacía imposible mantener los ojos abiertos, respirábamos arena. Cuando estábamos próximos a llegar escuchamos aquellos sonidos. Ninguno de los dos supo reconocer qué los había originado. Y salvo determinar que procedían del puerto, no pudimos saber cosa alguna. Al mismo tiempo, como ya te he dicho, los animales se desmandaron. De seguro fue más por nuestra inquietud que por la suya propia. Lo cierto es que de tanto arquear sus lomos y volverse de un lado para otro, casi nos tiran al suelo. Nos llevó esfuerzo lograr que se sosegaran y volvieran al camino. Entre tanto, y hasta que alcanzamos la costa, nada volvió a interponerse en el sonido del viento. La demora nos había quitado toda esperanza de alcanzarlos nosotros mismos. Sin embargo, aún confiábamos en que Molitzmós iba a impedir que llegaran a sus naves.

—Se equivocaron —dijo Cucub, marcando las palabras.

—Entonces no podíamos suponer lo que estaba sucediendo en el puerto —respondió Dulkancellin.

—¿En qué estado hallaste a los hombres de Molitzmós?

—Cucub apuraba intencionadamente el relato para que pronto estuvieran en el punto de su interés.

—¿En qué estado...? —repitió Dulkancellin. Y respondió: Los hallé confundidos por lo que acababa de suceder, y muy asustados. Algunos rodeaban a los ensangrentados sin atreverse a tocarlos. Sólo estaban ahí, mirándolos morir. Y uno podía pensar que los consideraban malditos...

—¡Y bien que les pareciera maldición! —exclamó Cucub—. Qué otra cosa se puede pensar de una muerte que llega desde lejos, con ruido y humareda. Y el cuerpo que se cae está herido pero no tiene flecha atravesada.

—Así es —aceptó Dulkancellin.

—¿Y las naves?

—Las tres naves estaban metiéndose en el mar. Llegamos demasiado tarde. Lo único que quedó por hacer fue verlas partir llevándose a los enemigos.

—¿Y Molitzmós?

—Actuó como un buen jefe. Lo vi imponer tranquilidad a sus hombres.

—Igual que tú lo habías hecho, un poco antes, con Atardecido.

Dulkancellin sabía que Cucub tenía la habilidad de recubrir de inocencia sus mayores malicias. Y como era evidente que aquel comentario tenía un doblez, decidió pasarlo por alto. Cucub no acostumbraba abandonar sus metas a causa de un silencio, por mucho que éste se pareciera a una desaprobación. Así que volvió a la carga.

—No te estoy preguntando lo que hizo, sino lo que Molitzmós te contó acerca de lo sucedido.

Cucub prolongaba el regreso deteniéndose para hablar y se deshacía en intentos para que el guerrero hiciera lo mismo. Lo hacía porque sabía de sobra que una vez que entraran a la Casa de las Estrellas, las ocupaciones distraerían a Dulkancellin de su relato. Afortunadamente para él, Dulkancellin se detuvo por sí mismo no bien comenzó a recordar las palabras con que Molitzmós había descripto la fuga de los sideresios.

—Molitzmós nos dijo que todo estaba en calma. O parecía en calma. Las naves permanecían en su sitio. Ningún movimiento de vida se veía en ellas, a no ser el de unas aves negras que revoloteaban a su alrededor y daban la impresión de estar acechando peces. El primer indicio de que algo estaba mal fue un viento que no venía de otro lado. El viento nació allí, según nos contó Molitzmós.

"El aire empezó a retorcerse y se elevó entre nosotros y la costa, en forma de una columna delgada y enhiesta que rápidamente comenzó a engrosarse. Enseguida, todos estuvimos envueltos en una tormenta de arena. Era casi imposible hablarnos y oírnos y ya nadie pudo enfrentar el mar con los ojos abiertos. A pesar de todo caminamos hacia la costa con el propósito de impedir el desembarco de los extranjeros en caso de que intentaran hacerlo. Avanzábamos con pesadez contra la fuerza del viento. De pronto, con un zumbido de abeja, el viento se extinguió. Y cuando dejó caer la montaña de arena que sostenía, vimos que los extranjeros habían ocupado el muelle hasta la playa.

Todavía estábamos más lejos que la flecha del mejor arquero, de modo que ordené seguir avanzando. Entonces ocurrió lo que aún no podemos entender... Hermano Dulkancellin, las armas de los extranjeros arrojan fuegos

desde una gran distancia, fuegos que desgarran el cuerpo. Tres veces seguidas arrojaron esos fuegos contra nosotros y los guerreros caían como pichones ensartados en vuelo. Fuego, humo, matanza... La tercera vez no logré controlarles el miedo. Nuestros hombres comenzaron a retroceder. Unos jinetes aparecieron por el sur, que los extranjeros saludaron con gritos de guerra. Los que llegaban les respondieron de la misma manera, irguiéndose un poco sobre el lomo de sus animales. Venían corriendo por la orilla y a la altura del embarcadero se detuvieron en seco. Recién entonces pudimos ver que en uno de los animales venían dos hombres. Desmontaron los cuatro que eran y de inmediato se protegieron detrás de las armas. Los últimos fuegos nos mantuvieron lejos, mientras todos ellos regresaban a las naves. El resto lo conoces: las tres naves partieron. Y cuando ustedes llegaron, sólo encontraron aquí lamentos y miedo. Créeme, Dulkancellin, todo ocurrió tan rápido que he tardado más en contártelo."

El husihuilke terminó de repetir las palabras de Moltizmós. Y Cucub, que había escuchado varias veces lo mismo, se asombró de los nuevos hábitos del guerrero. "Quién iba a pensar que aquel Dulkancellin que conocí en Los Confines iba a ser capaz de decir tanta cosa junta, y tan bien hilada". Cucub no podía determinar si el cambio era favorecedor, y como Dulkancellin no daba muestras de notarlo, el pequeño prefirió guardarse su observación. ¡Algo le decía que resultaría ingrato para Dulkancellin enterarse de que estaba adquiriendo algunas costumbres de los zitzahay!

— ¡Así que eran cuatro! —dijo entonces Cucub—.

Cuatro hombres... Estoy seguro de que, como tú dices, fue Illán-che-ñe el que partió con los sideresios.

—Todo hace pensarlo —respondió Dulkancellin, reanudando la marcha—. Aunque Molitzmós dijo que no pudieron reconocerlos porque los cuatro estaban embozados en sus capas.

—¡A propósito de Molitzmós! —Cucub volvió a detenerse—. Dime si no fue una gran fortuna que entre tantos fuegos que arrojaron, ninguno estuviera dirigido al jefe de los guerreros.

Dulkancellin comprendió, por fin, hacia dónde se dirigía Cucub. Y como supuso que aquellas dudas, provenientes de quien no había estado en el puerto ni conocía las armas en cuestión, no tenían más asidero que una caprichosa antipatía, decidió acabar con aquella conversación.

—Fue una gran fortuna, no hay duda. De lo contrario, hubiésemos perdido un gran jefe —Dulkancellin aceleró el andar hacia la Casa de las Estrellas.

Cucub lo miró alejarse.

—¡Oh, sí! Un gran, gran jefe... —masculló en voz baja.

En los días que siguieron a la huida de las naves, no hubo noticia de los sideresios. Ni peces, ni golondrinas, ni jaguares, ni lechuzas eran capaces de dar cuenta de ellos. Parecía que el Yentru se los hubiese tragado. Algunos, esperanzados en esa ausencia, quisieron creer que los sideresios habían huido acobardados y que a esas horas estarían remontando el mar de regreso a las Tierras Antiguas. Sin embargo, nadie que comprendiera bien los hechos, y conociera el mandato que regía a estas hordas y la inconmensurable fuerza del Poder que las enviaba, podía confiar en esa conjetura.

En efecto, antes de que la luna cambiara de forma dos veces, las primeras noticias empezaron a llegar a la Casa de las Estrellas. Malas noticias que ni siquiera se referían a un gran ejército sideresio avanzando hacia Beleram, tal como muchos hubieran deseado. "Alguien a quien combatir... Un ejército frente a nuestro ejército... ¡Una guerra!", pedía Dulkancellin en los insomnios de la medianoche.

Y es que después de trabajar sin descanso preparando la única guerra que conocía, la guerra de los hombres, aquellos ataques disimulados que su arco no podía detener volvían a Dulkancellin contra sí mismo. ¿De qué forma podía él ayudar a combatir los males que sufrían...? Tal vez Kupuka pudiera hacerlo y todos los Brujos de la Tierra. Tal vez, los Supremos Astrónomos. Pero los guerreros nada podían hacer. El husihuilke miraba lanzas y hachas recién pulidas, recostadas contra un muro de piedra y pedía una guerra. "Una guerra", pedía Dulkancellin.

Las lunas pasaron... La Casa de las Estrellas se enteraba a diario de nuevas adversidades y pérdidas: que desde La Pezuñera hasta el río Yum, al oeste de las montañas centrales, grandes extensiones de la selva estaban ardiendo; que los niños de las aldeas altas morían con la piel salpicada de manchas. Y que en el extremo opuesto, el agua del Gran Manantial producía, a quien la bebiera, terribles dolores y vómitos oscuros. A pesar de que la Magia recuperaba su luz y convocaba tormentas para deshacer los incendios, y enviaba a las aldeas medicinas y cantos sanadores que traían a los enfermos de regreso a la vida, el resultado de la contienda era doloroso.

Pero en las Tierras Fértiles, el continente que pocas lunas atrás había sido un territorio rebosante y aromado, sucedía algo peor que los incendios, la enfermedad, el agua envenenada y las crías paridas a destiempo. Ciertas voces llegaban a la Casa de las Estrellas murmurando des-

lealtades. Decían las voces que muchos estaban abandonando sus casas y aldeas para ir en busca de los sideresios. "Ellos son poderosos... Ellos han sido enviados por un Ser ilimitado y bendecirán a quienes se pongan a su servicio", se oyó decir a los que se marchaban. La Magia sabía que distinguir el bien del mal podía ser tan arduo como diferenciar dos granos de arena. Se esperaban extravíos y confusiones. Y hubo orden de muerte para quienes se doblegaran ante Misáianes.

En esos días, algunos de los centinelas que guardaban los límites aseguraron haber visto a los sideresios. Ninguno de ellos fue capaz de hablar con certeza. Si se los interrogaba, terminaban mencionando sombras en la espesura o movimientos furtivos en caminos sin nombre.

El primer aviso seguro sobre la posición de los enemigos llegó a la Casa de las Estrellas una madrugada ventosa. Un reducido grupo de sideresios había sido visto pernoctando selva adentro, en un bajo del río Rojo con los Pies Separados.

—¡Por fin...! —dijo el husihuilke.

La reunión después de esa noticia se llevó a cabo en el observatorio. Zabalkán y Bor ocupaban ambos extremos de la piedra. A su alrededor, y en desorden, los Astrónomos menores y los representantes del concilio colmaban el lugar. Desde la sesión inaugural hasta aquella otra, el número de los representantes extranjeros había ido decreciendo. Antes que nadie, faltó el lulu que se quedó a medio camino... Ahora faltaba Illán-che-ñe, el que nunca sería perdonado; y faltaba, también, Nakín de los Búhos.

La joven había recibido la difícil tarea de memorizar los códigos pliego por pliego, palabra por palabra. Para conseguirlo necesitaba empeñar toda la fuerza de su espíritu, sin jamás distraerlo. A la par de ella los escribientes los replicaban con sumo cuidado en trozos de cuero blando que, apenas terminados, salían de la Casa de las Estrellas. Las copias de los códigos eran trasladadas a lugares inaccesibles y distantes entre sí con la esperanza de que, si todo se perdía, algunos que vivieran en otras Edades pudieran rescatarlos.

Los códigos guardaban remotas explicaciones sobre lo creado y lo sucedido. En los tiempos de la guerra contra Misáianes la Magia debió protegerlos de todas las maneras posibles. No importaba cuántos guerreros pusieran a custodiarlos, hasta el último de ellos podía caer. Todo muro podía ser derribado, todo cofre acabaría cediendo. Por eso los códigos sagrados se desparramaron por el continente, y se ocultaron donde nadie pensaría buscar. Por ejemplo en la memoria de una frágil mujer.

Nakín de los Búhos pasaba sus días y parte de sus noches

encerrada en la habitación secreta, leyendo a la luz de lámparas de aceite. Salía de allí en contadas ocasiones, y sólo por un momento. Eso ocurría cuando los ojos y el cuerpo, cansados de reclamarle, se dejaban abatir. Entonces Nakín no prestaba atención a lo que hacían o decían a su alrededor. Siempre, sin cesar, seguía repitiendo para sí aquello que jamás debía olvidar.

—Ahora nos toca a nosotros el turno de ser invisibles —dijo Dulkancellin que estaba sentado junto a Molitzmós.

—Imagino a lo que te refieres —dijo Elek.

El odio tenía hecho su trabajo sobre el hombre rubio. En el escaso tiempo transcurrido Elek había enflaquecido hasta parecer enfermo. Nada quedaba de su corpulencia ni de su dulzura. Y su mirada de mar ceniciento únicamente resplandecía si Elek hablaba de matar.

—Creo que todos imaginamos lo que Dulkancellin trata de decirnos —intervino Molitzmós—. Y si hay acuerdo, como lo supongo, debemos ponernos en movimiento sin demora.

En el observatorio de los Astrónomos se habló de acecho y sorpresa. Se habló de atacar a los sideresios donde hicieran un alto. Pocos guerreros en cada asalto: veloces, silenciosos, amparados en la selva que conocían. Caer sobre los sideresios sin darles el tiempo de tomar sus armas: demoler, hender el hacha, cercenar los dedos extendidos de Misáianes. Adueñarse de las armas y los animales. Y desaparecer.

Todos los presentes, a excepción de Molitzmós, quisieron que Dulkancellin fuera al frente de aquel primer ataque.

—Hubiera querido hacerlo —dijo Molitzmós—. Tengo una honra que resarcir después de lo que me ocurrió en el puerto.

—Permítenos decirte —exclamó Zabrankán—cuál será el modo de resarcir tu honra. Tendrás tu honra recuperada, Molitzmós del Sol, cuando te alegres de que al frente de cada tarea esté el mejor dotado.

—Así sea —respondió el orgulloso con los dientes apretados.

La tarde recién empezaba a suceder, y ya todo estaba dispuesto. Dulkancellin había elegido veintinueve hombres para que lo acompañaran. Elek de la Estirpe era uno de ellos.

Por los pasillos de la Casa de las Estrellas corrió el rumor de la partida. Un numeroso grupo de personas se reunió en la explanada para despedir a los guerreros. En especial, las mujeres y los niños que se asilaban allí.

Dulkancellin miró a una pequeñita asomada tras la cadera

de su madre, y pensó en Wilkilén. Una anciana sentada a la antigua usanza le recordó a Vieja Kush. Kuy-Kuyen se parecía a esa joven de trenzas.

Las mujeres se acercaron a los hombres y una a una, pasaron frente a ellos acariciándoles el rostro. Era costumbre hacerlo siempre que los hombres se marchaban de la aldea. Significaba: "Recuerden que tienen algo por qué volver".

Dulkancellin divisó a Nakín, muy al fondo, apartada de la multitud, y levantó su brazo como saludo. Del lado de la mujer mortecina llegó una tenue sonrisa. ¿Qué profecías repetiría ahora su memoria...?

Pero Dulkancellin buscaba a otra persona. Y buscándola se alejó de sus hombres y se internó entre la gente que, sin él pedirlo, le abría paso. ¿Por qué Cucub no se encuentra nunca donde debe?, pensaba Dulkancellin.

—¿Me buscabas? —preguntó Cucub, tocándole la espalda.

—Te buscaba —admitió el guerrero.

Tomó a Cucub del brazo, y lo guió adonde no pudieran oírlos.

—Tú dirás.

—Yo pediré —dijo Dulkancellin—. Pediré tu palabra empeñada. Cucub se quedó esperando.

—Eres mi hermano en esta tierra que me es extraña —comenzó diciendo Dulkancellin—. Y en cualquier otro sitio, eres mi hermano. Quiero saber desde ahora y hasta el final que, si me toca morir sin poder regresar a Los Confines, tú lo harás por mí. Volverás a mi aldea y a mi casa. Y dejarás un poco de mi sangre en la tierra que amo.

Cucub tuvo que tragarse un golpe de lágrimas.

—Tienes la palabra de Cucub. Muerto tendré que estar, y muerto dos veces, para faltarte.

Los Supremos Astrónomos descendían hacia la explanada. Dulkancellin se apartó de Cucub y retomó su puesto. Zabrankán había abandonado el observatorio con el propósito de hablarles antes de que partieran. El anciano lo hizo lentamente, y en voz tan baja, que el silencio tuvo que apretarse:

—Las Tierras Fértiles los envían... No se cuenten unos a otros, pensando que ése es el número de lanzas. No son treinta guerreros, son el Venado y la fuerza de la Creación va con ustedes. Sabemos que los sideresios traen consigo armas desconocidas. Pero la Magia les dice que esas armas matan a algunos por fuego, y a muchos por miedo. ¡Que eso no nos suceda! El Venado va a pelear por el Venado. ¡Que traiga la primera victoria!

Cuando Zabrankán terminó su arenga las mujeres gritaron

promesas para los guerreros que volvieran: licor de malvas, comidas sabrosas, sandalias de piel, y amor en las hamacas bajo la sombra fresca de la selva.

Dulkancellin buscó a Cucub con la mirada para asegurarse de su promesa, pero Cucub no estaba donde lo había dejado. Ni ahí, ni en ningún otro sitio visible. "Él no la olvidará", se dijo el husihuilke.

El plan era atacar a los sideresios en la oscuridad y en el mismo bajo, si seguían pernoctando allí, o donde quiera que lo hiciesen las siguientes noches. Las Criaturas que los habían descubierto y que estaban vigilándolos de cerca, avisarían de cualquier movimiento. Y como el bajo del río Rojo con los Pies Separados quedaba a cinco soles de marcha, sin contar con que los sideresios podían alejarse aún más en el curso del día, fue necesario apurar la salida.

El grupo de guerreros saludó a los Supremos Astrónomos. Los treinta que eran, acompañados por un canto de honor, descendieron la gran escalinata.

Asomado a una ventana, en lo alto de la Casa de las Estrellas, un hombre de gesto torvo los miró marcharse hasta que desaparecieron.

Cinco noches más allá, las Tierras Fértiles tuvieron su primera victoria. Los sideresios que ocupaban el bajo del río Rojo fueron sorprendidos por un ataque que llegó con pies de aire, saltó sobre ellos y los demolió. Desde aquella primera batalla los guerreros de Dulkancellin empezaron a hablar de su bravura. Ellos, y muchos después de ellos, aseguraron jamás haber visto pelear alguien de ese modo. "Dulkancellin va a la batalla como si la muerte no existiera", decían algunos. "Como si ya estuviese muerto", decían otros.

Muy pronto, los propios sideresios hablaron de un guerrero feroz de rostro pintado y cabello largo... Y cuando consiguieron arrancar un trozo de su ropa para cebar con su olor a la jauría negra, comenzaron a llamarlo "la presa".

Pero en el ataque del río Rojo, el husihuilke y sus veintinueve guerreros salieron sin daño. En cambio, ninguno de los sideresios conservó la vida. Los que intentaron escapar hacia el interior de la selva fueron perseguidos por el Venado que volvió a blandir el hacha. Porque el Venado sabía que al final de la guerra contra el Odio Eterno habría vivos y muertos. Ni prisioneros, ni pactos, ni clemencias. Un poco después del combate, el sol que todo lo veía encontró en las Tierras Fértiles los primeros muertos de Misáianes.

Apenas hubieron reparado el hambre y el cansancio Dulkancellin envió cuatro hombres a la Casa de las Estrellas. Los hombres partieron con las buenas noticias y los

pocos animales con cabellera que los sideresios tenían consigo y que Dulkancellin no retuvo por considerarlos inservibles en aquel modo de ataque. Las únicas armas que hallaron fueron unas hojas largas y cortantes con las que los sideresios habían intentado defenderse. Elek de la Estirpe solicitó permiso para quedarse con una de ellas. En cuanto los demás vieron cómo sujetaba el arma, supieron que tanta soltura no podía venirle sino de lejanos abuelos que las habrían usado en las Tierras Antiguas.

Dulkancellin decidió que los demás permanecieran en la selva, en espera de que algún enlace llegara al bajo del río-buscando a los sideresios. No podía imaginar, todavía, que había muchas batallas cercanas.

Después del ataque del río Rojo, las noticias sobre el paradero de los sideresios se acrecentaron. Se trataba siempre de grupos poco numerosos que avanzaban por las espesuras. Pero por cerrado que fuera el camino que seguían, las Criaturas los veían, los oían, los olfateaban; y reptaban, volaban, corrían para hacerlo saber. Los guerreros de Dulkancellin anduvieron sin respiro a través de la selva, dirigiéndose allá donde les señalaban a los sideresios. Y siempre que pudieron enfrentarlos, los vencieron.

Desde Beleram, llegaron más hombres para cubrir un territorio de pelea que se volvía ancho y difícil. Los hombres se organizaron en partidas poco numerosas que en aquellos tiempos y lugares se conocieron con el nombre de Aguijones. El Venado salió a defender su incierta posibilidad de seguir vivo con un valor tan inmenso que se desmadró del aire. Por esos días alguien inventó una canción para el coraje de Dulkancellin, y la canción corrió de boca en boca.

Sin embargo, con el correr de los días y a pesar del coraje, las victorias llegaron con menor frecuencia y mayor dolor.

Los sideresios se rehicieron y empezaron a devolver los golpes. El Venado ya no contaba con la sorpresa en el ataque. En su contra, las armas que mataban por fuego estaban listas, y los perros hambrientos se babeaban las fauces.

El Venado sabía que la guerra recién comenzaba, que los sideresios no eran más que el filo de las uñas de los dedos extendidos de Misáianes. El amo de los sideresios quería enseñorearse, allí en las Tierras Fértiles, del último dominio de la Creación. Y aunque las Tierras Fértiles se defendieran con cada resquicio de su fuerza, ¿habría esperanzas contra el Feroz?

Las Tierras Fértiles tenían de su lado a la magia del sur, la que recorría las montañas con aspecto de anciano. Y a la magia del Aire Libre, la que se entendía con el cielo.

Misáianes tenía de su lado una legión de antiguos magos que se habían vuelto crueles en la soledad de sus recintos. Las palabras de ambos se parecían mucho. La guerra recién comenzaba.

En todo momento los Aguijones se mantuvieron comunicados entre sí, y con Beleram. Unos sabían de los otros, todos recibían asistencia de la Casa de las Estrellas. Ése era el modo de socorrer las pérdidas y compartir las victorias.

Las primeras armas y animales tomados como botín se fueron a Beleram. Pronto, sin embargo, el Venado comprendió la necesidad de mantener posiciones fijas en la selva. Eligió los sitios adecuados y hacia ellos envió todo lo que se obtenía en las batallas. Uno de esos emplazamientos se asentó en el bajo del río Rojo, muy cerca de donde había tenido lugar el ataque inicial. Mientras que el otro quedó oculto tras las elevaciones boscosas que un poco más al este, en el centro del territorio, se transformaban en los altos montes que llamaban Dientes de Jaguar. Ambos emplazamientos eran de gran provecho para el almacenamiento de provisiones, el cuidado de los heridos, el recambio de hombres y de armas. Allí convergían las informaciones, y se decidía cómo continuar.

Con el curso de los días, los encuentros con los sideresios se distanciaron hasta casi desaparecer. Las últimas informaciones que llegaron a los emplazamientos eran erradas o viejas; y al fin, sólo sirvieron para agotar a los guerreros en maniobras inútiles.

—En algún lugar de las Tierras Fértiles habrán levantado su fortaleza —decía Dulkancellin, en rueda con sus hombres—. Allí deben guarecerse los que mandan sobre el resto y conocen los designios de Misáianes... ¿Y dónde protegen el polvo con que alimentan sus armas? Además, el grueso de su ejército no puede ser este puñado que hallamos. Algún lugar debe haber donde se concentre su poder, y no puede estar muy lejos.

Era otra vez de noche, sin que ninguna novedad se hubiese presentado. Repartidos en los emplazamientos, los guerreros de las Tierras Fértiles dormían intranquilos. No era buena para ellos esa quietud plagada de sospechas; antes preferían la guerra.

Dulkancellin se acercó a uno de los centinelas buscando la compañía de otro hombre despierto. Sentado en el mismo árbol caído, y en silencio, lo ayudó a vigilar la noche. "En cuanto amanezca, hablaré con los demás —pensaba el husihuilke—. No podemos demorarnos aquí si lo sideresios ya se han marchado. ¿Quién sabe? Tal vez estemos en el

sitio justo donde quieren tenernos".

Sus pensamientos tuvieron respuesta un poco antes de que la noche terminara. Los Supremos Astrónomos enviaron un llamado que Dulkancellin fue el primero en escuchar. El mandadero, que había andado muy rápido la distancia entre la Casa de las Estrellas y el emplazamiento del bajo, se lo repitió con el aire entrecortado por la fatiga:

—Los Supremos Astrónomos envían a decir... Dicen que todos regresen de inmediato a la Casa de las Estrellas. Todos, menos los designados para quedarse a defender los emplazamientos. Dicen los Astrónomos que se den prisa, mucha prisa. Y eso es todo.

Aquella orden no hizo otra cosa que confirmar lo que todos pensaban que debía hacerse, y fue cumplida con entusiasmo. Se eligió a los hombres que permanecerían en la selva, se designaron jefes y enlaces. Y los demás volvieron al camino.

Cuatro largos días para regresar. Y cuando el quinto día estaba amaneciendo, Elek y Dulkancellin entraron al observatorio. El humor de Zabrankán era reconfortante; el de Bor, menos sombrío que de costumbre. Molitzmós, que también estaba allí, se levantó a saludarlos apenas cruzaron la puerta.

—¡Salud, hermano guerrero! —dijo, abrazando a Dulkancellin—. Muchos quisieron hablarnos de tu valor, y no hallaron las palabras que dieran su medida. Sabemos que tú solo derribaste tantos enemigos como los que diez de nuestros mejores guerreros no hubiesen podido derribar.

Dulkancellin no sabía recibir halagos sin sentir enojo. Y a esa condición suya le atribuyó el malestar que le produjo el recibimiento del Señor del Sol.

—Luchamos con buenos resultados, mientras pudimos hacerlo —dijo, con el interés de que Molitzmós no continuara.

—Pronto volverán a pelear —intervino Zabrankán—. Y en esta ocasión, será en una gran batalla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elek.

—Quiero decir que en las Colinas del Límite los sideresios tiene su principal reducto. Y que es allí donde ordenan las fuerzas que, en pocos soles, estarán marchando hacia nosotros.

La noticia que el Supremo Astrónomo estaba dándoles no servía de explicación a su optimismo. Era necesario esperar a que concluyera para terminar de entender.

—Explícanos el resto, hermano Bor —pidió Zabrankán.

Bor agradeció que se le concediera la posibilidad de relatar la parte del júbilo:

—Sabemos, con toda veracidad, que dos ejércitos vienen en nuestra ayuda. Por el sur, y ya muy cerca, vienen los

husihuilkes. Conducidos por uno que, creemos, debe ser aquel Kupuka que Dulkancellin tantas veces ha mencionado. Y todavía hay mejor fortuna. No hay duda de que nuestros emisarios llegaron al país de los Señores del Sol porque desde allí, ¡alégrate Molitzmós!, viene avanzando una división poderosa.

Elek comprendió que Molitzmós acababa de enterarse de la noticia. Y no tanto por la alusión de Bor, como por la viva reacción que desfiguró la compostura del Señor del Sol. Dulkancellin, en cambio, ya estaba dentro de su propio corazón, y no alcanzó a notarlo.

—Lo agradezco —fue lo único que se oyó decir al husihuilke. Y nadie supo a quién se dirigía.

Las argollas de oro alargaban un poco las orejas de Molitzmós. La capa de plumas que se arrastraba por el suelo lo hacía parecer enorme. O al menos, así lo veían los niños zitzahay: como una enorme ave de colores parada a la orilla del estanque.

Molitzmós tenía los ojos entornados para poder soportar de frente el resplandor del sol. La luz de aquel atardecer era un lugar sobre el estanque. Un lugar que, de pronto, se llenó de gente a la que Molitzmós podía reconocer, de palabras que ya habían sido dichas, y de sucesos lejanos.

La sangre que el Señor del Sol veía chorrear por los costados de la luz provenía de antiguas heridas. Su padre y doce de sus hermanos habían muerto por conseguir la potestad de su Casa en todo el imperio. Él era muy pequeño en ese entonces. Pero recordaba con claridad el que había sido el peor enfrentamiento entre las dos Casas que desde siempre se atribuyeron el legítimo derecho al trono.

El día en que su abuelo iba a morir, exigió la presencia de Molitzmós; y cuando lo tuvo cerca le repitió sus deberes por última vez. Molitzmós recordaba cómo había comenzado: "Te hemos educado con el propósito del mando". Había quedado como el único varón apto de la progenie, entre hermanos y hermanas demasiado jóvenes, algunos enfermos, un idiota, y una acechanza de primos desleales. Le habían enseñado el arte de las alianzas y de las traiciones. Ahora debía conseguir que su Casa tomara el sitio que le correspondía, al mando del grandioso territorio de los Señores del Sol. El abuelo tenía el olor de la muerte. Y Molitzmós le hizo un juramento que jamás olvidó. Después le llegó el tiempo de terminar de crecer mientras aprendía que había una sola manera de tomar el trono: la sangre de los otros.

El sol del atardecer enrojeció el aire sobre el estanque. Lo vieron los niños, escondidos tras un bloque de roca esculpida, y pensaron que muy pronto la noche les impediría seguir espionando. Molitzmós, en cambio, sabía que no se trataba del atardecer sino de la sangre necesaria para una victoria.

"Se lo juré al padre de mi padre. Y en verdad, todavía no he logrado cumplir el juramento de poner a nuestra Casa en el lugar más alto". Molitzmós se vio a sí mismo diciéndole

esas palabras al hombre de las Tierras Antiguas. Pensó que el tiempo transcurrido desde entonces era difícil de precisar. Ni largo, ni corto. Despeñado.

A partir de aquella conversación, los sucesos se habían atropellado como las aguas en el salto de un río. Y Molitzmós, que supo estar seguro de conocerles el origen y el destino, ya no lo estaba. El hombre de las Tierras Antiguas le habló de Misáianes. En su nombre le ofreció un pacto entre poderosos. "Para que la Casa de Molitzmós reine siempre sobre los Señores del Sol. Y los Señores del Sol sobre las Tierras Fértiles". Molitzmós lo aceptó, creyendo que así tomaba el camino de su juramento. El pacto de Misáianes le llegó cuando casi había perdido las esperanzas de cumplir su promesa, y todavía le dejó entre las manos el modo de acrecentarla. "Los Señores del Sol sobre las Tierras Fértiles", eso era más de lo que su abuelo le había pedido. La conveniencia de aquel pacto le había resultado tan clara que Molitzmós no comprendía por qué se presentaba ahora como una mancha de bruma en el centro de la luz que cubría el estanque.

Él estaba cumpliendo con su parte. Y de no ser por el pequeño zitzahay, que estuvo donde no debió estar, los resultados serían aún mejores. En nada, ni siquiera en lo que era intangible, había fallado. Gracias a su trabajo de soplar y soplar sobre el fuego de la soberbia, Bor soñaba un pasado de recintos que lo alejaba de Zabralkán y del resto de las Criaturas.

Misáianes quería una grieta en la magia de las Tierras Fértiles... ¡Ya la tenía! Molitzmós había logrado abrirla y hacerla sangrar. Los niños vieron la grieta en el cielo, y creyeron que era el comienzo de la noche.

"Todo cuanto me han pedido lo he realizado". El sideresio, desde un lugar del atardecer que se iba, asintió con la cabeza. "Distraje a la Casa reinante con falsos rumores y provocaciones. Puse en riesgo a muchos de mis aliados en una revuelta a destiempo. Lo hice sólo para que ustedes, aprovechando el desorden, tuvieran libre paso y asentamiento en nuestro territorio. Oscurecí la verdad, confundí al débil, protegí la huida de tus naves..." Molitzmós increpaba a la luz sobre el estanque. "Y en cambio... ¿Qué hay de tu amo? Poco ha cumplido de su parte. Y ya casi ni recibo sus mensajes. ¿No debería yo saber de sus designios si somos, como lo dijo, las dos partes de un pacto? La luz escuchó a Molitzmós hasta el final, y después le sonrió desde lejos. Eso ocurrió justo cuando la luna creciente aparecía en el cielo.

Y sin embargo Molitzmós comprendía lo que aparentaba

ignorar, y tenía sus propias respuestas. Jamás el Señor del Sol soñó con que Misáianes lo considerara su pariente en el poder. Conocía la envergadura del Feroz, y conociéndola, celebraba hallarse entre los que eran sus ojos y sus brazos en las Tierras Fértiles. Los mejores súbditos de Misáianes serían príncipes en el reino de la Creación sometida. El estaría entre ellos...

La luz sobre el estanque empezaba a apagarse, pero Molitzmós seguía viendo allí un lugar poblado con presencias del recuerdo.

Él mismo estaba en la luz, expresando su incredulidad ante la primera promesa que el sideresio le había hecho. "Dime, ¿quién puede suponer que la magia de las Tierras Fértiles va a elegirme a mí, justamente a mí, para que asista a ese concilio? Puedes estar seguro de que no seré yo quien vaya en representación de mi pueblo, sino alguien de la Casa reinante. Por mucho que los Supremos Astrónomos se digan imparciales, sé bien que consideran ilegítima y cruel nuestra lucha por el trono". El sideresio lo escuchó hasta el final, resguardado en una sonrisa. "Tú, Molitzmós, espera... Solamente espera. Verás que un día llegará a tu puerta un mensajero para guiarte a Beleram". Aquella vez, la palabra de Misáianes se había cumplido. Como se cumplió cuando le aseguraron que Illán-che-ñe sería un siervo a su disposición, sin voluntad propia.

Años atrás, la ambición del trono había enfrentado a los Señores del Sol en el campo de batalla. Molitzmós, que aún era un niño, fue testigo de la derrota de su Casa.

Cuando uno de sus hermanos no regresaba, las esposas de su padre se juntaban a llorar al muerto. Él recordaba esos llantos. Cuando su padre fue asesinado por la espalda, todos recelaron de todos. Él recordaba los murmullos y el desconcierto. Las dádivas vergonzosas con que los vencedores conchabaron a sus recientes enemigos; también eso podía recordar. Pero más que ninguna otra cosa, recordaba la ira de su abuelo ante aquella indigna rendición. Después vino una época que aparentaba paz y en la que muchos de ellos, en especial los que no conseguían disimular el odio, debieron soportar toda clase de humillaciones y despojos.

Mientras tanto, su abuelo reorganizaba la venganza futura. En silencio y sin prisa, sabedor de que no alcanzaría a disfrutarla, preparó para la gloria al más apto de sus nietos varones. Con Molitzmós, la Casa volvería a tener un jefe capaz de devolverla al sitio que merecía. La vida le alcanzó apenas para cumplir con la tarea que se había impuesto. Por eso, muy cerca de la muerte, llamó a Molitzmós y le ordenó

que consagrara su alma entera a la conquista del trono que en antiguas épocas les había pertenecido. Molitzmós amaba a su abuelo, y el juramento que entonces le hizo se transformó en el sentido de su existencia.

A pesar de eso, los años pasaron sin que pudiera cumplirlo. La Casa reinante era poderosa. Obraba con astucia y jamás daba vuelta la cabeza.

La llegada del sideresio trajo esperanzas a Molitzmós que desde el comienzo intuyó el poder del que lo enviaba. Y a medida que se adentró en el conocimiento de Misáianes, más se convenció de que su triunfo era inexorable. Si las Tierras Fértiles, tal como existían, debían caer; si de cualquier modo Misáianes se transformaría en amo absoluto de las Tierras Fértiles, entonces más valía resguardarse a su sombra. A Molitzmós no le importaba cómo sería el Orden de Misáianes sobre el mundo. ¿De qué servía dolerse de lo que no tenía remedio? Podían llamarlo el fin del albedrío de la Criaturas. Podían hablar de las ruinas de la Creación o de un mundo sometido a la voluntad del Feroz. Molitzmós soñaba conque ese mundo, fuese como fuese, guardara un sitio para él y los suyos. La guerra iba a terminar algún día. Entonces los sideresios regresarían a las Tierras Antiguas y él quedaría allí con el nombre de Señor de Señores. ¿Qué podía importarle tener un amo del otro lado del mar? Molitzmós sobreviviría. Y con él, su Casa, parte de su pueblo, sus tesoros y sus ciudades. Lo demás era inevitable.

El lugar de la luz ya no estaba. Todo, menos el cielo, se había ocultado. Los sirvientes de la Casa de las Estrellas encendían el aceite de la vasijas y la hilera de fuegos que dejaban a su paso le indicaba a Molitzmós qué camino traían. Eran muchos los sirvientes ocupados en esa tarea de modo que muy pronto estarían a su lado deshaciendo la oscuridad. El Señor del Sol quiso aprovechar ese momento para terminar de convencerse de que no tenía, ni siquiera, la posibilidad de vacilar.

Ningún súbdito de Misáianes podía retroceder. Y además ¿para qué hacerlo? Más que nunca debía esmerarse en el cumplimiento de las órdenes que había recibido sin olvidar que estaba del lado de los que, finalmente, vencerían. Lo suyo no era enredarse en las batallas, aunque bien valía que en la Casa de las Estrellas lo creyeran así. Su lucidez estaba puesta en otra parte. El dedo de Misáianes le indicaba su blanco: el vínculo que existía entre la Magia y las Criaturas de las Tierras Fértiles. Hacia allí se dirigían los mayores esfuerzos del amo, porque en esa hermandad se encontraba su peor obstáculo. Molitzmós cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos tenía la firmeza recuperada.

Antes de abandonar el estanque, repitió un juramento.
"Juro desde las sombras..." Los niños vieron pasar una nube
delante de la luna.

Dulkancellin montaba a Atardecido y Cucub a Espíritu -del-viento. Ambos marchaban al encuentro de los guerreros husihuilkes que estaban acercándose a Beleram. Dulkancellin iba adelante, galopando la distancia que lo separaba de sus hermanos. Detrás de él, Cucub hacía todo lo posible por alcanzarlo.

Atardecido se detuvo en seco, justo en la cima de una elevación. Y esta vez fue porque el jinete así lo quiso.

—¡Allí están! —gritó Dulkancellin, señalando el camino que bajaba recto. Esperó que Cucub llegara a su lado y juntos descendieron la cuesta a todo galope.

El lugar en el que iban a encontrarse no estaba demasiado lejos de los límites de Beleram. El camino por el que llegaban los husihuilkes no era el mismo, angosto y escondido, que Dulkancellin y Cucub habían utilizado el día de su arribo a la ciudad. Los guerreros del sur venían por un camino que en épocas corrientes era uno de los más transitados de Beleram. A sus costados se extendían enormes terrenos de cultivo que lo mantenían separado de la selva. La mañana estaba lista para la alegría del encuentro.

Atardecido y Espíritu-del-viento corrían por la cuesta. Abajo, en medio de prodigiosos maizales, Kupuka ordenó el cese de la marcha hasta entender de qué se trataba la extraña yunta de hombres y animales que venía hacia ellos.

—Es mi padre, es mi padre —repetía Thungür al lado de Kupuka.

—Es tu padre —el Brujo de la Tierra sonreía.

Estaban sucios. Estaban cansados. Estaban hambrientos. Sin embargo, de ser necesario, hubiesen salido a enfrentar a cualquier enemigo.

—No tendremos que hacerlo, por ahora —Kupuka se volvió hacia los guerreros—. Hermanos, miren que es Dulkancellin el que llega. Y lo acompaña un buen hombre.

Los husihuilkes habían perdido a varios de los suyos en las escaramuzas con los Pastores. Algunos de ellos estaban heridos y todos, sin excepción, muy fatigados. A pesar de eso, y detrás del aspecto de polvo y de cansancio, cualquiera podía ver que eran guerreros. "Tal vez ahora sí sea posible", pensó Dulkancellin.

Thungür caminaba a su encuentro. Dulkancellin desmontó y se quedó inmóvil viéndolo venir. Su hijo ya no era

el niño que corrió con una pluma de oropéndola en la mano y que asustado por el presagio del bosque le pidió que no lo abandonara. ¿Cuándo había ocurrido eso? Dulkancellin no pensó en el tiempo sino en todos los sucesos transcurridos, por eso no se asombró de tener frente a él a un hombre de su mismo tamaño tomándole el brazo en señal de saludo. Y sin embargo, en el espacio de las pupilas, Thungür seguía siendo el otro. Dulkancellin recibió a su hijo. Después avanzó unos pasos para saludar a los guerreros. Los recién llegados le respondieron en la lengua amada que tanto había tardado en hacerse oír. Era gente husihuilke. Hombres husihuilkes en los que Dulkancellin volvía a reconocerse.

—Salud, anciano —dijo Dulkancellin. Y abrazó a Kupuka.

El Brujo de la Tierra tenía la apariencia de una alucinación. Tan, pero tan reviejo... La larga melena blanca, anudada y polvorienta, uñas de cabra montaraz. Tan animal del cerro y tan sabio, que Cucub no pudo menos que disfrutar por adelantado la ridícula expresión que el emplumado pondría al conocerlo.

—Salud, anciano —dijo Cucub.

Y mientras el zitzahay se entretenía en sus malicias Dulkancellin volvió a mirar los rostros conocidos. Allí estaban vecinos y primos; hombres con los que había peleado; hombres que había enfrentado. Allí estaban, de todas las aldeas y los linajes. Y allí estaba un joven guerrero que traía un costado cubierto con hojas sanadoras de heridas. Dulkancellin no supo qué hacer, ni siquiera supo cómo mirarlo. ¿Quién sabe? Quizás hubiese bastado con que Kume saludara a su padre. ¿Quién sabe? Quizás su padre lo desconocía nuevamente. Lo cierto es que el joven permaneció quieto en su sitio, y Dulkancellin apartó la mirada.

Aquel era día de sobresaltos para el padre. Y enseguida Dulkancellin se enfrentó al mayor de todos. Más allá de la última fila de guerreros Kuy-Kuyen esperaba que, finalmente, la descubriera.

—¿Por qué has traído a Kuy-Kuyen? —Dulkancellin no terminaba de creer lo que veía—. Explícame, anciano. ¿Por qué la has traído?

—Lo haré en cuanto reanudemos la marcha —respondió Kupuka—. La razón tiene sus muchas caras; y estos hombres no pueden esperar a que tú las veas y las comprendas todas.

Los guerreros se interesaron en Atardecido y en Espíritu-del-viento.

—Animal con cabellera, así los llamamos —dijo Cucub. Y de repente, con su público recuperado, elevó el tono de voz para dar noticias sobre el porqué y el cómo de aquellos

animales. Noticias que amenazaban con no terminar nunca. Suerte que Kuy-Kuyen llegara a saludarlo:

—Salud, hombre zitzahay.

—Salud, mujer husihuilke.

Cucub se alegró doblemente:

—Me alegro de volver a ver tus ojos. Y me alegro, también, de que haya aquí alguien de mi estatura.

Enseguida se ordenó proseguir la marcha. Dulkancellin montó a Atardecido y le pidió a Kupuka que montara con él.

—Te llevaré conmigo. En el camino irás mostrándome las muchas caras de tus razones —le dijo. Y luego, dirigiéndose a Cucub, agregó: Tú llevarás a Kuy-Kuyen.

Ella escuchó, sacudió la cabeza y retrocedió.

—No tengas miedo —Cucub extendía su mano—. Dile tu nombre y serán amigos.

Atardecido abría la marcha, a paso lerdo. Dulkancellin volvía el rostro constantemente para hablar con Kupuka.

—Dime de Vieja Kush.

—Ahora mismo estará amasando sus panes.

—Dime de Wilkilén.

—Apenas ha crecido. Pero sus trenzas sí que se han alargado.

—¿Y Piukemán...? ¿Por qué no lo has traído?

Esta vez se estiró el silencio.

—Alguien debía cuidar de Kush y de Wilkilén —Kupuka vaciló—. Él podrá hacerlo muy bien.

Dulkancellin tenía muchas cosas que preguntar. Y una, en especial, que no podía entender.

—¿Qué razón pudiste tener para traer a Kuy-Kuyen a esta tierra amenazada?

—Vamos por partes —respondió Kupuka—. Hay dos verdades que debes recordar antes de desgastarte en enojos: la amenaza es la misma en Los Confines. Y además, Kuy-Kuyen ya está aquí.

Lo que Cucub malició y disfrutó fue poco en comparación con el efecto que produjo la entrada de Kupuka en el observatorio. El Brujo de la Tierra se presentó con los jirones que lo acompañaron durante el viaje. Y para más con el cayado de madera que se negó a abandonar, aún dentro de la Casa de las Estrellas. Puede que ninguno de los presentes, Zabrankán incluido, pudiera mantenerse insensible al aspecto salvaje de Kupuka. Así y todo, tal como Cucub lo imaginaba, la reacción de Molitzmós sobresalió entre las demás. Su expresión de bienvenida resultó ser algo indefinible, que tenía de esto y de lo otro.

Sin embargo, el asunto de la reunión no era la apariencia de Kupuka y quedó rápidamente olvidado en provecho de lo que era importante.

Ni más ni menos, el hilo delgado de la estrategia iba a terminar de tejerse ese día. El Venado sabía que su única posibilidad en la guerra contra Misáianes era fortalecerse en todos los dominios. Los hombres se ocuparían de organizar y conducir a los hombres. La Magia tenía para sí el resto de las fuerzas de la tierra; y tenía, en el cielo, el espejo donde ver lo posible. Zabrankán pensaba en astros alineados y en días propicios. Por la cabeza de Kupuka pasaban hordas de pecarís, nubes de avispas y venenos.

El ejército de los hombres se hacía fuerte. La llegada de los husihuilkes, más la división de los Señores del Sol que estaba acercándose desde el norte por detrás de la línea de los sideresios, acrecentaban en mucho la cantidad y la destreza de los guerreros. El Venado midió su poderío, y soñó con una victoria.

Los días que siguieron fueron de trabajos. Y si la Casa de las Estrellas ya estaba convertida en un amontonamiento, ahora todo Beleram era la misma cosa.

El estanque de la Casa de las Estrellas reunía a los que necesitaban reponerse de la fatiga. Y también reunía a quienes, en medio de los preparativos de una guerra, habían encontrado la manera de hacerse amigos.

Kuy-Kuyen y Cucub eran unos de esos que sin faltar ni un día se encontraron en el estanque al final de cada atardecer.

Kupuka y Zabrankán eran otros. El Supremo Astrónomo tomó por ese entonces el hábito de abandonar el observatorio para recorrer los alrededores de la Casa de las Estrellas. En contra de una usanza inmemorial, se lo veía andar sin escolta. "Hacen falta brazos, y sobran quehaceres de mayor importancia...", respondía si alguien preguntaba. A pesar de eso jamás le pidió a Bor que prescindiese de la compañía de su propia escolta. Jamás lo hizo. Aún sabiendo que si alzaba la cabeza mientras rodeaba el estanque del brazo de Kupuka, se toparía con la desaprobación de Bor, asiduo visitante de los miradores.

Kume y Molitzmós también se encontraron a diario en el estanque. Siempre con rostros serios, y lejos de los demás. Una extraña amistad, sin duda, propia de aquellos días de confusión.

Llegado el momento de marchar a la guerra los amigos tomaron rumbos diferentes según el destino que cada uno tenía asignado.

Zabrankán permaneció en la Casa de las Estrellas. Kupuka partió solo, él y su morral, a internarse en la selva.

Kuy-Kuyen se quedó trabajando junto a las mujeres zitzahay. Cucub cabalgó al noreste, a las órdenes de

Dulkancellin.

Molitzmós partió con ellos, a cargo de la formación de lanceros. Kume, en cambio, formaba parte de la división que marchó hacia el noroeste.

La madrugada de la despedida únicamente Cucub lloró. Y Kuy-Kuyen, acostumbrada a la severidad de los husihuilkes, se alegró de saber que también los hombres podían aguararse la cara de pura tristeza.

Los hombres que Dulkancellin había enviado en tareas de reconocimiento volvieron con la novedad de que una avanzada de *los sideresios*, bastante alejada de las Colinas del Límite, acampaba del otro lado del río.

—Los hemos visto. Y nos alegra decirte que nuestra división es mucho más numerosa.

—¿Dónde están, exactamente? —preguntó Dulkancellin.

—Descansan en el valle Entre-los-Pies.

Ellos se referían a una regular extensión de tierra que abría en dos la desembocadura del río Rojo con los Pies Separados. Uno Pie del Rojo era la vertiente que cerraba el valle por el sur; Dos pie del Rojo era la que lo cerraba por el norte. El Venado ya conocía el lugar en el que iba a desarrollarse la batalla. Sabía que en aquella ocasión contaba con mayor cantidad de guerreros que su enemigo. Ahora quedaba conseguir que las ventajas de los sideresios, sus armas y sus animales, se vieran reducidas en eficacia. Y hasta se le volvieran en contra.

Tarde, en la noche, los guerreros de las Tierras Fértiles empezaron a andar. Su marcha se volcó marcadamente hacia la costa porque buscaban la desembocadura del río; bastante al este del sitio en el que habían peleado, la primera vez, contra los sideresios. El Venado poseía la virtud de caminar sin ruido. Y salvo las más diestras criaturas de la selva, nadie podía escucharlo pasar.

La primera línea de batalla estaba reservada para los husihuilkes, algo menos de la mitad del total que había arribado a la Comarca Aislada. Una buena parte de los restantes marchaba en la división del noroeste. Y los demás, junto a un importante número de guerreros zitzahay, protegían la Casa de las Estrellas. Los guerreros del sur iban armados con arcos y flechas. Con mazas y hachas.

A un lado de ellos, en igual línea, se ubicarían los lanceros. Ellos eran los mejores entre los zitzahay y los conducía Molitzmós quien, por debajo de Dulkancellin, tenía el segundo puesto de mando.

La siguiente línea y los flancos eran del resto del ejército zitzahay. Un poco más atrás estaba el lugar de los aldeanos. Algunos de ellos eran demasiado jóvenes, otros eran

demasiado viejos. La mayoría había llegado a la guerra después de una vida mansa de fabricar sus productos y llevarlos al mercado, fumar sus hojas y danzar las muertes y los nacimientos. Sin embargo, se dijo y se cantó que pelearon con bravura de guerreros hasta ganarse la memoria. Cucub iba con ellos, más destinado a las tareas de auxilio que al combate.

El Venado había elegido marchar separado en dos divisiones, al modo de dos astas, procurando de ese modo cubrir el territorio para poder detectar y obstruir cualquier tentativa de los sideresios contra Beleram. Luego, en un día y lugar acordados, volvería a unificar sus fuerzas.

La división del noreste, al mando de Dulkancellin, se detuvo en los bordes de la selva. Y desde allí, metida entre raíces, encaramada a las frondas y disimulada en las cortezas vigiló la orilla del Uno Pie del Rojo sin que nadie, desde el río, pudiese sospecharlo.

El día terminó su rueda. La tormenta que había empezado a formarse en el horizonte del atardecer amenazaba, a esas horas, con ocultar la luna. Los nubarrones parecían tironeados por dos voluntades opuestas: una que quería ofrecerle al Venado la suerte de la luz. Otra que quería negársela. Y así estuvieron las nubes durante largo rato. Pálidas cuando se alejaban, negras y bordeadas de oro cuando avanzaban sobre la luna. Por fin, en la alta noche, la mano amiga ganó su contienda en el cielo y se llevó la tormenta.

En la orilla opuesta los sideresios mantenían encendidas algunas hogueras que dejaban ver la silueta de los centinelas y el paseo inquieto de los animales. La sorpresa era la mejor posibilidad del Venado. Para conservarla, los hombres respiraban con cuidado y no se movían de su sitio. Y por lo mismo Dulkancellin encargó a Cucub que mantuviera calmados a los pocos animales que tenían consigo. Apenas se puso a amanecer los sideresios empezaron a moverse. Iban a cruzar el río tal como el Venado lo esperaba: primero, los hombres montados y detrás de ellos, los de a pie. También los guerreros de las Tierras Fértiles debían desplazarse y tomar su posición final. En su ayuda, la brisa de la selva se encargó de revolver las luces y las sombras de modo que ningún movimiento pudiera ser notado por los enemigos. Protegido con todos los brazos de la Madre Neén, el Venado esperaba. Los jinetes sideresios casi terminaban de vadear el río. Los demás caminaban pesados a causa de la correntada que les subía hasta los muslos, y de las armas que debían mantener fuera del agua. Los primeros jinetes ya pisaban la tierra. Pero el Venado esperó a que la mayoría de los sideresios se internara en el río.

Cuando fue el tiempo, Dulkancellin se irguió sobre el lomo de Atardecido. Tensó el arco y apuntó contra un enemigo, uno que eligió para la primera flecha. Muchas otras veces, en las guerras de Los Confines, Dulkancellin había estado en esa misma situación. Y sabía, como cualquier guerrero, que el hombre elegido para comenzar la matanza era una niebla, no tenía rostro; porque el que iba a arrojar la flecha no quería recordarlo. Ahora Dulkancellin quería recordar el rostro del sideresio que, si quedara vivo, podría aplastar mañana el corazón de Wilkilén.

Atardecido sintió la furia por sus ancas, y se sumó al alarido del jefe husihuilke que anunciaba el comienzo del ataque. El grito se repitió en cada guerrero y la primera andanada de flechas salió de la selva. Los sideresios las vieron llegar como si las dispararan los árboles. Envenenadas y empenachadas con fuego, las flechas de los guerreros del sur alcanzaban el blanco. Y fue tal la mortandad de los hombres y el espanto de los animales que en un primer repliegue desordenado la vanguardia de los sideresios atropello a los que venían intentando cruzar el río.

Aprovechando la estampida y el pánico que habían ocasionado las flechas, los lanceros abandonaron la selva y se adelantaron corriendo. Algunos arrojaron sus lanzas, pero la mayoría llegó a hundirlas con sus propias manos. Para entonces, los sideresios tenían sobre sí las mazas, las hachas, el dolor del Venado. Y aunque muchos de ellos alcanzaron a usar sus armas contra los guerreros de las Tierras Fértiles, la desertión de los sideresios no tardó en llegar y fue desesperada.

El resultado se contó en muertos por el río. La corriente amontonaba cadáveres en su camino al mar. Bestias, hombres y pedazos de hombres irían a dar al Yentru. El río Rojo aquel día, y no antes, debió recibir su nombre.

La buena nueva de la victoria se propagó por la selva. El regocijo llegó a todos los rincones. Cuando oyó la noticia, Kuy-Kuyen escondió su carita entre las manos y murmuró sus propias palabras. Zabalkán convocó para la noticia en el patio de la Casa de las Estrellas; la carcajada de Kupuka retumbó en la cueva de jaguar donde cumplía algunos de sus cometidos. Así todos, en cada lugar, festejaron el día. En el campo de batalla los guerreros sepultaron a sus muertos y recogieron las ganancias en armas y animales. Después pusieron el rostro al sol y cantaron. Mientras el sol estuvo en el cielo, siguieron cantando. Las voces les raspaban dentro, pero ninguno de ellos dejó de cantar.

Los hombres de la división noroeste avanzaban sin nove-

dad cuando recibieron el buen anuncio. La celebración comenzó con gritos y clamores, pero enseguida fue perdiendo ánimo y terminó extinguida en un montón de silencios. Era la vergüenza del guerrero que no estuvo en la batalla, como si fuese su culpa la dirección que habían elegido los sideresios. Esa misma noche, junto con un jabalí cocido al fuego, ellos masticaban su disgusto.

—Come un poco —Thungür le acercó a Kume un trozo de carne ensartado en una hoja de piedra. Kume lo aceptó de mala gana, y se quedó dándole vueltas frente a sus ojos.

—Pronto tendremos que seguir —insistió Thungür—. Y quién sabe cuándo volvamos a detenernos.

Kume empezó a mordisquear la carne dulzona. Jamás el hermano mayor había mencionado la pluma de Kúkul. No le preguntó por qué había dejado que las cosas llegaran a ese punto; ni le interesó saber cómo lo había hecho. Kume sabía agradecer esa prudencia. Y, tal vez en retribución, acató sin rebeldías la autoridad que el padre había delegado en Thungür. Esto no significaba que Kume hubiese abandonado su modo taciturno. Al contrario, se fue quedando en él; y allí vivía, sin abrirle a nadie la puerta.

—Creo que no es suficiente alegría para el resultado de la batalla que libraron nuestros hermanos —prosiguió Thungür—. Bueno, que el enojo nos sirva para pelear mejor cuando tengamos la oportunidad de hacerlo.

Igual que su madre, Thungür tenía esa facilidad de encontrar flores en medio del brozal.

—¿Sabes en quién pienso? —continuó—. Pienso en Cucub. Trato de imaginarlo en la pelea.

Kume había terminado de comer. Clavó el cuchillo en la tierra y se lamió un hilo de grasa que resbalaba por su antebrazo.

—Asustado. Metido entre las piernas de otro —respondió—. Puedo asegurarte que fue así.

Thungür tenía la fortaleza y la armonía de su raza. Kume, además de eso, había heredado la belleza de Shampalwe.

—¿Conoces con exactitud el destino de Kupuka?

Los husihuilkes tenían el hábito de pensar con naturalidad. Kume, el de pensar con enredos.

—¿Cómo conocer con exactitud el destino del Brujo? —sonrió Thungür—. Ha de estar en algún lugar de esta selva, confabulando con sus amigos.

Kume sacó el cuchillo de la tierra para devolvérselo a su hermano. Y después de hacerlo, se marchó.

El Venado no pudo demorarse en la victoria porque de inmediato debió seguir rumbo al norte. Su avance era inexorable aunque, día a día, más cauteloso. Un fuerte cordón

de enlaces lo protegía y lo mantenía unido. Era necesario que las dos divisiones se comunicaran entre sí con frecuencia. Pero no alcanzaba con eso, hacía falta mucho más. Había que estar volviendo los ojos a las espaldas para saber qué ocurría en Beleram y enviar oídos hacia la costa del Yentru a que escucharan las noticias de las mujeres-peces. Alguien debía mantener alguna referencia de Kupuka. Y sobre todo, alguien tenía que rebasar la línea de los sideresios y llegar a los Señores del Sol. Este fue el camino por el que corrieron jaguares silenciosos, de ida y de vuelta, con un código de plumas alrededor del cuello que sólo los amigos podían entender.

Las dos divisiones de las Tierras Fértiles llegaron al punto elegido para el encuentro con medio día de diferencia. Desde donde se hallaban podían verse las Colinas del Límite, una marca en la tierra que separaba la Comarca Aislada del país de los Señores del Sol. Las Colinas del Límite eran elevaciones suaves y accesibles al paso. Y quienes las habían atravesado las recordaban como un paraje amable. Lo eran, en verdad. O lo habían sido. Porque ese anochecer los hombres miraban las lomadas contra el cielo como quien recela en la boca de una madriguera, en espera del zarpazo.

El plan consistía en permanecer allí hasta tanto pudieran establecer el próximo y último contacto con los Señores del Sol. Próximo y último jaguar portador de plumas. Después se encontrarían en la batalla, cuando el ejército de Hoh-Quiú sorprendiera a los sideresios con un inesperado frente de ataque.

Hoh-Quiú, uno de los príncipes de la Casa que gobernaba el país de los Señores del Sol, venía al frente de un gran ejército. Aunque los Señores del Sol habían recibido las noticias en fragmentos bastante confusos, comprendieron que debían poner mucho de su poder al servicio de esta guerra, y así lo hicieron.

—Molitzmós, hablemos de Hoh-Quiú —pidió Dulkancellin—. Es tu príncipe, y debes saber muchas cosas acerca de él que pueden ayudar a que nos entendamos mejor en el campo de batalla.

—Es príncipe, como tú dices. Sin embargo jamás lo he visto —Molitzmós recordaba perfectamente el rostro de Hoh-Quiú untado con el corazón de uno de sus hermanos; muerto como castigo a la insolencia de no reverenciar al entonces pequeño príncipe—. Sólo puedo decirte que debe ser muy joven aún y que, por eso mismo, me asombra que esté al mando del ejército.

—Eso significa que debe ser muy valeroso —dijo Dulkancellin.

Molitzmós del Sol no quiso responder por temor a que el odio se hiciera visible en sus palabras.

—Esperemos que el jaguar no tarde demasiado —murmuró.

Y su deseo se cumplió. Esa noche, escoltado por los dos centinelas que lo vieron llegar, el jaguar entró a la tienda donde un grupo de guerreros hablaba con Dulkancellin. Elek y Molitzmós estaban entre ellos. También Thungür y hasta Cucub, acurrucado junto a sus amigos husihuilkes y soportando con serenidad la manifiesta hostilidad del Señor del Sol. La llegada del jaguar había conmocionado el campamento. Los hombres se reunieron frente a la tienda deseosos de conocer la cifra del mensaje. Al poco rato salieron los que estaban dentro. Dulkancellin levantó el collar de plumas de manera que todos pudiesen verlo.

—El hermano jaguar nos ha traído las noticias que esperábamos —dijo—. Y es buena como la luz del sol.

Los hombres respondieron con un grito de triunfo. Era muy breve el tiempo que llevaban mezclándose unos con otros. Y a pesar de eso, las diferencias que al principio resultaban difíciles de sobrellevar, se habían suavizado hasta tal punto que todos parecían parientes. Las cabezas doradas de la Estirpe, los zitzahay de piel oscura y tan pequeños si se los comparaba con los husihuilkes, los guerreros y los artesanos. Algo que venía de la índole empezaba a igualarlos.

—El ejército de los Señores del Sol está muy cerca —continuó Dulkancellin—. No más que un día y su noche deberán transcurrir para que podamos reunirnos con ellos. Y eso será antes de que lleguen los sideresios.

Dulkancellin hablaba a todos sus hombres, pero sus ojos regresaban siempre a los de Kume. El hijo se dejaba mirar, sin un gesto.

—Es verdad que los sideresios se acercan, y que lo hacen con rapidez. Aún así nos darán el tiempo que necesitamos. Aprovechemos esta noche para descansar. Coman y canten porque luego deberemos enfrentar una guerra que, acabe como acabe, dividirá el Tiempo.

Cuando los guerreros se dispersaron, Dulkancellin llamó a Cucub y le pidió que alimentara al jaguar.

—Dejemos que también él descanse. Volverá a marcharse, apenas amanezca, con la respuesta que Hoh-Quiú espera.

Juntos, Molitzmós y Dulkancellin ensartaron las plumas en una sucesión determinada de largos y colores, que daría a los Señores del Sol las ubicaciones precisas y los tiempos de la batalla.

Amanecía otra vez. El animal, que daba la impresión de

dormir un sueño interminable, se levantó erizado cuando el husihuilke se le acercó. Como siempre, el hombre venía solo. Y como siempre, se arrodilló frente a él y le rodeó el cuello con los brazos para colocarle el código de plumas. El jaguar conocía al hombre que estaba hablándole mientras le aseguraba la cuerda.

—Puedes irte, hermano mío —dijo Dulkancellin cuando terminó de asegurar el nudo—. Corre y llega a tu destino. Es la única esperanza de que ustedes y nosotros sigamos teniendo una tierra que habitar.

El jaguar comenzó a alejarse. Pero apenas salió del campamento un hombre lo detuvo con el silbido que le habían enseñado a reconocer. Conocía a ese hombre. Su olor estaba siempre junto al olor del otro. Y también éste lo llamó hermano mientras le desataba el collar de plumas y lo reemplazaba por otro.

—Ahora sí puedes irte —le dijo.

Como si el jaguar lo hubiese arrastrado en su carrera, el día pasó rápidamente. "El jaguar ya estará con los Señores del Sol", decían algunos en el campamento. "Aún no", decían otros. "Hoh-Quiú y sus hombres deben estar iniciando la marcha". "Aún no..." Cuando se completaron dos días desde la partida del jaguar, hasta los menos optimistas se encontraron esperando la llegada de Hoh-Quiú. "Mandaré un grupo de reconocimiento..." "Vendrá él en persona..."

—Supongo que anhelas ver llegar a tu príncipe —Cucub ya había notado que la expresión "tu príncipe" tenía un efecto terrible sobre Molitzmós, y no perdía ocasión de repetírsela.

La antipatía que ambos se profesaban era cosa sabida, comentada, y atribuida a la evidente diferencia de humores. Los roces entre Cucub y Molitzmós se habían mantenido siempre dentro de una aparente gentileza que no engañaba, pero hacía llevadera la enemistad. En aquella ocasión, sin embargo, fue diferente. Molitzmós se volvió súbitamente contra Cucub, lo tomó de la ropa y lo sostuvo más pegado a su aliento que al suelo. La expresión del emplumado era la de quien guarda un secreto demoledor, un dolor que destruiría al que lo está enfrentando.

—Yo podría decirte... —Molitzmós vaciló. Y Cucub, que había visto el veneno en la punta de su lengua, se atrevió a seguir provocando al altanero para obligarlo a decir las verdades que ocultaba.

—Dulkancellin es tanto mi jefe como el tuyo, y no le complacerá el trato que me estás dando.

Cucub tenía miedo. Viendo los ojos del emplumado parecía posible que llegara a matarlo si persistía con sus burlas.

"Un poco más y la soberbia le saca por la boca lo que esconde", pensaba el pequeño.

Pero justo entonces unos gritos de alerta sonaron en el extremo opuesto del campamento. Molitzmós abandonó a su víctima y corrió hacia el amontonamiento. Cucub corrió detrás pensando que, por fin, Hoh-Quiú había sido divisado. Al llegar, los dos se quedaron paralizados por lo que parecía una visión de pesadilla.

En el centro de una rueda de hombres espantados, el jaguar estaba de regreso. Y no con un collar de plumas atado de su cuello, sino con un bulto cubierto por un cuero sucio de sangre. Dulkancellin se adelantó y desató el lazo del cuello del animal que, apenas se vio libre de su inmunda carga, salió disparado hacia la selva. Todos sabían que envuelta en el cuero, estaba la cabeza de un hombre. Por el momento, Dulkancellin tenía un solo espanto... No quería ver que fuera Kupuka, no quería encontrar el rostro amado bajo la costra del envoltorio. Sus manos desataron con trabajo los nudos pegoteados que, finalmente, cedieron. A la vista de todos quedó la cabeza cercenada de uno que, sin duda, había sido un alto jefe de los Señores del Sol.

—Dinos, Molitzmós, ¿conoces a este hombre? —preguntó Dulkancellin.

—No es suficientemente joven como para ser Hoh-Quiú —respondió Molitzmós—. Sé decirte que sus argollas indican que perteneció a la nobleza de la Casa reinante.

Sin importar quién fuera, el mensaje era claro. El ejército de los Señores del Sol había sido atacado por los sideresios. Atacado y destruido. Los guerreros de las Tierras Fértiles tenían el ánimo deshecho. ¿Qué ocurriría ahora? Y, ¿dónde estaban los enemigos?

Golpe sobre golpe en el dolorido corazón del Venado, llegaron los vigías que cuidaban el norte. Venían pálidos de miedo:

—Han aparecido en las lomadas. Los sideresios han aparecido y estarán aquí en poco tiempo.

Los hombres miraron a Dulkancellin, esperando una respuesta. Durante un instante, el husihuilke se sintió brutalmente solo. Buscó en su memoria el bosque de Los Confines. Buscó el pan de Vieja Kush, devolvedor de vida. Y más que nunca jefe de sus guerreros, dio la primera orden.

La batalla se acercaba, y no era la que habían concebido. Iba a suceder de otra manera, y antes del día propiciado por las estrellas. Ya no llegarían los Señores del Sol. De Kupuka no habían recibido sino un incomprensible silencio. El Venado ya no tenía la sorpresa a su favor. Ni siquiera, el resguardo de la selva. El lugar en el que iba a desarrollarse

la batalla eran las estribaciones abiertas donde se iniciaban las Colinas del Límite. El número y el valor de los guerreros parecían ser las únicas ventajas de las Tierras Fértiles. El número, el valor, y el favor de la Magia. " Y la fuerza de la tierra que, en este día, no nos abandonará", decían los hombres.

Cuando los sideresios aparecieron en el horizonte, el Venado había recobrado su entereza y estaba listo para enfrentarlos. Los enemigos eran una franja negra que ondulaba con las lomadas. El Venado iba a pelear con los colores del fuego, del cielo y de la tierra pintados en el rostro y en las ropas.

El ejército de las Tierras Fértiles mantuvo una formación similar a la anterior, repetida en dos frentes de ataque. Pero, esta vez, también ellos cabalgarían. Igual que Dulkancellin, los guerreros husihuilkes pudieron amar sin reparos a los animales con cabellera. Y ayudados por Cucub, aprendieron las artes y las mañas.

A medida que se acercaban los sideresios, se acercaba Misáianes con el vasto poder que empezaba en su mismo nombre. El corazón del Venado se revolvía en ese solo pensamiento: el verdadero nombre de su enemigo. "El Tiempo que conocimos y amamos se ha ido sin remedio. No estamos aquí para llorarlo, sino para pelear por el que vendrá", dijo Dulkancellin antes del combate.

Los ejércitos estaban listos, uno a cada lado del paisaje. La batalla estaba por comenzar, y el mundo hizo silencio. Los vientos se replegaron a un cielo lejano, el mar se tragó las olas, la selva se metió en el nido, las madres callaron al niño contra el pecho.

—Los que de nosotros caigamos muertos en esta guerra, seremos recordados por siempre como la montaña de huesos que sostuvo al sol. ¡Por el Sol! ¡Por el Padre! —gritó Dulkancellin. Y el final de su voz fue opacado por la primera descarga.

Los guerreros de las Tierras Fértiles recibieron el golpe de un arma desconocida, que multiplicaba en fuego y en estruendo a aquellas otras que los sideresios habían utilizado en el puerto el día que Drimus escapó de Beleram. El disparo cayó sobre ellos como un pedazo de volcán despedido. Con sus hermanos destripados por una fuerza incomprensible, tuvieron que elegir. Y eligieron la furia.

Pero por un sideresio que caía, el Venado caía muchas veces. Todavía muy lejos de llegar, los guerreros morían atravesados por el fuego. Y numerosos arqueros no alcanzaron a disparar la segunda flecha. Aunque las armas arrojadas eran certeras, y los sideresios empezaron a verse

la sangre, el fuego quebraba el avance de las Tierras Fértiles. El Venado sabía que el espacio que lo separaba de los sideresios lo exponía a la peor desigualdad; y que cuando consiguiera cruzarlo y trabarse con el enemigo, la destreza estaría de su lado.

Sin embargo, era difícil avanzar sobre los propios muertos. Un golpe de volcán, dirigido contra el costado oeste de la guerra, se llevó consigo a muchos hombres de esos que habían sido alfareros, tejedores y mieleros y que ahora sangraban la tierra. Enseguida llegó otro, y después otro. Se hacía más difícil avanzar sobre los muertos, cuando los muertos eran mieleros, alfareros y tejedores. Las imprevistas armas de Misáianes estaban destruyendo al Venado.

Contra todo, el ejército de las Tierras Fértiles siguió avanzando. La vanguardia husihuilke logró encimar, con sus propios animales, la fuerza montada de los sideresios: finalmente el Venado estaba donde quería. La distancia entre los enemigos quedó reducida al largo de una espada o de una lanza, a un golpe de maza o a un filo de piedra. O a nada, y entonces había un muerto. Peleando con una bravura que los hacía parecer diez veces los que eran, los guerreros del sur desparramaron muerte entre los sideresios. Tanta que, por un momento, lograron que el pánico se apoderara de ellos. Dulkancellin mataba en cada hachazo, cubiertos de sangre él y Atardecido. Tres de sus guerreros estaban cerca, protegiéndole los flancos y las espaldas, porque la muerte buscaba al jefe husihuilke por todos los costados.

Elek de la Estirpe peleaba por sus muertos con el arma que había conseguido en el río Rojo. Desde su lugar, Thungür vio llegar al sideresio que iba a matar al hermano de pelo amarillo. Pero el suyo era un lugar en la batalla, y Thungür no pudo hacer más que gritarle el nombre. Elek cayó ese día, en medio de los que todavía lograban resistir. Y sin poder evitarlo, Kume pasó al galope sobre su cuerpo.

El Venado había llegado a la pelea diezmado en sus mejores filas. Y aunque ya los grandes fuegos resultaban inservibles, la herida terminal estaba infligida. Dulkancellin sangraba de un fuego que lo había alcanzado debajo del corazón. Sabía que todo iba a acabar muy pronto, y se aferró a la cabellera de Atardecido para dar la última pelea. Antes, levantó la cara al sol para despedirse.

También Cucub se despedía porque empezaba a comprender que el Venado perdía la batalla. El zitzahay permanecía en el puesto que Dulkancellin le había asignado, junto a unos cuantos más, detrás de la retaguardia. Parapetados en unos matorrales, ellos tenían la misión de recibir

a los heridos y de asistir a los guerreros que volvían en busca de las armas o los escudos que habían perdido en el campo. Cucub había sentido que se partía en mitades cuando le dieron a conocer su destino. Cucub, el pequeño músico de las aldeas, se sintió aliviado. Cucub enamorado de Kuy-Kuyen tuvo vergüenza.

Y sería este Cucub avergonzado el que estaba pensando en salir a pelear. Lo pensaba asombrado de pensarlo y sin embargo, casi decidido. Junto a él había varios que cumplirían debidamente con la tarea. Y además ya no llegaban heridos. Al principio, llegaron muchos; pero la mayoría, después de sujetarse la sangre, regresó al campo de batalla. Los demás murieron. Con Molitzmós, que estuvo entre los primeros heridos, no ocurrió ni lo uno ni lo otro. El Señor del Sol tenía una profunda herida en su costado, y el aspecto de quien está próximo a dejar la vida. Cucub lo miraba sin poder quitarse de encima la ingrata sensación de que quedarse allí lo hacía semejante a aquel hombre. No soportó esa idea, y decidió pelear. A su alrededor, se amontonaba la reserva de lanzas y flechas. Cucub, al fin y al cabo el mismo de siempre, eligió otra cosa.

—Tomaré tu cuchillo —le dijo a Molitzmós—. Es un arma noble y merece su oportunidad.

El Señor del Sol no pudo o no quiso responderle.

—Extraño —dijo Cucub llevándose el filo a la nariz—. La sangre que hay aquí huele como la tuya.

El enamorado de Kuy-Kuyen empuñó el arma y avanzó corriendo. Aquella iba a ser la primera vez que mataría a un hombre, o la última vez que moriría. Nunca logró recordar con nitidez las cosas que pasaron por su cabeza mientras corría. Lo que sí recordó fue cómo, de pronto, encontró al enemigo que las estrellas le habían designado. Era Illán-che-ñe. Apenas lo reconoció Cucub sintió un deber, antiguo y absoluto, que lo hizo invencible. El Pastor avanzó pasándose el arma por el muslo y rodeando a Cucub. Cuando la distancia fue bastante corta se abalanzó sobre él, pero el pequeño ya estaba en otra parte. Repetidas veces, el puñal de Illán-che-ñe se hundió en el aire. La burla consiguió lo que buscaba: Illán-che-ñe se concentró en ella de tal manera que olvidó al enemigo. El Pastor comprendió su error con una hoja de piedra atravesada, cortando desde el estómago hacia arriba. Cucub extrajo el cuchillo y lo miró. No estaba temblando, no estaba contento. Alzó la cabeza para continuar, y entonces vio que algo distinto ocurría.

Los sideresios retrocedían y giraban hacia un lado como si otros, además de ellos, les diesen pelea. Cucub tardó en comprender el motivo del grito de victoria que salió de la

garganta del Venado, subió por las lomadas y volvió repetido con creces. Tardó porque no podía ver que, por el oeste, los Señores del Sol llegaban a la batalla. Los sideresios no alcanzaron a girar las bocas de sus grandes armas, demasiado pesadas para el escaso tiempo que tuvieron. La división de los Señores del Sol venía disminuida por una emboscada en la que más de la mitad de sus hombres habían caído. Así y todo, el viento de la guerra cambió de dirección.

Después de la sorpresa, los sideresios consiguieron reorganizarse. Y siempre disparando fuego desde la altura de sus animales, lograron mantener igualdad en la lucha. Atardecía. Pronto la oscuridad y la fatiga iban a terminar la batalla por ese día. Posiblemente los dos ejércitos quisieran lo mismo porque ambos estaban más allá del límite del cansancio. Antes de eso, los sideresios desataron los lazos que sujetaban a los perros...

Como un vómito vivo de Misáianes, la jauría negra se abrió paso. Cien bestias colmilludas aparecieron de entre las filas de los sideresios. Olisquearon el aire, se erizaron a lo largo del lomo y saltaron sobre los guerreros de las Tierras Fértiles. Los perros avanzaban por el campo de batalla como buscando a alguien. Rápidamente el olfato los guió hacia la presa que más anhelaban... Dulkancellin los vio arremolinarse a su alrededor, ensañados con las patas de Atardecido. El animal resistió cuanto pudo. El jinete, herido y agotado, lo defendió cuanto pudo. Pero, al fin, ambos cayeron. Dulkancellin no alcanzó a incorporarse antes de que las bestias estuvieran en su carne. El husihuilke peleó por su vida, aplastado bajo el hedor y el calor de los perros.

Ése hubiese sido su día final, su tiempo de partir... Ése hubiese sido sin Thungür, sin Cucub, sin los guerreros que acudieron en su ayuda y lograron arrebatarlo a los colmillos, desfigurado pero vivo. Dulkancellin tenía asignados unos pasos más sobre la tierra.

Anocheecía. Ambos ejércitos necesitaban recomponerse. Ninguno era capaz de continuar, ni de perseguir al enemigo. Eran dos animales lastimados que regresaban a sus cuevas para lamerse. Cuando volvieran a enfrentarse, uno de los dos tendría que morir.

Esa noche, las manos de la Magia se hicieron sentir en las medicinas que restañaron las heridas, y aliviaron dolores insoportables para el hombre.

—Thungür, ve a descansar que yo cuidaré de él —dijo Cucub.

Posiblemente el rostro de Dulkancellin estuviera bajo las hinchazones moradas, pero Cucub no pudo reconocerlo cuando le quitó las hojas que ya habían absorbido la fiebre

para reemplazarlas por otras nuevas.

—Hermano mío —le dijo—, el sol suele hablar con los músicos. Hoy me ha hablado y me ha dicho que...

El husihuilke abrió los ojos y trató de hablar.

—Duerme —Cucub le refrescaba la frente—. Duerme tranquilo que yo no he olvidado mi promesa.

Eso era, sin duda, lo que Dulkancellin quería escuchar; porque después de oírlo se fue en un sueño hasta el baile de bodas de Shampalwe.

La noche pasó demasiado pronto para los que hubiesen necesitado diez noches mansas de buen dormir. El amanecer arrimó a los hombres en torno a las hogueras donde se cocía el alimento. Mientras comían nombraron a los muertos y reconocieron a los vivos. Muchos, quizás la mayoría, estaban lastimados. Y a pesar de eso, fueron muy pocos los que aquel día no lograron ponerse de pie.

Menos castigada a causa del momento en el que entró en combate, la división de los Señores del Sol había acampado lejos del resto y permanecido en silencio toda la noche. No se vieron fogatas, ni se sintió olor a comida. Nada que indicara que allí descansaba un pequeño ejército hasta que, apenas clareó la mañana, se hicieron presentes. Hoh-Quiú se acercó a Dulkancellin, y lo saludó con respeto:

—Nos conocimos a través de los jaguares... Y, de no verte pelear, hubiese seguido pensando que la traición podía ser tu obra.

Dulkancellin se esforzaba por entender lo que el joven príncipe trataba de decirle. Las palabras se le perdían, y tenía que meterse a buscarlas dentro de su fiebre.

—¿La traición?

—El último jaguar nos condujo a una emboscada. Y si en ella no quedamos todos atrapados fue gracias a la prodigiosa aparición de un anciano que nos advirtió del peligro justo antes de que la trampa se cerrara por completo. El anciano llegó sudoroso y sucio de barro. Y después de indicarnos con precisión el lugar de la batalla, desapareció.

—El anciano se llama Kupuka —murmuró Dulkancellin.

—No mencionó su nombre. Sólo sé decirte que por su intervención estamos aquí.

El husihuilke era fuerte, y de a poco comenzaba a recuperar la lucidez.

—Hay mucho por entender, según parece —dijo Dulkancellin.

—Tendremos suerte si podemos entenderlo mañana. Ahora debemos terminar una guerra que será muy difícil.

El príncipe hablaba como un anciano.

—Uno de tu pueblo de nombre Molitzmós debería, por su

rango, estar aquí. Pero no puede hacerlo porque, según sé, fue gravemente herido.

—¿Y tú no? —preguntó Hoh-Quiú, con ternura de hijo.

El príncipe de los Señores del Sol había dicho que sería difícil. Eso era más suave que la verdad. Nuevamente habría un campo que atravesar a pleno fuego. Los sideresios tendrían apuntadas las bocas de sus armas. Ellos estaban heridos y cansados.

La mañana parecía una réplica de la anterior, una réplica ajada. Otra vez el Venado estaba frente a los sideresios para una batalla que iba a suceder dos veces.

Dulkancellin cedió su sitio al príncipe para que dijera la última palabra a los guerreros.

—Estamos aquí conociendo lo que vendrá. Porque cuando la esperanza no es posible, es posible la honra.

Tristeza del Sol que vería morir a los hijos. Dolor de la Tierra que los recibiría antes de tiempo. El Padre y la Madre se miraban en ellos.

Ocurrió como esperaban, igual que había ocurrido. El primer cañonazo... El primer golpe de volcán contra el avance de los guerreros de las Tierras Fértiles, que difícilmente llegarían hasta los sideresios. El segundo cañonazo... El segundo golpe de volcán y los cuerpos deshechos por el suelo. El tercer golpe se demoró en llegar, y les dio el tiempo de seguir avanzando y acortar en mucho la distancia. El cuarto golpe no les vino al encuentro.

Una embestida furiosa se encimaba a la línea de los cañones. Sobre los sideresios, sobre sus grandes fuegos, avanzaba el rebaño de la selva conducido por un anciano desmesurado. Cientos de animales que hacían retumbar la tierra, y transformaban el aire en viento y el viento en polvo: nubes de tábanos y avispas, aves enormes, cerdos salvajes, pumas y jaguares... que Kupuka arreaba y azuzaba profiriendo conjuros.

Sorprendidos por la fuerza de la selva, los sideresios abandonaron sus posiciones de ataque y corrieron para intentar ponerse a salvo.

El único desvelo de Misáianes se hacía realidad. El Feroz, que también conocía su flaqueza, había dado una orden primera. "Que la magia se aparte de las criaturas. Que se olviden una a la otra, y se desconozcan."

El rebaño del Brujo de la Tierra traía esa única fuerza que temía Misáianes. Salió de lo más hondo de la creación, y arrasó la soberbia de los cañones para darle al Venado la posibilidad de atravesar el campo. Con eso alcanzó. Lo demás lo hizo la bravura.

Todavía se prolongó la lucha, y se amontonaron los

muertos. Pero al final de la mañana, después de una batalla que mereció canciones, los guerreros de las Tierras Fértiles pudieron mirar su victoria. Eso que quedaba de ellos. Esos pocos vivos, esa montaña de muertos. Eso que no se podía reír, ni amar, ni beber, era una victoria. Apenas la primera de una guerra cuyo comienzo se perdía en el tiempo. ¡Y su final también!

Los sideresios se retiraron del campo dejando abandonadas gran parte de sus armas. Entre los que consiguieron escapar estaba el que, sin duda, mandaba sobre todos ellos. Dulkancellin lo había visto envuelto en capa negra. El jefe de los sideresios observaba la batalla desde la cima de una loma, montado en un animal enjaezado de oro. Lo contemplaba todo, inmóvil y ajeno, como si no le interesara el resultado de aquella mañana de guerra. O como si estuviese seguro de que su derrota sería efímera. Cuando Dulkancellin quiso ir en su busca, el jinete y su animal de oro habían desaparecido. En cambio, nadie que lo conociera había visto a Drimus en la batalla.

—Sin duda, él fue enviado con otro propósito —dijo Dulkancellin.

—Debe haber permanecido en la fortaleza donde éstos que huyeron le llevarán la mala noticia.

—La fortaleza —repitió Dulkancellin—. ¿En qué lugar de las Colinas estará exactamente?

—Sé dónde está —intervino Kupuka—. A menos de un día de camino hacia el lado del mar.

Aunque Kupuka lo supiera y pudiera conducirlos, era impensable que los hombres realizaran el viaje de inmediato. Necesitaban descansar. Algunos, ni así podrían continuar.

Las heridas que tan bien soportaron en la pelea, recrudieron cuando la tarea estuvo hecha. Muchos que jamás se hubiesen entregado a los sideresios, se doblegaron ante la gangrena. La medicina de Kupuka fue el mejor socorro para todos ellos. El Brujo de la Tierra tomó a Cucub como asistente y se abocó a sanar lo que podía sanarse o a mitigar la muerte.

El propio Dulkancellin intentaba aparentar una salud que no tenía. Las mordeduras despedían excrecencias. Tenía la boca agrietada, la saliva espesa. Y su cuerpo consumido por la fiebre, perdía más fuerzas a cada momento.

También Molitzmós empeoraba. Y su estado confundía al Brujo de la Tierra:

—Mira a este hombre, Cucub. Los signos de vida son malos. Los sonidos y el color se están perdiendo y sin embargo su herida no parece ser tan grave.

Molitzmós yacía sin sentido bajo la piel helada. Un hilo

de respiración era la diferencia con un muerto.

—Este hombre sanará —dijo Cucub—. Verás que no me equivoco.

Kupuka pensaba lo mismo.

Dulkancellin y Hoh-Quiú ordenaban las acciones siguientes cuando Thungür se acercó hasta su padre.

—Tengo que hablarte de Kume —le dijo, cerca del oído.

—Habla en voz alta porque éste que está aquí tiene el derecho de saber.

—Muy bien —se avergonzó Thungür—. Kume no está. Ni entre los vivos, ni entre los muertos.

Como siempre que se trataba de Kume, el dolor era mayor del esperado. La muerte en la batalla era honrosa y enorgullecía a los deudos. Pero, ¿qué significado tenía esta desaparición? El comportamiento de Kume había sido reprobable desde el arribo de Cucub a Los Confines. Ahora había desaparecido y Dulkancellin no podía olvidar que estaba pendiente una traición. Kupuka comprendió lo que el padre pensaba:

—No te apresures —murmuró.

Un poco más tarde Dulkancellin dormitaba a la sombra. Cucub, en medio de sus trabajos, se las ingeniaba para rondarlo con el oído atento a su respiración.

—Ven para acá —Dulkancellin lo llamó sin abrir los ojos. De un salto, Cucub estuvo junto a su amigo:

—¿ Qué necesitas ?

—Necesito decirte que sé cómo peleaste.

La sonrisa de Cucub fue tan luminosa que Dulkancellin la vio con los ojos cerrados. Con Cucub, la calma no podía ser duradera. Lengua floja, descomedido en las maneras, falto de tino, tomó aire y habló de un tirón:

—Hermano mío, es verdad que soy músico y no guerrero; zitzahay y no husihuilke; pequeño al lado de los pequeños. Pero, aún así, quiero desposar a Kuy-Kuyen.

Gimoteaba con un ruidito agudo que interrumpía para tomar aire y enseguida volvía a recomenzar. La nariz le goteaba y la joroba se le sacudía en las convulsiones de los sollozos. Drimus, el Doctrinador, lloraba por los perros que habían muerto en la batalla mientras acariciaba con sus manos siempre húmedas a los animales que estaban de regreso y descansaban tumbados en el piso de arena.

—¡Ay, mis pequeños! Esto que sufrimos no es un abandono. Él no ha fallado. Él nos envió aquí con el conocimiento del único riesgo posible. Fuimos nosotros quienes cometimos desaciertos que ahora pagamos con lágrimas. Pero les prometo que este llanto será muy pronto una nostalgia.

Una cofia negra le ceñía el cráneo y le enmarcaba el rostro que Drimus restregaba contra el vientre de los perros. Tomó a uno en sus brazos y comenzó a mecerlo.

—Ellos lograron hacer lo que nuestro Misáíanes temía. Y en este momento, estarán creyendo que han detenido la expansión de su Mandato —las palabras del Doctrinador salían de su boca con el acento y la cadencia de una madre hablando a su niño—. Ustedes y yo, pequeños míos, ustedes y yo sabemos que no es así. El Amo está intacto; sus designios no han sido más que demorados. De estas tierras quedan los desperdicios, y en ellos nos hartaremos.

Leogrós había llegado junto al Doctrinador sin que éste lo advirtiera. Estuvo un rato escuchándolo hablar, y después carraspeó para hacerse notar. Cada uno culpaba al otro de lo sucedido, así que se midieron abiertamente. Leogrós se comportaba como una roca, nada de lo que pasaba dentro de él se hacía evidente. Y por grande que fuera la rabia o el desprecio que sentía, o por duro que fuese lo que iba a decir, ni el gesto ni la voz se le alteraban.

—Por cierto, esperábamos más de ellos —dijo, señalando a los perros.

—¡Ay, Leogrós, Leogrós! —Drimus habló suspirando.

La posición en la que Leogrós lo había sorprendido no le convenía a su investidura, así que el Doctrinador dejó al perro en el suelo decidido a incorporarse. Y aunque vio una mano enguantada que se tendía en su ayuda, prefirió ignorar el ademán y levantarse por sí mismo.

—Ay, Leogrós, Leogrós —siguió repitiendo hasta que

llegó junto a un barril.

Se sirvió agua y bebió a sorbos ruidosos que se vieron bajar por su garganta. Leogrós siempre se asqueaba de verle la piel del cuello, muy blanca y grumosa. Cuando Drimus terminó de beber había logrado moderar la excitación y adecuarse a la parquedad de su oponente.

—¡Ay, Leogrós...! Todos esperábamos más de todos —se pasaba la lengua por los labios, fingiendo resignación—. El esperaba más de nosotros. Nos honró con la misión de ser sus manos. ¡Y mira cómo le pagamos, Leogrós! ¡Mira cómo le hemos pagado! ¿Será posible regresar a su lado sin llevarle la victoria que nos encomendó? Respóndeme: ¿en qué nos transformaremos si su voluntad nos abandona?

Era habitual ver a Drimus conmovirse por sus propias palabras, y derramar lágrimas en su favor.

—Recién te oí decírselo a tus cachorros: esta tierra ha quedado reducida a desperdicios. Y si lo sabes, ¿por qué te lamentas tanto? La batalla les costó todas las reservas. Me asombras, Drimus. Te creí capaz de disfrutar viendo a las liebres sentirse fieras cuando eres tú, en realidad, la fiera que se relame.

Drimus pasó del llanto a la risa, y el cambio no fue muy notable. ¿Cómo no confiar en el Amo y en el poder de la Cofradía del Recinto? Si ese hechicero vagabundo arreando cerdos, y aquel grupo de magos desleales que por propia y sostenida elección se apartó de la Sabiduría, era lo mejor que podía oponerles la Magia de las Tierras Fértiles, entonces no había nada que temer. ¡Que Leogrós confiara en su depósito de pólvora y de armas! Y que creyera, por el momento, que su guerra era la que traería la victoria. Ya iba a comprender el infeliz que nada hubiese sido posible sin los desvelos de los magos del Recinto. Cuando todo estuviera en su sitio de merecimiento, recién ahí conocería su verdadero destino. Por ahora, convenía dejarlo terminar de matar a los muertos.

Misáianes obraba entre sus cercanos de modo tal que todos se imaginaban favoritos, y creían que la función que les correspondía desempeñar era primordial para el cumplimiento del Designio. Recelaban y desconfiaban unos de otros porque jamás terminaban de conocer las órdenes que los demás habían recibido. Y mucho menos cuál de ellos obtendría, llegado el caso, la preferencia del Amo.

—¡Confía en nuestras armas! —exclamó Leogrós—. Sobran para exterminar hasta el último de los que andan por este continente que, antes de lo que piensas, será nuestro palacio.

Leogrós se desenguantó una mano y la pasó por sus mejillas. Acostumbraba hacerlo. Disfrutaba el contacto de la

piel sobre la barba espesa, igual que disfrutaba de la contemplación de su propia figura en el cristal que hacía trasladar donde quiera que fuesen. Sabía que el contrahecho despreciaba la grandeza de la guerra. Sin embargo, que el Doctrinador la ignorara no significaba que Misáianes lo hiciera. El Amo, que entendía todas las cosas hasta el final, habló de la guerra como refiriéndose al viento. "Se instaurará en este mundo, desgastará las cimas de la rebeldía y lo igualará todo". Cuando Leogrós oyó hablar a Misáianes sintió, por primera vez, que alguien comprendía sus sueños. Los comprendía, les daba forma perfecta y tenía el poder de realizarlos. "La guerra, nuestra guerra, es primero la matanza. Después es la eternidad", le había susurrado. "Y en la guerra encontrará el Tiempo la única posibilidad de transcurrir" ¡Que siguiera el contrahecho delirando con la supremacía de sus doctrinas! Ya le tocaría ver cómo las leyes de sus cielos remotos se adecuaban a las leyes de la guerra.

—Acepto esa confianza que me propones —dijo Drimus, muy lejos de su verdadero pensamiento—. A cambio, explícame lo que tienes planeado.

Afuera de la fortaleza, tendido de boca en el declive de una elevación, Kume esperaba la llegada de la noche. Había seguido a los sideresios en su retirada hasta tener a la vista el muro de palos que cerraba, en semicírculo, un conjunto de construcciones precarias. Desde su ubicación Kume alcanzaba a ver las que subían un poco por las colinas, seguramente ubicadas allí para aprovechar las explanadas que de tanto en tanto ofrecían las laderas. Todos aquellos refugios estaban contruidos a modo de empalizada igual que el muro del contorno, y malamente techados con paja. Sólo uno de ellos sobresalía en importancia y en tamaño. "Allí deben estar sus jefes", pensó el husihuilke.

El lugar que los sideresios habían elegido para levantar su fortaleza estaba próximo a la costa del Yentru. A esa altura el terreno era arenoso y la vegetación empezaba a ralearse.

En el transcurso del atardecer, Kume estuvo observando el movimiento de los sideresios. Desde la fortaleza hasta un riachuelo cercano, ellos tendieron dos filas de hombres que acompasadamente entregaban un cubo vacío y recibían uno lleno. Otros arrastraron las grandes armas y las apuntaron a través de unos boquetes abiertos a todo lo largo del muro de cierre. Después, sólo quedaron a la vista los centinelas que vigilaban desde las torres y que, al anochecer, recibieron su relevo.

Kume no había planificado lo que estaba haciendo; ni siquiera se había detenido a pensarlo. Lo hizo por obe-

diencia a un apremio del espíritu. El mismo apremio que lo condujo a realizar los más importantes actos de su vida, y que nunca supo de dónde le venía. Una cosa era segura: cuando ese impulso llegaba, Kume se empeñaba en una determinación que cumpliría a cualquier costo. Una vez más había obrado sometido a esa fuerza. Supo lo que iba a hacer en medio de la batalla. Y si alcanzó a suponer el final, el final no lo acobardó.

La espera hubiera hecho reflexionar a otro que no fuese Kume. Otro, en su lugar, se hubiese amedrentado al ver las escasas posibilidades de lo que se proponía realizar. Otro, tal vez, hubiese advertido que tanta temeridad podía volverse en contra de quienes él pretendía favorecer. Y alguno, todavía, se detendría a pensar si no se trataba de un exceso de orgullo que podía conducir a estropearlo todo. Kume no pensaba nada de eso. Al contrario, se concentraba en los detalles prácticos de la acción. Parecía un niño a punto de jugar.

Por fin llegó la noche. Oscura para su suerte, y llena del canto de los insectos nocturnos. Una sola cosa quería Kume antes de emprender su camino hacia la fortaleza: agua. Quería beber agua... La vio rebalsarse de los cubos de madera que se pasaban los sideresios de mano en mano, y recordó que no había bebido desde la batalla. Lentamente se arrastró hasta el riachuelo. Las antorchas que rodeaban la fortaleza no alumbraban tan lejos, de modo que Kume no corrió demasiado riesgos en ese movimiento. Antes de llegar a la orilla escuchó el sonido de la corriente. Un montón de luciérnagas revoloteaban sobre el río. El husihuilke se bebió con gusto su última agua fresca. Después miró a su alrededor, todo estaba quieto y silencioso, y pensó que ya no había nada que esperar.

Las informaciones que traía consigo y las que había sumado a la vista del terreno, todas le latían en la cabeza: no debía olvidar ninguna si quería cumplir con su cometido. Durante la estadía en la Casa de las Estrellas los guerreros fueron aleccionados sobre las armas de los sideresios. Todo cuanto los Supremos Astrónomos lograron deducir les fue explicado con detalles. Les mostraron las armas que habían sido obtenidas en las primeras escaramuzas. Vieron y olieron el polvo gris que las alimentaba. Kume se había interesado más que ningún otro en el conocimiento de las armas enemigas, llegando a manifestar una admiración que molestó a sus hermanos. Molitzmós era el único que compartía el sentimiento y que, además, se abocó a aprender sobre ellas sin que el rencor lo turbara. Ése era el motivo que los había reunido en animadas conversaciones a orillas

del estanque de las cuales Kume recordaba ahora muchos datos valiosos. Claro que, entonces, nadie conocía la existencia de las grandes armas que los sideresios utilizaron en la batalla de las Colinas. Pero, según Kume alcanzó a entender apenas vio el modo en que destruían, el alimento que necesitaban era el mismo.

Kume había comprendido, mientras peleaba a la par de cualquier guerrero, que los sideresios volverían demasiado pronto. Era seguro que ellos preservaban en su fortaleza más de las grandes armas, y más del polvo que las alimentaba. En ese caso, la victoria de las Tierras Fértiles sería un breve sueño. En cambio, si él conseguía encontrar y destruir el depósito de polvo gris, las grandes armas quedarían inutilizables. Y entonces el Venado tendría el tiempo de fortalecerse de muchos modos antes de que los sideresios pudieran regresar. Tal vez Kume hubiese compartido su propósito con Molitzmós, pero había visto al Señor del Sol caer en la batalla. Y sabía que un intento de comunicárselo a otro, quienquiera que fuese, lo iba a dejar sin la única ventaja que tenía: el tiempo que necesitaban los enemigos para reorganizarse.

A salvo de la luminosidad de las antorchas que rodeaban la fortaleza, Kume reprodujo mentalmente los movimientos que estaba a punto de realizar. Lo hizo para asegurarse de que tenía tiempo suficiente, entre las señales de luz que intercambiaban los centinelas desde sus torres. Las torres de madera estaban ubicadas en ambos extremos, al frente de la fortaleza. Un vaivén de antorchas le indicaba a un centinela que el otro permanecía en su puesto, y que todo seguía en orden.

Kume se acercó lo más que pudo al centinela del extremo oeste. Ahora las cosas dependían de su puntería. Si no daba en el blanco, si le dejaba al sideresio suficiente vida para un grito, todo estaba perdido. La flecha y su veneno debían entrar bien hondo y en pleno corazón, de modo que la vida y la muerte no tuvieran distancia. El husihuilke estaba preparado. El centinela de los sideresios respondió a la señal establecida, después colgó la lámpara de un madero y se enderezó contra el paisaje oscuro. La flecha zumbó en su vuelo, y se ensartó en el pecho del sideresio con una precisión que hubiese podido pasar por misericordia. El trecho hasta la fortaleza había quedado, en esa zona, libre de vigilancia. Kume lo atravesó corriendo. Se encaramó a la empalizada, trepó por los maderos en cruz que sostenían la torre y, una vez arriba, se quedó esperando. La siguiente señal llegó a su tiempo. Kume tomó la antorcha y respondió que todo seguía en orden.

Lejos de haber quedado atrás, lo peor iba a empezar. En esa ocasión el husihuilke no dependía de su puntería, sino de que el destino quisiese lo mismo que él quería. Debía descender de la torre, buscar y encontrar el depósito donde los sideresios guardaban el polvo gris y recién entonces destruirlo por fuego. Para todo eso tenía un plazo muy breve. Porque esta vez no habría centinela que respondiera la señal, y la voz de alarma correría de inmediato.

Kume descendió. Desde el pie de la torre, recorrió con la vista el interior de la fortaleza iluminada con antorchas. Esa noche, el destino y Kume estuvieron de acuerdo. En el mismo costado que había elegido para entrar, porque en el opuesto se apiñaban los refugios de los hombres, había una construcción de piedra, baja y alargada. Demasiado baja para que en ella habitaran los hombres, de piedra para una buena protección, aislada para evitar riesgos y, sobre todo, custodiada. Kume no tenía dudas, ni tiempo para dudar. En caso de que los sideresios guardaran el polvo gris en aquel lugar, él haría su parte. De lo contrario, trataría de salir con vida.

Avanzó con cautela hasta la construcción de piedra. No faltaba demasiado para que el centinela de la torre del extremo este mandara su señal y, al no recibir respuesta, supiera que algo grave sucedía. Subió al techo con facilidad, apoyándose en las salientes de las piedras. Y saltó sobre el hombre que custodiaba la entrada y que, antes de alcanzar a entender, estaba muerto.

En ese momento Kume vio bambolearse la luz en lo alto de la torre. Miró hacia adentro. En la oscuridad alcanzó a distinguir un amontonamiento de bultos y sombras que ya no tenía tiempo de reconocer. Corrió hasta la antorcha más próxima y la arrancó de su sostén. Mientras regresaba, escuchó la voz de alerta repetida por toda la fortaleza. ¡Cuánto consuelo para Kume si hubiese sabido lo que estaba a punto de destruir! La mayor parte de la reserva de los sideresios estaba allí: pólvora, armas, perdigones...

Kume no contaba con tiempo para hacer un reconocimiento. Se adentró unos pasos en la construcción de piedra. A la luz del fuego que llevaba distinguió unos barriles, tiró sobre ellos la antorcha y salió corriendo. Él no pudo saber lo que los sideresios estaban perdiendo. Pero los sideresios no pudieron hacer nada frente a la explosión y el incendio que se llevaron todo.

Cuando ocurrió, Kume, que había buscado un resguardo en lo oscuro, vio la estampida de las rocas y un fuego que duraría vivo más tiempo que él. Todavía intentó pasar desapercibido en la confusión de hombres, órdenes y gritos

que colmaron el lugar para luego tratar de escapar. Desde su escondite, Kume veía a la jauría negra acercarse olfateando el piso. Intentó no oler a miedo, quiso no oler a husihuilke, y no fue posible. Los perros de Drimus fueron los primeros en descubrirlo. Y sólo la voz del Doctrinador consiguió detenerlos.

Kume peleó como diez pumas. Como cien, como mil pumas rodeado de hombres que tenían la orden de atraparlo vivo. Kume no conocía otro código de guerra que el de los husihuilkes. Por eso no pudo imaginar una muerte distinta a la que ellos darían a un enemigo. De poder imaginarlo, se hubiese quitado la vida antes de dejarse atrapar.

Ya tendido en el suelo y furiosamente golpeado, Drimus se le acercó y se hincó a su lado.

—¡Ay, bestezuela impura! Mis cachorros merecerían tener tu carne oscura para su cena —la voz estaba en calma—. Pero no podrá ser. Tu muerte te dejará intacto por fuera y perforado por dentro. Así tu triste ejército te verá, y reconocerá en ti su propia suerte.

Drimus tomó una mano de Kume y lo obligó a recorrer su joroba. Kume crispó el puño y quiso resistirse pero ya no le quedaban fuerzas.

—Siente esto, animalito —siguió diciendo el Doctrinador—. Acaricia esta mole de sabiduría, la que me distingue entre los mejores. Deseo que mueras sabiendo que este retraso que ocasionaste no torcerá el destino. Seremos los amos de este territorio, y cada husihuilke volverá a pagar lo que acabas de hacer.

—Apiñados como granos de arena, así debemos estar —recordó Kume.

A partir de ese momento no volvió a decir una palabra. Nada cuando lo desnudaron, nada cuando lo pusieron de rodillas, nada cuando el jorobado le prometió el peor tormento mojándole la cara con la cercanía de su boca.

Kume los miró preparar su muerte sin poder entenderla. Los enemigos afirmaban en la tierra un madero afilado en punta, y él se puso a recordar a los que amaba. Cuando la muerte le entró en el cuerpo, el grito de Kume golpeó contra el cielo.

Trece veces trece guerreros y siete más, había contado Cucub, eran los que se encontraban en condiciones de seguir hasta la fortaleza de los sideresios. Los demás estaban demasiado lastimados para eso. Ellos iban a regresar a la Casa de las Estrellas, en compañía de un grupo de hombres capaces de atenderlos y ayudarlos.

Molitzmós había salido de su sopor durante la tarde. Volvió en sí de pronto, con una exaltación imposible de

imaginar en un hombre que, instantes atrás, se estaba muriendo. Y en el breve tiempo que conservó la lucidez, no cesó de asegurar que cabalgaría junto a Dulkancellin. Todo sucedió muy rápido: despertó, apartó las mantas que lo cubrían, se puso de pie pidiendo los pormenores de la batalla y jurando realizar, esta vez, lo que su herida le había impedido. Quienes lo rodeaban no comprendían el sentido de tantos movimientos nerviosos hasta que, a gritos, reclamó el arma que no encontraba.

—Aquí la tienes —dijo Cucub—. Puedes estar tranquilo: tu cuchillo tomó su parte.

Molitzmós miró a Cucub con pupilas de fiebre. Seguía estando muy pálido y la transpiración le corría por la cara. De cualquier forma, el Señor del Sol no alcanzó, ni siquiera, a tomar su arma. Se quedó inmóvil, abriendo y cerrando los ojos. La imagen de Cucub con el brazo estirado, regresándole su cuchillo, se le nublaba. Intentó retenerla y no pudo. Quiso caminar y perdió el equilibrio. Dos hombres corrieron a impedirle la caída y lo depositaron en el suelo. Cuando Dulkancellin y Hoh-Quiú llegaron a verlo, Molitzmós estaba de nuevo en su sopor. Kupuka supuso que la repentina mejoría de Molitzmós era la despedida de su espíritu. Sin embargo, en esta ocasión, el Brujo de la Tierra se equivocaba. Molitzmós no se fue más allá de su sueño.

—Deberías volver a Beleram con los heridos —dijo Dulkancellin.

—Tú eres quien debería hacerlo —respondió Kupuka.

El Brujo de la Tierra parecía imprescindible en ambos lados.

—Puedo guiarlos rápidamente a la fortaleza—dijo Kupuka—. Y en cuanto a los heridos... Los que lleguen estarán en las buenas manos de Zabalkán; los demás no llegaran de ningún modo.

Cuando el ejército de la Tierras Fértiles se separó, todavía no empezaba a abrirse el amanecer del día siguiente a la batalla. La caravana que viajaba al sur se fue con paso lento, cargada con el costo de la victoria. Los guerreros que siguieron hacia la fortaleza de los sideresios marcharon muy bien armados y montados a lomo de animal, a pesar de que varios tuvieron que hacerse jinetes en el trayecto.

—Espíritu-del-Viento no es Atardecido —le dijo Cucub a Dulkancellin—. Procura entenderte con él. Por mi parte, aprovecharé el viaje para pensar el nombre de éste que he elegido.

Kupuka, Hoh-Quiú y Dulkancellin cabalgaron adelante. Thungür y Cucub procuraban mantenerse cerca de ellos. Como si creyeran que sus miradas, puestas siempre sobre Dulkancellin, pudieran ayudar a sostenerlo. El guerrero

empeoraba. A pesar de los cuidados de Kupuka, la descomposición de las heridas se extendía y la fiebre ya casi no lo abandonaba. Dulkancellin cabalgaba hacia la fortaleza junto a los demás guerreros, y no hubiera habido fuerza de la tierra o de los cielos capaz de convencerlo de lo contrario. Porque Dulkancellin era uno que había nacido donde debieron nacer diez. Todos lo sabían, y por eso nadie intentó persuadirlo de regresar. Nadie, salvo Kupuka que tuvo que conformarse con ir a su lado y aliviarle el dolor. Para peor el husihuilke no había podido dormir en toda la noche. El insomnio de la enfermedad se le hizo largo y lleno de la ausencia de Kume. ¿Dónde estaría? ¿Qué motivos tendría su desaparición? El padre no podía imaginar que durante su vigilia, Kume estaba intentando una proeza. Después no quiso saber si lo había hecho por orgullo, por bravura o por tristeza.

El tiempo de viaje que Kupuka había estimado para llegar de a pie a la fortaleza se acortó mucho cabalgando. Todavía quedaban varias horas de luz cuando Dulkancellin detuvo el avance de sus hombres. Desde la distancia a la que se hallaban, podían reconocerse los signos del abandono. La fortaleza de los sideresios era una soledad que se incendiaba. A la vista de eso los guerreros avanzaron sin demasiada cautela. Y tal cual lo presagiaba el silencio, nadie intentó detenerlos.

La empalizada estaba arrasada en varias partes y por un costado la envolvían las llamas. Dulkancellin y Hoh-Quíu entraron primero: rocas desparramadas por el suelo, fuegos, desperdicios, rastros de una desbandada reciente. Y en medio de la desolación, el cuerpo de Kume atravesado por un madero.

Después de Kume, del orgullo, de la bravura, de la tristeza de Kume, todo había cambiado para los sideresios.

La certeza de vencer, el regocijo de estar esperando una venganza segura, el delirio de ofrecer a Misáianes un puñado de su nueva tierra se habían transformado en una gran hoguera. Sin la protección de la pólvora, los planes de Leogrós se cayeron a pedazos y su verdadero ejército salió a la luz: un desorden de miserables llenos de miedo que le reclamaban la huida. Es verdad que el suplicio de Kume había servido para disimular la indignidad de sus naturalezas. Por obra y gracia de la ferocidad, volvieron a parecer temibles. Pero la apariencia no les duró demasiado. Enseguida regresaron a los ruegos que, de no ser atendidos, se transformarían en exigencias. Leogrós sabía que no había otra posibilidad que hacer lo que pedían. Era imposible revertir esa guerra con las pocas armas que pudieron salvar;

ni siquiera pensar en resistir hasta tanto llegara una nueva flota. No había promesa de riquezas o poderes que alcanzara para sobornar el miedo de su ejército.

—Tampoco puedo pensar en regresar con esta derrota —murmuró Leogrós.

Drimus lo escuchaba con los labios caídos y los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Qué haremos? —repetía el Doctrinador—. ¿Qué haremos?

—Por lo pronto, irnos de aquí —respondió Leogrós—. Pero no tan lejos como ellos supondrán que lo hemos hecho. Ni tan lejos, ni por tanto tiempo.

Cuando Leogrós dio orden de preparar la partida, estaba terminando la mañana del día siguiente a la batalla. Los sideresios se apuraron a realizar las tareas inevitables para poder emprender el viaje: rescatar y movilizar hasta la playa lo que era de provecho, destruir lo que no podían llevarse y aprovisionar las naves con suficiente agua. Drimus en persona besó la frente de los heridos, y a cada uno le susurró que no había más remedio, que supieran morir enalteciendo al Amo. Cuando todo estuvo listo, acababa de transcurrir una mitad de la tarde.

Así emprendieron los sideresios el regreso a sus naves. Las criaturas que los vieron marchar contaron que, a cada paso, volvían hacia atrás la mirada.

El cuerpo oscuro de Kume se había quedado detenido en una contorsión de dolor. El cuerpo oscuro y desnudo conservaba, todavía, su parentesco con la belleza. La gente de las Tierras Fértiles no podía mantener los ojos puestos en esa muerte; y menos que nadie, los guerreros del sur de Los Confines. Un guerrero mataba a un guerrero y la honra se repartía entre ambos. Lo que Kume había sufrido no era muerte. Tenía nombres de vergüenza que un guerrero temía cargar a la eternidad.

Kupuka fue hasta el origen del fuego, donde encontró rastros que lo ayudaron a suponer algo semejante a la verdad de lo que había ocurrido. De regreso habló brevemente con Dulkancellin. Dulkancellin lo escuchó, y se volvió hacia los hombres:

—Este guerrero ha muerto en la batalla y nadie dirá algo distinto. Este que se llamó Kume, hijo de Dulkancellin, murió peleando. Y nadie dirá nunca algo distinto.

El husihuilke giró hacia el lado del mar, y azuzó a Espíritu-del-Viento. El animal arrancó al galope, pasó sobre la valla derrumbada y continuó hacia el Yentru.

Todos siguieron a Dulkancellin. Y aunque muchos pudieron acercarse, no hubo quien llegara a la playa antes

que él. También en la costa del Yentru había fuegos, como la última señal de Kume para guiar al padre hasta el sitio preciso en que los sideresios se hacían al mar.

Los sideresios habían incendiado las naves inútiles, y esas grandes hogueras le indicaron a Dulkancellin el punto de la costa donde lo que quedaba de la flota enemiga empezaba a alejarse. Espíritu-del-Viento pasó sobre la arena como la sombra de un pájaro en dirección a la huida que ya era inalcanzable. Dulkancellin no llevaba fiebre ni heridas porque había dejado de ser un hombre para ser una furia. Dulkancellin era una furia que quería alcanzar a los sideresios. Pero cuando logró llegar las naves negras estaban demasiado lejos para cualquier arquero. Dulkancellin gritó palabras irreconocibles mientras cabalgaba mar adentro, soñando que no habría distancia capaz de salvarlos.

Uno respondió a su llamado. Desde las naves, Leogrós regresaba en un bote. Traía en el rostro la misma expresión conque había observado la batalla.

Todo lo que ocurrió después fue ávidamente vigilado por Drimus. El jorobado asomaba su cofia y sus ojos. El resto: su risa jadeada, su cuerpo encogido y su pataleo de gozo quedaban ocultos tras un mástil de la nave.

El guerrero husihuilke esperaba, empujando la orilla con las patas de Espíritu-de-Viento. El conductor del ejército sideresio se estaba acercando. El que habría dado la orden de tormento para Kume estaba frente a él, envuelto en un viento que le enroscaba la capa alrededor del cuerpo. Cuando alcanzó la distancia apropiada, Leogrós abrió su capa. Traía un arma en las manos. El guerrero tensó el arco. La flecha y el fuego se cruzaron. El fuego se llevó por delante la vida del guerrero, y la flecha se perdió en el mar. Dulkancellin sintió entrarle un dolor por el pecho y supo que ya estaba en territorio de la muerte. La figura de Leogrós oscilaba y se oscurecía frente a sus ojos. ¿Era Shampalwe la que desgranaba maíz? Sí, era Shampalwe que danzaba de trenzas recogidas en un adorno de caracoles, el día en que empezó el amor. Todavía, antes de que la muerte acabara de cerrar la puerta, tuvo tiempo el más grande guerrero de Los Confines de mirar el mar y creer que era el Lalafke. Tuvo tiempo de mirar el cielo y confundirlo con su bosque en invierno. En el último instante que le correspondía, aprendió de su hermano Cucub y se puso a soñar para siempre.

Los que después cantaron estos hechos dijeron que la flecha había atravesado el Yentru hasta las Tierras Antiguas, y se había clavado en la risa de Misáianes. Pero los hombres que estuvieron allí dijeron que la flecha se había perdido en

el mar. Ellos contaron, también, el llanto de niño de Cucub, aferrado al que ya no estaba. El silencio de Thungür, y la plegaria de Kupuka.

La cofradía del Aire Libre

Cucub metió los dedos en la vasija y se los llevó a la boca chorreando miel.

—¿Y...?—preguntó Kuy-Kuyen—. ¿Ha regresado?

El zitzahay frunció el ceño. No, el viejo sabor de la miel de caña no estaba allí. Claro que había un buen sabor dentro de esa vasija. Bueno, pero distinto.

—Tendremos que aceptarlo —dijo Cucub—. Nada volverá a ser igual que antes. Recuerdo muy bien las palabras de Dulkancellin: "El tiempo que conocimos y amamos se ha ido para siempre."

La mención del nombre de su padre entristeció a Kuy-Kuyen y aunque Cucub lo notó enseguida, no buscó cambiar de asunto.

—Este mercado es un buen ejemplo. Podría pasar por ser el mismo. Pero quienes crecimos entre estos despachos, sabemos que no es así.

De a poco, Beleram retornaba a sus hábitos. La gente se reunía en grupos numerosos y emprendía el camino hacia sus aldeas hablando, nuevamente, de siembras y cosechas. Y el mercado, aunque todavía mermado en variedades, abría a su hora.

También la Casa de las Estrellas empezaba a desocuparse. La primera orden que dio Bor a los sirvientes fue la de devolver su esplendor a las salas que iban quedando vacías. Lujos que los tiempos habían dejado relegados. Lo mismo se preocupaba de las salas que de los patios y los miradores. "Como si quisiera borrarlo todo", pensaba Kupuka viéndolo correr tras los tapices y las estatuas.

El Brujo de la Tierra se había trazado otras metas que a su parecer eran mucho más urgentes. La guerra había disminuido el número de varones jóvenes. Y eso sí era cosa que debía empezar a repararse. No había familia que Kupuka dejara partir sin atosigar de recomendaciones:

—Vuelvan a la aldea. Siembren su maíz, acostúmbrense a los animales con cabellera. Y sobre todo, recuerden que necesitamos nacimientos.

¡Necesitamos nacimientos! Por todos lados y a cada momento se escuchaba sonar la recomendación de Kupuka. Pero no conforme con esto, el Brujo de la Tierra conducía a los guerreros ante la presencia de las viudas:

—¡Mira qué hermosa es! Pregúntale su nombre, y llévala contigo a la selva. ¡Y recuerden!, la sombra del copal es

propicia para concebir varones.

Los Señores del Sol no se unían a mujeres de otros pueblos. Hoh-Quiú reafirmó la prohibición, y fue implacable para castigar las transgresiones. En este aspecto Bor parecía estar de acuerdo con el príncipe.

—¿Qué serán esos hijos? —se lamentaba—. ¿Serán zitzahay o husihuilkes?

—Serán hombres —le respondía Zabrankán. Y una vez agregó: Sin duda, más altos que nosotros dos.

El pueblo zitzahay abandonó la Casa de las Estrellas. Los extranjeros, en cambio, permanecieron durante varias lunas.

Se acercaba la fiesta del oacal. Antes de eso, debía celebrarse la última jornada de un concilio que había comenzado preguntándose: ¿Quiénes son los que llegan? Y acababa preguntándose: ¿Cómo nos prepararemos para esperar su regreso?

—Les diré lo que harán —dijo Kupuka tomando a Kuy-Kuyen de una trenza y a Cucub de una mano—. Mientras nosotros nos ocupamos de los tiempos venideros, ustedes se ocuparán de este día. Ya que Thungür ha consentido la realización de la boda, tú, pequeña, esmérate en componer tus brazaletes y tus sandalias. Y tú, Cucub, encárgate de que no falte de beber y de comer porque nadie más estará atento a eso.

Y como Kupuka entendió lo que los dos pensaban, agregó:

—Y no crean que haciéndolo estarán traicionando a los muertos o abandonando a los vivos —Kupuka apretó entre sus manos la cara de Kuy-Kuyen—. Esta sonrisa viene del sol. Sigue sonriendo, Kuy-Kuyen. Sonríe contra toda la sombra que ha quedado entre nosotros.

Ese día, y un rato después de que los tres abandonaran el patio, Molitzmós anduvo por allí. Durante su mejoría, aquel trance de despertar bruscamente y bruscamente regresar al sopor se le había repetido a menudo. Molitzmós, que recién abandonaba los cuidados de la recuperación, caminó lentamente alrededor del estanque. Le quedaba un temblor que cada tanto lo sacudía de pies a cabeza, y una lejana somnolencia. A veces, en sus repentinos despertares, había llegado a temer que la planta actuara más allá de lo previsto y lo dejara en un sueño sin regreso. Afortunadamente, la mezcla de flores y raíces fue precisa. La había ingerido un poco antes de comenzar la batalla para procurarse el letargo que tanto extrañó a Kupuka. Y si hubo un exceso de dormitivos, sirvió para aligerarle el sentimiento de enterrarse su propio cuchillo.

La medicina y la herida. Molitzmós había hecho ambas

cosas con el fin de evitarse luchar contra los sideresios. Ahora, de ser posible, volvería a hacerlo; pero esta vez para librarse del momento de reconocer y saludar a Hoh-Quiú.

Sin embargo él sabía que ya no podía demorar la humillante obligación. Y para tener el ánimo de soportarla se puso a pensar que posiblemente todo lo ocurrido sirviese a sus fines. La retirada de los sideresios lo colocaba en un buen lugar. Molitzmós del Sol se había transformado en la vanguardia de Misáianes, y estaba seguro de que muy pronto volvería a saber del Amo de las Tierras Antiguas. Mientras esperaba ese momento, Molitzmós persistiría en lo que era importante. Una grieta cada vez más irreparable. Allí era donde debía persistir.

El mejor lugar donde continuar su tarea lo encontraba en Bor. El espíritu del Supremo Astrónomo era un territorio favorable a la maleza; bueno para la siembra que Misáianes le había encomendado. Las diarias visitas que Bor le había hecho en el curso de su mejoría, buscando alguien que calificara de justas sus pretensiones, le indicaban a Molitzmós que estaba en lo cierto. Los Supremos Astrónomos ya estaban enfrentados. No podía haber un mejor comienzo.

La magia separada de las criaturas era el inicio del nuevo mandato en el que Molitzmós y su Casa serían enaltecidos.

Zabralkán y Bor se sostenían la mirada. Bor había reclamado aquella audiencia de manera urgente. "Y en soledad", había remarcado.

En pocos días más tendría lugar la última jornada del concilio. Zabralkán conocía que lo que estaba a punto de oír tenía mucho que ver con eso, y que no era lo menos importante. Bor había obrado con grandeza en apoyo de las Tierras Fértiles. Pero siempre desde una prescindencia final, como de quien repara lo que puede de un mal ajeno.

—Muy bien, las criaturas han hecho todo lo que les era posible. Y es necesario admitir su coraje y celebrar su victoria.

Las primeras palabras de Bor habían sido minuciosamente pensadas, y así sonaron. Después, y a medida que el Astrónomo se acercaba a la verdad de lo que quería decir, su discurso fue perdiendo compostura.

—Victoria que, sabemos, será muy breve. Las criaturas no resistirán otra embestida de Misáianes que, para más, vendrá fortalecida en muchas maneras.

Zabralkán asentía con la cabeza, reforzando el ímpetu de Bor.

—Somos la Magia... Somos la Magia de este lado del mar. La Cofradía del Recinto y la Cofradía del Aire Libre nacieron de una misma luz allá en las Tierras Antiguas.

Cuando ambas consigan elevarse por sobre las criaturas se encontrarán en los cielos, y allí se entenderán.

Zabralkán dejó de asentir.

—Ellos y nosotros reunimos toda la Sabiduría —continuó Bor—. Podemos y debemos entendernos en nuestro territorio de estrellas. No somos un níspero, ni una iguana; ni siquiera un hombre. No busquemos aliarnos con ellos, sino con nuestros pares. La alianza de las Cofradías es la única fuerza ante la cual todos, hasta el mismo Misáianes, se doblegarán.

Zabralkán escuchaba con los ojos cerrados.

—¿Amamos a las criaturas? —Bor exasperó el tono, intentando traerlo de regreso—. Entonces hay dos posibilidades: regresar al sitio que nunca debimos abandonar para alumbrarlas y protegerlas desde allí. O desaparecer con ellas.

Zabralkán abrió despacio los ojos. Más despacio aún se alzó de su asiento. Dudó un largo momento entre hablar y no hablar. Y al fin, se marchó sin decir nada.

El cuerno sonó en llamadas de igual duración avisando que comenzaba la jornada. Ni la sala era la misma, ni eran siete los que iban a deliberar. De aquellos que fueron faltaban cuatro. Dulkancellin, Elek de la Estirpe y el Pastor habían muerto en la batalla. Nakín continuaba encerrada en su memoria, ya casi transformada, por dentro y por fuera, en una delgada corteza grabada con signos del pasado. Pero en el lugar de los ausentes llegaron otros.

El concilio se sentó en ruedas concéntricas alrededor de la Piedra Alba. Zabralkán, Bor, Kupuka y Hoh-Quí formaban el círculo central. En los restantes, se distribuía gente de todos los pueblos que había sido designada por los suyos para estar presente. Zabralkán extendió una mano, y los murmullos se apagaron.

—Iniciamos —dijo el Supremo Astrónomo.

El anciano hizo una pausa en la que nadie intentó tomar la palabra. Ninguno hubiera querido hacerlo antes de que él lo hiciera.

—¿Quién desconoce que nuestra victoria, sin menoscabo de su grandeza, no es definitiva? Si así fuese, celebraríamos en abundancia; y cada cual a su tierra. Sin embargo seguimos aquí, casi tan apenados como antes. Una voz no poco sabia dijo que Misáianes regresará fortalecido en muchas maneras, y que las criaturas no podrán resistir esta nueva embestida.

Bor comenzaba a entrever buenos indicios. Era posible que el silencio de Zabralkán, unos días atrás, hubiese sido el intento de tomar una decisión que luego los astros acabaron

de afianzar. Era posible que, por fin, Zabrankán hubiese entendido.

—¿Cuánto tiempo tardará Misáianes en regresar? — Zabrankán quería alguna respuesta.

—No será demasiado —dijo Kupuka.

—Lo esperaremos con un gran ejército —dijo Hoh-Quiú.

—No será suficiente —volvió a decir el Brujo de la Tierra.

Bastaba con recordar las desgracias que Misáianes había enviado delante de sus naves, muchas de las cuales permanecían entre ellos, para que todos comprendieran el alcance de esta afirmación.

—Has dicho muy bien, hermano Kupuka —dijo Zabrankán—. Un ejército no será suficiente. ¿Acordamos en eso?

Todos tenían frente a sí el costo de la victoria. Bastaba con eso. Y con recordar los heroísmos de algunos y los prodigios de otros, para no vacilar en la respuesta.

—Acordamos —dijo Hoh-Quiú, primero que nadie.

—Acordamos —dijeron las voces de la Estirpe.

—Acordamos —dijeron los husihuilkes.

—Acordamos —dijeron los zitzahay.

—Acordamos —dijeron los astrónomos menores.

¿Cómo nos fortaleceremos en espera del día que llegará? Zabrankán pidió que cada uno diera a conocer sus convicciones sobre lo que creía necesario realizar, en lo grande y en lo pequeño; y de cada uno se oyeron palabras sensatas que provenían de sus hábitos y sus naturalezas.

—Cuanto hemos oído decir a nuestros hermanos es bueno y necesario —exclamó Zabrankán—. Y si imaginamos todas esas acciones entrelazadas, vemos un gran muro de piedra en torno a nosotros que, nadie lo dude, nos servirá de protección. Levantarlo será el arduo trabajo que emprenderemos de aquí en adelante. Sin embargo, antes de tomar las cargas y separarnos, asegurémonos de recordar lo primordial. Porque cada vez que lo recordamos, lo conocemos mejor.

Zabrankán elevó ambos brazos en dirección a Bor que, hasta entonces, se había mantenido en silencio. Y cuando todos empezaban a preguntarse por el significado de ese gesto, el anciano Astrónomo pidió a su par que les expresara dónde residía, a su entender, la verdadera fuerza contra Misáianes.

Bor palideció. ¿Acaso Zabrankán pretendía que aquellos comprendieran las hebras de un reencuentro con la Cofradía del Recinto? Molitzmós podría hacerlo, dotado como estaba de un entendimiento que rebasaba su propia condición de simple criatura. Pero, ¿cómo podrían entender-

lo los guerreros del sur y su hechicero?, ¿cómo lo entenderían los artesanos zitzahay, o los jóvenes pescadores de la Estirpe?

—Hablares mejor por boca de Zabalkán —dijo Bor.

Lo que sucedió en ese momento, y que muy pocos notaron, fue un juego de fuerzas entre los Supremos Astrónomos. Una guerra íntima en la que Zabalkán le demandó a Bor que eligiera su sitio y lo defendiera; que tomara posición frente a todos y ponderara, en alta voz, el lugar que reclamaba para la magia: cerca de las estrellas y lejos de las criaturas. Ante la exigencia, Bor pareció ceder y elegir un sitio junto a ellos.

—Digo que lo que Zabalkán diga son mis propias palabras, pero mejor pronunciadas —repitió Bor, como si ya no pensara como horas atrás lo hacía.

Zabalkán supo que no era ése el momento de enfrentarse con Bor. Tal vez su hermano aún tuviera regreso.

—Me honras —dijo el Astrónomo anciano—. Pero digo que, mejor que ninguno, Kupuka nos hablará sobre lo que es primordial. Tú, hermano Bor, dijiste: "Hablares mejor por boca de Zabalkán". Yo digo que hablares mejor por boca de Kupuka.

Igual que Bor, el Brujo de la Tierra había permanecido callado. Pero el artificio de Zabalkán poco tenía que ver con eso, y mucho con mostrarle a Bor el largo trecho de soberbia que debía desandar.

Kupuka, descalzo y con olor a madriguera, empezó riendo. Sentado junto al esplendor de dos Astrónomos y un príncipe, el Brujo parecía, más que nunca, de barro.

—Zabalkán, que es anciano al lado de cualquiera, no lo es a mi lado. Sin embargo, ha sido más astuto. Me arrebató la calma y me paró sobre brasas. "Habla sobre lo primordial..." — el tono de Kupuka le quitaba toda seriedad a su queja —. Pero Zabalkán es un buen hermano y me allanó el camino. Ahora yo solamente deberé repetir lo que él mismo ha dicho con toda claridad. Zabalkán dijo: "Hablares mejor por boca de Kupuka". Eso es lo primordial.

Los que entendieron el camino que tomaba el Brujo empezaron a sonreír.

—"Hablares mejor por boca de Kupuka" es como decir que un Astrónomo de la Comarca Aislada no es mejor que un Brujo de Los Confines. Y aquí yo comienzo a repetir: un Brujo de Los Confines no es más ni es menos que un nogal; un nacimiento humano no es más ni es menos que una floración, un Astrónomo escrutando las estrellas no es más ni es menos que un pez desovando. El cazador no es

más ni es menos que la presa que necesita para vivir; un hombre no es más ni es menos que el maíz que lo alimenta. Esto es lo que Zabrankán dijo; y es lo primordial. La Creación es una urdimbre perfecta. Todo en ella tiene su proporción y su correspondencia. Todo está hilado con todo en una trama infinita que no podrían reproducir ni mis amadas tejedoras del sur. Pobres de nosotros si olvidamos que somos un telar. Y que no importa dónde se corte el hilo, de allí Misáianes comenzará a tirar hasta deshacer el paisaje.

Kupuka sacó una raíz de su morral, y se puso a morderla indicando que había terminado. Cucub era el rostro de la vida, mirando al anciano desde uno de los círculos mayores. Molitzmós era el rostro de la muerte, metido en lo peor de sus propósitos.

—Ahora nos corresponde a los largamente astutos repetir lo que han dicho los largamente ancianos —dijo Zabrankán, hablando al modo de Kupuka.

Las sonrisas volvieron a aparecer. El Supremo Astrónomo advirtió que se había confundido de espíritu, y volvió a la solemnidad que conocía.

Frente a frente, con un círculo de por medio, Bor y Molitzmós pudieron espiarse las reacciones. Cada nueva debilidad de Zabrankán profundizaba la convicción que compartían.

—Porque... ¿podríamos poner la magia por sobre las criaturas, o al revés? —continuó Zabrankán—. ¿Podríamos poner más alto el día que la noche? ¿No necesitan uno del otro para existir? Kupuka nos recordó que la Creación es una urdimbre de hilos indispensables. Y bien, es atributo de la Magia ver y comprender esas correspondencias. Esa, y no otra, es su sabiduría, hecha de las materias de la tierra. Tal vez la Magia pueda comprender cómo se corresponden la lombriz y la montaña, dónde se buscan y dónde se resisten. Pero para eso debe preguntarle a la montaña y a la lombriz. Sí un día lo olvidamos, la sabiduría será soberbia; y lo mismo que nos sirve como medicina, será ponzoña.

Mucho después, cuando hasta el último detalle de los trabajos estuvo previsto, los círculos se deshicieron. Zabrankán buscó a Bor, y lo apartó de los demás.

—Es posible que éste que tengo enfrente sea Bor, mi hermano. Pero mientras me aseguro, estaré atento.

Por un momento, Bor sintió que la dura amonestación de Zabrankán lo traía de regreso, y quiso aceptarla. Pero desde un rincón de la misma sala, lo tironeaban Molitzmós y sus susurros.

Siete días completos duraron las celebraciones del Oacal. Las procesiones cruzaban Beleram hasta la explanada de la Casa de las Estrellas. Músicos y ofrendadores, bailarines y malabaristas. Hombres que sostenían cañas del ancho de la avenida atiborradas de tórtolas, palomas, papagayos, búhos y cernícalos que con frecuencia abandonaban la caña para ir a posarse en los hombros o la cabeza de sus portadores. Y cuando las procesiones llegaban a la Casa de las Estrellas, los Supremos Astrónomos salían a celebrar la ceremonia con ropas de oro.

Pero ya todo eso había terminado y el pueblo de Beleram se reunía en el mercado para su mejor parte. La bebida del oacal pasaba sin parar de las tinajas grandes a las pequeñas. Se atragantaban los hombres, se les corría el agua dulce por las comisuras. Había puestos que vendían ciruelas cubiertas con miel, puestos donde se apilaban panes y tortillas. En los braseros se mantenían calientes las carnes de ave cocidas con cardos y puerros, y el guiso de pescado.

Y era comer hasta hartarse. Y beber hasta que les llegaba primero la risa, y después los tumbos y el sueño del oacal. Aquel año, la celebración fue exasperada. Amaneciendo, podían verse cientos que dormían donde ya no pudieron mantenerse en pie. Los braseros se apagaron. Y en el fondo de las vasijas, se enfriaron los guisos sin jugo.

Un poco más tarde los puesteros despertaron. Era hora de limpiar los desperdicios en los alrededores de su fuego y preparar comidas para el día que comenzaba. Kupuka, entusiasta bebedor de oacal, había acabado durmiendo a la intemperie entre otros muchos roncadore. El Brujo se despertó con los trajines de la limpieza y los nuevos buenos olores. Y cuando decidía quedarse, tirado de cara al sol, hasta que se le aligeraran las molestias de la borrachera, recordó el casamiento de Kuy-Kuyen y se marchó apurado.

Mucho más apurado que él, sin oacal y sin boda, Hoh-Quiú abandonó Beleram.

—He permanecido demasiado tiempo lejos de mi país — dijo el príncipe—. Y allá seguirán zumbando los enemigos de todos los días. ¡Qué insignificantes parecen al lado del que enfrentamos! Y sin embargo, habrá que regresar a ocuparse de sus pobres intrigas.

Molitzmós había aprendido a sacarle provecho a esos

desplantes que Hoh-Quiú repetía a menudo. Gracias a ellos se convencía de la justicia de su odio. Y el príncipe no los escatimaba. Más bien los recrudecía ante la presencia de Molitzmós, sin saber que echaba alimento a las razones de su enemigo.

"Extrañas criaturas son los hombres", pensaba Zabwalkán escuchando a Hoh-Quiú. "Aunque el cauce grande los amenace de naufragio, ellos parecen entristecer un poco cuando la vida vuelve a su cauce ordinario".

Molitzmós esperó a que el príncipe terminara. Luego se acercó a él y solicitó permiso para permanecer algunos días más en Beleram. Se excusó con la boda de Cucub, al que llamó su hermano, y con la persistencia de un malestar que le dificultaría el viaje.

—Puedes hacerlo —dijo el príncipe—. Pero elige un animal veloz, y alcánzanos antes de las Colinas del Límite.

Cargados con obsequios, provisiones en abundancia, y varios de los mejores animales con cabellera para que se multiplicaran del otro lado de las Colinas, los Señores del Sol fueron los primeros extranjeros que abandonaron Beleram.

Desposar a Kuy-Kuyen era una buena razón para cantar. Así que Cucub estuvo dándole vueltas a su canción durante toda la mañana. "Crucé al otro miedo..." El inicio no era apropiado para la ocasión. "Pedí permiso al río..." Eso sí estaba bien, porque le recordaba la ceremonia en la que debió pedir el consentimiento de Thungür para la boda.

Más temprano, Kuy-Kuyen le había preguntado cuándo tendría ella su propia canción.

—Ya serás suficientemente zitzahay como para encontrarla —había respondido Cucub—. Y es posible que para entonces yo sea tan husihuilke que haya olvidado la mía.

"Crucé al otro lejos..." Cucub seguía cantando mientras esperaba la hora precisa. Cantaba y repasaba su aspecto. Al baño en el río, le había agregado ese día una larga permanencia cerca de un fuego encendido con ramas del copal aromático. Se ahumó él, y ahumó su ropa antes de colocársela. Cucub desechó algunas prendas, demasiado gastadas. Pero agregó otras tantas. El resultado fue el mismo desorden de texturas y colores superpuestos. Y sobre su atuendo de boda, todo lo que siempre acostumbraba cargar: cintos, dardos, su flauta y su cerbatana, puntas de piedra, plumas y semillas. —Canta el amor —dijo Molitzmós a sus espaldas. Cucub se enojó de sólo oírlo y no tuvo ganas de disimular:

—Y el desamor se esconde para escuchar.

El Señor del Sol se rió a carcajadas.

—Me quedo acompañando tu boda, ¡Y mira cómo me

tratas! —dijo Molitzmós—. Te busqué para obsequiarte el cuchillo que tanto bien hizo en la batalla de las Colinas.

Cucub no extendía la mano.

—Acéptalo —insistió Molitzmós—. No puedes desairar un regalo de boda sin tener una razón de importancia. ¿La tienes, acaso?

Cucub no respondió, pero aceptó el cuchillo con una inclinación de cabeza.

—He oído que partirás con los husihuilkes —dijo Molitzmós.

—Así es. Me iré con Kuy-Kuyen. Y cuidaré de la familia de Dulkancellin tal como se lo prometí.

—¡Qué bien! —Molitzmós sonrió por dentro y por fuera—. ¿Entonces Thungür perderá el mando de la casa?

—Thungür y otros cuantos se quedarán aquí, en Beleram. Hace falta quienes transformen a los zitzahay en buenos guerreros.

La conversación no tenía cómo prolongarse.

—Te saludo —dijo Molitzmós, yéndose. Pero dio media vuelta: Una cosa más. Un día llegaré a Los Confines y golpearé la puerta de tu casa.

Cucub reconoció la amenaza, mal disfrazada de cortesía.

—Es posible que cuando llegues Cucub tenga ya muchos hijos que salgan a recibirte.

La boda tuvo sus manjares, su música y sus vasijas desbordadas de oacal. En el centro de una rueda, Cucub danzaba. Y hablaba y hablaba, aunque su lengua no se dejaba manejar con facilidad:

—Mi Kuy-Kuyen es bella como la luna del verano como nadie jamás ha visto y mírenla de brazaletes que ella misma tejió con flores para que ustedes coman y beban por Cucub que me llevaré esta mujer a Los Confines... y diga alguien si ha visto otra tan bella y que me digan qué endulza más la noche de un hombre si Kuy-Kuyen o el agua de oacal. Beban conmigo porque soy Cucub y feliz y estoy vaciando este jarro por mi hermano guerrero que yo sé que está aquí. Bailo... baila. Mastica baila y dime si mi Kuy-Kuyen no es bella como la luna y sírveme agüita de oacal. Baila Kupuka y bebe conmigo que nosotros dos sabemos que él está aquí mirando el desposorio y será que la muerte le dio el permiso. Mira a tu hija Dulkancellin y bebe por ella... Ven que te sirvo agua de oacal ¿Qué dices Kupuka? Si puede llorar también puede beber y ya que has venido a nuestra boda Dulkancellin te vuelvo a prometer por toda tu sangre... Dime hermano ¿hay mujer tan bella como tu Kuy-Kuyen? Y bebe bebe bebe... que mientras estemos bebiendo tendrás buena excusa para quedarte con nosotros.

Cucub terminó su danza por el suelo y se quedó dormido de oacal hasta el amanecer. Sin duda, algunos lo habrían trasladado desde el patio de la Casa de las Estrellas hasta su hamaca en la selva, porque allí despertó. Solamente su esposa estaba con él, y comía ciruelas. Kuy-Kuyen lo vio despertar y le ofreció un puñado. Crujió un poco la piel de la fruta cuando Cucub mordió. Se le escurrió la dulzura entre los dedos.

La Estirpe había quedado transformada en un pueblo sin ancianos. A pesar de eso se dispuso que también ellos regresaran a sus aldeas y a sus costumbres del mar. A ellos les correspondía sostener la herencia de los bóreos en la hechura de barcas y en la pericia para navegarías. La Estirpe recibió en custodia las costas del Yentru y sus mareas. Pero eran muy jóvenes. Estaban deseosos de excederse en el cumplimiento de las órdenes. "Para disputarle el mar a Misáianes hará falta algo más que navegaciones costeras". Sus ancianos se habían conformado con construir barcas que recorrieran la costa comerciando entre Beleram y las aldeas de la Comarca Aislada. Ahora, ellos soñaban con llegar hasta el sitio en el que se unían el Yentru y el Lalafke. "Llegaremos navegando a Los Confines," "Llegaremos por mar a la casa de Cucub".

Nakín de los Búhos había terminado de regresar al Tiempo Mágico. Zabralkán la asistió, con medicinas y palabras, en todo lo que duró el doloroso trance de ir languideciendo por propia voluntad. Al día siguiente de la boda, algunos la sintieron atravesar los corredores como si un viento anduviera por la Casa de las Estrellas. Después, nadie supo más... Ya estaría Nakín del otro lado del tiempo, recuperando el color de sus mejillas. Y para siempre, ensimismada en su memoria.

Molitzmós, en cambio, partió de improviso. Únicamente se despidió de Zabralkán. En cuanto a Bor... Pronto volvería a verlo. Ellos habían conseguido hablar a solas en una oportunidad. Suficiente para hacerles comprender que se necesitaban y que, por el bien de ambos y de todos, debían mantenerse comunicados. Molitzmós se dio vuelta a mirar las antorchas de nuevo encendidas en la Casa de las Estrellas. Después galopó toda la noche para alcanzar a los Señores del Sol cerca de las Colinas del Límite.

También los husihuilkes abandonaban Beleram. Tenían por delante toda una lejanía y un desierto que, además de sus rigores naturales, guardaba la amenaza de los Pastores. Parecía poco probable que los Pastores del Desierto intentaran atacarlos. Sin embargo, como regresaban muy disminuidos en número, los guerreros del sur se prepararon

fuertemente para el viaje.

Muchos de los que no volvían eran muertos de la guerra, sepultados en tierras de la Comarca Aislada. Pero también se quedaron en Beleram aquellos que habían sido asignados al adiestramiento de un ejército zitzahay. Éstos se reunían ahora para despedir a sus hermanos y enviar obsequios y adioses: "Dile a mi esposa que siembre estas semillas", "Estas plumas son para mi madre", "Cuéntale a mis hijos qué hermosa es la ciudad de Beleram..."

Los husihuilkes se llevaron consigo animales con cbellera que, en poco tiempo, fueron centenares. El pueblo de Los Confines los amó con facilidad, los bautizó con nombres sonoros y los mantuvo cerca de sus casas. Y al fin se transformaron en parte del cuerpo de los guerreros, que jamás volvieron a pelear sin ellos.

Kuy-Kuyen montó a la grupa de Espíritu-del-Viento, agarrada muy fuerte a la ropa de Cucub. Thungür ya se había despedido del Brujo de la Tierra, y ahora caminaba en dirección a ellos.

—Si en la próxima fiesta del sol una mujer pregunta por mí, ofrécele estas semillas y dile que las siembre —dijo Thungür, entregando a su hermana una pequeña bolsa de cuero—. Estas plumas son para Vieja Kush. De ustedes dos es la tarea de contar a Wilkilén y a Piukemán todo lo que aquí ha ocurrido.

Thungür, igual que Dulkancellin lo hubiera hecho, igual que lo hubiera hecho cualquier husihuilke, no desperdició palabras en decir lo que todos conocían.

—Que el sol los acompañe en el camino y se quede también con nosotros, porque él puede hacerlo. Adiós.

Así fue. Hoh-Quiú regresaba a su trono, y Kupuka a su cueva. El mercado de Beleram había recuperado sus variedades y Nakín de los Búhos sus colores. La Estirpe se empeñaba en sus barcas, cuando otros se empeñaban en una conjura. Zabralcán sentía una antigua tristeza, y los husihuilkes volvían al sur. Era otro tiempo que comenzaba...

Lo último que diré sobre estos hechos es que aquellos husihuilkes llegaron con bien a su tierra. Los Pastores del Desierto no dejaron ver ni sus siluetas en el horizonte. El viaje no les ocasionó más penurias que las previsibles en tan largo camino. Y tal vez, gracias a los animales que llamaron con cabellera, unas cuantas menos.

Apenas atravesado el Pantanoso, la columna que venía desde Beleram comenzó a mermar porque muchos fueron tomando desvíos hacia sus aldeas. El primer grupo tomó un atajo al oeste para llegar a Hierbas Dulces. Después se apartaron los habitantes de las aldeas altas. Un poco más al sur, se despidieron los que debían atravesar Paso Olvidado: gente de la otra ladera de las Maduinas, y de linajes rivales.

Por eso, cuando el Halcón Ahijador pasó volando sobre ellos, Piukemán vio menos de la mitad de los que habían regresado.

—¡Vieja Kush, ven aquí! ¡Apúrate! —la llamaba como si también ella pudiera verlos llegar.

—¿Qué pasa, hijo mío? —preguntó una revieja, con arrugas nuevas y los ojos de siempre.

Piukemán hacía fuerza con su cuerpo, intentando que el Ahijador volviera sobre su vuelo.

—¡Vuelve, vuelve! —el Ahijador estaba volando en círculos—. ¡Baja! ¡Baja que no alcanzo a distinguirlos!

—¿De qué hablas, Piukemán? —preguntó Kush.

—¿Qué está viendo con los ojos del pájaro, abuela? —Wilkilén no quería que su hermano empezara con esos gritos que le daban miedo. Pero Piukemán estaba sonriendo.

—Han vuelto —dijo.

Kupuka vio pasar por el cielo al Halcón Ahijador:

—¡Baja! —le pidió—. Baja para que el muchacho pueda vernos.

Pero el Halcón Ahijador estaba sonriendo.

—Muy bien. Si tú no quieres bajar, tendré que seguirte —se lamentó el Brujo—. Tengo una deuda con Piukemán.

Se fue Kupuka tras el Halcón:

—Ustedes sigan adelante. Yo los alcanzaré.

Era día de sol en Los Confines.

—Corre, Wilkilén —dijo Vieja Kush—. Avisa a los vecinos que nuestros guerreros están de regreso, y diles que desparramen la noticia. Mientras tú lo haces, amasaré pan

nuevo. Espero que algunos lleguen pronto a comer.

Era noche de estrellas en Los Confines. Y la casa de Kush olía a pan de maíz.

—Alguien se acerca al nido del Halcón —susurró Piukemán despacito, para no sobresaltar al ave.

Vieja Kush y Wilkilén se le acercaron, con miedo de saber quién era y quién no. Juntos, Piukemán y el Ahijador miraron el rostro del anciano.

—Es Kupuka —susurraron.

Era el amanecer en Los Confines, y el pan estaba dispuesto. Kush, Piukemán y Wilkilén esperaban junto al nogal que marcaba la mitad del camino entre la casa y el bosque. Piukemán sintió temblar el alma revieja:

—Abuela, dime quiénes son los que llegan.

—Ni tu padre, ni tus hermanos varones.

—Es Kuy-Kuyen y el hombre pequeñito —dijo Wilkilén—. Es el Brujo. Y traen animales que tienen como mi pelo cuando Vieja Kush me desarma las trenzas.

Vieja Kush tomó del brazo a Piukemán y avanzó por el camino que Wilkilén ya estaba corriendo.

—Bienvenida Shampalwe —dijo.

Kuy-Kuyen miró al Brujo de la Tierra pidiendo ayuda. La anciana debió enloquecer de la pena de no ver regresar a todos los que amaba.

—Porque espero que ése será su nombre —continuó diciendo Vieja Kush, con las manos en la cintura de su nieta.

Había mucho que preguntar y responder.

—Me marchó —Kupuka se negó a entrar a la casa—. Si entrara a aquel nido, comería pan hasta hartarme y luego me echaría a dormir por siete soles...

—¿Y qué te impide hacerlo? —preguntó Kush.

El Brujo de la Tierra respondió con su risa de cabra.

—Un día regresaré. Y espero que para entonces haya aquí muchos niños, además de esta Shampalwe que Kuy-Kuyen ha traído consigo. Espero, también, que todos ellos me teman lo suficiente —Kupuka tomó a Piukemán por los hombros: El día que regrese, tú ya no tendrás miedo de volar.

El Brujo de la Tierra se marchó. Alguien detrás de él, lo hubiese visto llegar a su cueva en cuatro patas.

Después, Vieja Kush repartió el pan.

Esta novela se terminó de escribir el 9 de octubre de 1999.

ÍNDICE

PARTE 1

Vuelven las lluvias.....	8
La noche del guerrero.....	14
¿Dónde está Kupuka?.....	17
Un viajero	29
Dos visitantes	34
Una conversación importante.....	42
¡Aún escucho caer la lluvia antes que tú!	49
La canción del prisionero	55
De músico a mensajero.....	60
Los hechos antiguos	67
¡Adiós!	73

PARTE 2

Hacia el norte	77
El tapiz sobre la arena.....	84
El cautiverio	89
El día que zarparon las naves	97
En una casa extraña	104
El concilio se reúne.....	113
Los sideresios	121
Patas de venado	125
Kupuka está de regreso	138
La huella de sus pies	145
Por los caminos de las Tierras Fértiles.....	154
El despertar.....	159

PARTE 3

El Venado y el fuego.....	167
El emplumado.....	182
La sangre del Venado	187
El hijo	207
La cofradía del Aire Libre	219
Oacal	226
En lenguas humanas	231

Este libro se terminó de imprimir en abril de 2006 en Primera Clase
Impresores